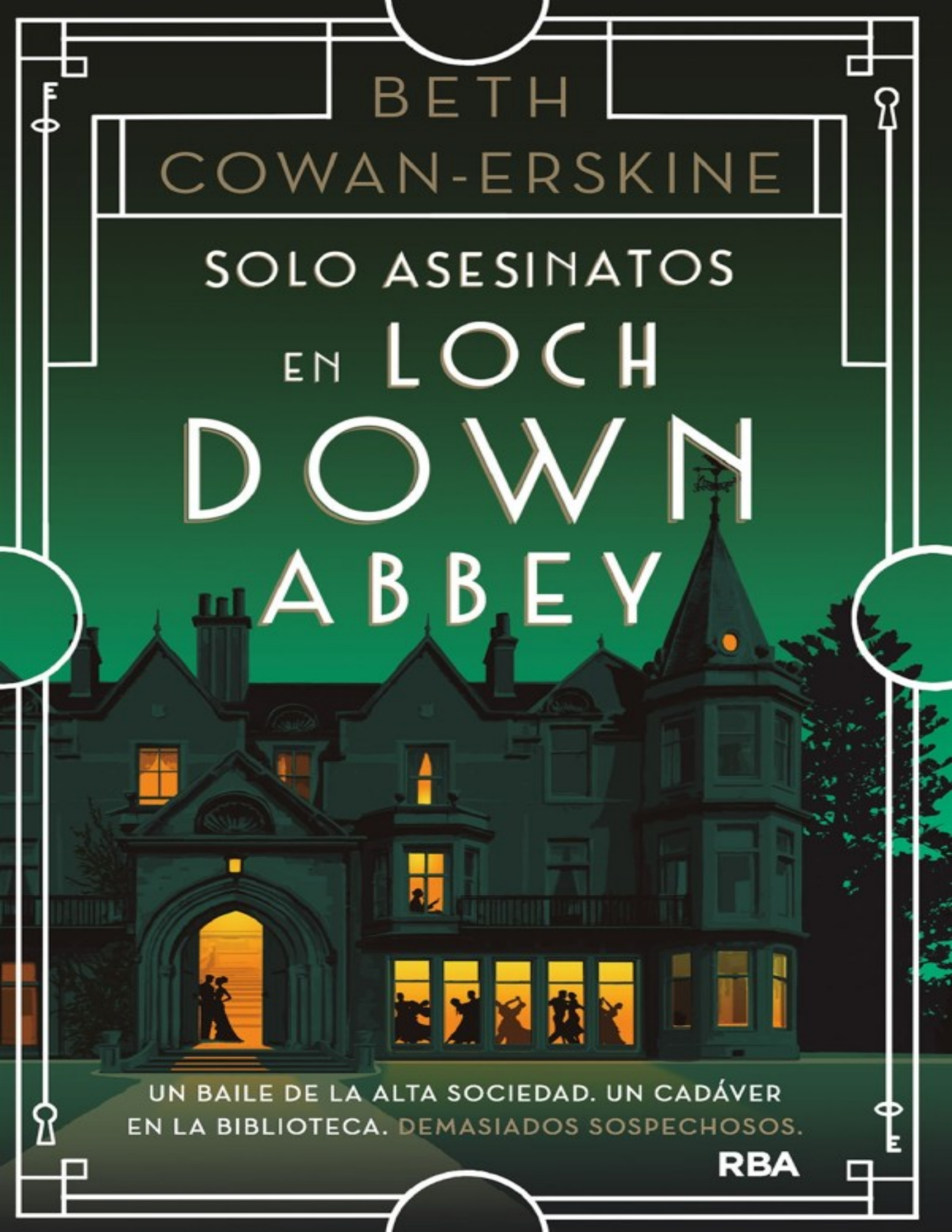
BETH COWAN-ERSKINE

SOLO ASESINATOS EN LOCH DOWN ABBEY



UN BAILE DE LA ALTA SOCIEDAD. UN CADÁVER EN LA BIBLIOTECA. DEMASIADOS SOSPECHOSOS.

RBA

BETH
COWAN-ERSKINE

SOLO ASESINATOS EN LOCH DOWN ABBEY

Traducción de Juan Carrillo del Saz

RBA

Índice

INTRODUCCIÓN
PERSONAJES
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
- JULIO DE 1937
- AGOSTO
- CATORCE DÍAS ANTES DEL BAILE
- TRECE DÍAS ANTES DEL BAILE
- DOCE DÍAS ANTES DEL BAILE
- DIEZ DÍAS ANTES DEL BAILE
- NUEVE DÍAS ANTES DEL BAILE
- SIETE DÍAS ANTES DEL BAILE
- SEIS DÍAS ANTES DEL BAILE
- CINCO DÍAS ANTES DEL BAILE
- CUATRO DÍAS ANTES DEL BAILE
- TRES DÍAS ANTES DEL BAILE
- DOS DÍAS ANTES DEL BAILE
- UN DÍA ANTES DEL BAILE
- LA MAÑANA DEL BAILE
- EL BAILE DE LAS HIGHLANDS DE LOCH DOWN
- LA MAÑANA DESPUÉS DEL BAILE

SEGUNDA PARTE
- LA MAÑANA DESPUÉS DEL BAILE
- UN DÍA DESPUÉS DEL ASESINATO
- DOS DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO
- TRES DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO
- CUATRO DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO
- LA NOCHE DEL BAILE

TERCERA PARTE

SIETE DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO
OCHO DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Título original inglés: *Only Murders in the Abbey*.
Publicado originalmente por Hodder & Stoughton, una compañía de Hachette UK.

© del texto: Beth Cowan-Erskine, 2025.
© de la traducción: Juan Carrillo del Saz, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2026.

REF.: OBEO104
ISBN: 979-13-7031-333-3

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

ESTE ES PARA TI, PAPÁ.

INTRODUCCIÓN

Fundado en 1933, el Loch Down Abbey Hotel es un grandioso establecimiento aledaño al pueblo de Inverkillen, a orillas del lago Down, en el corazón de las Highlands escocesas. Atraviesa sus terrenos el río Plaid, del que provienen el célebre whisky Abbey y el salmón ahumado Inverkillen. Fue el hogar del clan Ogilvy-Sinclair durante seiscientos años.

PERSONAJES

EL PERSONAL DEL HOTEL

SEÑORA ALICE MACBAIN, presidenta.
SEÑOR ROBERT HUDSON, *maître*.
SEÑOR HAMISH MACKAY, jefe de Recepción.
SEÑOR GILES LOCKRIDGE, chófer jefe.
SEÑORA ELEANOR BURNSIDE, chef.
SADIE MILNE, gobernanta.
OLLIE MACNAIR, jefe de Conserjería.
ROSS MACBAIN, maestro destilador.

LA FAMILIA OGILVY-SINCLAIR

LADY GEORGINA, condesa viuda de Inverkillen. Reside en Thistledown Cottage, en la linde de los terrenos del hotel. Su rosaleda es el orgullo del establecimiento.

COMANDANTE CECIL OGILVY-SINCLAIR, hijo menor de lady Georgina y esposo de EVA, quien vive en Londres con sus padres. Se rumorea que van a divorciarse.

LADY ELSPETH COMTOIS, hija de lady Georgina. Vive en Francia con su esposo, PHILIPPE, MARQUÉS DE CLAIRVAUX, y sus hijos: AUGUSTE, HUGO, DELPHINE y FLORENCE.

LORD ANGUS INVERKILLEN, el nieto mayor y actual conde de Inverkillen. Reside en Tánger con el reputado escritor HUGH DUNBAR-HAMILTON y los tres hijos de este, que están al cuidado de una niñera muy estricta.

HONORABLE FERGUS OGILVY-SINCLAIR, el segundo nieto, director del prestigioso Loch Down Abbey Hotel y esposo de IMOGEN, con quien ha tenido a su primera hija, TESSA. Tienen dos perros: Grantham y Belgravia.

LADY ANNABELLA MARTIN, de soltera Inverkillen, la nieta mayor. Divorciada de HUGH DUNBAR-HAMILTON, vive con su segundo esposo, el cónsul general del Reino Unido en Shanghái, y con sus catorce doncellas.

LADY IRIS KETTERING, la nieta menor. Reside en Londres con su marido, THOMAS, MARQUÉS DE DRYSDALE, sus hijos mellizos, ALICE y EDWARD, y su madre, FLORA.

PRÓLOGO

La mañana después del baile, Hudson hacía su ronda. Por suerte, en Loch Down Abbey reinaba la tranquilidad. Quizá se había pasado con el whisky la víspera, porque se sentía un poco mareado. Rara vez se daba ese lujo, pero había sido el primer baile que celebraban en siglos y todos se habían desmadrado un poco. El resultado fue que esa mañana solo se habían presentado a trabajar tres lacayos y dos camareras, de modo que Hudson, copropietario de Loch Down Abbey y antiguo mayordomo, había cogido una bandeja para ayudar a recoger los vasos de la víspera.

«La próxima vez, si es que la hay —caviló con severidad—, no permitiremos que el personal asista al baile».

Hudson asintió cuando un lacayo entró en el vestíbulo desde el salón de las rosas.

—Han roto una silla, señor. Enviaré a un botones a retirarla ahora mismo. —El muchacho lucía un delicado tono grisáceo.

Hudson volvió a asentir suavemente y deseó que no fuera una de las sillas Chippendale, pues quedaban poquísimas. Entró en la gran galería y se asomó a la sala del roble. Observó que los lacayos no habían limpiado las mesas de juego antes de retirarse a dormir. Mientras evaluaba los daños, calculó el tiempo y el personal que se necesitarían para volver a poner la estancia en orden. Aquella mañana iba desbordado.

Cruzó la gran galería, recogiendo vasos aquí y allá, y se dirigió a la biblioteca menor. Aunque no la habían abierto al público, puesto que en los bailes la gente se desmadraba tanto, estimó conveniente revisar la sala. «Con premura y con esmero, Loch Down en orden la quiero», como solía decirles a los lacayos cuando trataban de eludir sus obligaciones. Giró el pomo y se estrelló contra la puerta. Por poco le estalla la cabeza. ¿Acaso estaba tan resacoso que ya no era capaz ni de abrir una puerta? Lo intentó de nuevo y gruñó frustrado. Estaba cerrada con llave.

«¿Por qué está cerrada? —pensó irritado—. Debería estar abierta».

Cuando se hicieron cargo de Loch Down Abbey, habían experimentado infinidad de problemas con llaves perdidas y cerraduras viejas, por lo que se adoptó la decisión de que todas las salas para uso de los huéspedes permanecieran abiertas en todo momento.

«Bueno, tal vez la cerrara la señora MacBain —se dijo— para que no entrara nadie durante el baile».

La presidenta abogaba por limitar el número de estancias abiertas al público. «Una habitación menos que limpiar cada día», había dicho. Y esa mañana, con la plantilla bajo mínimos, Hudson comprendió lo acertado de la medida. Sin embargo, recordó haber visto a alguien salir de la sala durante el resopón de medianoche. ¿O quizá entrar? Vacilaba, pues se había concentrado en la comida, que desaparecía mucho más deprisa de lo que habían previsto. Quedarse sin provisiones habría sido una catástrofe y se desvivió para que no ocurriera. En todo caso, recordaba sin ninguna duda que la puerta se abrió y se cerró.

Volvió a la gran galería refunfuñando. Si no podía entrar en la biblioteca menor por las puertas principales, lo intentaría por las del jardín. Rodeó el edificio con cuidado de no salirse del sendero de guijarros. La jornada no se presentaría más halagüeña si se manchaba los puños del uniforme. De pie frente a las puertas del jardín, agarró el pomo, pero descubrió que también estaban cerradas con llave. Y las cortinas, corridas.

Frustrado, resopló y escudriñó a través de las cortinas, pero no vio nada.

Se preguntó si quizá, solo por una vez, podía prescindir de revisar la sala. «Es el principio del fin», se dijo con pesimismo. ¿Cómo podía esperar que su personal alcanzara el máximo nivel de exigencia si él dejaba pasar eso? No, era de todo punto imprescindible que entrase, pero ¿cómo?

Regresó a Loch Down Abbey y se detuvo para comprobar que sus zapatos y su uniforme estuvieran limpios. Una vez satisfecho, su mirada se posó en las puertas de la sala del roble. «Tal vez así me las arregle», pensó fugazmente, antes de cruzar y coger una llave de latón de la puerta más cercana.

La introdujo en la cerradura de la biblioteca menor y la giró. Por fin, un pequeño triunfo. Abrió una de las puertas y entró.

Junto al sofá, una lámpara seguía encendida y arrojaba la suficiente luz como para iluminar una mesita auxiliar, donde dejó la bandeja. Abrió de par en par las pesadas cortinas de damasco de las ventanas que daban al jardín y la pálida luz matutina entró en la estancia sin prisas, como si también tuviera resaca. Hudson fue a coger la bandeja de plata, pero su mano izquierda falló de objetivo y acabó en un plato con restos de comida. Haciendo una mueca, cogió

uno de sus seis pañuelos (largos años de experiencia le habían enseñado que hombre precavido vale por dos) y se volvió para examinar la sala mientras se limpiaba. Se estremeció: había una manta tirada frente al sofá. Miró más de cerca y dio un respingo, pues no era una manta, sino una persona. Alguien dormía en el suelo.

Supuso que eso explicaba por qué la puerta estaba cerrada con llave. Pero ¿por qué dormir en el suelo? ¿Se habría caído por la tremenda borrachera? Sacudió la cabeza, permitiéndose esa pequeña muestra de desdén antes de preguntarse qué debía hacer.

Se acercó con el mayor sigilo posible, debatiéndose entre despertar al durmiente o salir sin que se diera cuenta. «¿Cuál es el protocolo en este caso?», se preguntó. A las tres y media habían pedido amablemente a los huéspedes que se marcharan y, a las cinco, ordenaron a los lacayos que echasen a los rezagados. Entonces, ¿quién podía ser?

Necesitaba saber de quién se trataba exactamente antes de interrumpir su sueño. Esa mañana no estaba dispuesto a recibir una reprimenda de un lord, pero como fuera un camarero... Rodeó el brazo del sofá y, en cuanto se inclinó con cautela, soltó un grito.

Sus pies lo llevaron hasta las puertas principales mucho más rápido de lo que le habría gustado a su cabeza. Abrió una hoja de un tirón, asomó la cabeza y miró a izquierda y derecha en busca de un lacayo. «¿Dónde andan? ¡Nunca están cuando hacen falta!», se dijo.

Cerró con cuidado tras de sí y se dirigió con paso vacilante hacia el salón de las rosas, con la esperanza de que un botones estuviera retirando la silla rota. Sin embargo, por cada paso hacia adelante, daba otro hacia atrás, como si quisiera avanzar y permanecer en el

mismo sitio para custodiar el umbral. Justo cuando alcanzó el pomo de latón, la puerta se abrió de golpe. Un botones dio un salto hacia atrás, sobresaltado, y dejó caer la silla.

Se miraron fijamente durante medio segundo, antes de que Hudson le voceara una orden al muchacho:

—Ve a buscar a la señora MacBain. Hazla venir a la biblioteca menor. —Señaló las puertas al otro lado de la galería. El botones se lo quedó mirando sin moverse—. ¡Ya! —ladró.

—¡Sí, señor! —El chico volvió a recoger la silla.

—No. —Hudson se la arrebató de las manos—. Déjala.

Vio cómo el botones salía corriendo de la habitación y desaparecía tras la puerta tapizada de paño verde. Miró la silla que tenía en las manos y suspiró. «Por supuesto, era una Chippendale». La dejó con cuidado junto a la vitrina de cajas de música antiguas. Ya se ocuparía de eso más tarde.

De regreso en la gran galería, se encaró con las puertas de la biblioteca menor. Dubitativo, se puso a pensar qué hacer a continuación. ¿Debía esperar fuera o dentro? Sin duda, lo mejor era aguardar fuera, pero entonces recordó que había abierto las cortinas y que, si había alguien en el jardín (cosa poco probable a esas horas tan tempranas, pero no imposible), podría ver el interior. Y no podía ser. Cerró los ojos, respiró hondo y se apresuró a entrar de nuevo en la habitación.

Se dirigió directo a las ventanas y corrió las cortinas de un tirón. La estancia quedó sumida en la oscuridad, salvo por una lámpara junto al sofá. Apenas podía distinguir la forma de... Era demasiado horrible. Sentía latidos en la cabeza.

Se dirigió a las puertas y las cerró con llave. Se preguntó cuánto tardaría en llegar la señora MacBain. Encendió la lámpara de araña y examinó la sala, haciendo todo lo posible para no volver a mirar el sofá.

Estaba sumido en sus pensamientos preguntándose si podrían reorganizar los muebles o tal vez girar la alfombra cuando las puertas chirriaron y Hudson se sobresaltó con tanta violencia que se chocó con una butaca. Con la mirada fija en el pomo, contuvo la respiración. Hubo otro intento de abrir las puertas y luego oyó un suave golpe.

—¿Señor Hudson? Soy yo.

El *maître* y antiguo mayordomo abrió la cerradura y entreabrió una hoja medio palmo.

—Señora MacBain, gracias a Dios que es usted. —Se hizo a un lado para dejarla pasar.

La presidenta se quedó inmóvil, mirando a su socio con semblante desconcertado.

—Me han dicho que quería verme con urgencia. —Iba vestida, como él esperaba, pero era evidente que el botones la había interrumpido en medio de su aseo, pues llevaba el pelo suelto sobre los hombros, una imagen que Hudson no había visto en todos sus años en Loch Down Abbey.

Sin decir nada más, la agarró del brazo, la hizo entrar y cerró la puerta. La señora MacBain se dio la vuelta, claramente ofendida por la brusquedad, pero se quedó sin aliento en cuanto miró al sofá frente a la chimenea.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? —Se apresuró a acercarse—. ¿Es sangre?

PRIMERA PARTE

JULIO DE 1937

Fergus cerró la puerta suavemente tras de sí. La niña se había pasado despierta toda la noche e Imogen, su esposa, acababa de conseguir que se durmiera. Le encantaba ser padre, pero ¡caray!, era una tarea agotadora. Respiró hondo, levantó la vista y admiró el intenso azul del cielo.

«Hace un día maravilloso», pensó.

Se puso en marcha, cerró la verja y subió por el camino de grava. Al cabo de tres minutos, pasó por la antigua capilla familiar y vio al reverendo Douglas. Fergus saludó con la mano al otro lado del cementerio, y notó lo gordo que se había puesto el vicario en el último año. No cabía duda de que su reciente esposa era una buena cocinera.

Continuando por el camino, bajo los viejos árboles de la antigua finca, acabó por desembocar en el patio delantero y se detuvo bajo los arqueados tejos para contemplar el panorama.

El Loch Down Abbey Hotel, otrora hogar de su familia, era un hervidero de actividad.

Habían organizado una gran batida durante el fin de semana y los huéspedes se marchaban ese día. Los mozos se apresuraban, zigzagueando entre la gente y los perros; los botones cargaban en los coches los baúles, las armas y las cestas de caza; los conserjes acomodaban a las damas en sus asientos y aceptaban generosas propinas de los caballeros. Al ver a lord Enderleigh tratando de sacar a su nuevo retriever del estanque, Fergus negó despacio con la cabeza. Ese sabueso había causado un sinfín de problemas durante la cacería: no dejaba de ladrar, saltaba entre los helechos y persiguió

a una manada de ciervos. Como director del hotel, Fergus tendría que hablar con lord Enderleigh antes de que se marchara. No permitirían que llevase de nuevo al perro hasta que estuviera debidamente adiestrado. Aunque no le apetecía en absoluto, debía mantener esa conversación, ya que las cacerías representaban una parte sustancial del negocio del hotel.

Fergus suspiró, se dirigió a la entrada y accedió a la armería por el arco de piedra. También aquella estancia bullía de actividad: las señoras esperaban sus coches, las camareras se apresuraban a servirles té o arreglar una mesa y, en el mostrador, dos recepcionistas liquidaban cuentas con los huéspedes.

Un botones bajito se acercó a Fergus.

—Buenos días, señor. Tiene un telegrama. —Fergus miró al empleado con cierta sorpresa. Los telegramas eran cada vez menos habituales, pues ya casi todo el mundo llamaba por teléfono directamente. Cogió el sobre de la bandeja de plata, asintió en señal de agradecimiento y lo abrió. El botones dio un paso atrás y esperó. Fergus hizo una mueca y miró al chico.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En la sala serbal, señor, esperándolo como de costumbre.

—Gracias. —Fergus se dio la vuelta y cruzó la armería a zancadas. Al pasar, saludó distraídamente con la cabeza a los huéspedes que tomaban el té de media mañana. Lo detuvo la anciana señora McCready, que le agradeció con gran efusión que le hubieran guardado sus habitaciones acostumbradas. Le dijo que lo valoraba de veras, pues con toda probabilidad sería su último viaje. Se estaba muriendo, le explicó, de alguna dolencia que nadie supo indicarle con precisión; aun así, se las arreglaba para acudir al hotel tres o

cuatro veces al año, para gran disgusto de sus hijos, que veían con horror cómo se consumía su herencia. Fergus sonrió e intercambió algunas palabras amables antes de seguir adelante. Pasó al otro lado de la armería, se detuvo para pedirle a un camarero que le sirviera más té a la señora y luego continuó hasta una puertecilla panelada que había bajo las escaleras. Una elegante placa de latón rezaba: «Sala serbal».

La señora MacBain levantó la vista al entrar Fergus. Era Alice MacBain, antigua ama de llaves de Loch Down Abbey, quien había impulsado la compra de la finca y su conversión en un próspero hotel y coto de caza. Junto con otros empleados veteranos, había comprado la propiedad cuando los Inverkillen se vieron obligados a venderla para evitar la quiebra. Fergus, el único miembro de la familia que trató de mantener a flote la finca, se quedó como director del hotel. A su abuela, lady Georgina, también le permitieron permanecer en un *cottage* dentro de la finca, pero el resto de la familia se dispersó por los cuatro rincones del mundo.

Fergus cruzó la sala circular que la señora MacBain utilizaba como despacho en la zona noble. En época medieval, había sido un polvorín y en la actualidad la habían transformado en una acogedora salita de estar. La presidenta estaba sentada en su silla de siempre junto a la ventana, preparando el té.

—Buenos días, Fergus. ¿Va todo bien ahí fuera?

Desde que se hicieron cargo del hotel, Fergus y ella despachaban todos los lunes por la mañana, antes de que él se reuniera con los jefes de departamento. Mientras tomaban el té, departían acerca de los asuntos de la semana. Cuando Fergus empezó a dirigir el establecimiento, le resultaba abrumador gestionar a tanto personal y

ocuparse de tal cantidad de detalles, por no hablar de los huéspedes, las cacerías, la pesca, la destilería... En resumen, se sentía desbordado, de modo que le quedó eternamente agradecido a la señora MacBain cuando esta le sugirió que se reunieran una vez a la semana, solo ellos dos, para explicarle cómo lo había gestionado todo cuando era el ama de llaves.

La presidenta le ofreció una taza de té y se fijó en el telegrama que Fergus llevaba en la mano. Él se sentó pesadamente y le entregó el papel sin decir nada. Ella depositó despacio la taza en la mesa, con el rostro arrugado por la preocupación. Cogió sus gafas de lectura.

Shanghái invadida por japoneses.
Extranjeros repatriados.
Llegada estimada Marsella, 8 agosto, Imperial Airlines.

La presidenta levantó la vista, alarmada.

—¿Bella va a volver a casa? —preguntó con inequívoca incredulidad.

Atónito, Fergus asintió lentamente y respondió:

—Sí, va a regresar.

La señora MacBain se dejó caer en la silla y exhaló de manera pausada mientras decía:

—Que Dios nos ampare. —Ambos permanecieron sentados en silencio durante unos instantes, asimilando lo que implicaba la noticia.

Lady Annabella Martin, a quien su familia llamaba Bella, era la hermana de Fergus y vivía en Shanghái. Después de que se rompiera su matrimonio (por culpa, nada menos, que de su hermano

Angus), huyó a Europa para escapar de las humillantes habladurías. El periódico local había publicado la noticia con todo lujo de jocosos detalles. Durante su estancia en Mónaco, se vio envuelta en una turbulenta aventura con el apuesto sir Edmund Martin, cónsul general de Shanghái. Se casaron al cabo de dos semanas y Bella se acomodó a su nueva vida en el extranjero. Desde entonces habían pasado tres años, durante los cuales solo había regresado a Loch Down Abbey en dos ocasiones. Ninguna de las visitas había sido fácil para el personal del hotel.

—¿Dónde la vamos a alojar? —La señora MacBain volvió a mirar el telegrama y anotó la fecha—. Coincidirá con el baile, y para esas fechas ya lo tenemos todo reservado. Si solo son Bella y sir Edmund, nos las arreglaremos. Ahora bien, como traiga a todas esas doncellas de quienes siempre presume... No sé dónde vamos a alojarlas. ¿Cuántas eran la última vez que las contamos? ¿Catorce? No sé para qué quiere tantas. —Chasqueó la lengua con suavidad y dejó el telegrama en la bandeja del té.

Fergus negó despacio con la cabeza.

—Porque puede, señora MacBain. Sencillamente porque puede. —Se quedó en silencio durante unos instantes, con la mirada clavada en la alfombra—. Al menos disponemos de unas semanas para solucionarlo. ¿Puede informar a los jefes de departamento esta mañana? Voy a ver si consigo más información.

Ella asintió y observó cómo Fergus se levantaba y salía de la salita. Sorbiendo su té, pensativa, se quedó cavilando cuál era el nombre colectivo de las doncellas. ¿Una bandada? ¿Una recua? ¿Tal vez una parvada? Si lady Bella acudía con catorce de ellas, sin duda lo apropiado era un término militar. ¿Una falange? Sí, una falange de

doncellas era lo que estaba a punto de irrumpir en Loch Down Abbey.

AGOSTO

CATORCE DÍAS ANTES DEL BAILE

La señora Burnside, la chef del hotel, arrancaba su jornada tarareando mientras revisaba el número de bandejas que había que llevar a las habitaciones antes de que su personal sirviera el desayuno en las salas correspondientes. Al mirar por la ventana al patio de servicio, vio que el furgón de reparto acababa de llegar del pueblo.

«¿Me estoy volviendo loca? —se preguntó—. ¿No han venido ya hace un rato?».

El furgón llegaba todas las mañanas a las seis en punto con el correo, los periódicos y la leche. Miró el reloj de la cocina: eran las seis y cuarto.

Se dirigió a la puerta de la cocina, vio a las ayudantes apurándose para guardar las provisiones y gritó:

—¿Ha olvidado algo, señor Russell? —Su sonrisa delataba su buen carácter—. Se le va a descuadrar el horario de todo el día.

El señor Russell, que por lo general era un hombre alegre, guardó silencio. Lucía un semblante inescrutable y señaló con la cabeza la parte trasera del furgón.

—Es una entrega especial.

La señora Burnside dudó un momento y luego, despacio, rodeó el vehículo hasta llegar a las puertas abiertas. Allí, en la parte trasera, yacían un hombre y varios niños pequeños, todos dormidos como

troncos. La cocinera miró varias veces al señor Russell y al furgón, con la boca entreabierta por el desconcierto.

El señor Russell se puso a su lado y, juntos, contemplaron en silencio a sus pasajeros.

—Esto... —La señora Burnside no sabía qué decir.

—Vinieron en el tren de la leche. Dijeron que los trajera a la casa. Pensé que era demasiado temprano para que alguien viniera a buscarlos.

—¿En el tren de la leche? —preguntó la señora Burnside mirando al repartidor, confundida—. Pero ¿quiénes son? ¿Y por qué los trajo aquí?

—Ese —dijo con tono sombrío— es lord Inverkillen.

Al oír su nombre, Angus se despertó sobresaltado.

—¡Oh! ¿Ya hemos llegado? —Miró a su alrededor, con el desconcierto dibujado en el rostro—. ¿Dónde estamos?

Angus Inverkillen, hermano de Fergus y Bella, era el actual conde de Inverkillen. Loch Down Abbey había sido la casa solar de su familia durante casi seiscientos años. Cuando vendieron la propiedad, se mudó a Tánger con el exmarido de Bella, cuyos hijos ayudaba a criar. Era un arreglo que les venía de perlas, pero que suscitaba muchas miradas de extrañeza en Loch Down Abbey cuando el asunto salía a colación.

—Bienvenido a casa, lord Inverkillen —dijo la señora Burnside. Como no tenía claro si debía hacer una reverencia, asintió—. Está en el patio de servicio, en la parte trasera de la casa. Soy la señora Burnside, la cocinera.

Angus los observó a ambos con aire profundamente inseguro.

—Ah, sí —repuso Angus con voz vacilante—. La cocinera. —Al parecer, no estaba muy hablador. No sin dificultad, salió del furgón y, al hacerlo, despertó a los niños. El señor Russell se acercó para ayudarlos a bajar. Mientras se espabilaban, salió otra figura del vehículo. La señora Burnside la miró, boquiabierta.

—¿Y usted quién es? —preguntó al fin en voz alta.

Un par de ojos de ardiente color ámbar se la quedaron mirando.

—Es su niñera —dijo Angus estirando el cuello.

La cocinera la observó de arriba abajo y luego volvió a mirar a Angus.

—¿Por qué lleva una sábana?

Angus bostezó.

—Es el atuendo habitual en Marruecos.

—Ah —respondió la señora Burnside mientras contemplaba de nuevo a la niñera. Al mirar dentro del furgón, vio su equipaje—. ¿Son suyas todas esas maletas? —Eran demasiadas para una mera visita.

—¿Cómo? Ah, sí —respondió Angus. Conteniendo otro bostezo, preguntó—: ¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto. La casa aún no está lista. Eh... —No sabía muy bien qué hacer con ellos—. ¿Por qué no vienen conmigo y les preparo algo para desayunar? —Guio al grupo hacia la puerta de la cocina.

—Majida acomodará a los niños en sus habitaciones. —Se volvió hacia la niñera y le dijo algo que la señora Burnside no entendió. La mujer lo miró fijamente y Angus señaló a los niños y luego a la parte superior de la casa, antes de chasquear los dedos. La niñera asintió con entusiasmo y arreó a los niños a la puerta. La señora Burnside

se estremeció. La sola idea de que le chasquearan los dedos la ofendía en lo más hondo.

Angus se giró hacia la señora Burnside.

—Hágame llegar una bandeja a mi habitación. Me muero por darme un baño.

Volvió a mirar el furgón de reparto con cierto disgusto. Al cabo de un momento, se alejó a zancadas hacia la cocina, buscando una salida a diestra y siniestra. Las cocinas eran un hervidero de actividad. Las camareras y los lacayos iban de acá para allá con bandejas en sus manos, y las cocineras encendían hornos y fogones. A duras penas, la señora Burnside trataba de seguirlo.

—Lo que ocurre es que... no sé en qué habitaciones alojarlo, señor. Esas cosas no sé cómo van.

Angus miró a la cocinera como si se hubiera vuelto loca.

—Estaré en mis aposentos de siempre, como es natural. Ahora, dígame, ¿cómo salgo de aquí?

—Pero señor, no sabría decirle si sus habitaciones habituales están libres.

De repente, Angus se dio la vuelta y se la quedó mirando atónito. No se le había ocurrido que sus antiguos aposentos pudieran alojar a otra persona. ¡La dichosa idea del hotel! Lo único que necesitaba era un baño. Y cambiarse de ropa. Y una taza de té. ¿Acaso era mucho pedir? La frustración se reflejaba en su rostro.

—Mire —dijo la señora Burnside con voz calmada, consciente de que Angus estaba que trinaba. Lo condujo con amabilidad hasta la sala de personal—. ¿Por qué no espera aquí mientras le preparo un té? El recepcionista suele llegar a las siete menos cuarto y entonces

podrá buscarle unas habitaciones. —Mantuvo la puerta abierta, rogando en silencio que Angus hiciera lo que le pedía.

—¿Me está diciendo que aguarde en la sala del servicio a que me asignen habitaciones en mi propia casa?

En un tris, lord Inverkillen había pasado de la frustración a la ira. A la señora Burnside no le convenía que su personal la viera discutiendo con él, así que apretó el paso y le respondió:

—Si así lo desea, puedo servirle el té en la armería. Sencillamente pensé que, como quería darse un baño, quizá preferiría esperar en un lugar reservado, a salvo de las miradas de quienquiera que entre o salga. —Contuvo la respiración y esperó que se viera impelido a morder el anzuelo tan solo por pura vanidad.

Angus asimiló la información e hizo un único y seco gesto de asentimiento. La señora Burnside volvió a abrir la puerta y el conde pasó, mirando a su alrededor con semblante decepcionado.

—Haré que le traigan una bandeja en un momento, señor. —La señora Burnside se apresuró en dirección a la cocina y, aliviada, dio un profundo suspiro. Rezando para que no se retrasara el señor Thompson, el recepcionista que solía cubrir el turno matutino, fue en busca de la señora MacBain.

Hubo una pausa durante el desayuno, y tanto Fergus como Imogen levantaron la vista. Los golpes en la puerta eran tan débiles que no tenían claro si había llamado alguien o no. Al cabo de un momento se hicieron más intensos. Imogen miró el reloj de la repisa de la chimenea, y Fergus, su reloj de pulsera. Aún no eran las ocho y las pocas visitas que recibían nunca llegaban antes de esa hora. Rayaba

en los límites de la indecencia. Imogen se encogió de hombros y siguió dando de comer al bebé. Fergus se levantó y, a continuación, se dirigió a la puerta principal.

En el porchecito se encontró a la señora MacBain, con la pesadumbre dibujada en el rostro.

—Espero no haber despertado al niño. Hemos tenido una visita temprana y he pensado que convenía avisarle.

—¿Avisarme? ¿Por fin ha aparecido Bella? —Se apartó para que la presidenta pudiera entrar en el *cottage*, pues lloviznaba, y la acompañó al comedor.

—Ah, no. No. De hecho, todo lo contrario. Buenos días, Imogen. Siento irrumpir así.

—¡No se preocupe, señora MacBain! Acabo de terminar con la chiquitilla y es hora de vestirla. Por favor, sírvase un té. Me temo que las tostadas se han enfriado. —Levantó a la pequeña de la silla, radiante, y salió de la habitación tarareando.

«La maternidad le sienta bien —pensó la señora MacBain. Dirigió la mirada a Fergus, que le estaba sirviendo té—. Parece cansado pero feliz».

—Y bien —dijo él en tono afable—, ¿qué ha ocurrido que usted considera todo lo contrario a una invasión por parte de Bella? Oh, no... ¿Angus?

—En efecto. Con los niños a cuestas y una especie de sirvienta. —Y siguió contándole la historia que le había relatado la señora Burnside.

—¿Por qué demonios ha cogido el tren de la leche? ¿Y por qué ha venido?

—Bueno, eso no lo sabemos con certeza, pues la señora Burnside no quiso entrometerse, pero juzgué preferible que lo supiera usted antes de venir al hotel.

—Sí, gracias. —Le escrutó el rostro—. A usted le preocupa algo.

La señora MacBain se levantó y miró por la ventana un momento. Al girarse, parecía apesadumbrada.

—Han traído una montaña de maletas y baúles. No creo que se trate de una visita.

—De acuerdo —dijo Fergus despacio. Se quedó sentado en silencio durante unos instantes, con la mirada fija en las tostadas frías que había en el centro de la mesa.

El reloj dio la hora y sacó a Fergus de su ensoñación.

—Bueno, será mejor que suba y averigüe qué ha pasado.

—Conociendo a su familia, le hará falta un plan. O, al menos, barajar algunas opciones. Yo me encargaré de informar al personal. Tómese su tiempo y suba cuando esté listo. —Se levantó y se alisó la falda. Era un gesto que Fergus conocía bien y le inspiró una inmensa ternura—. No es necesario que me acompañe a la puerta.

Y entonces se marchó; Fergus se quedó valorando qué implicaba el regreso de su hermano.

Cuando Fergus al fin halló a su hermano en el comedor, este intentaba desayunar; solo lo intentaba, pues, por lo que parecía, no estaba ingiriendo gran cosa. Se limitaba a fruncir el ceño y pinchar la comida con el tenedor.

—¡Se comenta que tenemos una visita inesperada! —exclamó Fergus con cordialidad mientras se acercaba a su hermano. Se

quedó parado un momento, en espera de que Angus reaccionara.

—Sí, lo siento, hermanito, perdóname. Me resultaba insoportable la idea de pernoctar en Fort William, de manera que decidimos seguir el viaje. —Le indicó que se sentara en la silla de enfrente.

Fergus tomó asiento y miró a su hermano. Estaba bronceado y bastante más delgado que el día en que se marchó de Loch Down, pero conservaba su pitillera a mano y un deje de aburrimiento en el semblante. Al parecer, había cosas que no cambiaban.

Angus señaló la comida que había en la mesa.

—¿Esto es lo que sirven de desayuno? Tendré que hablar con la cocinera.

Fergus echó un vistazo a la mesa, que contenía las sobras del desayuno escocés completo de su hermano: huevos fritos, tomates asados, alubias estofadas, *haggis*, morcilla, *scones* de patata y arenques ahumados.

—No te han servido champiñones, lo siento. —Se dispuso a llamar a un camarero, pero Angus negó con la cabeza.

—No hace falta, Fergus. —Señaló el plato—. Este desaguisado no se arregla con champiñones.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Que qué ocurre? Tremendo comistrajo, no hay ni una cosa fresca. Así no hay quien comience el día con buen pie. —Removió unas judías con el tenedor—. Y no me hagas hablar de los tomates. Madre mía... —Pinchó un tomate asado con el tenedor—. ¿Cómo es posible que estén duros como una pelota de golf y a la vez blandurrios?

Soltó el cubierto, se recostó y suspiró.

Fergus estaba molesto. No esperaba que Angus saltara de alegría, pero un saludo cordial no era tanto pedir.

—Entonces, querido hermano, dime: ¿qué me habrías servido si me hubiera presentado en tu casa de improviso?

Angus miró a su hermano fijamente durante un buen rato.

—Para empezar, nos acomodaríamos en la azotea.

Fergus puso los ojos en blanco y contuvo un suspiro.

—Empezaríamos con té a la menta y pan con mermelada de albaricoque. Luego, fruta fresca, queso de cabra, ¿qué más?... Huevos con aceitunas, fritos pero solo un poco, o tal vez *bissara*, que es una crema de judías muy fina.

—¿Crema para desayunar? En Escocia, te las vas a ver y desear para que te sirvan eso.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Angus frunció el ceño.

Se hizo un sombrío silencio hasta que Fergus carraspeó.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

Con calma, Angus encendió un cigarrillo y le explicó a su hermano:

—No lo sé. Todo ha cambiado. Tengo que poner mi vida en orden.

Fergus asintió despacio.

—¿Hugh se unirá a ti?

Los ojos de Angus se posaron en su hermano, estudiándolo con atención, y exhaló lentamente.

—No. —Fue una respuesta seca, tras la que apagó el cigarrillo con violencia.

Hugh era el honorable Hugh Dunbar-Hamilton, el segundo hijo de su vecino, exmarido de Bella y el amigo más antiguo de Angus, con quien había ido al colegio. A pesar de que era un escritor bastante

exitoso, ningún miembro de la familia se había molestado en leer sus libros. Cuando se rompió su matrimonio con Bella, al descubrirse que había mantenido una aventura con Angus toda la vida, convenció a este para que se mudara a Tánger, donde podrían vivir juntos sin esconderse. Hugh le había dicho que todos los escritores y artistas importantes del momento vivían allí y que deseaba estar entre ellos. Mientras hacían las maletas para marcharse, Bella se vengó: huyó a Europa y le dejó los niños a Hugh.

Fergus no sabía qué decir, así que esperó en silencio. Angus encendió otro cigarrillo y clavó la mirada al otro lado del comedor.

—Hugh se ha ido a España.

—¿A España? —se sorprendió Fergus—. Si están en guerra.

—Ya lo sé. —Angus volvió a la mesa y golpeó ligeramente el cigarrillo contra un cenicero de cristal—. Quiere ser periodista. Cree que nadie lo toma en serio porque escribe novelas.

Fergus asintió como si lo entendiera, aunque no acababa de comprenderlo. Se le ocurrían algunas preguntas, pero Angus estaba de mal humor y debía andar con cuidado para que no se encolerizase. Los hermanos se quedaron callados un buen rato, pensativos. Fergus ya se preguntaba si no debería excusarse e irse a trabajar cuando llegó la salvación.

Lady Georgina irrumpió en la sala y fue directa hacia ellos. Fergus se puso de pie de un salto y le ofreció una silla.

—Oí que habías llegado —dijo la matriarca, sin aliento—, pero no me lo acababa de creer.

«¿Cómo se entera de las cosas?», se preguntó Fergus. Siempre lo averiguaba todo antes que nadie. No era la primera vez que se preguntaba si tenía espías en el hotel.

Angus puso los ojos en blanco y suspiró.

—Hola, abuela. —Se levantó para darle un beso, pero ella lo disuadió con un gesto de la mano.

—¿Por qué no nos avisaste de que veníais? ¿Acaso ya nadie escribe cartas? O quizá sí que lo hiciste y nadie se molestó en decírmelo. —Le dirigió a Fergus una mirada de reproche.

Angus hizo un gesto como para restarle importancia.

—Fue muy de última hora. No tuve tiempo de escribir ni de enviar un telegrama. Llevamos días de viaje. —Bostezó de forma descortés.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —La condesa viuda se acomodó en su silla y se quitó los guantes con delicadeza. Miró a Fergus y notó su incomodidad—. ¿Y dónde está Hugh?

Angus se enfadó y miró hacia otro lado.

—Se ha ido a España.

—¿A España? Pero si están en guerra. —Lady Georgina miró a sus nietos confundida.

—Soy muy consciente de ello, gracias. —Apagó el cigarrillo y encendió otro enseguida.

—No lo entiendo. —Lady Georgina se inclinó hacia delante y se apoyó en la mesa—. ¿Por qué demonios iba Hugh a ir a España?

Con la mirada clavada en la mesa, Angus suspiró.

—Quiere ser corresponsal de guerra.

—¿Corresponsal de guerra? —repitió lady Georgina con tono seco y los ojos entrecerrados.

—Al parecer, no le basta con ser un escritor reputado.

Fergus levantó las cejas.

—Reputado es exagerar un poco, ¿no?

—Ahora no es el momento, Fergus —le reprendió lady Georgina—. ¿Y qué hay de los niños?

Angus apuró su taza de té y emitió un profundo suspiro.

—Pensé que lo mejor era traerlos aquí.

—Sí —asintió ella con cierto aire de sabiduría—. Es lo correcto.

Angus se desplomó en la silla y soltó otro gran suspiro.

—Ánimo —dijo Fergus—, no hay para tanto.

—Sí —intervino lady Georgina—, lo peor ya ha pasado. Ahora estás en casa, y los niños, sanos y salvos. Has traído a la niñera, ¿verdad?

Angus volvió a suspirar profundamente.

—Sí, he traído a la niñera —respondió con gesto triste.

Lady Georgina le lanzó una mirada severa.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó mientras se armaba de valor.

Angus apenas se atrevió a pronunciar las palabras.

—Ha vaciado la cuenta bancaria.

—¡¿Qué?! —gritaron al unísono Fergus y lady Georgina. Los huéspedes que desayunaban no les quitaban ojo.

—Dejó algo de efectivo, que es lo que utilicé para venir aquí. Pero no era mucho y el tipo de cambio era pésimo. Tuvimos que... —Se movió incómodo—. Tuvimos que viajar en tercera clase.

Lady Georgina dejó caer su taza de té.

Un camarero acudió presuroso a limpiar y ella le hizo un gesto para que se marchara.

—¿Cómo pudo hacer esa monstruosidad? —Estaba furiosa—. ¿Te dejó con sus hijos, sin un penique y en un país extranjero? En tercera clase. Es... Es digno de Dickens.

—Tampoco hay para tanto drama, abuela. —Entonces fue Fergus quien frunció el ceño. Le fascinaba la historia de su hermano, pero no le acababa de cuadrar—. ¿Cómo acabasteis en el tren de la leche? —Era un ferrocarril nocturno que, además de leche, transportaba los periódicos matutinos y otros productos. Comparado con ese convoy, que carecía de asientos, hasta la tercera clase parecía todo un lujo.

—¿En el tren de la leche? —exclamó lady Georgina—. ¿Y si te hubiera visto alguien? El conde de Inverkillen en el tren de la leche. —La idea era demasiado abominable, sobre todo a primera hora de la mañana.

—Ah, ya. —Angus se movió incómodo en su asiento—. Me las arreglé para llegar a Fort William y..., bueno...

—Se acabó el dinero. —Fergus asintió con empatía, pero Angus no se había sentido tan humillado en su vida.

—Intenté convencer a los taquilleros de que pagaríais los billetes a nuestra llegada, pero se negaron en redondo. No hay ni una pizca de respeto por la aristocracia.

Lady Georgina profirió un chasquido fuerte y burlón.

—Así que todo se reducía a elegir entre dormir en la estación y llamaros a primera hora de la mañana o subir al tren de la leche. —Se encogió de hombros y ocultó el rostro entre las manos.

Lady Georgina y Fergus se miraron fijamente: ella, horrorizada; él, desconcertado.

—Bueno, diría que los niños se lo han tomado como una gran aventura —dijo Fergus con aire alegre—. Y te las has arreglado bien para regresar. Creo que has sido muy ingenioso. —Miró a lady

Georgina y asintió como para darle ánimos, pero ella se limitó a observar a su nieto con aire severo.

Angus suspiró con aire triste, rehuyendo la mirada de ambos.

—Creo que voy a echarme un rato —declaró antes de levantarse y salir con paso lento del comedor.

Cuando se hubo ido, lady Georgina dijo en tono enérgico:

—¿Sabes? Nunca me gustaron los Dunbar-Hamilton. No eran gente de fiar. No hay más que ver lo que los padres de Hugh hicieron con la finca: venderla a escondidas para construir un hotel con campo de golf. En la vida he visto peor terreno para jugar al golf.

—¿Qué? ¿Dónde has oído eso? —Fergus se alarmó. Él también había oído rumores, pero lady Georgina parecía al tanto de cotilleos mucho más detallados.

La matriarca hizo un gesto con la mano y suspiró.

—Bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer?

Fergus negó con la cabeza.

—Sin dinero, no podrá quedarse mucho tiempo en el hotel.

—No, en efecto. Bueno, puede quedarse conmigo en Thistledown Cottage, pero me temo que no es un lugar adecuado para los niños. —Se estremeció un poco al recordar el caos que se produjo la primera vez que se permitió a los niños entrar en el comedor—. ¿Pueden quedarse en la guardería del hotel?

—Por ahora, sí, pero a largo plazo necesitaremos una solución —respondió Fergus pensativo. Se levantó—. Lo hablaré con la señora MacBain.

—¿Por qué no vas a ayudar a Angus a recoger sus cosas? Es mejor trasladarlo mientras está frágil, antes de que tenga

oportunidad de atrincherarse. Voy a desayunar y, cuando termine, podemos ir al *cottage*. —Lady Georgina llamó a un camarero—. Espero que no se hayan acabado los pasteles.

La señora MacBain cruzaba la armería, el espacio central de Loch Down Abbey, decorado con las armas y armaduras de enemigos del clan derrotados siglos atrás. Iba a ver si habían llegado los huéspedes del tren nocturno, pero se encontró con una sorpresa: un caballero entrado en carnes discutía con el jefe de Recepción. Thompson, el empleado en cuestión, de talante por lo general imperturbable, estaba notoriamente nervioso. Atisbó a la presidenta y le hizo señas para que se acercara.

Al hacerlo, oyó que el huésped decía algo sobre lady Annabella. A la presidenta se le escapó un suspiro. Con una sonrisa forzada, se acercó al mostrador.

—Hola, ¿puedo ayudarlo? —preguntó.

El caballero se giró y ella no pudo por menos que estremecerse al ver que lucía un chaleco con un recargado y llamativo estampado, casi peor que el tartán de los Inverkillen. La miró de arriba abajo, carraspeó y le dio la espalda, mientras exigía hablar con el director.

—Permítame presentarle a la señora MacBain —dijo el recepcionista mientras la señalaba de nuevo—. Es una de las propietarias del hotel.

La actitud del caballero cambió de inmediato.

—Oh, por supuesto. Disculpe, el viaje ha sido largo y tedioso, y esperábamos encontrar las habitaciones listas a nuestra llegada. Permítame presentarle a la señora Fenella Blackwood. —Señaló a

una anciana sentada en el banco—. Soy el coronel Henry Lamont, para servirle. —Hizo una reverencia y luego miró expectante a la señora MacBain.

—Mis disculpas, coronel, señora Blackwood. Debe de haberse extraviado la reserva. Déjenme echar un vistazo. ¿Cuándo la hicieron?

—No hicimos reserva. Nos invitó lady Annabella. Hemos viajado juntos desde Shanghái.

«Ay, Dios mío —pensó la señora MacBain—, esta muchacha aún no ha llegado y ya está causando problemas».

—De acuerdo —repuso ella, al mismo tiempo que revisaba el libro de registro—. Bien, seguro que les encontraremos una habitación.

—Habitaciones —precisó el coronel—. No estamos juntos, necesitaremos habitaciones separadas.

La señora MacBain lo miró. Su tono tenía un deje estridente.

—Mis disculpas. —Observó a la mujer, que aguardaba con paciencia en una silla, y luego de nuevo al coronel, que tamborileaba con los dedos en el mostrador. «Yo tampoco querría compartir habitación con él», se dijo. Volvió al libro de registro y buscó dos habitaciones libres—. En esta época del año, recién abierta la veda del urogallo, tenemos muchas reservas.

—Pero, con la cantidad de habitaciones que debe de haber aquí —interrumpió el coronel, que no se molestó en esperar una respuesta —, seguro que hay sitio. Ah, ¿qué es eso? —Se dirigió a grandes zancadas hacia una vitrina con hachas de guerra.

—Y yo necesitaré una segunda habitación cerca de la mía, para mi sobrino —dijo la señora Blackwood—. Ha tenido que quedarse unos

días en Londres por negocios. Espero que llegue pronto. —Una pequeña y fría sonrisa iluminó su rostro.

—¿Comunicadas? —preguntó la señora MacBain mientras echaba un vistazo al libro. No veía que hubiera habitaciones comunicadas libres.

—No —se apresuró a contestar la señora—. No es necesario que sean comunicadas, pero sí necesito tenerlo cerca. Con que sean contiguas ya basta —añadió mientras esbozaba otra sonrisa algo más cálida.

—Eso sí que lo podemos arreglar. —La presidenta hojeó el libro en silencio durante unos instantes—. Ah, creo que he encontrado justo lo que necesita. Tres habitaciones juntas. Puede elegir las dos que más le convengan.

Levantó la vista y se llevó un buen sobresalto: el coronel estaba sopesando una gran espada. Thompson se acercó al punto para quitarle el arma.

—¡Vaya colección! ¿Podría probar alguna? Me encantaría manejar esa ballesta. ¿Eso es un hacha de Lochaber? Siempre he querido tener una entre las manos. —Miró a Thompson con entusiasmo infantil. Estaba claro que iba a ser un huésped problemático. La señora MacBain se preguntó si tendría previsto alojarse durante una larga estancia y esperó que no fuera así.

—Coronel, puedo alojarlo en las habitaciones Scott. Son muy acogedoras y dan al campo de cróquet.

El oficial dejó caer la lanza que sostenía, de modo que faltó poco para que le rebanara un pie a Thompson, y se dirigió de nuevo al mostrador.

—Scott. Me gusta cómo suena. El almirante Scott. Qué gran hombre.

—Ah, no, se llama así en honor a sir Walter Scott, el poeta.

—¿El poeta? —preguntó el coronel con una mueca de disgusto—. Era un poco cursi, ¿no?, con tanto romance y esos ambientes... ¿No tiene nada más adecuado para un militar?

La señora MacBain miró con disimulo el ajustado chaleco del coronel.

—Me temo que todas nuestras estancias de temática bélica están ocupadas, coronel, pero las habitaciones Scott no tienen más relación con sir Walter que el nombre. Creo que se encontrará muy cómodo —insistió sin dejar de sonreír.

El coronel carraspeó un poco y pareció conformarse.

—Bien. —Cogió la pluma para firmar el registro y, cuando terminó, se la guardó en la chaqueta y echó un vistazo a la armería—. ¿Cuándo llega el próximo tren de Londres? Espero que lady Annabella venga en él. Es una pena que nos hayamos separado. Bueno, seguro que estará bien. Una vez en París, una dama puede viajar sola sana y salva. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Sola? —saltó la señora MacBain—. ¿No la acompaña su marido?

—¿Lord Martin? No. Se quedó en Shanghái para clausurar el consulado, o sea, para quemar los documentos clasificados y ese tipo de cosas. Se unirá a nosotros en cuanto termine, según tengo entendido. —Notó la mirada de preocupación de la presidenta—. Es el protocolo habitual. No hay nada de qué preocuparse. Yo me habría quedado, pero él insistió en que acompañase a los civiles, por seguridad. —Saltaba a la vista que la señora MacBain no parecía

muy convencida, así que continuó—: El viaje consta de varias escalas bastante peliagudas, no son lugares para damas.

—Bien —se limitó a responder la presidenta mientras contemplaba una vez más la rechoncha figura del coronel.

«Bueno —se dijo—, tal vez se le dé bien disparar».

—¿A qué hora se sirven los cócteles? —Se dirigió a grandes zancadas hacia el guardarropa sin esperar respuesta.

La señora MacBain, ojiplática, hizo un gesto a un botones para que se ocupara de la maleta del coronel, mientras Thompson lo acompañaba al bar.

—¿Por qué no le muestro sus habitaciones, señora Blackwood?

Cuando la dama se puso de pie, la señora MacBain se quedó desconcertada, pues era menuda y apenas medía metro y medio, pero vestía un elegante traje de viaje verde pálido, con pájaros bordados en colores vivos. Se apoyaba en un bastón de madera con una flor verde tallada en la empuñadura. La presidenta nunca había visto nada parecido y la anciana reparó en su curiosidad.

—Es jade —dijo mientras levantaba el bastón para que lo viera mejor—. Fue un regalo nupcial de mi difunto esposo.

La presidenta debió de levantar las cejas, porque la señora Blackwood continuó:

—Es un regalo insólito, en efecto, pero por entonces Shanghái era bastante peligroso, en especial para una joven occidental, y él quería que me sintiera un poco más protegida.

La señora MacBain sonrió, aunque se preguntó de qué le habría servido el bastón a la señora Blackwood, dada su pequeña estatura.

—Pues es precioso. ¿Y su equipaje?

La dama señaló los dos bultos que tenía a sus pies. Uno era un baúl gigantesco; de hecho, era más grande que ella misma. La presidenta llamó a dos botones, quienes los apilaron y los levantaron del suelo como si no pesaran nada. Con el trasiego, percibió un ligero aroma a la vez mohoso y floral. Se preguntó si sería ese el olor de Shanghái.

—¿Podrá subir las escaleras? —preguntó la señora MacBain, mientras pensaba dónde podrían alojarla si le costaba subir al segundo piso.

—No se preocupe por eso. Me arreglo bien con las escaleras. Mi casa de Shanghái tenía cinco pisos y me defendía a la perfección. —Se puso en marcha con brío.

—Bueno, si está segura... —Indicó a los botones que las siguieran —. Entonces, ¿se marchó de Shanghái con lady Annabella?

—Sí. Tuve suerte de poder embarcar en el avión. Por desgracia, solo conseguí dos asientos, así que mi doncella tuvo que quedarse en Shanghái. Fue una pena. Tardé mucho en entrenarla y era muy eficiente.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó la señora MacBain, que nunca había salido de Loch Down, y mucho menos de Escocia.

—Unos doce días. Es un trayecto agotador, con diez escalas nocturnas. Alojan a todo el mundo en el mismo hotel, así que, para bien o para mal, una acaba conociendo a sus compañeros de viaje.

—Ya me lo figuro —murmuró la presidenta. Intentaba identificar su acento. Era bastante inusitado y con un deje que no parecía inglés, pero pensó que tal vez era la entonación normal de quien ha vivido muchos años en el extranjero.

Llegaron al final de las escaleras y, en honor a la verdad, la señora Blackwood las había subido a ritmo ligero sin ningún problema.

—Es al final de este pasillo. —Giraron a la izquierda y al cabo de dos minutos se encontraron frente a una puerta que llevaba el rótulo «Mackintosh».

—Pues aquí es. Le he asignado esta habitación, que tiene vistas al jardín y le da el sol por la mañana. Su sobrino puede quedarse con la de al lado o la de enfrente.

—La de enfrente estaría bien. Gracias. —Volvió a sonreír con dulzura, y la señora MacBain tuvo la fugaz sensación de que su sonrisa era más un arma que un gesto de bienvenida.

Abrió la puerta con la llave y la sostuvo para que entrara la señora Blackwood.

—Oh, es preciosa —exclamó la dama al entrar en la habitación—. No me la esperaba tan espaciosa. Gracias.

La señora MacBain se quedó justo en el umbral. De entre las del segundo piso, no era la más impresionante. Acogedora, desde luego, pero no grandiosa.

—Me alegro de que le guste. Siempre ha sido una de mis favoritas.

—Aquí estaré la mar de cómoda. —La anciana se dispuso a cerrar la puerta, y empujó a la presidenta hacia el pasillo.

—Si me permite la pregunta —repuso la señora MacBain vacilante —, el coronel dijo que lady Annabella y usted se separaron. ¿Cómo ocurrió? Yo estaba convencida de que volaban todos juntos.

En sus ojos brilló un destello de irritación, que de inmediato dio paso a una dulce sonrisa.

—Ah, sí, eso puede resultar confuso. —Suspiró con suavidad—. Creo que ninguno de nosotros soportaba la idea de seguir volando, así que tomamos el Tren Azul en Marsella. La última vez que la vi fue durante el almuerzo, justo antes de llegar a París.

Empezó a cerrar la puerta de nuevo.

La señora MacBain frunció el ceño.

—¿Cómo es posible separarse en un tren?

Esta vez la dama fue incapaz de ocultar su irritación.

—Una vez en París, hay que hacer trasbordo a otro tren distinto. Creo que tiene que ver con el ancho de las vías. En todo caso, cambiamos de coche y proseguimos el viaje. Supuse que se había perdido en la estación. La Gare du Nord es bastante más grande que la estación de Shanghái, así que no me sorprende que ocurriera. Es demasiado joven como para andar viajando sola, pero juzgué preferible seguir adelante y esperarla aquí en lugar de hacerlo en Londres, donde nos sería fácil perdernos. —Hizo una breve pausa y mostró la misma sonrisa inquietante mientras aguantaba la puerta con una mano enguantada—. Ahora, si no le importa, necesito echarme un rato antes del almuerzo. Viajar con el coronel me ha dejado exhausta.

—Le agradezco la información. El almuerzo se sirve a partir de la una. Por las tardes, puede tomar el aperitivo en la biblioteca de las seis en adelante. La cena se sirve a las siete o a las nueve, y al turno de las siete suelen asistir los niños.

Nada más terminar la frase, la puerta se cerró de golpe y la señora MacBain se apresuró hacia las escaleras de servicio, recapitulando acerca de la conversación. Había algo muy inquietante, pero no conseguía identificarlo.

Fergus y la señora MacBain se encontraban en el despacho que esta tenía abajo, en la planta de empleados, junto a las cocinas. Había sido su salita cuando era ama de llaves, y desde aquel cuartito, con su tenue luz y su pequeña chimenea, dirigía Loch Down Abbey. Era su bastión y se negaba a renunciar a él, pero, como no podía llevar a los huéspedes a la planta de empleados, utilizaba la sala serbal en las raras ocasiones en que alguno necesitaba hablar con ella en privado.

—No podemos tenerlos en la guardería para siempre —dijo Fergus. Discutían qué hacer con los niños.

—Al menos Angus ha traído a su niñera. La verdad es que de un tiempo a esta parte no usamos mucho esas estancias, así que no me preocupa. Siempre y cuando la niñera los mantenga controlados, claro. —Tras una breve pausa, la presidenta prosiguió—: ¿Cuándo va a llegar Bella? ¿Lo sabemos?

—¿Bella? —Fergus soltó una risa sarcástica—. ¡Ja! ¿De verdad cree que se va a hacer cargo de los niños?

—Bueno, son sus hijos —repuso en un tono que distaba mucho de ser convincente.

—En aquella otra ocasión le faltó tiempo para salir huyendo de ellos. No creo yo que ahora la vaya a invadir el instinto maternal. —Fergus dio un profundo suspiro—. Pobrecillos. ¿Qué se debe de sentir cuando te abandonan tu madre y tu padre?

Se quedaron en silencio mientras reflexionaban al respecto. Sacudiendo la cabeza, la señora MacBain dijo:

—En cualquier caso, ¿sabemos algo de ella?

—No —negó Fergus de palabra y con la cabeza—. Estoy convencido de que habrá ocurrido exactamente lo que dijo la señora

Blackwood: seguro que ha perdido el enlace y llegará en el próximo tren.

—Quizá —repuso la presidenta, en absoluto convencida—. Es muy curioso. No imagino a Bella con prisas por volver a casa, pero habría puesto la estación patas arriba si hubiera perdido el tren. De haber habido algún problema, se habría enterado todo París.

Fergus se encogió de hombros.

—También es verdad.

La señora MacBain profirió un enorme suspiro.

—Me gustaría volver a hablar con el coronel. Hay algo que no me cuadra.

Al cabo de media hora, encontraron al militar en la sala de billar.

—Salimos juntos de Shanghái. Lord Martin en persona me encomendó que velara por su seguridad, así que la protegí lo mejor que pude. El trayecto está trufado de ciudades peligrosas para las damas. No me hagan hablar de Bagdad, podría contarles cada historia...

—Sí, no dudo que tendrá historias que relatar —lo cortó la señora MacBain—, pero ¿podríamos volver a lady Annabella?

—¡Oh! Claro. —El coronel parecía un poco molesto por la interrupción—. Cuando aterrizamos en Atenas, la mitad del grupo subió al Orient Express y regresó por ese medio. Como quedaban pocos asientos, los demás viajamos a Marsella para tomar el Tren Azul, y acompañé a lady Annabella en ese trayecto. Yo debía ir a Londres por negocios, pero, después del problema con su doncella, me sentí en la responsabilidad de escoltarlas para que regresaran a Loch Down sanas y salvas.

—¿Su... doncella? —Fergus deseó que no fueran varias—. ¿Solo una?

—¿Hubo algún problema? —preguntó la señora MacBain.

—Sí, pobrecita. Le robó un delincuente callejero (Marsella puede ser muy peligrosa) y, en el forcejeo, se rompió la muñeca. Con un solo brazo, no es de gran ayuda como doncella. Puesto que tengo socios en la ciudad, pude conseguirle un médico y posponer los billetes de tren unos pocos días.

—¿Y la señora Blackwood también esperó? —se extrañó la señora MacBain, desconcertada por ese detalle.

—Sí, le preocupaba que lady Annabella viajara sola e insistió en quedarse en Marsella con ella, lo cual fue un gesto muy leal por su parte, pero en absoluto necesario. Las mujeres de su edad tienden a ser entrometidas. —Tras apuntar y ensayar largamente su tiro, no acertó a golpear ni una sola bola del billar.

—Sí —convino la señora MacBain, despacio—. Y, sin embargo, ninguno de los dos la esperó en Londres.

El coronel, nervioso, se aclaró la garganta.

—Ah, ya, habría sido lo más sensato. En fin, a lo hecho, pecho. —Se preparó para otro tiro, pero, tras pensárselo mejor, se enderezó y se dirigió a la señora MacBain—. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda tomar *kedgeree* para desayunar?

El resto del día transcurrió sin incidentes. Tras la cena, lady Georgina reunió a un cuarteto para jugar al *bridge*, como solía hacer casi todas las noches. Angus detestaba el juego e hizo cuanto estuvo en su mano por zafarse de la partida.

Cuando llegaron al salón, lady Georgina se emparejó con la recién llegada, la señora Blackwood, y se sentaron a la mesa con lord Iverson y su hermana, lady Buxton. Los hermanos formaban una mala pareja de juego, pero, precisamente por lo lucrativo que resultaba enfrentarse a ellos, lady Georgina no perdía ocasión de hacerlo. Angus observó la primera mano y luego, aburrido, se acercó al camarero que servía las bebidas. Era una bandeja tradicional con jerez, oporto, whisky, whisky con soda y whisky con agua. Suspiró. Al marcharse de Loch Down, se había hecho abstemio. Pasaba los días ocupándose de los niños para que Hugh pudiera centrarse en la escritura. Angus no tardó en comprender que era más fácil encargarse de los pequeños si no tenía resaca, así que dejó de beber. Sin tener que lidiar con su familia, no le había resultado difícil dejarlo.

El criado carraspeó un poco y Angus tomó un whisky. Se acercó a la ventana.

Se llevó la bebida a la nariz y la olió suavemente. Por mucho que le costara admitirlo, la calidad del whisky se había decuplicado en manos de Ross MacBain. Hizo girar el vaso y observó el color. Incluso eso había mejorado. El whisky Plaid, como se lo conocía cuando Angus estaba al mando, siempre había tenido un tono naranja nada apetecible. Sostener otra vez ese vaso le trajo todo tipo de pensamientos incómodos:

«¿Y si hubiera hecho caso a Fergus en lugar de hacérselo a mi padre? Si hubiera dedicado más tiempo a la destilería, ¿habría cambiado algo? Si hubiéramos reemplazado antes al viejo MacTavish, ¿habríamos conservado Loch Down Abbey? ¿Me lo habría permitido mi padre?».

Pero nunca lo sabría. Era otro de sus estrepitosos fracasos, y uno más de los aciertos de su hermano, por quien sintió una punzada de aversión. Apuró el whisky de un trago y se acercó a la bandeja para servirse otro. Volvió a mirar las cartas y observó que lady Georgina lucía un semblante satisfecho, de modo que la tal Blackwood debía de ser una compañera competente. Se dirigió a la sala de billar con la esperanza de que estuviera más animada.

TRECE DÍAS ANTES DEL BAILE

A la mañana siguiente, Lockridge, el chófer jefe, acababa de traer de la estación a los huéspedes que habían llegado en el tren nocturno de Londres. La señora MacBain se apresuró hacia la armería. Por mucho que esperara ver a Bella entre los recién llegados, estaba más emocionada por la llegada de otra persona. Cruzó la puerta tapizada de paño verde y sonrió al ver el bullicio.

Como era de esperar, reinaba un barullo de huéspedes y mozos, maletas y carritos. Por la puerta abierta, se oía a los sabuesos y un joven botones pasó con una gran pajarera. Allá, en medio de todo el guirigay, encontró a su presa: lady Elspeth. La presidenta se abrió paso entre el caos y le dedicó una cálida sonrisa.

—Lady Elspeth, me alegro mucho de que haya podido acompañarnos.

Lady Elspeth era otro miembro de la familia Inverkillen. Se trataba de la única hija de lady Georgina y vivía en Francia con su marido y sus hijos.

Elspeth se giró al oír su nombre y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡No me lo habría perdido por nada del mundo! ¡Un baile de las Highlands en Loch Down Abbey! Nunca pensé que llegaría a verlo. ¿Hemos celebrado alguna vez un baile?

Las mujeres se abrazaron con delicadeza. Se habían hecho muy amigas en los años transcurridos desde que la señora MacBain se

había hecho cargo de la casa convertida en hotel. De hecho, Elspeth le había prestado un gran apoyo, enviando a muchos de sus amigos a alojarse allí.

—Que sepamos, solo se ha celebrado un baile —respondió la señora MacBain—: el que organizó la décima condesa de Inverkillen.

—¿Lady Morag? —preguntó Elspeth con entusiasmo. Lady Morag era la única mujer en la historia de la familia que se había hecho retratar y que había mandado exponer dicho lienzo en Loch Down Abbey. Ahora bien, dado que la obra databa del siglo XVII, nadie sabía con certeza qué había hecho para merecer tal honor—. ¡Qué maravilla! ¡Es todo un acontecimiento histórico!

La señora MacBain sonrió con recato.

—¿Vendrá Iris? Ardo en deseos de verla.

Iris Kettering era media hermana de Angus, Fergus y Bella. Durante años había vivido en Loch Down Abbey bajo la tutela de la familia, antes de que se descubriera su verdadero linaje. A algunos Inverkillen no les había sentado bien, y lady Georgina tuvo que ordenarles que la aceptaran, cosa que algunos hicieron a regañadientes. Elspeth, sin embargo, se había alegrado mucho y había acogido a su nueva sobrina con entusiasmo.

—No, por desgracia no vendrá —respondió la presidenta, mientras esquivaba a un chiquillo con un triciclo—. Al señor Kettering le ha surgido un imprevisto en... En Suecia, creo. No volverá hasta después del baile, y además Iris no quería asistir sola.

—Oh, qué pena —se lamentó lady Elspeth.

La señora MacBain miró a su alrededor.

—¿Y los niños? ¿Dónde están? ¿No los ha traído contigo? —preguntó, sorprendida de ver a Elspeth sola, pues siempre traía a

sus hijos en sus visitas.

—Delphine los ha llevado a la guardería. —Delphine era la hija mayor de Elspeth. Con solo diecisiete años, aún no había debutado, pero su madre había decidido llevarla al baile de todos modos—. Me he tomado la libertad de venir unos días antes para ayudar en lo que pueda. Sé lo mucho que cuesta organizar un baile.

Lady Elspeth echó un vistazo alrededor en la armería y luego se inclinó y le susurró algo.

—¿Cómo se está portando mamá? ¿Está insufrible?

La señora MacBain dudó, buscando una respuesta. Lady Georgina había tratado de hacerse con las riendas, lo que le había causado un sinfín de problemas a la presidenta.

—Lo tomaré como un sí. —Elspeth le dedicó una sonrisa cómplice —. Haré lo que pueda para mitigar sus intromisiones.

—Pues lo cierto es que sí hay una cosa con la que no me vendría nada mal algo de ayuda. —La señora MacBain hizo una señal a un camarero para que les llevara té a su despacho. Se abrieron paso con cuidado entre el caos de la armería. Cerraron la puerta tras de sí, el estruendo se desvaneció y se acomodaron en los sofás junto a la chimenea—. Angus ha vuelto.

—El regreso del hijo pródigo. ¡Qué maravilla! —respondió Elspeth con tono de sorpresa. Observó el rostro de la presidenta—. Entiendo que se ha presentado sin avisar.

El camarero llegó con el té y esperaron a que se marchara antes de continuar.

—Parece que los chicos se han separado de repente y de forma amarga. —La señora MacBain preparaba el té mientras relataba la

triste historia de Angus. Elspeth escuchaba en silencio, pero mostrando su reacción mediante gestos.

—Bueno —dijo Elspeth mientras tomaba una delicada taza de porcelana de manos de la señora MacBain—, Angus tendrá su parte de culpa, conozco muy bien sus defectos, pero parece que Hugh es el principal responsable. —Tomó un sorbo—. Este té es nuevo. ¿Es oolong?

Se quedaron en silencio unos instantes mientras bebían, pensativas.

Elspeth sacudió la cabeza y suspiró, irritada por la situación familiar.

—Angus debería saber que no conviene confiar la seguridad financiera a manos ajenas. Está claro que no ha aprendido nada. Pero los niños... ¿Cómo ha podido Hugh comportarse de una manera tan atroz? —Levantó la cucharilla de plata y removió el té, distraída —. Supongo que los padres de Hugh se harán cargo de los niños, ¿no?

La señora MacBain levantó la vista, sorprendida.

—¡Uy, ahí sí que hay un notición!

Elspeth dejó de remover. No le gustó cómo sonaba.

—¿Cómo que notición?

—Se han ido. Han vendido la finca y se han mudado al extranjero.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace unos meses.

—¡Mamá no dijo nada!

—Qué raro. Estaba furiosa con ellos y no lo ocultaba.

—¿Qué ocurrió?

—Se fueron de viaje al extranjero y pidieron al servicio que cerrara la casa. Al cabo de un par de semanas, Lawlis se presentó allí, anunció que habían vendido la finca y pagó al personal el salario de una semana antes de despedir a todo el mundo.

Elspeth se quedó sin aliento.

—¿Solo el salario de una semana? —Se quedó de piedra.

—Del salario estival, además.

Elspeth estaba horrorizada. El salario del personal ya era bastante bajo con los señores en casa, pero, durante el verano, cuando se iban al extranjero, lo habitual era proporcionarles alojamiento y manutención, y no pagarles prácticamente nada.

—Contratamos a toda la gente que pudimos, por supuesto —dijo la señora MacBain—, pero muchos tuvieron que abandonar el pueblo en busca de trabajo. Ha sido devastador.

—No puedo creer que mamá no lo mencionara. Vaya golpe para el pueblo. —Resopló un momento—. ¿Y la casa está vacía desde entonces?

La presidenta asintió, cansada.

—Sí.

—Pero... —Elspeth estaba conmocionada—. ¿Adónde se fueron? ¿Y por qué? ¿Quién compró la casa y dónde están? ¿Quiénes son? No puedo creer que permanezca vacía.

—Ahí está el misterio del asunto. En estos meses, nadie ha tomado posesión de la propiedad ni hay mantenimiento de ningún tipo.

—¿Así que Hugh deja a sus hijos desamparados mientras que sus padres abandonan su finca, a su personal y el pueblo? —Elspeth bebió, pensativa—. Los Dunbar-Hamilton nunca me han agradado,

pero esto es inaceptable. ¿Y ahora Angus se ha quedado aquí atrapado con los hijos de Hugh y Bella? Toda esta historia resulta inaudita.

—Bueno, esa es otra. —La señora MacBain dudó. Elspeth sintió un nudo en el estómago—. Bella viene de camino a Loch Down.

Elspeth pensó en ello un momento.

—Claro, si tenemos en cuenta las noticias que llegan de Shanghái, era de esperar. ¿Se sabe cuándo llegará?

—Esa es la cuestión: ya debería de estar aquí.

Elspeth respiró hondo para hablar, pero luego se arrepintió. Inclinó la cabeza, hecha un mar de dudas.

La señora MacBain le explicó la situación:

—Lo que sabemos es que llegó a París, pero nadie la ha visto ni ha sabido nada de ella desde entonces. Sí que han llegado otros viajeros procedentes del consulado, así que ya debería estar aquí.

—Eso es preocupante —dijo Elspeth pensativa.

—Ya tengo bastante en qué pensar sin tener que buscar a Bella, pero me preocupa. —Dudó—. ¿Tiene usted amigos en París?

—Sí, claro que los tengo. —Elspeth se mostró sorprendida, pero intuyó los derroteros que iba a tomar la conversación.

La presidenta respiró hondo.

—¿Puedo pedirle un favor? ¿Podría ponerse en contacto con ellos y preguntar si alguien la ha visto?

Elspeth negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero todos mis conocidos se habrán ido ya a sus casas de verano. En agosto, en París casi no queda ni un alma.

La señora MacBain hizo una mueca ante el contratiempo.

—De acuerdo. Bueno, seguro que aparecerá.

Llamaron a la puerta y un lacayo asomó la cabeza.

—Siento interrumpir, pero la busca el señor Thompson.

La presidenta asintió y dejó la taza de té en la bandeja de plata.

—El trabajo no perdona.

Elspeth la vio marcharse y luego se acurrucó de nuevo en el sofá. La señora MacBain solía acertar con sus corazonadas, así que se preocupó también ella. Después de servirse otra taza de té, tomó una decisión. Si Bella no aparecía antes del fin de semana, ella misma iría a París.

Esa noche, ya bastante tarde, Fergus estaba deseando irse a casa. Sin embargo, Lockridge había salido de improviso a recoger a unos huéspedes que llegaban con el último tren, por lo que accedió a esperar con el recepcionista nocturno para ayudarlo a acomodarlos en sus habitaciones. Cuando Fergus entró en la armería, lo recibió una potente voz:

—¡Sobrino! ¡Qué alegría verte!

Fergus no pudo evitar estremecerse. Solo tenía un tío.

—Tío Cecil —dijo con frialdad.

El comandante Cecil Ogilvy-Sinclair cruzó la sala con paso distinguido, sin perderse ni ripio de los cambios que se habían producido en Loch Down Abbey, hasta que llegó frente a Fergus.

—Al parecer, reinan el éxito y la prosperidad. Felicidades.

Fergus clavó la mirada en su tío. No se habían visto desde la subasta de dos (no, tres) años atrás, cuando este le había robado a su prometida y se había fugado con ella. «Sí que es verdad que el tiempo vuela», pensó Fergus.

—Me he enterado de que hay que darte la enhorabuena. —Miró a su sobrino de arriba abajo con aire evaluador y le quitó un pelo invisible de la solapa antes de enderezarle la flor del ojal—. Te sienta bien lo de ser papá.

—¿Qué? Ah, sí, gracias —balbuceó Fergus—. ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo iba a perderme tu primer baile? Me habría quedado con mamá en Thistledown Cottage, pero no quería molestarla.

Fergus se quedó perplejo.

—Tiene ocho dormitorios.

—Exacto. Es una casita cuquísima, demasiado pequeña. No, pensé que estaríamos más cómodos aquí, en Loch Down Abbey. Supongo que tendrás sitio para tu *oncle préféré*. —Se dirigió al mostrador de recepción sin esperar respuesta.

Enojado, Fergus lo siguió. «¿Quién más va a presentarse sin avisar?», se preguntó irritado.

Cecil le presentó a un caballero bastante modesto.

—Te presento al señor Joshua Rosenthal, de Nueva York. Nos conocimos en el hotel Claridge's de Londres y, cuando le hablé de Loch Down Abbey, no pudo resistirse a venir.

—Espero no causar una gran molestia —dijo con marcadísimo acento norteamericano—. Tenía la impresión de que nos esperaban. —El hombre era tan educado que casi daba la impresión de pedir perdón.

—No hay ningún problema, señor. ¿Le importaría firmar el registro? Aquí —respondió el recepcionista nocturno, que se encargó de recibir al señor Rosenthal, con lo que Fergus pudo retomar la conversación con su tío.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis? —preguntó Fergus.

—Ah, no estoy seguro —respondió Cecil con cierto aire de desenfado—. Cuando se emprende un viaje tan largo, parece que convenga quedarse un tiempo. ¿Quizá dos o tres semanas?

—¿Y vendrá también la señora Ogilvy-Sinclair? —preguntó Fergus haciendo énfasis en la palabra *señora* con un deje de amargura que lamentó al instante.

Era el turno de que Cecil se enfadara.

—Ah, no. —Se movió incómodo y carraspeó—. Eva se queda en Londres para cumplir con algunas... obligaciones sociales. Juntas benéficas y cosas así. Estaré libre.

El recepcionista nocturno levantó la vista de sus papeles y de inmediato se dio cuenta de que Cecil mentía. «Debe de ser un pésimo jugador de cartas», pensó. Sacudiendo un poco la cabeza, hizo una señal a un botones.

—Thomas los acompañará a sus habitaciones. Disfrute de su estancia, señor Rosenthal.

—Gracias. —Tras echar un vistazo a la armería, el huésped subió las escaleras—. ¿Nos vemos en el desayuno, comandante?

Cecil asintió, se volvió hacia su sobrino y forzó una sonrisa.

—Bien, dos semanas. —Hojeó el libro de reservas—. Sí, tus antiguos aposentos están libres. —Le entregó a Cecil una pluma para que firmara el libro de huéspedes.

Cecil miró a su sobrino, medio ofendido.

—¿No tienes nada en la planta de la familia?

Cuando los Inverkillen vivían en Loch Down Abbey, tenían el primer piso reservado para sus dormitorios y el segundo, para los de los invitados, aunque nunca recibieran visitas. Siempre había sido un

asunto espinoso que las habitaciones de Cecil se ubicaran en la segunda planta.

Fergus suspiró irritado y volvió a hojear el libro.

—Puedo alojarte en la *suite* Farquharson. —Cecil levantó una ceja interrogativa—. Son los antiguos aposentos de Angus.

—¡Oh! Oh, sí, está bien. Gracias.

—Requerimos el pago por adelantado.

—¿Qué? —Cecil estaba indignado—. Yo nunca...

Fergus clavó la mirada en su tío. Thompson observó a su jefe, con las cejas levantadas hasta el nacimiento del pelo. Retrocedió en silencio hasta que encontró la puerta oculta que daba al pasillo trasero y se apresuró a salir. En el pueblo, los Inverkillen eran célebres por las zapatiestas que armaban, y no tenía la menor intención de verse envuelto en una.

—Es muy infrecuente que un caballero tenga que pagar por adelantado. No es probable que desaparezca en plena noche —susurró Cecil, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le oyera—. Al fin y al cabo, soy de la familia.

—Siempre puedes alojarte con la abuela.

Tío y sobrino se miraron fijamente durante unos instantes, mientras Cecil resoplaba por lo bajini. Por fin, cedió.

—De acuerdo. —Echó mano a la cartera y Fergus preparó la factura. Cuando se la entregó, la miró por encima y dijo—: Debe de haber un error.

Fergus permaneció en silencio.

—¿Por una semana? —se burló Cecil—. No es el Ritz que digamos.

Fergus lanzó una mirada de advertencia a su tío.

—Esperaba algún tipo de..., ejem..., descuento por ser de la familia.

—Si no te lo puedes permitir, siempre puedo alojarte en tus antiguas habitaciones, que son mucho más baratas. —Lo dijo en alto, lo que hizo palidecer a Cecil.

—¡Baja la voz! Sencillamente me sorprende que cobres tanto por una habitación. —Volvió a contar el dinero que llevaba en la cartera. Fergus notó la creciente inquietud de su tío, preparó una segunda factura y la depositó entre ambos sin comentar nada.

Cecil suspiró, colocó varios billetes sobre el mostrador y, armado de toda la dignidad que pudo reunir, se guardó la cartera en el abrigo.

—Digamos que es un capricho nostálgico.

—Sí, vamos a llamarlo así. —Fergus le entregó una llave al conserje—. Ollie, por favor, a las habitaciones Serramuir.

Mientras se alejaban, Fergus soltó un profundo suspiro, mirando al otro lado de la armería.

—La comida y la bebida corren a cuenta de la casa.

De espaldas a su sobrino, Cecil se quedó paralizado por un momento. Giró la cabeza lo justo para murmurar «gracias» y luego continuó subiendo por la escalera de la derecha hacia su habitación.

DOCE DÍAS ANTES DEL BAILE

El día siguiente amaneció claro y fresco. Lady Elspeth se detuvo en el umbral del guardarropa y respiró hondo. Siempre era grato regresar a Loch Down, donde se respiraba más tranquilidad y un aire más dulce y vigorizante que en Francia. Acababa de terminar el desayuno y quería dar un paseo antes de que comenzaran los preparativos para el baile, así que salió, tarareando tan campante una melodía sin sentido. No era quien tenía el mejor oído de su familia.

Cuando llegó al viejo y retorcido espino que de niña había bautizado como Don Nudoso, se detuvo un momento para disfrutar de las vistas. De entre todos los panoramas que ofrecía la finca, ese era su favorito, pues se divisaban la finca, el pueblo y el lago. Justo cuando estaba a punto de marcharse, a su izquierda, atisbó una columna de humo que se elevaba entre un grupo de árboles. Se fijó mejor y observó que estaba cerca de la cabaña donde tenía sus encuentros furtivos con Ross.

Ross MacBain, maestro destilador de Whisky Inverkillen, era primo de la señora MacBain y se había criado en la finca con Elspeth y sus hermanos. Era, y siempre sería, el amor de su vida. Cuando ella visitaba Loch Down, se reunían en la cabaña todas las tardes después del té. Pero ese día apenas eran las nueve. ¿Qué demonios hacía allí tan temprano? Bajó la colina deprisa.

Cuarenta minutos más tarde, llegó al claro donde se encontraba la cabaña. Se escondió detrás de un árbol y observó durante unos instantes. El humo se había disipado casi por completo y no vio ningún movimiento en el interior. Solo había una habitación, por lo que era imposible esconderse. La puerta estaba cerrada y se acercó con sigilo a la ventana. Al oír zurear a una paloma, por poco se le sale el corazón del pecho. Se reprendió por lo ridículo de su reacción. Era pleno día, ¿qué pensaba que iba a pasar? Respiró hondo, sacudió la cabeza, se acercó a la puerta y la abrió.

Al ver que no había nadie, echó un vistazo a la habitación: aún ardían los rescoldos. Era evidente que alguien había estado allí, y no hacía mucho. Entró, examinó la mesa y halló migas y otros restos de comida. Ni ella ni Ross la habrían dejado en ese estado, así que tenía que ser otra persona, ¿no? Pero ¿cómo podía ser? Nadie, ¡nadie! sabía nada de la cabaña salvo ellos dos. Había sido su nido de amor furtivo durante décadas. Se acercó a la chimenea y cogió una botella de whisky vacía. Era el *blended* especial que Ross elaboraba para su propio consumo y que solo Elspeth conocía. Llevaba el nombre de ella y él solo lo bebía en su compañía. La volvió a dejar en su sitio, desconcertada, y se dio la vuelta para marcharse. Se detuvo en seco. La cama que había en la esquina, el lecho que compartían, estaba sin hacer. Saltaba a la vista que alguien había dormido en ella.

Elspeth se hallaba en estado de *shock*. Salió por la puerta dando tumbos y echó a caminar aturdida.

«No puede ser —se dijo—. Tiene que haber alguna explicación».

Sin embargo, por más que lo intentó, no se le ocurrió ninguna. Si solo Ross y ella sabían de la cabaña, entonces, quienquiera que

hubiera estado habría ido por invitación de él. No tenía derecho a exigirle nada, por supuesto, pero nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera serle infiel. Se amaban profundamente, ¿no? Por otra parte, no tenía ni idea de lo que él hacía cuando ella estaba en Francia. «Con mi marido», pensó, y aminoró el paso.

Cuando la destilería apareció ante sus ojos, se detuvo para mirarla. La habían remozado un poco, o al menos habían reparado el tejado, por lo que no crecía nada en él, pero en general tenía el mismo aspecto de toda la vida. Contra el fondo verde oscuro de los pinos silvestres, destacaban la pintura blanca algo deslavazada por el tiempo y la noria, que giraba despacio en el río. Caminó un poco más y se sentó en una roca al calor del sol.

¿Qué sabía ella, desde Francia, de la vida que Ross llevaba en su ausencia? Muy poca cosa. Nunca hablaban del tiempo que pasaban separados, pues evidenciaba en exceso la distancia que los separaba. Pero allí estaban la prueba de que tenía otra vida en la que no participaba. Quizá se estaba aburriendo de ella, cansado de esperar a que encontrara una excusa para visitarlo. ¿Y si quería a alguien más cercano, otra persona con quien compartir su día a día y hacer planes de futuro? Elspeth no le ofrecía nada de eso.

En realidad, nunca había valorado su relación desde el punto de vista de Ross. Elspeth solía presentarse por sorpresa y se quedaba todo el tiempo que podía, pero luego se marchaba sin saber cuándo volvería.

«Por supuesto que tiene a otra persona —se reprendió—. ¿Por qué no iba a tenerla? Los hombres tienen necesidades. Y para satisfacerlas no basta con tres o cuatro encuentros al año».

Parecía mentira que, después de tantos años en Francia, aún no hubiera aprendido nada de la vida.

Con calma, se levantó de la roca soleada, le dio la espalda a la destilería y caminó hacia Loch Down Abbey.

DIEZ DÍAS ANTES DEL BAILE

Al cabo de un par de días, por la mañana, la señora MacBain se dirigía a comprobar si Bella había llegado en el tren nocturno. Se le empezaba a hacer cuesta arriba preocuparse todo el tiempo por ella. «¿Será así la maternidad?», se preguntó. Abrió despacio la puerta de paño verde y echó un vistazo a la armería. Como siempre ocurría tras la llegada de ese servicio ferroviario, en la estancia reinaba el caos, aunque un caos educado. Sus mirada recorrió la sala en busca de Bella y de pronto se posó en un hombre, el más corpulento que había visto en su vida. En comparación, la mujer que estaba a su lado (que debía de ser su esposa, o tal vez su hija, pues aparentaba ser muy joven) parecía diminuta. Al entrar en la armería, observó el panorama, negó con la cabeza y se dirigió a la recepción. «¿Dónde está MacPherson?», se preguntó. Por la mañana siempre había dos recepcionistas.

Mientras Thompson atendía a otro huésped, el hombre gigante tamborileó con los dedos sobre el mostrador, distraído, y echó un vistazo a la sala. La señora MacBain ocupó el puesto del recepcionista ausente y le sonrió.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó educadamente.

—Ah, sí, por favor. Tenemos una reserva a nombre de Alistair Cooper y señora.

—Bienvenidos a Loch Down. —Abrió el libro de reservas de cuero y buscó su nombre. No le sonaba haberlos visto en la lista de

huéspedes entrantes.

—Me temo que hemos llegado varios días antes de lo previsto. ¿Será un problema? —La señora Cooper le sonrió con amabilidad—. Íbamos de camino al Lejano Oriente y tuvimos que cambiar nuestros planes.

—Oh, claro, es comprensible —dijo la presidenta con cortesía—. ¿De dónde vienen?

—Estábamos en París —respondió la mujer—. Era mi primer viaje al extranjero. Es una ciudad romanticísima. ¿Ha estado usted?

La señora MacBain sonrió a la mujer. En realidad, era poco más que una niña, pero le cayó en gracia.

—No, me temo que no. Ah, aquí está su reserva. Sí, les hemos reservado la *suite* Stuart, que está... —pasó unas cuantas páginas hacia atrás—... libre. ¿Podrían firmar aquí, por favor? —Les pasó una pluma y el hombre la tomó, solemne y concentrado.

La presidenta le preguntó a la señora Cooper:

—¿Decía que se dirigían al Lejano Oriente?

—Sí, la primera parada era Hong Kong y pretendíamos visitar Shanghái. Estamos de luna de miel.

La señora MacBain esbozó una sonrisa soñadora.

—Una luna de miel en el Lejano Oriente... ¡Qué romántico!

—¿Ves? —repuso la señora Cooper mientras le daba una juguetona palmada a su marido en el brazo. Él resopló con buen humor y la joven esposa le explicó a la presidenta—: Estudié sobre Shanghái en el colegio, en Canadá, y siempre he querido visitarla. Dicen que es la «París de Oriente». Así que, cuando Alistair me preguntó adónde quería ir de luna de miel, contesté de inmediato que allí. Reconozco que no es la coyuntura idónea —su marido la

miró y negó lentamente con la cabeza, suspirando, lo que la hizo reír —, pero algún día será una gran historia para contarles a nuestros nietos. —Dejó el bolso en el mostrador y se acercó a contemplar las dagas ceremoniales expuestas.

—Perfecto, señor Cooper, gracias. —La señora MacBain cogió la pluma y le indicó al botones que se llevara las maletas—. ¿Es la primera vez que visitan Escocia?

—En realidad, sí. Mi abuelo era originario de las Highlands, pero emigró a Canadá antes de que naciera mi padre. Ya que estábamos a este lado del charco, pensamos en venir a conocer la madre patria.

La señora MacBain se giró para buscar la llave de la *suite* Stuart mientras reflexionaba sobre la expresión que acababa de oír: *madre patria*. Le sonaba a la Edad Media, demasiado folclórica y vikinga. Se preguntó si sería esa la idea que la gente albergaba de Escocia.

Se dio la vuelta, les entregó la llave y les deseó una buena estancia. El señor Cooper empezó a seguir al botones, pero se detuvo y giró para preguntar:

—¿Es cierto que elaboran su propio whisky?

—Así es. La destilería está en los terrenos del hotel, en el bosque de atrás.

—Excelente, me encantaría ver cómo funciona.

La presidenta se retorció por dentro.

—¡Oh! Me temo que no es una visita adecuada para los huéspedes. Puede ser un lugar algo peligroso. Pero podrá degustar el whisky esta noche antes de la cena. —Esperaba dar el tema por zanjado, pero el señor Cooper no parecía satisfecho.

La señora Cooper se agarró del brazo de su marido y le dijo:

—Estupendo. Así podremos compararlo con el tuyo.

La señora MacBain miró a la mujer con curiosidad.

—¿El suyo?

—Mi marido también elabora whisky.

El señor Cooper se puso tenso y negó con la cabeza.

—Mi abuelo trajo consigo la receta familiar, le enseñó a mi padre a elaborarlo y mi padre me enseñó a mí. Hemos tratado de mantenernos fieles a la tradición en la medida de lo posible. Ontario es en gran parte tierra de turberas. Supongo que por ese motivo mi abuelo se estableció allí: le recordaba a Alba.

Pronunció la palabra con una a nasal y la señora MacBain, que tardó un momento en comprender que se refería al nombre gaélico de Escocia, se esforzó por no poner los ojos en blanco. Se temía que el señor Cooper iba a ser un huésped pesado. Eso sí, estaba segura de que no podía ser peor que el coronel.

—Ollie los acompañará a sus habitaciones —dijo la presidenta con sonrisa forzada. Señaló con el brazo al conserje, que estaba de pie junto a sus maletas.

—Muchas gracias —repuso la señora Cooper. Retrocedió y cogió su bolso del mostrador—. Ah, ¿y podría decirle a lady Annabella en qué habitación estamos?

—Vaya... —repuso la antigua ama de llaves con tacto—, me temo que aún no ha llegado.

—Sí que ha llegado, ha venido con nosotros. —Era una simple afirmación, pero pudo ver la reacción que generó en la señora MacBain—. La conocimos en el tren nocturno. Me quedé de piedra cuando dijo que venía aquí.

—¡Oh! —exclamó la presidenta. Se quedó pensativa por un momento y tomó aliento para hablar cuando el señor Cooper llamó a

su esposa.

—Cariño. —Estaba en las escaleras, expectante y con la mano extendida.

La señora Cooper asintió levemente y se volvió hacia la señora MacBain.

—Al parecer, sus habitaciones habituales están ocupadas, así que su recepcionista la ha llevado a buscar..., eh..., alternativas adecuadas. Le preocupa mucho el tamaño de la bañera.

La presidenta observó a la mujer y notó un deje divertido en su mirada. Mientras la huésped alcanzaba a su marido en las escaleras, la señora MacBain pensó que era difícil que no te cayera bien aquella mujer.

Ya instalada en sus aposentos, Bella se sumergió en un baño caliente. No eran sus habitaciones habituales, que estaban ocupadas hasta el final de la semana, sino las que había aceptado hasta que las suyas quedaran libres. MacPherson había tardado veinte minutos en convencerla.

Sadie, la gobernanta, estaba doblando su traje de viaje.

—No quiero ver más ese traje —anunció Bella mientras se metía en la bañera—. Búscame algo y deshazte de él.

Sadie no sabía muy bien cómo arreglárselas para encontrarle otro atuendo. ¿Disponía lady Annabella de un guardarropa en Loch Down Abbey para sus infrecuentes visitas? Nadie le había informado al respecto.

—¿Lo mando arreglar, señora?

—Lo que es por mí, puedes quemarlo. Si no lo vuelvo a ver, no lo echaré de menos.

Sadie se quedó mirando el traje. Desde luego, estaba sucio, y además necesitaba algún arreglo, pero poca cosa. En todo caso, se podía usar sin ningún problema. «Y la tela es preciosa», se dijo la gobernanta.

—Y el sombrero también. Me ha quedado una llaga en la cabeza por culpa de la flor. Estoy segura de que dejé algunos vestidos en mi último viaje. Pregúntele a la señora MacBain dónde están. —Bella volvió a abrir el grifo del agua caliente y empezó a tararear—. ¡También necesitaré zapatos! —gritó mientras Sadie salía de la habitación.

—Sí, señora. —La gobernanta asintió y cerró la puerta tras de sí. Volvió a mirar el traje. Era precioso y estaba tentada de quedárselo.

«Pero Sadie —se dijo—, francamente, ¿dónde vas a ir con un traje así?».

Se preguntó qué hacer con él y entonces recordó que la señora Douglas, la esposa del vicario, siempre andaba recogiendo cosas para los pobres. Quizá ella podría encontrarle un hogar a la prenda. Levantó la vista y se fijó en la doncella de Bella.

La pobre estaba sucia y desaliñada, y llevaba un brazo en cabestrillo. Estaba de pie contra la pared, con la vista clavada en un retrato del sexto conde.

—Vaya —exclamó Sadie al cabo de un instante—, me parece que necesita un buen baño y ropa limpia incluso más que su señora.

La chica se sobresaltó visiblemente y, a continuación, se limitó a mirar al suelo en silencio.

—Muy bien —balbuceó Sadie—, vamos a asearla y luego buscaré a la señora MacBain.

Más silencio.

—Venga conmigo —dijo Sadie despacio mientras empujaba la puerta de paño verde para subir a las dependencias del servicio.

Estaba enseñándole su habitación a la chica cuando de repente reparó en dos cosas.

En primer lugar, la chica no tenía nada que ponerse más que la bata, ¿o era un vestido? Aunque *vestido* no era la palabra adecuada... Bueno, fuera lo que fuera lo que llevaba puesto, era lo único que tenía para vestirse. Sadie le tomó a la chica las medidas a ojo, pensando en proporcionarle un uniforme del hotel. Se preguntó si podría confeccionar un nuevo cabestrillo con un delantal.

En segundo lugar, y más preocupante, no hablaba inglés, pero ni una sola palabra, lo que iba a ser un gran problema. Con gestos uno puede comunicarse solo hasta cierto punto, sobre todo en un hotel tan ajetreado. Y, sencillamente, no podrían perder el tiempo con juegos de mímica cada vez que lady Annabella quisiera algo. Y lady Annabella, según recordaba, requería cosas todo el tiempo.

En cuanto a lo de arreglárselas con un solo brazo, eso ya se vería. «Baña a la chica y ponle ropa limpia —se dijo Sadie—, luego busca a la señora MacBain y consigue algo que lady Annabella pueda ponerse». Por suerte, Bella era famosa por sus largos baños. Disponía de al menos una hora.

La presidenta albergaba sentimientos encontrados respecto a la llegada de Bella. Estaba sana y salva: en ese aspecto, todo bien. Solo había llevado una doncella, lo cual eran excelentes noticias teniendo en cuenta lo que se había esperado, pero la falta de ropa y

una doncella que no hablaba inglés, en fin, iban a ser una fuente de problemas para todo el mundo. Mandó a Sadie a asear y vestir a la doncella, y dijo que ella misma se ocuparía de Bella.

Al cabo de diez minutos, la señora MacBain y un botones se encontraban en las buhardillas, revisando los baúles de los Inverkillen en busca de algo que Bella pudiera ponerse. Tras un considerable esfuerzo y en medio de una tremenda polvareda («tengo que mandar que vengan a limpiar esto», pensó la presidenta), dieron con algunos de sus viejos vestidos, que había dejado allí cuando se casó y se mudó a Shanghái. «Servirán a las mil maravillas», se dijo.

—¡Cómo me los voy a poner! Pero ¡si son del año catapún! —exclamó Bella, con la bata de Sadie puesta, mientras rebuscaba entre la ropa que había sobre la cama—. Y están pasadísimos de moda. Seguro que dejé algún otro vestido por aquí la última vez que vine.

—Me temo que es todo lo que he podido encontrar, señora. No están tan mal, ¿verdad? Este lo llevaba muy a menudo y le quedaba muy bien. —La señora MacBain le mostró un vestido largo azul claro.

—No puedo creer que me lo pusiera. —Miró con desdén el que en su día había sido su vestido de noche favorito. Al menos, el color era bonito.

—Pruébeselo. —La presidenta le tendió el vestido y miró a Bella con aire maternal.

—Está bien. —Bella se escondió detrás de un biombo—. ¿Sabe? En Shanghái estrenaba vestido a diario. Las costureras de allí son más rápidas que un ciclón.

—Ah, ¿sí? —murmuró la señora MacBain, mirando por la ventana y fijándose en que el estanque estaba un poco descuidado. Lo añadió a su interminable lista de tareas pendientes.

—No y no. De ninguna de las maneras. —Bella salió envuelta en seda azul—. Parece que lo haya sacado de un baúl de disfraces.

Bella llevaba razón. El vestido le quedaba holgado. A todas luces era de una talla (si no dos) de más. Se movió un poco y se le resbaló el tirante izquierdo.

—Ay, Señor —musitó la señora MacBain—. Bueno, pruébese este otro, que es algo más ajustado. —Le entregó a Bella un vestido corto de lana de color gris pálido.

—Dios mío, ¿de verdad me ponía estas antiguallas? —Parecía horrorizada—. No puedo. Sería el hazmerreír de todo el mundo.

—Bueno, me temo que la alternativa es su traje de viaje. Hasta que madame Elodie pueda confeccionarle otras prendas, claro.

Madame Elodie, la costurera del pueblo, era una excelente profesional, pero no trabajaba con prisas salvo como trato de favor.

Bella suspiró y se colocó detrás del biombo.

—¿Dónde está mi doncella?

—Sadie la está bañando y luego la vestirá con el uniforme de camarera.

—¡No! —Bella asomó la cabeza por detrás del biombo—. No quiero que lleve el uniforme del hotel.

—Pero su ropa está sucia. Necesita algo limpio que ponerse y, al parecer, eso es todo lo que tiene.

—Bueno, pues que se la lave ella misma.

—¿Con un solo brazo?

—Nada, nada. Usted consígale algo con lo que pueda lavar. —Bella no estaba segura de qué utensilios eran necesarios para hacer la colada, pero seguramente la señora MacBain sí lo sabría—. Y se quedará en mi vestidor, no en el ala de los sirvientes. ¿Puede traerle una estera o un cojín o algo para dormir?

—¿Quiere que duerma en el suelo de su vestidor? —La presidenta nunca había oído nada por el estilo.

—Está acostumbrada. En Shanghái es la costumbre. Pero necesitará una estera o algo por el estilo. Y supongo que también una manta. Aunque, con este calor, tal vez no haga falta. ¿Puede encargarse de eso?

La señora MacBain negó con la cabeza, frustrada. Quería gritar: «¡No soy su sirvienta y esta ya no es su casa!», pero se abstuvo de hacerlo y respiró profundamente varias veces para calmarse.

—Como desee, señora.

Bella volvió a aparecer detrás del biombo, con el vestido de lana, que parecía más un tosco saco que otra cosa, incluso con el cinturón.

—Puedo pedirle a nuestra nueva camarera que suba. Fue doncella antes de incorporarse a la plantilla del hotel. Tal vez pueda darle un pespunte por aquí, cogerle unas pinzas por allá... —dijo la presidenta sin convencimiento, pues sabía que el vestido no quedaría a gusto de Bella. La lana no era seda, el único tejido que parecía complacerla.

Bella asintió en silencio, mientras miraba la ropa: un vestido largo y dos de cóctel, todos de *tweed* y lana, y en los tonos apagados típicos de las Highlands. Incluso el vestido largo palidecía en

comparación con su guardarropa de Shanghái. Bueno, solo tenía que apañárselas hasta que empezaran a llegar las cosas de París.

La señora MacBain fue en busca de Sadie. Bella no llevaba ni una hora allí y ya les estaba causando quebraderos de cabeza. Quizá, una vez que se hubiera adaptado, todo sería más fácil. Esbozó una sonrisilla al pensarlo.

—Ah, Sadie, aquí estás —dijo al entrar en el comedor de empleados—. ¿Tienes la ropa de la doncella?

Mientras remendaba un par de guantes, Sadie negó con la cabeza.

—No, se opuso a que la llevara a la lavandería. Le di un uniforme de camarera de pisos, pero no lo quiso. Estaba cada vez más enfadada. La verdad es que no sabía qué camino tomar con ella, así que la dejé en un dormitorio.

La presidenta frunció el ceño.

—Lady Annabella insiste en que no lleve el uniforme del hotel, por alguna razón que ignoro, y quiere que la chica se lave la ropa ella misma.

Sadie resopló con desdén.

—¿Con un solo brazo?

La señora MacBain puso los ojos en blanco.

—No cedió. La chica se quedará en las habitaciones de Bella, no en las dependencias del servicio, y tenemos que llevarle algo para que duerma en el suelo.

Sadie levantó la cabeza de golpe.

—¿En el suelo? —Hasta Grantham y Belgravia, los perros de los Inverkillen, dormían en camas.

—Al parecer, es la costumbre en Shanghái. —La señora MacBain suspiró—. No tengo tiempo para librar esta batalla. ¿Puedes ir a la lavandería y pedirles algo para la chica?

Sadie se levantó y asintió.

—Sí, señora MacBain, déjemelo a mí.

—Gracias —respondió la presidenta, y se alejó mientras murmuraba algo sobre una doncella manca haciendo la colada.

Casi por primera vez en su vida, Bella deseó entrar en la estancia tratando de pasar desapercibida.

«¿Cómo se hace para volverse invisible?», se preguntó.

En Shanghái, era el centro de todas las miradas. Se había acostumbrado a que todos los presentes le prestaran atención cuando llegaba a cualquier lugar. Supuso que se debía a que era la esposa de un diplomático prominente, lo que la convertía en una especie de celebridad. En Loch Down Abbey, en cambio, no deseaba ese papel protagonista. «Sobre todo, con estos harapos», se dijo. Se detuvo ante el último escalón, respiró hondo para armarse de valor, echó los hombros hacia atrás y entró en la armería.

—¡Bella! —resonó una voz.

Se encogió cuando Fergus se le acercó con los brazos extendidos y el alivio reflejado en el rostro. Varios de los huéspedes levantaron la vista de inmediato y Bella notó que las mujeres la juzgaban.

«Debería haber pedido que me sirvieran una bandeja en la habitación», pensó.

—Hola, Fergus. —Lo saludó con un suave gesto de la cabeza y se inclinó un poco hacia delante.

Fergus la miró fijamente; parecía que su hermana esperaba algo. Al cabo de un instante, al ver que no pasaba nada, un poco irritada, Bella le espetó:

—¿Cómo estás?

Fergus había decidido celebrar una cena especial con su familia para dar la bienvenida a sus hermanos. Mientras la acompañaba al salón verde, charló con ella amablemente. Bella dedujo que su hermano había tenido un bebé y que estaba agotado pero más que encantado. El hotel estaba más concurrido que nunca. Algo sobre las rosas de la abuela... En realidad, no le prestaba atención, sino que estaba pendiente de las miradas que los demás huéspedes le lanzaban a su paso.

«¡Ay, tierra, trágame!», se dijo.

—Aquí estamos. ¡Mirad quién ha aparecido! —exclamó Fergus tan pimpante.

Sus preocupaciones indumentarias dieron paso a una nueva angustia. Allí, en el salón, se congregaban casi todos los miembros de su familia. Bebían jerez y whisky en espera de que los llamaran para cenar, tal y como habían hecho todas las noches de su vida.

«Bastante suplicio es haber vuelto —pensó con amargura— como para encima tener que cenar juntos».

—¡Bella! —exclamó lady Georgina con evidente pero fugaz alegría. Examinó a Bella de arriba abajo y, a continuación, frunció el ceño.

—Hola, abuela. Tía Elspeth. —Se inclinó, solícita, para besar a lady Georgina en la mejilla—. ¡Oh! —exclamó sorprendida al ver a Angus. No se habían visto desde que Bella se marchó de la casa—. Pero si es el rompefamilias.

Angus miró a su hermana con gesto iracundo.

—Vaya, tremenda acusación viniendo de labios de la madre que abandonó a sus hijos.

—Bueno, bueno —los reprendió lady Georgina—, que hace tiempo que no os veis. Haya paz. Bella, ¿qué diablos llevas puesto? Con esa sotana pareces un cura.

Bella aceptó una copa de jerez que Fergus le ofrecía, deseando con toda su alma no haber abandonado París.

—La señora MacBain me ha buscado algunos de mis trapos viejos. —Miró su vestido y suspiró—. Y este era el mejor.

—¿Y por qué llevas tu ropa vieja? —preguntó lady Georgina desconcertada.

—Lo único que tengo es el traje de viaje que llevaba al llegar.

Lady Georgina estaba confundida.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado con tu equipaje?

—No tengo equipaje. Lo perdí todo durante el viaje, así que no tengo ni un solo vestido que ponerme.

—¿Cómo se pueden perder los baúles durante un viaje? —preguntó Elspeth desconcertada. Había viajado varias veces en avión y siempre había sido muy sencillo—. La tripulación del avión debe encargarse de custodiar el equipaje.

—No se perdió, me lo robaron.

—¡¿Cómo que te lo robaron?! —exclamó lady Georgina. Hasta Angus parecía sorprendido—. Pero ¿cómo se las arreglaron para llevarse todo tu equipaje sin que nadie se diera cuenta? —El único que viajaba con más bultos que Bella era Cecil, que solía llevar, como mínimo, dos maletas por día.

Bella parecía afligida.

—Para empezar, la maldita compañía solo nos permitió llevar una maleta por persona.

Todos los presentes se indignaron:

—¿Una maleta? Pero si eso apenas da para un día... ¿Cómo se puede hacer el equipaje solo con eso? Solo mis guantes ocupan una maleta... Es la mayor mezquindad que he oído en mi vida...

—Ni siquiera se molestaron en avisarnos con antelación, así que, como es natural, me presenté con todas mis maletas y baúles, y se negaron a dejarme embarcar. Vaya, que no me permitieron llevar equipaje adicional, lo cual es una gran falta de respeto. Soy la esposa del cónsul general y deberían haberme permitido llevar más equipaje que a una simple secretaria —prosiguió Bella, mirando incómoda a Imogen, que era una simple secretaria—. Me costó bastante, pero al final logré convencerlos de que me permitieran llevar dos maletas y el bolso. Y contaron mi neceser como equipaje, ¡¿os lo podéis creer?!

Alguien chasqueó la lengua sonoramente.

—Embarqué y dejé a mi doncella en la pista para que volviera a hacer mi maleta.

—Pero, si solo te permitían una maleta —preguntó Fergus confundido—, y contaron tu neceser de cosméticos como parte de tu equipaje...

—Bueno, a mi doncella ya ves tú la falta que le hacía la suya. Edmund pagó los billetes, lo cual también es indignante, pues deberían habérmelos regalado. Sea como fuere, de todas las maletas que llevamos al aeropuerto, la estúpida de mi doncella cogió la de los bañadores. No me enteré hasta que llegamos al primer hotel, y para entonces ya era tarde.

—¿Cuántos bañadores se necesitan? —preguntó Cecil. Angus se encogió de hombros con aire desconcertado.

—¿Quieres decir —exclamó lady Georgina escandalizada— que no has llevado nada más que tu traje de viaje desde que partiste, hace casi un mes?

Su nieta asintió, al borde de las lágrimas. Cecil le tendió un pañuelo y Angus encendió un cigarrillo. Bella sollozó un poquito y prosiguió:

—En cuanto llegamos a París, me fui directa a las modistas y encargué ropa nueva.

—¡Ja! —ladró Angus—. Sabía que estaba de compras.

—Sí, gracias por la brillante observación, Angus —dijo Fergus con tono aburrido—. Continúa, Bella.

Bella le lanzó a Angus una mirada iracunda y continuó:

—Pero, por supuesto, las modistas de París no son tan rápidas como las de Shanghái, así que sigo esperando a que llegue mi ropa.

Cecil frunció el ceño.

—Pero querida, ¿por qué no fuiste a las Galerías Lafayette a comprarte algo?

Bella miró a su tío con horror.

—¿Pretendes que lleve ropa confeccionada?

—Es la esposa de un diplomático, Cecil —dijo lady Georgina, tan horrorizada como su nieta—, no una vulgar tendera.

—¡Lo siento! —Cecil levantó las manos en señal de rendición y retrocedió—. ¿Me permites?

Señaló la pitillera de Angus y tomó uno. Respiró hondo y saboreó el exótico aroma del tabaco. Echaba de menos viajar. Eva se negaba a salir de Londres y, cada vez que surgía el tema, citaba al doctor

Johnson: «Cuando uno está cansado de Londres es que está cansado de la vida». Cecil siempre pensó que, en realidad, si el doctor Johnson no viajaba era por la sencilla razón de que carecía de los medios para hacerlo con comodidad.

Fergus frunció el ceño.

—Entonces, ¿la maleta de los bañadores te la robaron en Marsella?

—Sí. Un golfillo se la arrebató a mi doncella en plena calle. Y en esas le rompió la muñeca.

—Pero ¿conservas tu neceser? —preguntó lady Elspeth con cautela. En el rostro de Bella, el color brillaba por su ausencia. Ni siquiera llevaba pintalabios.

—En realidad, no. Alguien entró en el hotel de París y me lo robó.

—¿Qué? —Al oír eso, Fergus se alarmó. Una vez era mala suerte, pero con dos el asunto tomaba un cariz muy diferente.

—Edmund me dijo que era peligroso viajar sola, pero la verdad es que eso fue la gota que colmó el vaso. ¿Y si hubiera estado en la habitación? ¿Eh? —Se estremeció y continuó—: De todos modos, te llamé por teléfono, tía Elspeth, con la esperanza de alojarme en tu *château*, porque no sabía nada del baile y, cuando me lo dijeron, vine a casa.

Mejor aburrida en Loch Down Abbey que en peligro, había razonado Bella entonces. Una vez allí, ya no tenía tan claro qué era preferible.

—Muy bien —murmuró alguien.

—¿Cómo sabías que me habían robado la maleta en Marsella? —le preguntó a Fergus, consciente de que él lo sabía sin que ella lo hubiera mencionado.

—Oh, nos lo dijo el coronel Lamont.

—¿El coronel Lamont? —Se quedó ojiplática—. Tremendo muermo. Se suponía que iba a Londres. ¿Qué hace aquí?

Fergus miró a su hermana con un nudo en el estómago.

—Dijo que tú lo invitaste.

—Ay, Dios mío. No hay quien se deshaga de ese hombre.

Fergus estaba confundido.

—Ha venido por invitación tuya, junto con la señora Blackwood.

Bella miró a su hermano perturbada.

—¿Qué...? ¡No! ¿Con ese horrible sobrino suyo? Desde luego que no los invité.

—Su sobrino aún no ha llegado —dijo Fergus—. Está en Londres, por negocios. Pero ella sí.

Lady Georgina levantó la vista.

—Es una magnífica compañera de *bridge*. Nuestras ganancias están alcanzando niveles de escándalo.

Nadie la había oído nunca hablar con tanta alegría de una pareja de juego, pues las partidas con lady Georgina solían terminar con críticas y reproches.

—No puedo creerlo —dijo Bella sin aliento—. O sea, nadie tenía planes firmes para volver a Inglaterra. Bueno, nadie excepto el coronel. Edmund le ordenó que se presentara en el Ministerio de Asuntos Exteriores de inmediato. Pero ¿los Blackwood? No entiendo por qué han venido. Seguro que tienen una vida que retomar en otro lugar.

Angus apuró el whisky y señaló con el vaso al camarero.

—Bueno, si vas a tomar otro, yo también —comentó Bella, dejando su vaso con delicadeza en la bandeja de plata que le

ofrecían—. ¿No hay nada más? ¿Solo jerez y whisky? —Hizo una mueca y cogió un jerez de la bandeja antes de dirigirse al sofá y sentarse en su sitio habitual.

Fergus la siguió al otro lado de la sala.

—Bella, han venido porque tú los invitaste —comenzó Fergus con irritación—, lo que nos ha dado unos buenos quebraderos de cabeza con las habitaciones, te lo aseguro. Fergus no había pegado ojo la noche anterior. El bebé había llorado sin parar hasta el canto del gallo. Era consciente de que estaba exagerando, pero no pudo contenerse.

—¿Cómo que quebraderos de cabeza con las habitaciones? Pero si son dos personas. ¿Cuántas habitaciones tiene el hotel? Por el amor de Dios, Fergus, no exageres. Deberías haberles dicho que se marcharan.

—No podía decirles eso. ¡¿Cómo iba a hacerlo si eran tus invitados?! —gritó, llamando la atención de todos los presentes—. ¡Invitados cuya llegada no te molestaste en comunicarnos!

Bella iba a darle un trago al jerez, pero se detuvo, miró a su hermano durante un momento y chasqueó la lengua.

—Si no sabía que iban a venir, querido hermano, ¿cómo iba a avisarte?

Pero entonces, de repente, Bella lo recordó. Una noche en... ¿dónde fue...?, en algún local de mala muerte, si no le fallaba la memoria, recostada sobre un piano con un martini en la mano, había dicho (bastante borracha, también es verdad): «Deben acompañarme todos a Loch Down Abbey. Aquello es un tostón y no soporto la idea de estar sola». Después recordaba haberle arrancado la rosa del ojal al pianista. ¿Dónde había sido? ¿En Bagdad? ¿En

Delhi? No, pero había sido lo bastante temprano como para pensar que todo el mundo estaba animado y alegre. En todo caso, había añadido: «Por favor, vengan conmigo. Háganme el favor de venir todos». Le había lanzado la rosa al público y luego se había caído del piano, estrellándose contra el suelo. Ah, sí, así era como se había rasgado la falda.

Parpadeó sin dejar de mirar a su hermano y volvió de nuevo al presente.

—En mi defensa...

—¡Dios mío, Bella! ¿Quién va a pagar esas habitaciones?

Bella se retorció en su asiento.

—En mi defensa, lo dije por decir algo. Fue uno de esos comentarios del estilo «Vengan a cenar la semana que viene» o «¿No sería estupendo si pasásemos las vacaciones todos juntos en una casa de campo?». Nadie se lo toma en serio a menos que después les hagas llegar una invitación. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Así es —asintió Angus, dirigiéndose a la terraza con una sonrisa burlona.

Fergus miró a su hermano con ira.

—Te agradecería que te mantuvieras al margen. Tú abonarás su estancia, Bella.

—¡No es justo! —replicó ella.

—Por supuesto que lo es —sentenció lady Georgina con cara de pocos amigos mientras dejaba su copa de jerez en la mesa—. Bella, tú los has invitado, a propósito o sin querer. Son tus invitados y tendrás que cubrir sus gastos.

—Pero... —dijo ella, mirando alternativamente a su hermano y a su abuela, ninguno de los cuales parecía dispuesto a ceder—. Está bien. Pero espero que sea una tarifa especial por ser de la familia. — Se levantó y cruzó la estancia con paso firme, saliendo por la puerta que Hudson le abría.

Este carraspeó con suavidad y les anunció:

—Creo que ya están listos para recibirlos.

De pie junto a la puerta abierta, esperó a que los Inverkillen cruzaran la sala para ir a cenar, y le pareció como si hubiera viajado atrás en el tiempo.

NUEVE DÍAS ANTES DEL BAILE

Angus miraba por la ventana mientras fumaba pensativo. El cabrón de Hugh lo había metido en un buen lío. ¿Cómo se las iba a arreglar? Lo que estaba claro era que no podía quedarse en Loch Down Abbey para siempre. Bueno, por poder, podría, pero eso implicaría vivir bajo el yugo de lady Georgina. O bajo el de su hermano. Y por ahí no estaba dispuesto a pasar. Negó con la cabeza. Era una humillación que no tenía por qué soportar. «Cabrón», pensó.

La puerta se abrió y, al darse la vuelta, vio a Bella entrar con sigilo en la habitación.

Su hermana se llevó el dedo a los labios en señal de silencio y cerró la puerta con el menor ruido posible.

—Me persigue el coronel. No lo soporto.

Cruzó la habitación a paso ligero y se sentó en el sofá frente a Angus.

—Así que —dijo después de observarlo durante unos instantes— Hugh te ha dejado, ¿verdad?

Angus respiró hondo y giró la cabeza despacio para mirarla. En sus ojos se asomaba la malicia. Apagó el cigarrillo (una pena, pues solo le había dado dos caladas), exhaló mandándole el humo a su hermana y se dispuso a marcharse.

—¡Ahora sabes lo que se siente! —le gritó ella.

Angus se giró con brusquedad y regresó a los sofás con dos zancadas.

—¡Cómo te atreves!

—¿Que cómo me atrevo? —Bella se puso de pie de un salto—. ¡Cómo os atrevéis! ¡Tú y él! ¡Me tendisteis una trampa! Me condenasteis a un matrimonio que era una auténtica farsa.

—Sabías desde el principio que no era una boda por amor. Además, tú nunca quisiste un marido, sino una doncella.

Bella se quedó sin aliento y luego se lo pensó mejor. Era cierto, pero no tenía por qué admitirlo.

—Me humillasteis durante años...

—¿Qué fue lo que te humilló exactamente? —la interrumpió con sarcasmo—. ¿La aventura o que te dejara por mí?

Bella volvió a jadear, horrorizada por su crueldad.

—¡No tenía necesidad de soportar ninguna de las dos cosas! Dios bendito, Angus, la cantidad de chismes que he tenido que soportar por vuestra culpa.

—Por favor... ¿Qué chismes ni qué niño muerto? ¡Pero si estabas en la otra punta del mundo! ¿Cómo iba a saberlo nadie?

—¿Cómo? ¡Pues yo te lo cuento! El rumor llegó al pueblo, y entonces el editorzuelo ese de pacotilla del *Loch Down Star* creó una columna de chismes sobre el asunto. La historia se propagó por las Highlands y después por toda Escocia, o sea, que me persiguió por todas partes: en Londres, en París y hasta en Montecarlo. —Se estremeció al recordar los susurros y las risitas que oía a su paso por los comedores y casinos: «Oh... ¿Es ella? He oído que su marido la dejó por un hombre. Oh... Por su propio hermano, además... Oh...»—. No podía escapar de las habladurías. Salía gente de debajo

de las piedras, personas que trataban de granjearse mi amistad solo para enterarse de detalles escabrosos, claro está. No pude confiar en absolutamente nadie hasta que conocí a Edmund.

Angus sintió una punzada de remordimiento. No había pensado en los chismes. En Tánger había alternado con gente liberal del mundo del arte que no se extrañaba de que dos hombres vivieran juntos. Es más, los habían acogido con calidez y entusiasmo, y admiraban que fuesen tan modernos como para criar juntos a sus hijos. Aunque eso tampoco había por qué admitirlo ante Bella.

—Bueno —dijo con gran pompa—, tuve que tomar el relevo cuando te marchaste. Abandonaste a tus hijos sin pensarlo dos veces.

—¡Los dejé con su padre! —gritó ella a pleno pulmón. Su voz resonó en las paredes y agredió a Angus. Él la miró con los ojos muy abiertos.

—Según recuerdo yo, te faltó tiempo para salir pitando —farfulló Angus.

—Bueno, tampoco podía quedarme. Eso estaba claro.

—Por favor —afirmó Angus con semblante despectivo—. No seas tan dramática.

—¡Me robaste a mi marido! —gritó Bella a todo volumen.

—¡Ya era mío desde antes! —rugió Angus.

Bella agarró el cenicero y se lo lanzó, esparciendo cenizas y colillas por el aire. Angus se apartó con habilidad y dejó que cayera a cierta distancia. Oyó cómo rebotaba dos veces.

—¿Alguno de los dos, ni por un segundo, pensó en lo que me hicisteis a mí? Sí, a mí. ¡Me habéis destruido la vida para siempre! —Su voz volvió a retumbar en la sala y en sus oídos. Se sentó, al

borde de las lágrimas—. Ambos sabemos que la única vida posible para las mujeres como yo es el matrimonio. Hugh y tú me habéis condenado a la dependencia y a la mendicidad.

Los hermanos permanecieron en silencio durante un largo rato.

—Bueno —dijo Angus por fin—, pues ya somos dos. —Se sentó, sacó la pitillera y le ofreció un cigarrillo a Bella. Ella lo miró con ira antes de coger uno con parsimonia. Angus encendió los cigarrillos y ambos exhalaron al unísono.

—Hugh se llevó todo nuestro dinero —le informó él—. Apenas pude pagar el viaje de vuelta.

Bella se quedó boquiabierta.

—¡Qué cabrón! ¿Cómo ha sido capaz de hacerles eso a sus propios hijos?

Exhaló poco a poco mientras observaba cómo se disipaba el humo bajo los rayos del sol.

—En realidad, supongo que no es de extrañar. En su momento, Hugh no quería llevarse a los niños a Marruecos. Tenía pensado dejarlos con la abuela.

Bella no salía de su asombro.

—¿Pretendía abandonar a los niños?

—Pero yo no podía hacerle esa jugarreta a la abuela. Discutimos durante días. Al final, me los llevé con nosotros y él se pasó varias semanas enfadado. Luego contratamos a la niñera y la situación mejoró. Pero la verdad es que le importan muy poco.

Bella no se sorprendió en absoluto. En el mejor de los casos, a Hugh se lo podía tildar de frío. Los Dunbar-Hamilton siempre habían sido unos pájaros de mucho cuidado.

—¿De verdad te dejó sin un penique? —Era inconcebible.

Angus exhaló despacio.

—Con una mano delante y otra detrás.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella con voz hueca.

—Ni idea.

Esa misma tarde, la señora MacBain presidía el té en la biblioteca. Comprobaba que todo fuera bien, saludaba a los huéspedes y repartía sonrisas. Era su técnica para captar fragmentos de conversación que, de otro modo, no habría oído. Era espionaje, por supuesto, pero siempre le había parecido fundamental para que todo funcionara como es debido.

¿De qué otra manera se habría enterado, por ejemplo, de que lord Iverson pensaba marcharse una semana antes, por la sencilla razón de que se había agotado su vino favorito? Su partida habría supuesto una cuantiosa pérdida económica. Por suerte, pudo solventar el problema ofreciéndole una botella de cortesía de su segundo vino favorito, que solo bebía durante la temporada de caza del urogallo. Incluso lo convenció para que alargara una semana su estancia.

—¿Podría hablar con usted, señora MacBain?

La presidenta oyó una vocecilla a sus espaldas que la sobresaltó un poco. Se giró sorprendida.

—Por supuesto, señora Blackwood. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me pregunto si podría cambiar de mesa en el comedor.

—¿Cambiar de mesa? ¿Hay algún problema?

La presidenta se preocupó. Durante su estancia, a los huéspedes se les asignaba una mesa que compartían entre cuatro o seis

comensales. Por lo general, se le daba bien leer la personalidad de cada cual y era raro que los clientes a quienes sentaba juntos no encajaran.

—No, problema tampoco. Con lord y lady Buxton estoy a gusto. Entre usted y yo, es por los Cooper. —Arrugó la nariz con desagrado —. Con él se puede hablar, pero la señora Cooper me resulta agotadora. Es un poco..., cómo le diría..., como una cachorrilla. Francamente, es tan joven que me sorprende que no cene con los niños.

La señora MacBain reflexionó al respecto. En efecto, era joven, pero no más que la mayoría de las recién casadas de la alta sociedad. Por lo que había observado, lo peor que se podía decir de ella era que era bastante tímida.

—Por supuesto, lo entiendo. Déjeme pensarlo. Seguro que podemos encontrarle una mesa más adecuada.

La mujer sonrió con frialdad.

—Gracias. Si esta noche no es posible, cenaré en mi habitación. — Se dio la vuelta y se marchó sin decir nada más.

La señora MacBain se quedó desconcertada. Bueno, echaría un vistazo a la distribución de comensales cuando terminara el té. Quizá podría sentarla con lord y lady Ruthven.

Prosiguió su paseo por la sala, entre sonrisas y saludos, hasta llegar junto a lady Georgina, quien, a su pesar y como cada semana, tomaba el té con la esposa del vicario. La matriarca consideraba que, entre sus deberes como aristócrata y pilar de la sociedad, estaba dejarse ver haciendo buenas obras con la Iglesia. Antes de que el reverendo Douglas se casara, ese papel estaba poco provisto de contenido, pero de un tiempo a esa parte... La señora Douglas le

proponía un sinfín de obras de caridad. «Resulta inexplicable cómo se las arreglaban ustedes antes de mi llegada», le gustaba explicar a quienquiera que se dignara escucharla.

—Ahora mismo hay tantos hombres desempleados y tantas familias necesitadas de ayuda...

—Ajá... Hummm... —dijo lady Georgina mientras trataba de localizar el carrito de los pasteles.

—En algunos casos, la situación se está volviendo desesperada, ¿sabe usted? Deberíamos hacer más por ellos.

—Sí —murmuró la matriarca mientras cogía la taza de té.

Su mirada se posó en las sillas más cercanas, donde la duquesa de Idlewilde y lady Buxton departían absortas. Se preguntó cuál sería el tema de la conversación, pues parecía una charla jugosa. Con la señora Douglas enfrente, que no se callaba ni debajo del agua, era difícil oír nada más.

—¿Cómo dice? —Se había perdido algo que tenía pinta de ser determinante. La última vez que le había dado esa impresión, había accedido sin querer a pasar una tarde haciendo visitas domiciliarias a los fieles de la parroquia. Habían sido cuatro horas interminables de té aguado (en tazones, ¡para más inri!) en casitas espantosas. En un momento dado, un chiquillo había intentado trepar a su regazo.

—He puesto una caja para recoger ropa. Me preguntaba si querría donar algo.

—¿Donar? No. No creo que tenga nada. Al menos, nada adecuado.

—Pues sepa usted que cualquier ayuda es buena —le reprendió la esposa del vicario.

Una mirada irónica cruzó el rostro de lady Georgina.

—Ni siquiera el mejor tocado puede salvar el mundo.

Se hizo un incómodo silencio mientras se tomaban el té y se dedicaban sonrisas forzadas. Cuando dejaron la taza en la mesa, la señora Douglas chasqueó la lengua.

—Bueno, debo decir que es muy generoso por parte de lady Annabella tomar el té con la señora Cooper.

Lady Georgina siguió su mirada.

—¿A qué se refiere? —preguntó la matriarca con cautela. Cuando la señora Douglas mostraba interés, solía ser mala señal.

—Dudo mucho que tengan nada que decirse. ¿De qué iba a hablar la esposa de un diplomático con una chica de convento? Me figuro que será lady Annabella quien lleve la voz cantante de la conversación.

—No, no, está muy equivocada —le corrigió lady Georgina agitando el dedo—. No viene de ningún convento, sino de Canadá. La señora Cooper es canadiense.

La señora Douglas la miró sorprendida y volvió a evaluar a la joven.

—Puede que sea canadiense, pero aún conserva ese aire conventual. —Hizo una pausa y le dio un sorbo al té—. Sí... Estoy segura de que es la típica historia.

—¿A qué historia se refiere? —preguntó lady Georgina con creciente enfado.

—Pues lo de siempre: tiene una aventura de la que nace un hijo bastardo y las monjas acogen a la madre para salvar la reputación de la familia. Sucede en todo el mundo. Vaya vergüenza.

Lady Georgina dejó la taza con fuerza en la mesa.

—Ya está bien, señora Douglas —dijo la matriarca con tono más severo que de costumbre, para vergüenza de su interlocutora, que enseguida masculló una disculpa—. Me sorprende que propague ese tipo de chismorreos. Como esposa que es del vicario, la tenía en más alta estima. —En realidad, lady Georgina no estaba sorprendida. De hecho, disfrutaba la situación. Se levantó y tiró la servilleta sobre la mesa—. Creo que ya hemos trabajado bastante por hoy.

Antes de que la señora Douglas pudiera responder, la condesa viuda ya había cruzado media sala, camino de la armería.

La señora MacBain observó cómo lady Georgina salía airosa de la estancia, anunciando a bombo y platillo su indignación. Miró a la esposa del vicario, que sorbía incómoda su té, tratando de fingir que no había pasado nada.

«¿Qué mosca les habrá picado?», se preguntó. Bueno, poco importaba. Tenía una sala llena de huéspedes de quienes ocuparse, así que volvió a centrarse en ello.

Al cabo de diez minutos, mientras servía té a una joven pareja de los Borders, la presidenta aguzó el oído.

—¿En su habitación? —preguntó la señora Cooper, con los ojos muy abiertos y en tono escandalizado.

Bella dejó la taza de té y miró a la joven dama.

—Sí. Cabría esperar mejor seguridad en un hotel de esa categoría. Por suerte, había ido a la modista para probarme unas prendas cuando ocurrió. Pero, después de todo lo sucedido en el tren, comprenderá que me asustase.

—¿En el tren? —preguntó la señora Cooper, ojiplática. A la señora MacBain también le picó la curiosidad por lo que habría ocurrido en

el convoy. Se acercó a un sofá cercano, cogió un cojín y lo ahuecó lenta y silenciosamente.

—Hummm, sí —respondió Bella, masticando una galleta de limón y jengibre. Se limpió las migas de los labios—. Entre Marsella y París, alguien allanó mi compartimento. Lo dejaron todo hecho un desastre. Mi doncella, que está manca, tardó bastante en arreglarlo.

La presidenta cogió otro cojín. «¿"Allanaron"? ¿De qué demonios estarán hablando? Ojalá estuvieran sentadas junto a las ventanas», deseó, pues con la excusa de colocar bien las cortinas habría podido escucharlas más rato.

—Espere, ¿dice usted que le han robado dos veces desde que partió de Shanghái? —preguntó la señora Cooper sin salir de su asombro—. Me cuesta creerlo.

La señora MacBain tampoco daba crédito a lo que estaba escuchando. Rabiaba de ganas de enterarse de más, pero ya no quedaban cojines que ahuecar, así que se puso a arreglar las frondas de un helecho.

—Encima de tener pocas posesiones, me persigue la mala suerte —se lamentó Bella—. Esto nunca habría pasado en Shanghái. Casi que desearía seguir allí.

—Caramba —murmuró la señora Cooper, sorbiendo su té.

«Eso digo yo: "Caramba"», pensó la presidenta. Una doncella herida, maletas robadas, habitaciones y compartimentos allanados. Resultaba increíble. «¿Serán exageraciones de Bella?», se preguntó. Bueno, era cierto que no tenía equipaje. Pero ¿cómo podía mostrarse tan indiferente al respecto? Una vez había despedido a una doncella porque la muchacha había colocado su antifaz bajo la almohada equivocada. Algo no cuadraba.

La señora MacBain salió de su ensimismamiento al ver que un camarero le hacía señas con discreción desde el otro lado de la sala. Necesitaba que le echara una mano con la señora McCready, que había vuelto a llevar su petaca de brandy de extranjis. Suspiró y fue en su ayuda.

Bella sonreía con recato a la señora Cooper, quien, para su tranquilidad, la escuchaba con gran atención. Su familia no había sido tan comprensiva cuando les contó la historia.

—¿Así que ahora no tiene nada que ponerse?

—Ni un mal harapo. Bueno, dejé aquí cuatro trapos viejos, pero nada más. —Señaló el vestido que llevaba puesto—. Encargué ropa en París, por supuesto, pero hasta que llegue... —Se encogió de hombros con delicadeza y tomó un sorbo de té.

La señora Cooper murmuró algo ininteligible en señal de empatía y luego frunció el ceño. Dejó la taza de té y miró a Bella con aire crítico.

—Bueno, debe dejar que le preste algunas cosas, hasta que llegue su ropa, claro. Alistair fue muy pero que muy generoso con mi ajuar. ¡Nunca había tenido tanta ropa bonita!

Bella se sintió avergonzada. No esperaba que la señora Cooper hiciera nada más que compadecerse.

—No puedo aceptar... —murmuró. No pudo por menos que fijarse en el vestido de la señora Cooper. Desde luego que era de buena calidad, pero le pareció demasiado rosa—. Es muy amable por su parte, pero no puedo aceptar su ayuda.

—¡Nada, nada! Necesita algo para estos días, algo que le quede bien... —Miró el vestido de Bella, que, con cinturón y todo, le quedaba muy holgado—. Y yo tengo muchísimas cosas. Ni siquiera

me ha dado tiempo de estrenarlo todo a lo largo de la luna de miel. Por favor, tome prestadas algunas prendas mientras llegan las suyas.

Bella se quedó callada y trató de sobreponerse a la incómoda sensación de caridad. Pero entonces pasó lady Buxton, con un vestido verde demasiado juvenil para ella y obscenamente caro. Bella sintió tal punzada de celos que se desvanecieron sus reticencias.

La señora MacBain llegó a la habitación de Bella justo después de que sonara el gong que anunciaba la hora de vestirse para bajar a cenar. Llamó con suavidad a la puerta y le abrió la doncella, que todavía llevaba puesta su ropa. Al menos, ya no estaba sucia.

—Espero no interrumpir. ¡Oh! —exclamó la presidenta.

Bella estaba de pie, encima de un pequeño taburete, con una mujer arrodillada en el suelo.

—No sabía que estaba probándose un vestido. Mis disculpas. —Se dio la vuelta para marcharse.

—No se preocupe, señora MacBain. La señora Cooper me ha prestado un vestido y me queda un poco largo. La tía Elspeth sugirió que Delphine le metiera un poco. Al parecer, tiene unas excelentes manos para la costura.

Delphine se asomó y sonrió, con la boca llena de alfileres.

—Ah, claro... Esto... Bien. ¿Podría hablar con usted, lady Annabella?

Bella musitó algo a modo de asentimiento.

La señora MacBain respiró hondo.

—Esta tarde, mientras tomábamos el té, la oí hablar con la señora Cooper. Perdone que me entrometa, pero me dio la impresión de que alguien había entrado en su habitación. ¿Fue aquí?

Delphine dio un grito ahogado y la presidenta esperó que no se hubiera tragado un alfiler.

—Ah, sí —respondió Bella con indiferencia—. No, aquí no. Alguien entró en mi hotel en París y se llevó mi neceser.

—Y también había alguien en su compartimento del tren, ¿no? ¿Tiene idea de quién pudo ser?

—Debieron de ser unos ladronzuelos de por allí. Ya me advirtió Edmund que viajar era peligroso.

—Le robaron las dos maletas, le rompieron el brazo a su doncella y entraron en su compartimento y en su habitación. ¿No le preocupa? A mí sí que me inquieta.

Bella se apartó del espejo y miró a la señora MacBain.

—No lo había visto de esa manera. Pero ahora estoy en casa y no me queda nada que puedan robarme.

—Sea como fuere, me quedaría más tranquila si se alojara en una habitación más cercana a las escaleras principales para que el personal pueda vigilarla mejor. —Había un conserje apostado de forma permanente en la entrada de cada pasillo que partía de las escaleras principales. Su función primordial era orientar a los huéspedes cuando se perdían, es decir, siempre, pero ella los veía como centinelas en la muralla de un castillo.

—¿Cambiar de habitación? No me gustaría renunciar a mi baño. —Bella dudó y miró con atención a la señora MacBain—. ¿De verdad cree que estoy en peligro?

—No lo sé —respondió con parsimonia—, pero me cuesta creer que todos estos robos y que su doncella haya resultado herida sean una mera coincidencia.

Bella miró a la muchacha y, luego, a la presidenta.

—Bueno, si insiste... —dijo, ya no tan segura de sí misma—. Mi doncella puede hacer las maletas mientras yo ceno. Pero necesito un vestidor, y el baño debe ser al menos tan grande como este.

Se volvió hacia el espejo y, con feliz despreocupación, se ajustó un tirante del vestido.

A la señora MacBain le dieron ganas de abofetearla.

De nuevo, la cena había sido un despliegue de comida insípida y conversación insulsa, y había faltado vino. Angus ya no recordaba lo limitada que era la dieta en Loch Down Abbey. Le había costado encontrar nada mínimamente sabroso en el menú. Carne de caza asada, bastante buena pero pesada; pescado en salsa de cítricos y eneldo, cabía reconocer que bastante rico; las verduras de siempre, algo pasadas y con un horrible exceso de almidón; queso y galletas de avena y, para acabar, unos postres dulzones, como todas y cada una de las cenas que había tomado en aquella casa. En aquel hotel, mejor dicho. Repantingado en una butaca junto a la ventana del salón, Angus observaba a los huéspedes charlar mientras tomaban jerez. Se preguntó cuánto más podría aguantar.

Como eran las diez, acababa de anochecer y aún había luz suficiente para contemplar las dalias en flor. Se había olvidado de las flores. Tánger era vibrante, colorida y ruidosa, pero carecía del exuberante verdor de Escocia. Un suspiro escapó de sus labios. Aún

no llevaba ni una semana allí y ya estaba contemplando la flora. La vida le iba a resultar muy aburrida sin música ni acalorados debates sobre política, arte o literatura.

—¿No te aburres? Yo me muero del tedio. ¿Cómo pudimos aguantar este ambiente tanto tiempo? —se quejó Bella. Se había dejado caer a su lado para observar el panorama.

—Llegaste hace apenas dos días —replicó Angus—. Yo ya llevo semanas.

—Cinco días, según la abuela.

Él la miró con ira y luego trató de recordar cuánto tiempo había pasado. ¿Solo habían sido cinco días? Le parecían años, años largos y soporíferos a más no poder.

—Qué silencio. ¿Siempre ha sido así? —preguntó Bella—. Necesitamos..., no sé, algo, lo que sea que anime un poco el ambiente. En Shanghái no había una sola velada aburrida. La gente deseaba divertirse. Siempre había música, cócteles y bailes. Cuando no asistíamos a la ópera, íbamos a algún fiestón y, si no había ninguno, pasábamos la noche en el club. Todas las mujeres llevaban preciosos vestidos de seda y joyas que brillaban a la luz de las velas. Todo era tan glamuroso... —Suspiró con gesto triste—. Y ahora, en cambio, míranos: inundados de *tweed* y jerez.

Angus soltó un profundo suspiro.

—Y *haggis*. Pensaba que MacBain trataría de modernizar Loch Down Abbey cuando se hizo cargo, que haría algo vistoso y hasta interesante. Pero no: aquí siguen los mismos viejos de siempre, con las mismas conversaciones aburridas de toda la vida, comiendo los mismos platos insípidos, un año tras otro y vuelta a empezar. Ni una pizca de imaginación.

Bella lo miró; estaba sumido en la amargura.

Al otro lado de la sala, Fergus levantó la vista mientras servía jerez a una anciana y vio a sus hermanos charlando junto a la ventana. Angus lucía un semblante sombrío. «Oh, parece que hay un problema —pensó—. Más vale atajarlo de raíz».

Dejó el decantador y se acercó a sus hermanos.

—¿A alguien le apetece jugar a las charadas más tarde?

—Ay, Fergus —suspiró Bella, y se alejó de la ventana—. ¿Cómo es posible que no te mueras de tedio?

—Francamente, Fergus, es la velada más aburrida que se pueda imaginar. Creo que me retiraré a leer. —Angus se levantó y dejó su vaso de whisky en el alféizar. Ni siquiera estaba vacío.

Fergus se quedó desconcertado y miró boquiabierto a su hermano. «¿Angus se va a sus habitaciones tan temprano? ¿Y con un libro?», se extrañó.

—Pero si es lo que hacemos después de cenar. ¿Qué tiene de malo?

Bella chasqueó la lengua.

—Aquí no hay vida. Vaya tostón. Mira qué panorama. No me digas que no te entran ganas de bostezar —dijo mientras señalaba la sala.

Fergus se giró para observar a los presentes y no vio nada fuera de lo normal. Los Cooper jugaban al ajedrez en un rincón. El señor Rosenthal y el tío Cecil fumaban puros, y el coronel cotorreaba con quienquiera que se prestase a ello. La abuela y Elspeth charlaban al calor del hogar. La anciana señora McCready trataba de leer un libro que estaba al revés y, si no le fallaba la vista, en latín. Era una velada como cualquier otra. «Oh», empezó a comprender. No quería preguntar, pero las palabras se le escaparon de los labios:

—¿Y qué sugerís entonces?

—Para empezar —dijo Bella—, estaría bien un poco de música. Reina un silencio tan antinatural... —Vio que su hermano se disponía a objetar y alzó una mano para detenerlo—. No digo que traigamos una orquesta, pero, con un pianista, esto ya sería otra cosa.

—Claro —convino Fergus—. Podríamos pedirle a alguien que se siente al piano. Quizá podamos cantar todos juntos.

—O también —sugirió Angus con ironía— podemos buscar el viejo gramófono y poner algo que no nos dé ganas de ahogar nuestras penas en alcohol.

Bella se animó.

—Deberíamos tomar cócteles, lo que sea que tenga algo de sabor. O champán, si no tienes ginebra. —Miró su copa de oporto y la dejó sobre la mesa con desdén—. Esto sabe a humedad.

—A ver, a ver, tranquilos, parad el carro. La mayoría de nuestros huéspedes son de la vieja guardia y les gustan las veladas tradicionales.

—¡Sí, pero no a todo el mundo! —exclamó Bella—. Y no todos son de la quinta de la abuela.

—¿Y qué pasará cuando desaparezca la vieja guardia? ¿Quién querrá venir entonces? —terció Angus.

Fergus nunca se lo había planteado. Era inquietante, cuando menos. La gran mayoría de sus huéspedes estaban en sus «años dorados». ¿Qué harían sin ellos?

—Mira, hay docenas de salas —continuó Bella—. Seguro que puedes acondicionar una para los huéspedes más animados.

Tenía que admitir que era una idea interesante.

—De acuerdo —dijo Fergus—. Dejadlo en mis manos.

Bella puso los ojos en blanco, pues no tenía nada claro que su hermano fuera a resolver el asunto. Se volvió para decirle algo a Angus, pero ya se había marchado. ¿De verdad se iba a acostar tan temprano? ¡¿Qué sería lo siguiente?!

Cuando Angus llegó a las puertas del salón, el coronel lo agarró del brazo y lo introdujo en un corrillo de señores.

—¡Sería fabuloso visitarla! ¿Vamos mañana? —Miró a su alrededor con entusiasmo y asintió mirando al grupo—. ¿Qué le parece, lord Inverkillen? ¿Le apetece acompañarnos?

—¿Acompañarlos adónde, coronel? —preguntó Angus, dejando ver su irritación. A su juicio, no había nada en la finca que mereciera la pena visitar. El militar estaba borracho como una cuba.

—A la destilería, por supuesto —respondió el coronel.

El señor Cooper tomó la palabra.

—Me encantaría verla. ¿Vamos mañana después del almuerzo?

El coronel asintió con entusiasmo.

—Sí. Me encantaría ver la sala de barricas para compararla con las de Shanghái. Estoy seguro de que puedo mejorar su eficiencia. He visto muchas durante mi estancia en Oriente.

—Me interesaría ver la destilería —dijo el señor Rosenthal con vacilación—. Nunca he estado en ninguna. Podría ser emocionante.

—¿Puede organizarlo para mañana? —le espetó el coronel a Fergus desde el otro lado de la sala, lo que le valió una mirada de reproche por parte de lady Georgina. La matriarca estaba de mal humor, pues la partida de *bridge* se había cancelado a petición de la señora Blackwood. Su sobrino por fin había llegado y estaban cenando juntos en la tranquilidad de su habitación.

El coronel continuó, sin disculparse ni esperar una respuesta.

—Solo un grupito de cinco o seis personas —le gritó a Fergus—. Quizá con una cata después. Por lo que me han contado, el whisky recién salido de la barrica no tiene nada que ver con este. —Levantó el vaso de cristal tallado y observó el líquido a contraluz mientras lo giraba.

A Fergus le daba vueltas la cabeza. Llevar a un grupo a visitar la destilería era el último de sus deseos. Bastante tenía ya con lo suyo. ¿Cómo iba a guiar a un grupo de turistas? De repente, se le ocurrió una idea y salió de su boca antes de pensarlo dos veces.

—Angus puede acompañarlos. Él dirigía la destilería, ¿saben?

Angus le lanzó a su hermano una mirada asesina. «Y ahora, guía turístico. ¿Habré tocado ya fondo o me deparará la vida más desgracias?», se preguntó.

—¡Excelente! —exclamó el coronel, mirando a su alrededor—. ¿Alguien más se apunta?

—Pues ya está —dijo el señor Cooper—. Nos vemos mañana a las tres en la armería.

«A Ross no le hará gracia —pensó Fergus—, pero al menos será Angus quien lidie con él si se rebota». La idea lo hizo sonreír.

SIETE DÍAS ANTES DEL BAILE

Bella esperó exactamente dos días a que Fergus sacara el gramófono. Al ver que no lo hacía, tomó cartas en el asunto. Cogió a un botones y una linterna, y se dirigió a la buhardilla. Después de buscar toda la tarde entre la suciedad, dieron con el viejo aparato y algunos discos en un rincón apartado del ala oeste. Desde luego, no eran los mejores para una fiesta, pero era lo que había. Ya encargaría otros la siguiente vez que fuera al pueblo.

Esperaron a que Fergus se fuera a cambiar para la cena y entonces Bella hizo que los camareros lo bajaran todo y lo instalaran en el salón azul. Cuando hubieron acabado, procedió a enseñarle al camarero a preparar martinis, se fue a vestirse para la cena y esperó con impaciencia la llegada de la noche.

A la hora del postre, Bella se excusó, mencionó que les había preparado una sorpresa y salió del comedor con semblante satisfecho. Las miradas curiosas recorrieron la mesa, pero nadie sabía de qué podía tratarse.

«Podría habernos dado una pista», pensó lady Elspeth.

Una vez en el salón, Bella encendió el gramófono y ordenó a los camareros que circularan por la sala con bandejas de martinis. De pie junto al mirador, esperando a que llegara la gente, parecía una niña en Navidad.

Empezaron a llegar los huéspedes y familiares, algunos desconcertados, otros confundidos. Eso sí, a medida que

comenzaron a circular los martinis, la estancia se fue llenando de risas y charlas. Angus entró el último. Se acercó tranquilamente a Bella, que charlaba con la señora Cooper junto al mirador.

—Tengo que reconocerlo, Bella, es una gran mejora.

Bella disfrutó del cumplido, pues era de lo más inusual viniendo de un miembro de su familia.

—Le decía a la señora Cooper que no es consciente de la suerte que ha tenido de no enfrentarse a la abuela a las cartas. Pero no parece que me crea.

Lady Georgina había intentado reunir a cuatro personas para jugar al *bridge* y la señora Cooper se había ofrecido encantada. Sin embargo, como lord y lady Ruthven también mostraron su interés, la dejaron de lado de malos modos, por lo que se sintió bastante dolida.

Angus dejó su copa sobre la mesa y encendió un cigarrillo. Se le estaban agotando los que había traído de Marruecos. ¿Qué haría cuando solo le quedara tabaco inglés? Era una pena que no se les hubiera unido Philippe, el marido de Elspeth, pues siempre viajaba con una nutrida reserva de *gauloises*. En fin, más valía no hacerse mala sangre.

—La abuela con las cartas es de armas tomar —susurró—. Y bueno, por lo que se rumorea, aún más cuando juega con esa mujer, con la tal Blackwood... Se ha ahorrado usted una fortuna.

La señora Cooper miró a los hermanos.

—Supongo que lleva razón. Quizá debería aprender a jugar al *bridge*.

—¡Oh! —exclamó Angus—. Si ni siquiera se sabe las normas, jamás de los jamases debe jugar con la abuela, ni de pareja ni de

contrincante. Se la comería viva.

—No permite charlar —intervino Bella— y te critica si tardas demasiado en hablar durante el canto. Con toda franqueza, es bastante desagradable jugar contra ella. Se ha librado de una buena, confíe en nosotros. Déjeme pedirle otro martini. —Llamó a un camarero con un gesto.

Angus levantó la vista de la señora Cooper y vio a su abuela acercándose a ellos a toda prisa.

—Abuela, creía que esta noche ibas a jugar a las cartas. —Se preguntó si habría oído lo que acababan de decir sobre ella.

—Hemos acabado temprano —dijo lady Georgina sin ocultar su desesperación—. Ha sido un desastre.

—¿Y la señora Blackwood? —preguntó la señora Cooper, mirando a su alrededor.

Lady Georgina chasqueó la lengua e hizo un gesto de irritación con la mano.

—Se ha ido a la cama.

—Oh —exclamó la señora Cooper en tono decepcionado—. Tenía ganas de conocerla, de que me contara cómo es la vida en Shanghái. Parece un lugar tan glamuroso...

Bella se sintió un poco ofendida. Su vida en Shanghái sí que era glamurosa y, sin embargo, la señora Cooper no se había dignado a preguntarle nada al respecto.

—¿Has perdido? —le preguntó a lady Georgina, que parecía enfadada.

—Por supuesto que no. La sola idea de que lady Ruthven ganara a las cartas... es ridícula. Pero ¡caray con el americano! Menudo fiasco.

—Dirigió a la señora Cooper una mirada llena de astucia—. Hizo bien en no jugar con él, querida.

Todavía un poco dolida, la señora Cooper esbozó una sonrisa.

—No paraba de hablar. Los espectadores deben permanecer en silencio. No apruebo que se hable en la mesa de juego, y mucho menos que se comente todo lo que pasa en la sala —dijo la matriarca, aunque sus nietos ya sabían a la perfección que consideraba esa actitud como un pecado capital—. Que si «Ahorita les platico esto», que si «Nomás les cuento lo otro». ¿Quién habla así? Ay... Después de dos rondas de aguantar tanta cháchara, abandoné la mesa.

Bella y Angus se quedaron de piedra. Si lady Georgina jugaba, nadie tenía permitido abandonar la mesa antes de tiempo, pues decía que era una muestra de debilidad de carácter. El americano debía de haber hablado mucho para que se retirara antes de tiempo.

—Ah, ahí está. La había perdido por un momento. —El señor Rosenthal le entregó un cóctel a lady Georgina. Desconcertada, lo aceptó de mala gana. Al cabo de unos instantes, lo dejó torpemente al pie de la palmera con una mueca de disgusto.

—Buenas noches, señor Rosenthal —dijo Bella.

Angus se limitó a saludarlo con un gesto de la cabeza.

—¡Qué magnífica fiesta! —exclamó señalando la sala. Al no obtener respuesta, continuó—. Déjenme preguntarles algo: *loch* significa «lago», ¿verdad?

Angus dudó un momento.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se llama Lake Down? Seguro que recibirían más turistas si supieran que está en un lago.

Bella y Angus se lo quedaron mirando, sin saber si lo preguntaba en serio. Lady Georgina se volvió y los observó con un gesto que decía a todas luces: «Os dije que era insufrible».

Angus se irguió todo lo que pudo, miró al señor Rosenthal y respondió con voz lenta y amenazadora:

—Los *lakes* son ingleses, señor Rosenthal. En Escocia, a un lago le decimos *loch*.

Hubo un breve momento de tensión antes de que el señor Rosenthal se echara a reír.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Qué maravilla! —Se inclinó y se dio una palmada en la rodilla—. Pues que no se me olvide en el futuro.

—Si nos disculpa, señor Rosenthal —interrumpió Bella sin decir nada más, mientras agarraba a su abuela por el codo y se la llevaba al otro lado de la sala.

—Oh, sí. Claro, por supuesto —respondió él. Los hombres observaron cómo las tres mujeres cruzaban la estancia y se acomodaban junto a la chimenea. Se giró hacia Angus y prosiguió—: Su hermana ha organizado una fiesta estupenda. Porque entiendo que esto es obra suya, ¿verdad? —Señaló la sala con un amplio gesto del brazo y Angus tuvo que reconocer que la velada era mucho más animada que cualquier otra que hubieran celebrado en Loch Down Abbey—. No sé si habría soportado otra noche bebiendo jerez y jugando al miro miro.

Angus se quedó confundido por un momento.

—¿Se refiere al veo veo?

—¡Sí! —El señor Rosenthal chasqueó los dedos y señaló a Angus —. ¡Eso es!

Angus se rio entre dientes, pero tuvo que darle la razón.

—Aquí, en las Highlands, la vida es un poco más tranquila.

—Hummm, sí. —El señor Rosenthal asintió con un gesto mientras daba un sorbo a su martini—. Ostras, qué bueno. Entonces, ¿es verdad lo que he oído? ¿Los hijos de su hermana viven con usted?

«Está bien informado —pensó Angus—. ¿Se lo habrá dicho el tío Cecil? ¿La abuela?». No sabía a quién era más probable que se le hubiera escapado.

—Sí. Shanghái no es un lugar adecuado para los niños, así que se consideró que estarían mejor con su padre.

—En... ¿Dónde era? ¿En Marruecos?

Angus asintió.

—En Tánger.

—Me alojé en un *riad* estupendo en Marrakech. La comida era increíble. —Dudó—. ¿Y dónde está su padre? Si los niños están aquí, ¿por qué él no?

Angus se crispó.

—Está en España.

—¿En España? Pero si están en guerra.

—Sí, por eso está allí —fue la seca respuesta de Angus—. Es reportero, escribe artículos sobre el conflicto.

—¿Es periodista? Vaya. O sea, que ella se fue a Shanghái y él se fue a cubrir la guerra y le dejó los chavales a usted. —Soltó un silbidito—. No es una historia que se oiga todos los días.

—Sí, bueno... —balbuceó Angus sin saber muy bien dónde meterse.

—Pues ha hecho usted muy bien. Es mejor que se queden en la familia. ¡Ja! Supongo que el padre de los niños debería pagarle una pensión alimenticia, ¿verdad? Ya que ahora se encarga usted de

ellos. —Se bebió el resto de su cóctel, cogió el que lady Georgina había dejado y se alejó dejando a Angus sumido en sus pensamientos.

A última hora de la tarde, la señora MacBain revisaba la lista de tareas para el baile. Todavía quedaba mucho por hacer. Estaba valorando el número de *reels* cuando se sobresaltó al oír cómo la puerta de su despacho se abría de golpe.

—¡Ha vuelto a pasar! Pero esta vez estoy segura. —La señora Burnside irrumpió despotricando. Se echó una toalla sobre el hombro izquierdo y apoyó ambos brazos en el respaldo de una silla.

—¿Qué ha ocurrido? ¿De qué está hablando? —preguntó la presidenta, confundida. No tenía ni idea de lo que había pasado, pero, a juzgar por la cara de la señora Burnside, debía de ser importante.

—Me han estado robando comida de la fresquera. —Carraspeó y negó con la cabeza—. Las primeras veces no estaba del todo segura...

—¿Las primeras veces? —La señora MacBain no disimuló su sorpresa. No era propio de ella pasar por alto ni el más mínimo detalle en su cocina.

La señora Burnside se movió incómoda y respondió:

—Bueno, ahora con tanta comida, entran y salen hasta una docena de ayudantes, cocineras y camareros a diario. Pero en esa ocasión no ha sido un mero huevo a la escocesa, sino ¡un pastel de caza! —dijo con una actitud curiosamente victoriosa teniendo en

cuenta que le habían robado—. Se han llevado todo un pastel. ¡Figúrese, con lo que pesan!

Su mirada se perdió en la distancia, con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

Por un momento, la señora MacBain se preguntó si la chef no habría perdido el control de la situación. Un robo no era una buena señal en una cocina, pero no podía imaginar a ninguno de sus empleados llevándose un pastel entero. Una loncha de jamón o un hojaldre de salchicha de vez en cuando, sí. Ahora bien, dado el tamaño de los pasteles de caza, se necesitaría un gran esfuerzo para robar aunque solo fuese uno.

—¿No se lo habrán llevado los niños? Ya sabe cómo se ponen cuando se aburren. —Sin embargo, en cuanto las palabras salieron de su boca, se acordó de la niñera. Aunque era silenciosa y un poco siniestra, por lo poco que había visto, los controlaba con una maestría que habría enorgullecido a Napoleón. No, de esa no se atreverían a escaparse—. ¿Qué desea que haga al respecto? —preguntó al fin.

La señora Burnside parpadeó y miró a su colega.

—¿Hacer? No tengo ni idea. Tampoco es que se pueda hacer gran cosa, salvo que cerremos la fresquera con llave y llevemos un registro de entrada y salida de provisiones. Por un momento pensé que me estaba volviendo loca, pero he aquí la prueba de que no.

Las mujeres se miraron fijamente unos instantes.

—Bien —dijo la señora Burnside con brío—, pues ya está al corriente. Voy a hablar con mi personal antes de que se retiren a descansar.

Se dio la vuelta y se marchó tan rápido como había entrado, de modo que la señora MacBain se preguntó por el sentido de su visita.

Volvió a echar un vistazo a las cuentas, pero, como había perdido la concentración, lo dejó por imposible. Había sido un día largo. La señora Boyle se había caído en el bosque y se había torcido el tobillo. Dos de los camareros se habían peleado a gritos y no se hablaban, lo que había dificultado el servicio de la cena hasta extremos inimaginables. Y después lord Thornton se había pasado una hora presionándola para que, durante su estancia, el personal del hotel (ojo, la plantilla de su hotel) llevara el uniforme de sus empleados. Lo que necesitaba era su libro y una buena taza de té.

Decidió dar una última vuelta por la planta baja antes de retirarse a descansar. Al cruzar el umbral de la armería, oyó unos susurros furiosos y, por instinto, retrocedió hasta el hueco de la puerta. Titubeando, echó un vistazo a la sala y luego miró hacia las pasarelas de madera. Allí, en la planta de huéspedes, estaba el coronel, con el rostro enrojecido y haciéndole aspavientos a (¿cómo era posible?) la señora Blackwood, que lucía un aire más bien estoico.

«¿Qué demonios pasa aquí?», se preguntó la presidenta.

Se quedó inmóvil, sin querer interrumpirlos, y prestó oídos a la conversación. Cuando la armería estaba desierta, podía reverberar mucho, pero desde el punto en el que se encontraba solo oía palabras y frases sueltas.

—Pero... ¿cómo es posible? —balbuceó el coronel, como un chiquillo que ha perdido su juguete favorito.

La señora Blackwood murmuró alguna cosa que no alcanzó a entender.

—¡No me la voy a jugar de esa manera! —exclamó el coronel—. Ya estoy metido en un buen lío.

—Bla, blablá, blablablá... —Le puso una mano en el brazo al coronel—. Blablá o, si no, bla, blablablá.

El coronel abrió los ojos como platos.

—¡No se atrevería!

La señora MacBain observó a la anciana sonreír con frialdad antes de darse la vuelta y recorrer el pasillo camino a su habitación. El coronel se quedó resoplando unos instantes antes de salir pitando hacia la suya en dirección contraria.

«¿Qué demonios ha sido eso?», se preguntó la presidenta mientras regresaba despacio a su habitación, sin dejar de darle vueltas a la conversación. Era evidente que el coronel estaba fuera de sí, sin rastro de su habitual y arrogante pose. «¿A qué no se atrevería la señora Blackwood?», se preguntó.

Para cuando se acurrucó en la cama con su libro, había decidido olvidarse del tema. Un huésped había dejado la última novela de Ngaio Marsh y ardía en deseos de leerla. ¡Estaba ambientada en Nueva Zelanda! Ay, ojalá pudiera alejarse de Loch Down, aunque solo fuera por unas horas. Una vez acomodada en la cama con una taza de té, la señora MacBain se sumergió en su libro y dejó que el día se desvaneciera.

SEIS DÍAS ANTES DEL BAILE

Bella se dirigía a paso lento hacia la guardería del hotel, las antiguas habitaciones de los niños. Llevaba años sin poner los pies allí. «Huele igual», pensó distraída; era una curiosa mezcla de cera para muebles, talco y miedo. Habían tenido una niñera de lo más estricta. «¿Por qué demonios querrá Angus que nos reunamos aquí?».

Al entrar en la estancia, oyó cómo retumbaba el chirrido de unas sillas al arrastrarse por la tarima. De inmediato la rodearon los niños, que dejaron sus lecciones y corrieron encantados hacia ella mientras gritaban:

—¡Tía Bella! ¡La tía Bella está aquí! —Saltaban a su alrededor entusiasmados como cachorrillos.

Bella los miró fijamente y, acariciando la cabeza de uno de ellos, se dirigió a su hermano:

—¿«Tía»? ¿Me llaman «tía»?

Apoyado en el alféizar, Angus se encogió de hombros, señaló a los niños y, a continuación, chasqueó los dedos. De la nada, apareció una figura vestida de blanco y gritó algo en un idioma del todo incomprensible. Los niños se detuvieron un momento y luego volvieron corriendo a la mesa como sabuesos bien adiestrados.

«Es digno de admiración», pensó Bella.

Angus la acompañó al otro lado de la habitación.

—Soy su madre, no su tía —insistió ella cuando se alejaron de los niños lo suficiente para que no los oyeran.

—Era más fácil de explicar —dijo él secamente. Se metió la mano en la chaqueta y sacó la pitillera—. Pero no es de eso de lo que quería hablarte.

Le ofreció un cigarrillo a su hermana, que lo rechazó, y cerró la pitillera de un golpe. Tras exhalar la primera bocanada de dulce humo, comenzó su relato:

—He estado pensando en Hugh y los niños, y voy a decirte lo que pienso. Tú, al menos, los dejaste con su padre. Él los abandonó en un país extranjero y sin un penique. Me las arreglé para traerlos de vuelta, pero ahora ¿qué va a ser de ellos? Estoy sin blanca, y tú, tres cuartos de lo mismo.

Bella hizo un amago de protestar, pero Angus la cortó con un gesto del dedo.

—Edmund está en zona de guerra, Bella. Si regresa con vida, no tendrás de qué preocuparte. Pero, en caso contrario, no te quedará otra que arreglártelas con la pensión de viudedad o casarte otra vez. —Hizo una pausa, dio otra calada y exhaló el humo con parsimonia hacia el techo—. Y dudo mucho que con una pensión del Gobierno te alcance para poco más que para la peluquería.

Bella se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó su pitillera de plata y cogió un cigarrillo.

—Bien, pues lo que creo que deberíamos hacer es... —prosiguió Angus con languidez.

—¿Deberíamos? ¿En plural? —repuso Bella.

—Sí. O vamos a una o estamos perdidos.

Le explicó su plan y, cuando terminó, se recostó y clavó la mirada en su rostro, tratando de adivinar sus pensamientos. ¿Estaba de acuerdo? ¿Lo tomaba por loco?

Bella dio una profunda calada al cigarrillo, exhaló despacio y lo apagó en el suelo. Podía oír cómo Nanny la regañaba desde el más allá.

—¿Por dónde empezamos?

Angus sonrió.

—Primero, vamos a ver a Lawlis.

Elspeth salió por la puerta, mareada por la expectación. Aunque ya llevaba varios días en Loch Down, apenas había tenido oportunidades de dar un paseo. Había ayudado a la señora MacBain con los detalles del baile, pues debían tomar un sinfín de decisiones acerca de la disposición de las mesas, las flores y la mantelería. Eso, por no hablar de su papel de mediadora entre su madre y, bueno, prácticamente todo el mundo que trataba de ayudar. Para muestra, lo acontecido esa mañana.

Al principio, Fergus estaba encantado de que lady Georgina quisiera ayudar, pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, pretendía hacerse con las riendas. Le entregó una lista de invitados de cuatro páginas escrita a mano y le comunicó que abriría el baile con *Hamilton House*. Elegir el primer *reel* era un privilegio reservado al anfitrión, que escogía tanto la melodía como los bailarines que lo acompañaban.

Elspeth y Fergus intercambiaron una mirada cautelosa.

—Abuela, no es tu baile, sino el del hotel —le dijo Fergus—. La señora MacBain elegirá el primer *reel*.

—Los hoteles no organizan bailes, Fergus. Es una horrenda convención moderna, ahora que quedan tan pocas casas con salón

de baile. —Lady Georgina mostró su desacuerdo con un gesto—. Un baile siempre lo organiza una familia; en este caso, la nuestra. Recibiré a los invitados en la puerta y luego inauguraré el baile con el primer *reel*, como Dios manda. Ha de hacerlo un aristócrata, y yo soy la cabeza de esta familia.

—Después de Angus, querrás decir —dijo Elspeth con delicadeza.

—El hecho de que Angus haya regresado no le confiere automáticamente la condición de cabeza de familia. —Lanzó a su hija una mirada severa—. Soy yo quien vive en Loch Down Abbey.

—En Thistledown Cottage —la corrigió Fergus, con suavidad pero con firmeza—, no en Loch Down Abbey.

Lady Georgina resopló con desdén y se quitó un hilo invisible de la falda.

—¿Estás haciendo méritos para que te excluya de mi testamento?

—Abuela —prosiguió Fergus con cautela y en un tono que esperaba que fuera conciliador—, la señora MacBain es la anfitriona del baile. Fue idea suya. Ella es quien se encarga del menú, del personal, de montar y desmontar las salas, de encargar provisiones, de seleccionar a la banda y de revisar los uniformes. A menos que estés dispuesta a hacer todo eso, será ella quien elija a los bailarines del primer *reel*.

Lady Georgina se enderezó aún más en su silla, indignada, y preguntó:

—¿Y quién va a ser su pareja? ¿Eh?

—No lo sé —respondió Fergus exasperado—. ¿Hudson? ¿Lockridge?

Lady Georgina palideció.

—Dudo que a lord Neasden le haga ninguna gracia. Vamos, no es un baile para sirvientes.

Fergus dio un profundo suspiro.

—No son sirvientes, abuela. —Miró de reojo a Elspeth. Sabían reconocer una batalla perdida, pero siguieron luchando durante al menos otra hora.

Al cabo de un rato, Elspeth salió al aire libre con la perspectiva de disfrutar de tres horas maravillosas antes del té. Al cruzar el patio de servicio, se recreó en el crujido de la grava bajo sus pies. Para cuando cruzó el camino y entró en el bosque, se le había dibujado una amplia sonrisa en el rostro y las disputas de su familia eran cosa del pasado. Caminó durante un rato en feliz silencio, hasta que oyó un estruendo en el bosque, seguido por varios improperios.

—¡Oh! —exclamó al rodear un rododendro amarillo—. Hola. ¿Necesita ayuda?

Un hombre se había caído y luchaba por volver al camino. Ella le tendió la mano y se preparó para soportar su peso.

—Gracias —murmuró él con aire triste.

—Es el señor Blackwood, ¿verdad? —Se lo quedó mirando mientras él se sacudía el polvo. Iba vestido de forma totalmente inadecuada para Escocia. Su traje era blanco, y la tela, bastante fina, pero lo peor eran sus zapatos: calzaba unos *brogue* con suela de cuero liso. Saltaba a la vista que no era un hombre de campo.

—¿Se ha perdido? —le preguntó ella al cabo de unos instantes, sin saber muy bien qué hacía allí el hombre.

—Ah, no. Solo estaba..., eh... Tomé un desvío equivocado para llegar al..., eh..., campo de críquet. Supongo que estoy un poco perdido —reconoció avergonzado.

—¿El campo de críquet? Está justo en la otra punta de la casa. ¿Lo acompaño? —Empezó a caminar por el sendero por el que acababa de llegar.

—No, gracias —respondió él con tal brusquedad que Elspeth se detuvo en seco y lo miró fijamente—. No se moleste. Basta con que me indique la dirección correcta...

—No es ninguna molestia. Además, es muy fácil perderse por la finca. —Ella le miró los zapatos y luego volvió a levantar la vista—. Quizá debería ir por ahí. El patio de servicio está justo al otro lado de este seto. Es un camino menos agreste.

Él miró hacia donde ella señalaba, le dio las gracias con tono rudo y se apresuró a seguir su camino. Ella lo observó alejarse y se cercioró de que tomaba el camino correcto hacia la casa. Cuando oyó el crujir de la grava del camino de entrada, continuó su paseo, preguntándose qué demonios pintaba allí el señor Blackwood y por qué le había mentido.

Lawlis se quedó atónito.

Como abogado de la familia Inverkillen, hacía décadas que lidiaba con sus extrañas peticiones en materia jurídica; algunas eran insólitas pero legales, y otras descabelladas sin más. Sin embargo, en esa ocasión, no estaba seguro de entender lo que le pedían. Miró a los dos hermanos y negó lentamente con la cabeza.

—A ver si lo entiendo: ¿quieren demandar a Hugh para que les abone eso que los norteamericanos llaman «pensión alimenticia»?

—Sí —respondió Bella con serenidad—. Él es el padre y no se puede permitir que rehúya sus responsabilidades.

Lawlis asintió pensativo y miró a Angus.

—Pero seguirán viviendo con usted, no con su madre.

—Correcto —respondió Angus.

Lawlis negó con la cabeza. Bella y Angus habían acudido a su despacho y le habían propuesto la idea más audaz que jamás había oído. Como padre, Hugh tenía el deber de cubrir las necesidades de sus hijos. En eso estaban de acuerdo. Pero, puesto que los había abandonado con Angus y que no se podía contactar con él, Bella quería que la editorial de Hugh abonara una suma a Angus, que actuaba como tutor *de facto*.

—Si Hugh gana dinero con sus libros, dicho dinero debería destinarse a sus hijos. Lo que quiero, y con cierta urgencia, es que su editor se lo envíe a Angus.

—A su cuñado —puntualizó Lawlis con vacilación.

—Con quien dejó a sus hijos —terció Angus con ironía.

—Pero ¿no a su exmujer, la madre de los niños? —Eso era lo que Lawlis no podía entender.

—Si yo abriera una cuenta bancaria, señor Lawlis, sería a nombre de mi padre, fallecido; de mi marido, que está ausente; o... de mi hermano —dijo Bella mientras señalaba a Angus.

Lawlis se tapó la boca con la mano y tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Lo que proponían no podía ser menos ortodoxo. No se le ocurría ningún precedente. Si la editorial se negaba, como era probable..., bueno..., él no podía hacer gran cosa al respecto. «¿Por qué siempre lo lían todo tanto en esta familia?», se preguntó el abogado.

—Déjelo en mis manos —dijo tras una larga pausa—. Me pondré en contacto con la editorial y veré cómo reaccionan. En primera

instancia, nos acercaremos en actitud amistosa. Más moscas se cogen con miel que con vinagre.

Bella y Angus intercambiaron una mirada sombría.

—Creo que debería prepararse para la pelea —replicó Angus. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y dejó dos libretas bancarias sobre la mesa—. Vació la cuenta familiar antes de marcharse y eliminó mi nombre de la cuenta británica. No fue una decisión improvisada.

Lawlis asintió, cogió las libretas y hojeó las páginas. Los Dunbar-Hamilton nunca habían sido santos de su devoción.

Al ver a la señora Douglas en la recepción y con una maleta, la señora MacBain se quedó desconcertada. ¿Por qué se alojaba la esposa del vicario en el hotel? Presa de la curiosidad, cruzó la sala y se dirigió a ella:

—Señora Douglas, ¿qué la trae por aquí?

Gladys Douglas se giró y soltó un bufidito de frustración.

—Estoy intentando que este joven me diga en qué habitación se aloja lady Annabella, pero se niega a decírmelo.

La presidenta miró al recepcionista y le hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Me temo que no está autorizado a hacer pública esa información. ¿Podría esperar en la salita de día mientras envío a alguien a buscarla?

Pero la señora Douglas no iba a dejarse convencer así como así.

—Eso mismo me ha dicho él, pero no me sirve. Verá, le he traído toda esta ropa y tiene que probársela. —Levantó la maleta e inclinó

la cabeza.

—¿Ropa? —¿De qué estaba hablando? La señora MacBain miró la raída maleta marrón y sintió un nudo en el estómago.

—Sí. Anoche revisé las donaciones y elegí unas cuantas prendas adecuadas para ella.

—¿Adecuadas? —respondió de forma pausada la presidenta, que veía venir la tormenta.

—Sí. Tengo entendido que ha perdido su equipaje y no tiene nada que ponerse. He acudido en su auxilio ahora que lo necesita. —La señora Douglas parecía a la vez exasperada y satisfecha consigo misma.

La señora MacBain respiró hondo. «Madre mía —pensó—, ¿cómo vamos a capear este temporal?».

—Bueno, es muy amable por su parte, señora Douglas, muy pero que muy amable. ¿Por qué no me las deja a mí y ya le devolveré todo lo que no pueda usar?

Pero Gladys Douglas no estaba dispuesta a perder la ocasión que se le presentaba de lucirse ante lady Annabella. Lanzó a la presidenta una mirada severa y volvió a resoplar.

—De ningún modo. ¿Cómo voy a prestarle auxilio si no estoy presente?

—Es que lady Annabella es una persona muy reservada, señora Douglas —arrancó la señora MacBain, con la mente a cien por hora en busca de excusas verosímiles.

—Precisamente por eso necesito verla en sus aposentos.

La señora Douglas no se iba a marchar; la presidenta lo veía claro. Y no convenía hacerla enfadar. Tenía muchas virtudes (debía de tenerlas), pero la discreción no era una de ellas. Era la mayor

chismosa del pueblo, lo que le hacía cada vez más difícil la labor de prodigar cuidados a los feligreses.

—Muy bien. Acompáñeme, por favor. —La señora MacBain trazó una interminable y tortuosa ruta hasta la habitación de Bella, con la esperanza de que la señora Douglas no la recordara. Solo flaqueó una vez durante el trayecto, aunque era evidente que no estaba acostumbrada a cargar con maletas. Cuando por fin llegaron a los aposentos de Bella, mientras esperaban a que las dejasen entrar, la mujer del vicario miró a su alrededor con aire desconcertado. La presidenta sonrió, sabedora de que su plan de despiste había surtido efecto.

La puerta se abrió y la doncella de Bella se hizo a un lado para dejarlas pasar, con la cabeza algo inclinada. A su pesar, no podía ocultarlo a nadie, y mucho menos a la señora MacBain: además de la muñeca rota, lucía un gran moratón en la mejilla, como si la hubieran golpeado con un objeto.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué le ha pasado? —exclamó la presidenta mientras la examinaba.

La señora Douglas se quedó paralizada y miró a la chica entre fascinada y horrorizada.

—¡Bendito sea el Señor! —exclamó, y miró a la doncella, que empezó a encogerse avergonzada—. ¿Es seguro tenerla aquí?

—No es un animal salvaje, señora Douglas —respondió la señora MacBain con cierta brusquedad. Volviéndose hacia la doncella, trató de examinar el moratón más de cerca.

—¿Qué le ha pasado en la mejilla, lady Annabella?

—No tengo ni idea. Volví de una cita en el pueblo y la encontré tirada en el suelo, con el pómulo rojo como un tomate. Hay

momentos en los que desearía hablar su idioma, y este es sin duda uno de ellos.

La señora MacBain sujetó a la muchacha suavemente por los hombros y examinó la contusión.

—Parece como si le hubieran dado un puñetazo. O una bofetada, pero con mucha fuerza. ¿Quién haría algo así?

—¡Ejem!

El corte irritó a la presidenta, que se armó de toda la paciencia que pudo reunir antes de darse la vuelta.

—Bien, esta es la señora Douglas, la esposa del vicario. Quería hablar con usted, lady Annabella.

—¿Cómo está? —respondió Bella con educación, incapaz de disimular su desconcierto.

—Voy a prepararle una compresa fría, ¿de acuerdo? —se ofreció la señora MacBain, y se dirigió al cuarto de baño.

Una mirada de irritación cruzó el rostro de la señora Douglas, pues odiaba que la interrumpieran, aunque de inmediato se vio reemplazada por una brillante sonrisa. Miró hacia el sofá, pero Bella no la invitó a sentarse. Sin desanimarse, se acercó a los pies de la cama y dejó la raída maleta sobre la colcha, con las manos puestas en los cierres.

—Espero que no le resulte escandaloso, pero el otro día estuve tomando el té con lady Georgina, como tengo por costumbre. Nos reunimos una vez a la semana, ¿sabe usted? Es una inspiración para todo el pueblo.

—Lo único escandaloso de esa afirmación —la interrumpió Bella con ironía— es que considere a la abuela una inspiración.

—Uy, ¡pues vaya si lo es! —respondió la señora Douglas—. Le aseguro que, cuando se trata de ayudar a los desfavorecidos, es inasequible al desaliento.

Bella y la presidenta cruzaron una mirada, y esta aplicó la compresa fría en la mejilla de la doncella.

—Bueno —prosiguió la señora Douglas—, mientras servía el té... Por cierto, ojalá volviera al té británico, señora MacBain. Con tantos hombres desempleados como hay, deberíamos apoyar la industria nacional. —Hizo una pausa y trató de retomar el hilo—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Mientras lady Georgina servía el té, me fue inevitable oír parte de su conversación. Les aseguro que no quería entrometerme. Las palabras llegaron a mis oídos sin más. Se sorprenderían de la frecuencia con la que el Todopoderoso hace llegar conversaciones a mis oídos. Creo que es su forma de guiarme, de indicarme dónde se me requiere. Y, cuando escucho a alguien que necesita ayuda, me veo obligada a actuar. De modo que aquí estoy, lady Annabella, a su servicio.

—¿A mi servicio? —farfulló Bella, que no había prestado gran atención a lo que decía la mujer.

La señora Douglas abrió la maleta con un aspaviento y se apartó. Parecía tan orgullosa como un gato que le lleva un ratón muerto a su dueño.

Bella observó la maleta y la señora MacBain miró al techo. Aquello no iba a ser plato de gusto.

—No lo entiendo —balbuceó Bella, mirando alternativamente a la maleta y a la presidenta.

—En la parroquia, he iniciado una campaña de recogida de ropa para los necesitados. Hay que ayudar en lo que se pueda, y hace

meses que visito hogares y recojo prendas sin descanso. No me importa reconocer que ha sido más difícil de lo que esperaba. Pero hemos tenido bastante éxito y ahora podemos amparar a los menesterosos. Por supuesto, nunca pensé que el Todopoderoso me traería aquí, pero sus designios son inescrutables.

«Pero ¿esta mujer no es capaz de hablar con palabras más llanas?», se preguntó la señora MacBain.

—Y... ¿quiere que yo... done algo? —preguntó Bella, sumida en la confusión.

—¡No, ni por asomo! He traído esta ropa para usted. —La señora Douglas sonrió de oreja a oreja—. He seleccionado varias prendas que serían apropiadas para una dama de su posición, pero la verdad es que ya no quedan muchas casas señoriales y, entre las que quedan, es muy difícil conseguir que donen nada, con franqueza se lo digo. Pero me he esforzado al máximo. Mire este traje, por ejemplo.

—¡Es mi traje! —exclamó Bella. Se acercó a la cama y se lo quitó a la señora Douglas—. Sí, es mi traje de viaje.

Miró el resto de la maleta, desesperada, con la esperanza de encontrar en ella sus otras prendas de Shanghái. Aún no había caído en la cuenta.

—¡Es increíble! ¡Entonces esto también debe de ser suyo! —dijo mientras sacaba un sombrero de debajo de una falda de *tweed* verde bilioso—. Pesa un quintal. Me sorprende que no le diera dolor de cabeza.

Bella dejó caer el traje y cogió el sombrero.

—¡Sí! ¿Dónde lo ha encontrado?

—Una camarera lo trajo a la iglesia y lo donó para nuestra campaña.

Bella miró fijamente a la señora Douglas y comprendió con horror lo que la señora Douglas le sugería. Bajó el sombrero despacio.

—¿Me está proponiendo que vista la ropa que otras han descartado?

—Bueno, yo no lo habría dicho con esas palabras —rezongó la señora Douglas, sin entender por qué no se lo agradecía—. No tiene nada que ponerse y en la iglesia tenemos toda esta ropa.

—No soy una necesitada, señora Douglas. Mi marido es el cónsul general de Shanghái. No me hace falta la caridad —dijo Bella, estremeciéndose solo de pensarlo.

La señora Douglas se quedó atónita. Durante unos instantes se puso a rebuscar entre la ropa.

—Estas prendas están lavadas y en perfecto estado, se lo aseguro. Este vestido, por ejemplo, le quedaría como un guante. —Levantó un vestido marrón apagado con lunares blancos.

—¡No me voy a poner eso! —gritó Bella.

Hasta a la señora MacBain le parecía un horror. Dio un paso hacia la cama y, con delicadeza, le quitó el vestido a la esposa del vicario.

—Señora Douglas, ha sido muy amable al pensar en lady Annabella. Y le agradece su generosa oferta. —Le lanzó a Bella una mirada severa, dobló el vestido y lo volvió a guardar en la maleta—. Pero ya ha pedido algunas prendas y está esperando a que lleguen. Por el momento, le sugiero que estas se las quede usted.

Bella cogió su traje de la cama y se lo entregó a su doncella. Se aclaró la garganta suavemente.

—Gracias por devolverme mi traje, señora Douglas. Nunca debió llegarle. Ha ocurrido un error y le pido disculpas por la confusión.

La señora MacBain le ofreció el sombrero a Bella y, puesto que esta negaba con la cabeza, lo guardó en la maleta. Cerró la maleta de un golpe y acompañó a la puerta a la señora Douglas, que había enmudecido.

«Por lo general, la gente se muestra muy agradecida —pensó la esposa del reverendo—. ¿Por qué habrá salido tan mal?».

Después de la cena, se reunieron en el salón para tomar una copa. Con semblante afligido, lady Georgina se acercó a Fergus y Bella.

—Me niego en redondo a volver a hablar con ese hombre. Mañana tendrás que cambiarlo de mesa. —Se alisó el moño de la nuca y se sobresaltó cuando un criado le ofreció una bandeja con cócteles—. ¿Y esto qué es, si puede saberse? —No cabía ninguna duda de que la cena había puesto a lady Georgina de mal humor.

—Martinis, abuela. Están muy de moda en Shanghái —respondió Bella.

Lady Georgina cogió una copa con cautela y la olisqueó arrugando la nariz. Agarró al criado por el brazo y le entregó la copa con aire ofendido.

—Sí, bueno, lo que está de moda en Oriente desde luego que no lo está en las Highlands. Somos un pueblo tradicional. Donde esté un jerez...

—Me lo dices o me lo cuentas —murmuró Bella.

—¿Qué has dicho? —preguntó lady Georgina con brusquedad. No toleraba que se burlaran de ella, y menos aún su nieta.

Fergus terció con la esperanza de calmar los ánimos:

—¿A quién querías que cambien de mesa, abuela?

Durante unos segundos, lady Georgina clavó una reprochadora mirada en Bella y luego le dijo a Fergus:

—Al norteamericano. No hay quien lo aguante.

Ambos hermanos se sorprendieron. A todos les caía bien el señor Rosenthal, ¿no? Era un poco escandaloso, sí, pero ¿no lo eran todos los norteamericanos? En conjunto, era una excelente compañía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fergus.

—Sus modales en la mesa son simplemente atroces —dijo la matriarca negando con la cabeza al recordarlo—. Estaba a mi izquierda, así que departimos durante los entrantes, y fue encantador. Me preguntó por mis rosas. Tuvimos una larga conversación, os lo aseguro. Sabe más de horticultura de lo que cabría esperar de un neoyorquino.

—Te encanta hablar de tus rosas. ¿Cuál es el problema? —preguntó Bella.

—Ninguno. Es lo que pasó después del primer plato. —Miró a lo lejos y dejó escapar un suave suspiro—. Cuando el camarero trajo la mantequilla, en lugar de poner un poco en su plato, partió el panecillo en dos con los pulgares y empezó a untarla mientras el muchacho permanecía allí de pie. Ni el camarero ni yo sabíamos dónde mirar. Me sorprende que no le diera un calambre en el brazo.

Los hermanos intercambiaron una mirada y trataron de no sonreír. Bella se escondió detrás de su copa y Fergus tosió por lo bajini.

—Luego sirvieron la sopa —prosiguió lady Georgina— y el señor Rosenthal no se giró. No se giró, ¿os dais cuenta? La señora Cooper y lord Ashdown, los pobres, no tuvieron con quién conversar durante

la mayor parte de la cena. Bueno, en lo que respecta a la señora Cooper, no hay para tanto, porque no es muy parlanchina, pero lord Ashdown es un celebérrimo anecdotista, y yo estaba deseando oír sus historias. —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Decidme, ¿quién no sabe girarse en una cena?

Desde tiempos inmemoriales, en Loch Down Abbey se observaba la tradición de alternar los compañeros de conversación con cada plato. Durante el primero, las damas hablaban con el caballero a su izquierda; durante el segundo, con el de su derecha, y así sucesivamente. Desde luego, no girarse era una torpeza tal que, en una casa noble, suponía la muerte social en virtud de las normas de la aristocracia escocesa. Sin embargo, era difícil aplicar tal norma al tratarse de un hotel. Nada más que por cometer ese tipo de infracción, no se podía pedir a un huésped que había pagado por el servicio que hiciera las maletas y hacer que el chófer lo llevara a la estación.

—Quizá en Nueva York lo hagan de otra manera, abuela —dijo Fergus.

—Se pasó la mayor parte de los tres platos hablando de esa tal Simpson. Al parecer, la admira de manera incondicional y no entiende por qué no podemos aceptarla. Como si fuéramos a admitir a una divorciada en el trono. Y, encima, norteamericana.

—Bueno, tiene derecho a opinar, abuela —dijo Fergus.

Bella lo miró con gesto iracundo, como para advertirle de que no la provocara.

—No cuando son opiniones equivocadas. —Lo miró con el ceño fruncido y se volvió para observar a la señora Blackwood y a su

sobrino entrar en el salón—. ¡Ah, maravilloso! Es hora de formar parejas para jugar a las cartas.

Lanzó una mirada inquisitiva a los hermanos, quienes negaron con la cabeza.

—Mejor así —respondió lady Georgina y se alejó a toda prisa para pedirle a la señora Blackwood que fuera su compañera antes de que nadie se le adelantara. Durante unos instantes, Fergus y Bella observaron en silencio cómo su abuela avergonzaba y acosaba a la gente para que jugara al *bridge*.

—¿Sabes qué? —repuso Bella al cabo de un momento—: cuanto más los observo, menos los entiendo.

Fergus siguió su mirada. La señora Blackwood estaba sentada junto al fuego, con su sobrino a sus espaldas, como siempre.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, quiero a la tía Elspeth con toda mi alma, pero el sobrino de la señora Blackwood, desde que llegó, sigue a su tía como un perrillo faldero. Yo no creo que pudiera tener esa devoción servil por la tía Elspeth.

Fergus lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No. Ni yo.

—Son más raros que un perro verde. —Tras una pausa, Bella se giró para abarcar toda la sala con la mirada—. Ah, ahí está la señora Cooper. Tengo que preguntarle de qué color va a ir al baile. Si va de azul, me pego un tiro. —Dicho eso, Bella se marchó a la carrera y dejó a Fergus sumido en sus pensamientos.

Cuando se hubo ido y Fergus se quedó al fin solo, se le acercó un camarero, que le entregó un trozo de papel con mano algo temblorosa. Fergus miró la cifra con gesto incrédulo.

—No es posible —murmuró. El camarero parpadeó inocentemente. Fergus volvió a mirar el papel, que contenía la cuenta del bar de Angus. Era enorme—. Si no lleva aquí ni dos semanas.

Fergus salió de la sala soltando sombríos murmullos y fue directo a la sala de billar, donde sabía que encontraría a su hermano. Para cuando llegó, estaba furioso y había asustado a varios de los huéspedes con sus murmullos airados.

Una vez en la sala de billar, echó un rápido vistazo, se dirigió con paso firme a la mesa y dejó caer la cuenta sobre el paño verde, justo delante del taco de Angus.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —espetó en voz tan baja como pudo. Había huéspedes y no quería montar una escena, es decir, una más grande que la que ya había montado.

Sin dejar de apoyarse en la mesa, Angus levantó la mirada hacia su hermano. Dio un profundo suspiro, se incorporó y apoyó el taco contra la mesa.

—Si me disculpa un momento, señor Rosenthal.

Fergus se sonrojó y también balbuceó una disculpa. El señor Rosenthal dejó el taco y se apartó con educación, pero, consciente de que se avecinaba una pelea, se quedó lo bastante cerca como para intervenir en caso de necesidad. Sabía por experiencia lo farrucos que podían ponerse los hermanos.

Angus rodeó la mesa con desgana y cogió el papel.

—¿Se puede saber de qué me hablas? —preguntó con altivez. Pero su desprecio casual se desvaneció al ver el importe. «Dios, ¿de verdad cuesta tanto beber aquí?», se preguntó. Repuesto del susto de inmediato, se aclaró la garganta y se lo devolvió a Fergus—. Tranquilo, la abuela se encargará de ello.

—¿La abuela? —se indignó Fergus—. ¡No pretenderás que abone esta cuenta!

—¿Por qué no? Fue un regalo que me hizo. —Se inclinó para alinear el tiro que había sido tan bruscamente interrumpido. Fergus le arrebató la bola blanca.

—No puedes aceptar. No somos niños a quienes llevan a la confitería. —Miró a su alrededor y bajó la voz—. Ella carece de ingresos, Angus.

Angus dejó el taco sobre la mesa y se apoyó en el borde, cruzando los brazos con indiferencia. Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

Fergus sentía que la sangre le hervía y luchó, sin éxito, por no gritar.

—¿Es que tratas de arruinarla? El dinero que tiene apenas le alcanza para vivir con holgura. No le sobra para ningún lujo, Angus. No puede permitirse pagar tus cuentas.

Angus se rio con sarcasmo.

—Tiene un cocinero, una doncella y un jardinero. Créeme, hermanito, tiene dinero. —Extendió la mano para coger la bola blanca.

La verdad es que Fergus siempre se había preguntado cómo su abuela podía permitirse tres sirvientes. La doncella vivía en la casa, de modo que suponía menos gasto, pero el cocinero y el jardinero iban allí a diario, y en un periquete calculó lo que el hotel pagaba por esos puestos. Su rostro se quedó nublado por la confusión.

Angus miró a su hermano con un deje de sorpresa.

—En realidad, no sabes nada sobre ella, ¿verdad? —Se rio entre dientes. «Fergus es tan obtuso...», se dijo. Cogió la bola blanca—.

Señor Rosenthal, ¿seguimos con lo nuestro?

El norteamericano asintió, en silencio y ojiplático. Nadie en la sala habló.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fergus—. Por supuesto que la conozco.

—Mira —ladró Angus, perdiendo los estribos—, ella se ofreció y yo acepté. No se lo pedí. No me la camelé para que mordiera ningún anzuelo. Fue ella quien se ofreció, por su voluntad. Tiene derecho a gastar su dinero como le parezca. Y, si quiere pagar mis consumiciones, no veo qué tiene de malo.

—¡Pues que eres un adulto! Deberías costearte tus gastos y no vivir de la generosidad ajena. ¡Dios mío, eres igual que el tío Cecil!

Angus dio dos zancadas, se plantó frente a su hermano y lo señaló con el dedo.

—¡Retira lo que has dicho!

—Demuéstrame que me equivoco —espetó Fergus.

—Chicos, por favor —intervino el señor Rosenthal mientras los separaba—. Por mucho que todos disfrutemos del drama —añadió mirando a su alrededor—, detengámonos antes de que la sangre llegue al río, ¿de acuerdo?

Fergus se sacudió, dio un paso atrás y se sentó en los bancos de cuero que flanqueaban la larga pared. Angus se recostó de nuevo en la mesa de billar y se estiró el chaleco.

—Bien —dijo el señor Rosenthal con tono conciliador—, si me lo permiten... —Miró a los hermanos, que asintieron secamente, todavía enfadados el uno con el otro—. Me parece que ambos tienen razón. —Levantó las manos para evitar objeciones—. Fergus, no puede decirle a su abuela cómo debe gastar su dinero. A menos que

esté perdiendo la cabeza, y no es el caso, pues la he conocido y está de lo más lúcida, puede dedicar su dinero a lo que le parezca. Y no se trata de un cazafortunas, sino de su nieto.

Angus le dedicó a su hermano una sonrisa de suficiencia, pero el señor Rosenthal lo miró con el ceño fruncido.

—En cuanto a usted, lord Inverkillen —dijo en tono severo, lo que apaciguó a Fergus—, su hermano tiene razón. Es adulto y, aunque fue una oferta generosa, no debería haberla aceptado. Compórtese como un hombre y hágase cargo de sus gastos.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —espetó Angus, haciendo girar la bola blanca por la mesa.

Tanto Fergus como el señor Rosenthal lo miraron fijamente: Fergus, con incredulidad; el señor Rosenthal, con inocencia.

—Podría buscar trabajo —sugirió el señor Rosenthal tan tranquilo y con un encogimiento de hombros.

—¿Qué? —repuso Angus con frialdad. Respiró hondo para seguir protestando, pero su hermano lo interrumpió.

Fergus se dirigió al señor Rosenthal.

—¿Trabajo? —preguntó con voz llena de asombro.

—Soy el vigésimo conde de Inverkillen, un par del reino —dijo Angus—. La aristocracia no tiene... trabajo. —Pronunció la palabra con desdén.

El señor Rosenthal señaló a Fergus con la mano.

—¿Puedo presentarle a su hermano?

—Trabajo... —repitió Fergus, con la mirada perdida en lontananza.

—Eso no tiene nada que ver. Él... —pero Angus no pudo continuar.

—Nos vendría bien un entrenador de tenis —interrumpió Fergus, dirigiéndose al señor Rosenthal.

—¡Ahí está! —El señor Rosenthal aplaudió—. Entrenador de tenis. Esa es una forma de ganar dinero sin dejar de lado la vida ociosa. ¡Perfecto! —dijo con aire satisfecho consigo mismo mientras asentía.

—Puedes empezar mañana por la mañana. —A Fergus se lo veía más tranquilo de todas todas—. Le pediré a Thompson que reúna a algunos huéspedes.

—Yo... ¿qué? —balbuceó Angus.

—Puedes entrenar desde las diez de la mañana hasta la hora del almuerzo y luego proseguir hasta la hora del té. Quizá podamos organizar un torneo los fines de semana. —A Fergus la mente le iba a ciento por hora. Podría ser una buena fuente de ingresos para el hotel, y lo cierto era que se trataba del único trabajo que le confiaría a su hermano. Tendría que hablar con Thompson para organizarlo todo como era debido. Cogió la cuenta del bar—. Tengo que irme. Gracias, señor Rosenthal. Nos ha sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer —respondió el señor Rosenthal con una inclinación de cabeza.

Fergus salió corriendo de la habitación.

—¡Espera! —le gritó Angus. Y, volviéndose hacia el señor Rosenthal, le preguntó—: ¿Qué acaba de pasar?

Fiel a su palabra, a la mañana siguiente Fergus convocó a dos huéspedes en las pistas de tenis: lord Bryden y su hijo mayor, que a las diez ya estaban calentando. A las nueve y media, envió a un lacayo para que fuese a buscar a Angus, solo por asegurarse de que apareciera. Caminando nervioso de uno a otro lado, se puso a observar el cielo. Septiembre era uno de los mejores meses en

Escocia. Podrían disfrutar de al menos seis semanas de tenis antes de que cambiara el tiempo. Al mirar hacia la casa principal, vio al lacayo, a quien seguía Angus con su ropa de tenis. Estaba ceñudo y de mal humor, pero había acudido. Fergus dio un suspiro de alivio.

CINCO DÍAS ANTES DEL BAILE

De buena mañana, en su despacho, la señora MacBain trataba de reprender a una camarera por confundir a lady Monkhouse con la duquesa de Auldwilde. Había sido un error comprensible, ya que se parecían bastante, y la presidenta consideraba una ridiculez tener que discutir el tema. Pero, lady Monkhouse era muy susceptible y había insistido en que despidieran a la muchacha. Dudaba mucho que pudiera distinguirla en una rueda de reconocimiento, pero había que tomarse en serio las quejas de los huéspedes, de modo que allí estaban, discutiendo lo picajosas que llegaban a ponerse las señoras cuando las confundían con la amante de su marido.

—Debes tener más cuidado y, si albergas la menor duda, llámalas «señora» y santas pascuas. —La señora MacBain interrumpió la reprimenda al ver pasar a un hombre por delante de su despacho—. ¿Quién es? —Se apresuró a levantarse y a perseguirlo hacia el vestíbulo.

—Disculpe. ¿Es usted, coronel? —Lo siguió unos metros antes de que él se diera la vuelta, con aire algo contrariado—. Coronel, ¿qué hace aquí abajo? —Estaba confundida e irritada. Los huéspedes no pintaban nada en la cocina, sobre todo si eran tan pesados como el coronel.

—¡Ah, señora MacBain! Estoy..., eh..., buscando a la cocinera. Quería ver si puede prepararme un plato especial.

La presidenta negó con la cabeza, sin saber muy bien qué responder.

—¿Un plato especial?

—No especial exactamente, no en sentido general, más bien un plato especial para mí. *Toad-in-the-hole*. Hace años que no lo pruebo y la verdad es que muero por él.

—¿*Toad-in-the-hole*? Veré qué puedo hacer, coronel —respondió la presidenta con tono cansado, y lo acompañó de vuelta a las escaleras del personal.

—Prefiero hablar con la chef yo mismo —dijo con aire pomposo—. Soy muy exigente con la proporción de salchichas y masa.

—Me temo que no puede estar aquí abajo, coronel. —Señaló las escaleras sin decir nada más.

—¡Pues he de insistir! —bramó él.

—También yo —replicó la señora MacBain con firmeza.

Ofendido, el coronel subió las escaleras a paso lento, refunfuñando sobre salsas y normas sociales.

Ella negó lentamente con la cabeza y se dirigió a su despacho. ¿Cuándo se iría aquel hombre? Estaba valorando si debía hablar con la señora Burnside al respecto cuando una voz la llamó.

—Ah, señora MacBain, bien. He venido tan pronto como he podido. —Era el médico del pueblo. Llevaba pantalones de golf, que la presidenta miró con curiosidad—. Estaba a punto de salir a hacer unos hoyos cuando Thompson me llamó. Todo un golpe de suerte, nunca mejor dicho. Bien, ¿dónde está la chica?

—¿La chica? —repitió la señora MacBain, que no entendía nada.

—Tengo entendido que una camarera se ha caído por las escaleras del sótano y está bastante malherida.

—¿Qué? ¡Ay, Dios mío! —exclamó ella—. Sígame.

Pasó corriendo junto al doctor, cruzó la cocina, se dirigió hacia la puerta del patio de servicio y se detuvo en un pequeño vestíbulo. Una puerta de madera que solía estar cerrada se encontraba entreabierta. La abrió de par en par, se asomó a la oscuridad y oyó los suaves murmullos de Sadie.

«Dios mío, por favor, que no sea Sadie —pensó—. No sé cómo nos las arreglaríamos sin ella».

Siguió al médico por las escaleras, rezando mientras bajaba. Pero cuando llegaron abajo y sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio que quien se había caído no era Sadie, sino la doncella de Bella. Se sintió tan aliviada que le dio vergüenza.

—A ver: ¿qué ha pasado? —preguntó el médico, arrodillándose junto a las mujeres.

Sadie se apartó y se dirigió a la señora MacBain.

—La puerta estaba abierta, cosa bastante extraña, así que bajé y la encontré tirada en el suelo.

—Si se cayó por ahí —dijo cabeceando hacia los bastos escalones de madera—, es probable que haya sufrido una conmoción cerebral. —Acercó con suavidad el rostro de la doncella al suyo y la miró a los ojos.

—Es su pierna lo que me preocupa —dijo Sadie, y señaló el pie de la chica.

—Vaya, se ha descoyuntado, ¿verdad? —le preguntó el doctor—. Tengo que levantarte la falda para verlo bien. Puede que te duela un poco, pero intenta no moverte.

—No habla inglés —saltó Sadie.

El médico se volvió para mirarla.

—Bueno, eso complica las cosas. —Cambió de posición y se dispuso a alzarle la ropa—. LEVANTO FALDA AHORA —gritó lentamente mientras simulaba que le subía el dobladillo con exagerados gestos —. PUEDE DOLER, QUÉDATE QUIETA.

—¡Doctor! Es china, no sorda —terció la señora MacBain con tono sarcástico.

—Pues en mis viajes al continente sí que me hago entender —respondió él, enfadado.

—Eso habría que verlo —murmuró ella.

El doctor dio un golpecito en la pierna lo más suave que pudo y luego soltó un profundo suspiro.

—Tenemos que sacarla de aquí y llevarla a mi consulta. Debo recolocarle la pierna y ponerle una escayola cuanto antes. Eso sí, necesitaremos ayuda de algunos chicarrones. Y algo para que muerda, pues me temo que el traslado será doloroso.

—De acuerdo —asintió la presidenta—. Iré a llamar a Ross. A los botones no los veo capaces. Mientras tanto, ¿qué podemos hacer, doctor?

—Nada. Solo mantenerla lo más quieta posible.

Ross llegó enseguida con varios muchachos fornidos. En un pispás, evaluaron la situación, subieron a la pobre chica por las escaleras y la metieron en la ambulancia. Cuando se cerró la puerta, la señora MacBain volvió a entrar despacio al hotel.

«¿Qué más puede pasarle a esta pobre chica?», se preguntó.

Al otro lado de las cocinas, tres ayudantes que habían pausado sus quehaceres y habían acudido presurosas al mostrador de servicio

miraban algo con atención. Ese algo era la señora Burnside, tumbada en el suelo, que se retorcía como una tortuga patas arriba, más precisamente, como una tortuga iracunda. En un periquete la enderezaron y la ayudaron a sentarse en un taburete. Tenía un chichón en la frente que se parecía al huevo pasado por agua que acababa de pisar.

—¡¿Cómo diablos ha acabado eso ahí?! —les gritó a las ayudantes de cocina, que no podían sino balbucear aterrorizadas.

—¿Qué diantres ocurre? —preguntó la señora MacBain con tono severo mientras rodeaba la mesa de preparación que presidía la sala —. Se oyen los gritos desde el pueblo. ¡Oh! —Se sobresaltó con violencia cuando vio a la señora Burnside—. ¿Qué ha pasado? —Observó a las tres ayudantes, que se mantenían al margen mirando al suelo con aire dócil—. Pero bueno, no os quedéis ahí como pasmarotes. Id a buscar una compresa fría. Tú, limpia ese desastre. Y tú... —la presidenta señaló a la ayudante más joven—, en mi despacho, en el cajón superior izquierdo de mi escritorio, encontrarás unos polvos para el dolor de cabeza. Por lo que parece, los va a necesitar.

Las ayudantes se apresuraron a cumplir su cometido. La señora MacBain se giró hacia la señora Burnside, que parpadeaba para contener las lágrimas de dolor. Debía de haber sido una buena caída, pues en otras ocasiones la había visto quemarse dedos y brazos sin pestañear.

—Primero la doncella y ahora usted. ¿Qué demonios sucede hoy aquí abajo? —Giró suavemente el rostro de la cocinera hacia la luz—. A ver, déjeme que le eche un vistazo. Ay, Señor, me temo que le va a quedar un moratón horrible. También necesitará árnica.

—Había un huevo pasado por agua en el suelo —explicó la cocinera, enfadada por que el desorden se hubiera apoderado de su cocina—. Estaba revisando las hojas del inventario y no lo vi. En cuanto me quise dar cuenta, estaba panza arriba, y gracias a Dios que el portapapeles no me ha dado en el ojo.

—¿Un huevo pasado por agua? —preguntó la señora MacBain, confundida, mientras miraba a su alrededor. Allí era donde se preparaban las bandejas del desayuno, pero, como de costumbre, reinaba un orden impoluto—. ¿Cómo ha llegado ahí?

La señora Burnside carraspeó.

—Debe de haberse caído de una bandeja —se tocó el bulto que le estaba saliendo en la frente e hizo una mueca de dolor—, pero no me explico cómo. Tapamos las bandejas en cuanto están listas. Será culpa de la muchacha nueva. Mire que le advertí que las ayudantes de los Dunbar-Hamilton no estaban a la altura.

—Sé que no es santo de su devoción, pero yo diría que tiene las suficientes luces como para recoger un huevo si se le cae —reprendió a la cocinera sin acritud—. Ahora bien, ¿cómo es que nadie se ha quejado de la desaparición de un huevo? Le preguntaré a Thompson.

La compresa fría y el polvo para el dolor de cabeza llegaron justo cuando la señora Burnside se levantó y, acto seguido, volvió a desplomarse. La señora MacBain la agarró y pidió ayuda a un botones que estaba cerca.

—Andy, por favor, llévala a su habitación. En cocina pueden arreglárselas sin usted si descansa durante una hora —dijo la presidenta cuando la señora Burnside empezó a protestar—. Vaya a

acostarse y recupere el equilibrio. Bastante peligroso está esto ya como para que se caiga otra vez.

Observó cómo Andy guiaba a la cocinera hacia las escaleras de servicio. Cuando se cerró la puerta, se volvió hacia las ayudantes de cocina con semblante serio.

—Y bien, ¿qué ha pasado durante el desayuno?

Esa mañana, el desayuno de Cecil se retrasó, pero él no se dio cuenta. Todavía estaba decidiendo qué ponerse. En bata y ante el espejo, con varios trajes en la mano, soltó un suspiro.

«De nuevo sin ayuda de cámara, Cecil —pensó con tristeza—. Vaya vida más perra que te ha tocado».

Bueno, solo conocía una forma de salir del atolladero. Eligió el traje de *tweed* gris oscuro con el chaleco ocre y una camisa blanca almidonada, que nunca fallaba con las damas. Elegir las prendas por sí mismo era deprimente. Echaba de menos a Georges. Bueno, en honor a la verdad, no era cierto. Siempre le había dado la sensación de que sonreía a sus espaldas, como si lo desaprobara. Echaba de menos tener un ayuda de cámara; no echaba de menos a Georges.

Un golpe en la puerta lo sacó de su ensimismamiento.

—El desayuno, señor —dijo una vocecita desde fuera de la habitación.

Cecil dejó escapar un suspiro de agravio y luego recordó que ya no estaba en su casa, sino en un hotel. Y entrar en una habitación sin avisar era de mala educación. Sin embargo, no pudo por menos que reparar en que cada mañana alguien encendía las chimeneas, como si hubiera un hada invisible.

Cruzó la habitación, molesto una vez más por tener que valerse por sí mismo, y mantuvo la puerta abierta mientras una joven camarera entraba con la bandeja de madera del desayuno. La chica hizo un amago de reverencia y miró a Cecil con curiosidad.

—Buenos días, señor.

Cecil señaló la mesa y se preguntó si debía darle algo a la muchacha o si, como en los viejos tiempos, bastaba con dejar algo en un sobre al marcharse. ¿Por qué, de repente, todo el mundo esperaba una propina por el más ínfimo servicio? Le abro la puerta: propina, por favor. Le llevo las maletas: propina, por favor. Aquí tiene su sombrero: propina, por favor. Era agotador y, francamente, también caro. Pensó en el señor Rosenthal, que repartía chelines por la armería como si fueran peniques. Lo cierto era que los norteamericanos lo echaban todo a perder. Cecil le lanzó un gesto de asentimiento a la chica mientras ella hacía otro amago de reverencia y desaparecía por la puerta.

Mientras la cerraba, y sin dejar de criticar en su fuero interno a los norteamericanos, se acercó a su bandeja y tomó la silla que daba al jardín. Al colocarse la servilleta en la bata, se dio cuenta de que estaba hambriento y ardía en deseos de probar la morcilla de la cocinera. Su repertorio de platos era limitado, pero, a su juicio, ese en concreto lo bordaba. Al destapar la bandeja, sintió una punzada de irritación.

«Se han olvidado», se indignó. No había morcilla, ni beicon, ni huevos. Pero ¿qué era eso? Cecil cogió el objeto y le dio la vuelta entre las manos. «Qué curioso», se dijo. Lo dejó sobre la bandeja y se quedó sin aliento, pues cayó en la cuenta de que podría ser el mejor desayuno que había tomado nunca en Loch Down.

CUATRO DÍAS ANTES DEL BAILE

Mackay estaba sentado en su despacho, que habían creado en una antigua sala de seguridad en la planta de los señores. Como antiguo ayuda de cámara, en el hotel se dedicaba a ayudar a los sirvientes personales de los huéspedes que se alojaban en esa planta. Se trataba de los huéspedes más importantes del establecimiento y se desvivían por complacerlos. Se ocupaba de los guantes perdidos y los frascos de perfume rotos que había que reemplazar de inmediato, proporcionaba libros y prensa a voluntad y facilitaba bolsas de agua caliente y material de papelería específico. Organizaba excursiones, visitas a jardines de la zona o pícnics junto al río. Si un huésped deseaba mantener una cita furtiva en una cabaña, se encargaba de facilitarle los arreglos necesarios al ayuda de cámara en cuestión. Hacía más o menos lo mismo que en sus tiempos de ayuda de cámara del anterior lord Inverkillen, pero sin tener que vestir al señor ni lavarle la ropa, tareas que no echaba de menos. Lord Inverkillen era impredecible y temperamental, y además tenía muchas cosquillas, lo que dificultaba en grado sumo cepillarle la pelusa de los trajes.

En los días previos al baile, Mackay estaba cada vez más ocupado con las peticiones de los huéspedes. Muchos necesitaban ropa nueva o querían sentarse en la misma mesa que alguien concreto. Incluso estaba empezando a organizar los carnés de baile para algunas personas. Sin embargo, ese día y en ese momento, todo el mundo

estaba tomando el té y él podía relajarse con su crucigrama. Se devanaba los sesos con la doce vertical («Nombre de pila de la madre de Napoleón», cinco letras y después siete) cuando oyó a alguien por el pasillo. A menos que los pasos se dirigieran a su puerta, por lo común, los ignoraba. Pasó a la dieciséis horizontal e intentó recordar el nombre del lord canciller de Carlos II. ¿Acaso el monarca había tenido lord canciller? Mackay sacudió la cabeza con frustración. Lo cierto es que la historia nunca había sido su fuerte.

Murmurando para sí, tomó un sorbo de café tibio. Lo había dejado enfriar un pelín de más.

De repente, oyó voces en el pasillo, indistintas pero agudas, y luego una voz bastante irritada que gritaba: «¡Vuelva aquí!».

Se levantó de la silla, se acercó a la puerta abierta y se asomó. Pudo ver a dos hombres, ninguno de ellos de esa planta, enfrentándose con ira. El caballero de más edad tenía el dedo en el pecho del más joven, que vestía un traje blanco.

«Dios, ese traje necesita un buen planchado», pensó involuntariamente.

El joven apartó el dedo como si fuera una mosca molesta y trató de alejarse. Dio un solo paso cuando el otro lo agarró del hombro y lo tiró hacia atrás con brusquedad. De pronto, los dos estaban frente a frente, enfurecidos, y el joven agarraba al mayor por las solapas del traje.

—Si no está satisfecho —dijo el joven—, búsquelo usted. —Empujó al anciano hacia atrás.

—¡Miente! —El anciano cayó sobre una silla y se desplomó en el suelo—. Y su lealtad es en vano. Si alguien puede darle lo que quiere, ese soy yo.

Intercambiaron una mirada llena de ira y el joven cerró el puño. Mackay se preguntó si debía intervenir.

—Ni siquiera sabe lo que quiero —siseó—, ¿cómo podría...?

—Su Ying.

El joven daba la impresión de que le hubieran echado un jarro de agua fría. Se quedó paralizado, mirando al anciano jadear en el suelo.

—Encuéntrelo. —El anciano se puso en pie, con una sonrisa maliciosa dibujada en el rostro. Se arregló el traje y bajó las escaleras, dejando al otro desplomarse contra una consola. Se había quedado tan pálido como su traje y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás con la cabeza entre las manos.

Mackay volvió a entrar en su despacho. Arrastró la silla por el suelo con estrépito y luego salió al pasillo, como si no hubiera pasado nada. El hombre se puso de pie de un salto y se quedó mirando a Mackay durante un momento.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —preguntó Mackay en el tono más ligero que pudo y tratando de aparentar sorpresa al verlo.

—Eh... —balbuceó el joven con un punto de terror en el semblante—. No.

Dicho eso, bajó corriendo las escaleras sin decir nada más, mientras Mackay se preguntaba si debía informar a la señora MacBain de lo que acababa de presenciar.

¡Clarendon! La respuesta le vino de repente. El lord canciller era el conde de Clarendon. Volvió a su despacho y corrió un velo sobre todo el alboroto.

De pie frente al plano de distribución de los asientos para el baile, lady Georgina estaba furiosa. Había dado por supuesto que su mesa estaría en un extremo de la sala, frente a la chimenea, bajo el retrato del decimocuarto conde de Inverkillen. Era el mejor lugar del salón y deberían haberlo reservado para la familia. Sin embargo, la anotación del plano rezaba con toda claridad: «Duque de Auldwilde».

«¿Cómo puede la señora MacBain ser tan desconsiderada?», se preguntó.

Chasqueó la lengua y tiró los guantes sobre la mesa de al lado. Tendría que colocar a los invitados ella misma. Dispuso la etiqueta «Inverkillen» al calor del hogar, retiró al duque y lo reubicó en la mesa a su izquierda. A su vez, ello implicaba trasladar a los Monkhouse. «Y sobran razones para hacerlo», pensó con picardía. La señora MacBain no tenía ni idea de la habilidad y delicadeza que se requerían para distribuir los asientos. Podían estar en juego las vidas de algunas personas, por no hablar de su reputación.

Veinte minutos más tarde, estaba a punto de terminar el nuevo plano cuando Fergus abrió la puerta de la sala serbal en busca de la presidenta. En su rostro se dibujó un gesto de sorpresa, pero de inmediato se vio reemplazado por una astuta mirada.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —Cerró la puerta tras de sí y se acercó al plano.

—Corrijo el plano de los asientos —respondió ella. Levantó una mano para detener su objeción y continuó—: La señora MacBain tiene muchas habilidades. No me duele en prendas reconocer su enorme valía, pero distribuir mesas de invitados no es su fuerte. Ha

sentado juntos a los Auldwilde y a los Monkhouse, y eso no puede ser, y punto.

Fergus cerró los ojos y negó suavemente con la cabeza. Habían pasado días discutiendo la distribución. Se preguntó hasta qué punto la habría cambiado su abuela.

—Y los Ruthven no pueden estar en el mismo lado de la sala que los MacGregor, o de lo contrario correrá la sangre. Aún discuten sobre la propiedad de ese miserable granero, a pesar de que a estas alturas ya son poco más que escombros.

Fergus reconoció el error. No había caído en la cuenta cuando los colocaron juntos. Se acercó y echó un vistazo a los cambios. Al ver que su familia había pasado a ocupar el puesto de honor, respiró hondo, pero volvieron a interrumpirlo.

—Y los Menteith no pueden estar cerca de la barra. Ya sabes cómo se ponen sus hijos. Son una auténtica vergüenza cuando beben. Ojalá jugaran más a las cartas... —dijo la condesa viuda mientras los trasladaba a una zona aledaña a la sala del roble, que pensaban utilizar como sala de juego para los caballeros.

Fergus observó que todo el plano había cambiado y, francamente, con el profundo conocimiento que su abuela atesoraba sobre las familias, sus disputas y rencores, por no hablar de los últimos chismes, quizá era la persona más indicada para esa tarea. Sonrió, la besó con ternura en la cabeza y salió de la sala para proseguir su búsqueda de la señora MacBain.

TRES DÍAS ANTES DEL BAILE

Abajo, en su despacho de la planta de empleados, la señora MacBain disfrutaba de un momento de silencio. A medida que se acercaba el baile, el nivel de actividad se volvía frenético. Esa mañana habían tenido que limpiar unos huevos de las escaleras después de que se desmadrara una representación de la comedia *Speed the Plough*, de Thomas Morton. El pobre Ollie tuvo que cambiarse el uniforme y lavarse el pelo a toda prisa. En esas condiciones, ¿cómo iban a centrarse en el trabajo?

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por un suave golpe en la puerta.

—Ah, Ross, pasa. —Le señaló la silla junto a la chimenea, pero él no se sentó.

—Me temo que no tengo mucho tiempo.

—¿En qué puedo ayudarte?

Ross miró a su prima un poco avergonzado.

—Necesito que hables con el señor Cooper por mí.

La presidenta abrió los ojos con sorpresa, pues Ross nunca interactuaba con los huéspedes.

—¿El señor Cooper?

Ross asintió.

—Lo he pillado en unas cuantas ocasiones merodeando por la destilería. Ya estoy cansado de decirle que no puede ir allí, pero me lo sigo encontrando. Hoy estaba en la sala de barricas.

—¿En la sala de barricas? —preguntó ella horrorizada. La sala de barricas, donde envejecía el whisky, estaba muy bien protegida. Ni la mismísima señora MacBain había accedido a ese espacio—. ¿Cómo ha entrado?

—No lo sé, pero tuve que echarlo y no fui demasiado educado. —Hizo una mueca de disculpa.

—De acuerdo —dijo ella—, hablaré con él.

Ross asintió en señal de agradecimiento y se dio la vuelta para marcharse.

—Ah, quería pedirte algo —saltó ella de improviso—. El whisky del baile, ¿podrías traerlo cuando quede poco tiempo para que este comience? El personal está un poco nervioso y si lo tienen a mano demasiado pronto...

Ross se rio entre dientes y asintió.

—Lo traeré cuando se abran las puertas.

—Gracias. Vendrás, ¿verdad? Espero que me saques a bailar.

Ross hizo una reverencia y se marchó. «Y ahora —pensó la señora MacBain—, tengo que encontrar al señor Cooper». Sabía que iba a causarle molestias, pero no se había imaginado que serían de ese tipo.

DOS DÍAS ANTES DEL BAILE

Al ver aparecer la ambulancia en el patio de servicio sin previo aviso, la señora Burnside se quedó desconcertada.

—Nadie me había dicho nada. No estamos preparados, ¡¿entienden?! —gritó a los dos jóvenes que trataban de bajar del vehículo a la doncella de Bella—. No pueden dejarla aquí sin más.

Mientras enviaban a un botones en busca de Fergus, se quedaron los cuatro esperando bajo el sol. Uno de los chicos le dio una patada a una piedra. Oyeron pasos sobre la grava y se giraron, pero no era Fergus, sino un huésped, que debía de haberse perdido.

—¡¿Puedo ayudarlo?! —gritó la señora Burnside. El hombre se sobresaltó visiblemente, preguntó por las pistas de críquet y, antes de recibir respuesta, se retiró, dejando que se instalara un silencio incómodo.

—¿Cómo se encuentra tu madre, Jamie? —preguntó la señora Burnside.

—Oh, ahora está de lujo, señora Burnside —dijo Jamie tan pimpante—. Gracias por mandarle todos esos pasteles. Le fueron de gran ayuda.

—Bueno, la verdad es que todos necesitamos una mano amiga de vez en cuando —intervino la señora Burnside con amabilidad—. Mañana enviaré a una chica para que recoja la colada. —La madre de Jamie acababa de tener otro hijo, el quinto en cinco años.

Volvió a hacerse el silencio y la señora Burnside miró a la doncella. Lucía un feo moratón en la frente, mucho peor que el de ella. Además de tener el brazo en cabestrillo, la muchacha llevaba una escayola en la pierna e iba sentada en una silla de ruedas, que de poco le serviría con un solo brazo. «¿Qué vamos a hacer con ella?», se preguntó la señora Burnside. Por suerte, no era problema suyo.

Fergus llegó por fin, observó la escena y dio un profundo suspiro.

—Bueno, os dejo solos —dijo la señora Burnside, y salió.

Detrás de la doncella, Jamie se irguió y puso las manos sobre la silla de ruedas.

—¿Dónde quiere que la ponga, señor?

—Eh... —balbuceó Fergus. No tenía ni idea.

—¿Que la ha puesto dónde? —exclamó la señora MacBain, sorprendida.

Fergus se retorció.

—Era el único espacio sin escalones que se me ocurrió.

—Pues hay muchos otros, Fergus. No tenía por qué ponerla en medio de la nada.

—Ah, ¿sí? —replicó Fergus, beligerante—. Dígame dónde puedo ponerla que tenga un baño cerca y yo mismo la trasladaré.

La señora MacBain tomó aire para hablar, pero se lo pensó dos veces.

—Bueno, ¿qué tal..., eh...?

Fergus ladeó la cabeza y se quedó expectante con un punto de engreimiento en el rostro.

—Bueno, eh..., podríamos ponerla... —La presidenta agitó el brazo y luego lo bajó—. No, no es buena idea. ¿Qué tal...? Oh, no, ahí tampoco.

Fergus la dejó cavilar durante unos minutos, pues verla desconcertada era un grato espectáculo y era más raro que atisbar al monstruo del lago Ness. Por poco se echó a reír.

—Lleva usted razón —convino ella por fin—. Pero ¿quién la va a cuidar? Las antiguas dependencias del servicio están muy lejos de la zona de trabajo del personal. Con el baile no tenemos manos libres.

—Ah, sí —contestó Fergus con gesto triste—, ese es el problema.

Dio con ella en la sala de música, interpretando una pieza bastante complicada de Chopin que recordaba de su infancia. Se quedó en el umbral y, cuando terminó de tocar, entró en la estancia.

—No sabía que seguías tocando.

—Creía que estaba sola. —Bella se volvió, sorprendida por la voz —. Lo hago de vez en cuando. Es una buena forma de animar fiestas aburridas.

Fergus no estaba seguro, pero le pareció una puñalada a sus intentos de organizar veladas. Haciéndose a un lado, se preparó para la tarea que se traía entre manos. Cruzó la sala despacio y se sentó en el brazo del sofá.

—Tu doncella ha vuelto del hospital.

—¡Ay, gracias a Dios! Me las he arreglado fatal en su ausencia. No sé si habría aguantado mucho más.

—Ah... —Fergus carraspeó con nerviosismo—. En realidad, Bella, vas a tener que componértelas tú sola un poco más —añadió, y ella

levantó la cabeza de golpe—. Como ves, va en silla de ruedas y, con la muñeca rota, es bastante evidente que no puede moverse.

Bella suspiró y miró al techo con los ojos cerrados. Por un momento, Fergus se preguntó si estaría rezando.

—¡Me tomas el pelo! —dijo al fin sin ocultar su irritación—. ¿Qué más podría torcerse? Ha sido el peor mes de mi vida. Está claro que me han echado una maldición.

Fergus estaba consternado. «¿Cómo puede ser tan egoísta?», se preguntó. Sin embargo, mientras pensaba en cómo responderle, Bella cerró el piano de golpe y se giró hacia su hermano.

—Bella —comenzó a reprenderla, sin saber ni por dónde empezar.

—Estoy divorciada —lo interrumpió ella mientras contaba con los dedos—, he perdido mi hogar por culpa de la guerra, mi marido está ausente, llevo ropa vieja y, para colmo, tengo a la doncella lisiada. Sin duda, estoy maldita. —Arrancó con saña las hojas de una planta —. Dios mío, si no fuera porque es verdad, hasta resultaría gracioso.

Fergus se las vio y se las deseó para aguantarse las ganas de abofetearla. Se quedó de pie, respirando lentamente, y luego se alejó de los bustos de mármol. Eran los compositores que su madre más admiraba. Con lo que pesaban, si se pudiera agarrar uno para usarlo como arma... Mejor no pensarlo.

—Bella, ¿cómo puedes ser tan egoísta en un momento como este? —la criticó en un tono que, con esfuerzo, casi sonaba tranquilo.

—Disculpa, pero es mi vida la que se ha visto destrozada.

—¡¿Destrozada?! —gritó Fergus. Alguien que pasaba por allí se sobresaltó y se alejó a toda prisa. Fergus se apresuró a cerrar las puertas, pues no tenía sentido montar una escena en público—. ¿Y

tu doncella? La pobre ha tenido que dejar su hogar y viajar a un país extranjero en la otra punta del mundo.

—Estamos en Escocia —repuso ella con desdén—, no es lo que se dice un país extranjero.

—¡Eso es porque tú eres escocesa! —gritó él. ¿Cómo podía no darse cuenta de las cosas?—. Ni siquiera puede hablar con nosotros. Y ahora está postrada en cama, con el cuerpo destrozado, todo porque tú la trajiste a la fuerza. Y estoy seguro de que no le diste la opción de negarse.

—Disculpa, pero no la traje a la fuerza. Es mi doncella. Su trabajo es ir adonde vaya yo —repuso Bella. Lanzó una ominosa mirada a su hermano y resopló—. Y si crees que me gusta estar aquí, ¡estás muy equivocado!

—Eres libre de irte cuando quieras, Bella, porque con las habitaciones en que te alojas con descuento puedo ganar mucho dinero.

Bella puso cara como si le hubiera dado una bofetada. Se quedó boquiabierta y, al cabo de unos instantes, por fin exclamó:

—¡Soy de la familia! ¡No debería tener que pagar nada!

—¡Es un negocio, idiota! —Fergus bajó la cabeza avergonzado—. Lo siento. Yo... —Intentó ponerle la mano en el brazo, pero ella lo apartó con brusquedad.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —espetó ella.

Cualquier atisbo de remordimiento que Fergus sintiera se esfumó al oírla de nuevo.

—Tienes suerte de que no te eche sin más. Tu doncella y tú os alojaréis juntas en la antigua sala del servicio hasta que ella pueda valerse por sí misma.

—¡No voy a compartir habitación con mi doncella! —gritó Bella.

—Bella, sé razonable. Alguien tiene que cuidarla —suplicó Fergus.

—¡No voy a compartir habitación! —gritó ella—. Seguro que alguien de aquí puede hacerse cargo de ella. ¿Por qué no la dejas en el hospital? O también podrías contratar a una enfermera.

—¿La vas a pagar tú? Porque conmigo no cuentes, no es mi doncella. ¡Apuesto a que eres demasiado tacaña y egoísta para gastar dinero en nada ni nadie salvo en ti misma!

El grito ahogado y la expresión de Bella le hicieron comprender a Fergus que se había pasado de la raya, pero no podía ceder, aunque ella estuviera sopesando el metrónomo de latón y nogal.

—No voy a cambiar de habitación —se plantó ella apretando los dientes.

—¡Por supuesto que sí! —Fergus se acercó al timbre para llamar a un criado y por poco arranca la tela de la pared—. Yo dirijo este hotel y, si quiero trasladar a alguien a otra habitación, como hay Dios que así será. —Se miraron con ira durante unos instantes, resoplando y dando vueltas por la habitación.

—No te atreverás —siseó Bella.

—¿Que no? —replicó él con los dientes apretados. La puerta se abrió—. Ah, bien, Ollie.

Los ojos del jefe de Conserjería se movieron veloces de uno a otro hermano, que se miraban iracundos y con el rostro enrojecido. Había oído los gritos desde el pasillo y de repente se preguntó si no debería apartar los atizadores. Y los candelabros. ¿Blandía ella un cenicero?

—¿Me ha llamado, señor? —preguntó con cautela.

—Sí. Por favor, acompañe a lady Martin a sus aposentos y ayúdela a recoger sus pertenencias. Se va a mudar de habitación.

Ollie se acercó a Bella, haciendo todo lo posible por interponerse con indiferencia entre los hermanos.

—Por supuesto, señor. ¿Le importaría acompañarme, señora? —Se inclinó para quitarle el cenicero de la mano. Tras un breve forcejeo, lo colocó sobre el piano y señaló hacia las puertas.

Bella fulminó a Ollie con la mirada y luego se volvió hacia su hermano.

—Qué bruto te has vuelto. Dale a un hombre un poco de poder y verás su verdadera personalidad —comentó antes de salir de la habitación. A Fergus le recordó enormemente a su abuela.

Después de que Ollie cerrara la puerta, Fergus se sentó en el sofá, con las manos temblorosas y el corazón desbocado. Hacía años que no le gritaba a nadie de esa manera. Y lo cierto era que no lo echaba de menos. Salió al jardín por las cristaleras y se dirigió con paso firme hacia el bosque. Necesitaba calmarse antes de hablar con nadie más.

En la destilería, unos golpes en la puerta irritaron a Ross. Estaba estudiando los libros de cuentas. Aunque era la parte del trabajo que menos le gustaba (la contabilidad, los números, el debe y el haber), no creía que estuvieran preparados para contratar a un contable todavía. El trabajo empezaba a ser agobiante, pero no estaba seguro de que pudieran permitirse otro empleado. Por tanto, se veía obligado a hacerlo él mismo, atrapado en un escritorio, estudiando números que le cansaban la vista.

Desde el patio, un chico asomó la cabeza al despacho.

—Disculpe, señor, pero creo que debería venir a ver una cosa.

Encantado por la excusa que se le presentaba para estirar las piernas y que le diera el aire, Ross abandonó los libros.

—¿Qué pasa, McAllister?

—Seguro que no es nada, pero alguien ha estado en el almacén de turba.

Ross volvió a sentarse.

—En ese lugar siempre hay alguien.

—Pero han entrado por otra puerta, señor.

Intrigado, se levantó y siguió a McAllister a través de la destilería, salió al patio y se dirigió al almacén. Ahora bien, en lugar de entrar por la puerta principal, McAllister lo condujo por un lateral, hasta la parte trasera, donde había una puerta que quedaba oculta por los árboles y matorrales. La abrió para que Ross pudiera verla bien.

—Me la encontré abierta.

Ross lo miró a través del umbral y entró a la parte trasera del almacén de turba. No vio nada raro. McAllister iluminó el suelo con una linterna y observaron unas huellas que, a ojos de Ross, parecían recientes.

—¿Han robado algo? —preguntó, aunque preveía una respuesta negativa. ¿Quién iba a sustraer turba, un material que se podía extraer del suelo sin más?

—Que yo sepa, no. A decir verdad, ni siquiera sabía de la existencia de esta puerta. —Ross lo miró—. Estaba persiguiendo a un perro.

Ross asintió. Era el juego favorito de Grantham y Belgravia: colarse, coger algo que les llamara la atención y esperar a que los

persiguieran. Se preguntó, y no por primera vez, si estarían a tiempo de adiestrarlos como sabuesos.

—La cerraría con llave, pero es que no hay cerradura.

Con aire crítico, Ross examinó el oscuro interior. Aunque todo parecía en orden, era un poco inquietante.

—¿Has revisado las otras dependencias?

McAllister asintió.

—No hay nada fuera de lo normal. Lo que debía estar cerrado con llave lo estaba. A lo mejor alguien entró a guarecerse, simplemente para pasar la noche a cubierto.

Ross frunció el ceño, pues esa posibilidad no acababa de convencerlo.

—En la finca hay un montón de cabañas. Bueno, veamos si podemos instalar una cerradura. —Volvió a salir por la misma puerta y echó un vistazo a los alrededores.

—Sí, señor.

Ross regresó despacio a su despacho mientras le daba vueltas al descubrimiento. Tampoco sabía nada de la puerta y se preguntaba si tendría alguna importancia o ninguna en absoluto. Cuando se sentó de nuevo en su escritorio, pensó que, con toda probabilidad, se trataba otra vez del señor Cooper. Sea como fuere, le pediría a McAllister que estuviera alerta.

Era peor de lo que Bella se imaginaba. Cuando Fergus hablaba de la antigua sala del servicio, se refería a la antigua pocilga, que habían reconvertido en dependencias de los criados en algún momento de la época georgiana. Más tarde, durante la era victoriana, la habían

comunicado con la casa principal mediante un angosto y oscuro pasillo de piedra. Estaban en el extremo más alejado del ala este de la casa, a bastante distancia de cualquier lugar que mereciera la pena. Bella ni siquiera sabía de la existencia de esos lares. Ollie solo había estado allí una vez. En su primer día como empleado, se había equivocado de pasillo y, perdido, había terminado en aquella sala. Todas las estancias de los sirvientes eran iguales y resultaba muy fácil extraviarse por aquellos vericuetos. Cuando por fin encontró el camino de vuelta a las cocinas, llevaba tres cuartos de hora de retraso y al señor Hudson no le hizo ni pizca de gracia. Ollie tardó años en restaurar su reputación.

Bella miró horrorizada a su alrededor y luego se sentó bruscamente en uno de los cuatro camastros metálicos. El somier traqueteó y los muelles chirriaron con gran estruendo. Contuvo las lágrimas. Ollie le había desenrollado el colchón y había ido a buscar sábanas. Aparte de los camastros, había dos mesitas de noche compartidas dos a dos, una encimera de pino con un lavamanos y una única silla con respaldo de escalera.

«Por el amor de Dios —pensó, con la vista clavada en el techo vacío—, el alumbrado sigue siendo de velas».

Las paredes de piedra gris no tenían adornos y el suelo era de losas rugosas. Los ojos se le posaron en los cuatro orinales apilados en una esquina.

«No —se dijo mientras los miraba espantada—. No puedo. Es inconcebible que utilice un orinal». Repasó mentalmente el trayecto hasta la habitación. ¿Habían pasado por algún baño? Seguro que había uno cerca. Aquello era inhumano.

Cuando Ollie regresó con las sábanas, Bella se paseaba por la habitación presa del pánico y murmuraba fuera de sí.

—¡No puede pretender que me aloje aquí! —le espetó al lacayo antes de que hubiera cruzado el umbral—. Angus sí que puede ser muy cruel, pero Fergus no. ¡No puedo quedarme aquí! ¿Ha visto estas habitaciones?

Ollie miró a su alrededor. La estancia estaba tan vacía que ni siquiera se podía llamar espartana.

—Ah, no se preocupe, señora. No sabíamos que se iba a cambiar de habitación, así que nadie ha tenido tiempo de, ejem, prepararla. Cuando lo hayamos hecho, estoy seguro de que se sentirá muy cómoda.

Una camarera entró en la habitación, se detuvo en seco y miró en torno horrorizada. Ollie carraspeó sin disimulo y la muchacha se apresuró a hacer la cama.

—Esto... ¿Qué muebles necesita exactamente? —preguntó con cautela.

—Para empezar, electricidad —dijo Bella inspeccionando la habitación—. Más vale que haya un baño cerca. No voy a sostenerle un orinal a mi doncella. —Hizo una pausa, siguió observando la estancia y comenzó a enumerar los muebles que necesitaría.

Veinte minutos más tarde, Ollie deseó no haber preguntado nada.

Fergus acababa de regresar de su paseo por el bosque para recobrar la calma tras la zapatiesta con Bella cuando, curiosamente, se encontró en los patios de servicio con el señor Cooper, que parecía perdido. Tenía la cara roja de esfuerzo y llevaba ramitas entre el

pelo. Fergus lo acompañó hasta la entrada de Loch Down Abbey y luego se marchó. Al llegar a la puerta de paño de la armería, oyó que lo llamaban con tono severo. Se giró y se encontró cara a cara con su abuela, que parecía muy malhumorada.

—¿Podemos hablar? —No era una petición. Fuera lo que fuera, estaba seguro de que la armería no tenía por qué oírlo.

La condujo hasta la sala serbal y cerró la puerta tras de sí.

—Angus tiene que irse —dijo ella, antes incluso de que ninguno de los dos se sentara—. No puedo seguir alojándolo en Thistledown Cottage.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero esto ya es la gota que colma el vaso. —Retorció un pañuelo entre las manos.

«¿La gota que colma el vaso? ¿Y cuál sería la primera gota?», se preguntó Fergus.

—Ha trastornado mi hogar por completo. No sigue un horario fijo, excepto para el desayuno, eso sí, que exige a las nueve y media. ¡A las nueve y media! ¿Quién desayuna tan tarde? Te lo digo yo: nadie. La cocinera tiene que dejar su trabajo para preparárselo, lo que retrasa la hora del almuerzo.

—Pero ¿no almuerzas con nosotros casi a diario?

La matriarca lo miró con el ceño fruncido.

—Esa no es la cuestión. No tiene rutina, por lo que la camarera nunca sabe cuándo puede hacer su habitación. El otro día entró mientras ella estaba allí, le dio un susto tremendo, la echó y encima tuvo la poca vergüenza de quejarse porque no le habían hecho la cama.

Fergus negó con la cabeza. Lo que oía le cuadraba a la perfección con su hermano.

—No sé cómo puedo ser de ayuda. Tú eres la única a quien escucha. Ponlo a raya.

—Y no se trata solo de los horarios —se lamentó lady Georgina—, también está el tema de las noches. Llega a las tantas, dando golpes y pisotones y haciendo todo tipo de ruidos. No he dormido del tirón ni una noche desde que ha vuelto. En una ocasión montó una timba, ¿sabes? Y ni siquiera tuvo la cortesía de pedir permiso. Tan solo se presentó después de cenar, con el coronel y el norteamericano ese. Bastante difícil es ya conciliar el sueño en esta época del año como para encima tener que aguantar a unos caballeros haciendo ruido debajo de la cama.

Fergus intentó no sonreír al imaginar a un Angus en miniatura jugando al póquer debajo de la antiquísima cama con dosel de lady Georgina.

—Pero esta mañana... —Se interrumpió y reprimió un sollozo. Agarró la mano de Fergus para armarse de fuerza y se llevó el pañuelo a los ojos—. Lo de hoy ha sido la gota que colma el vaso. Estaba fuera con mi jardinero (estamos preparando la feria del pueblo; ya sabes, es un momento muy delicado para las rosas, con este calor) y fuimos a ver mi galardonada *Rosa spinosissima*. ¿A que no adivinas lo que nos encontramos?

Fergus se lo imaginaba, pero sabía que era preferible no responder.

—¡Colillas! Colillas por doquier, hasta en el último rincón de la rosaleda. De verdad, es la gota que colma el vaso. Este chico tiene

que irse. Debes encontrarle una habitación en Loch Down Abbey. Esta noche.

Fergus intentó no reírse. Sin éxito.

—Yo no le encuentro la gracia. Ha puesto mi vida patas arriba.

Fergus respiró hondo para calmarse.

—Bueno, en Loch Down Abbey no tengo sitio para él, pero quizá... —Fergus lo pensó durante unos instantes y empezó a acariciar una idea, con la que se aseguraba de que Angus no llegara tarde a las clases, algo de lo que se habían quejado los huéspedes. Y podría enviar a una camarera cada mañana para que le ordenara el cuarto. Sí, no era mala idea—. Está bien, abuela, lo trasladaré al pabellón de tenis esta tarde. Pero... —dudó y le lanzó una mirada severa— te toca a ti decírselo.

En el salón, después de la cena, Angus reflexionaba en un rincón. Otra vez. Bella estaba harta y cruzó la sala para hablar con él.

—Y ahora ¿qué pasa? —preguntó ella secamente.

—Ya no aguanto más —respondió él malhumorado—. Lawlis tiene que acelerar. Si no tenía bastante con verme obligado a trabajar para Fergus (a trabajar, que se dice pronto), ¡ahora me obliga a alojarme en el pabellón de tenis!

Bella puso los ojos en blanco. Angus se había pasado años en el pabellón. No entendía por qué de repente le parecía tan indigno.

—Lord Ashcroft se va a quedar —prosiguió Angus— y vino a que le diera una clase de tenis. ¡Por el amor de Dios, pero si fuimos juntos al colegio! Cuando me reconoció..., fue humillante.

—¡Ay, pobrecito! Así que tienes que darle clases. Anda ya, no es el fin del mundo.

—Tú, más que nadie, deberías entender lo indigno que es.

—¿Indigno? ¿Jugar al tenis? Por favor... Yo estoy atrapada cuidando a mi doncella lisiada porque Fergus no me deja quitarle una camarera. ¿Tienes idea de lo que eso implica? ¡Tengo que llevarla al baño, Angus! Ayudarla a sentarse y luego a levantarse. Me veo obligada a bañarla y vestirla. Y todo eso, antes de que llegue el desayuno, que, por cierto, me toca ir a buscar. Voy y vuelvo a las cocinas tres veces al día. ¡A las cocinas! ¿Tengo pinta de ser el tipo de mujer que frecuenta las cocinas? Es como volver a tener hijos. Eso, hermanito, sí que es indigno. No tienes nada de qué quejarte.

—¡Pero si llevo tres años cuidando de tus hijos! —le reprochó Angus.

—Ay, por favor, sabes tan bien como yo que la niñera se encarga de todo.

Lady Georgina levantó la vista y vio a sus nietos discutiendo otra vez.

«¿Cuándo aprenderán a llevarse bien?», se preguntó. Cruzó la sala para intervenir.

—Por favor os lo pido, ¿podemos tener una sola noche en paz? Ya sois mayorcitos. Al menos, tratad de mantener la dignidad en público —dijo con una tensa sonrisa. Bella y Angus se movieron incómodos, avergonzados—. ¿Cuál es el problema esta vez? No, no quiero saberlo.

El señor Rosenthal se acercó a ellos, y eso salvó a Bella y Angus de más regañinas.

—¡Buenas noches!

El caballero irradiaba alegría, lo que disgustaba a lady Georgina en lo más profundo. No era normal estar tan feliz todo el tiempo. Al notar que el aire casi podía cortarse, el señor Rosenthal continuó:

—Déjenme preguntarles algo...

—Disculpe, señor Rosenthal —saltó lady Georgina—, debo ir a rescatar a la señora Blackwood.

Se volvieron hacia la chimenea, donde la señora Cooper charlaba con afabilidad. En efecto, la señora Blackwood parecía incómoda.

—A la señora Blackwood no le gusta la señora Cooper —dijo con aire circunspecto.

—¿En serio? Qué extraño —respondió el señor Rosenthal—. A mí me parece encantadora.

Lady Georgina lanzó al señor Rosenthal una mirada severa.

—Sí, bueno, la señora Cooper es bastante joven y todavía cree que todo el mundo debería llevarse bien. Aún no sabe apreciar las mieles del odio profundo por los demás.

El señor Rosenthal miró a lady Georgina entre sorprendido y maravillado.

—Bella, ¿vamos? —propuso la matriarca—. Buenas noches, señor Rosenthal.

Los hombres observaron a las damas dirigirse a la chimenea.

—A su abuela no le caigo muy bien, ¿verdad?

—Pues... —vaciló Angus.

—No pasa nada —dijo el huésped, desconcertado—, no me gustaría privarla de su alegría. ¿Una partida de billar? Me han dicho que el coronel nos ha traído unos puros.

UN DÍA ANTES DEL BAILE

Habían convocado a Cecil a la sala de los mapas y, desde el umbral, ya notó con total claridad el agitado estado en que se hallaba Angus. Su sobrino caminaba de un lado a otro, murmurando a los perros que estaban en el sofá. Estos, por su parte, escuchaban con pereza, al acecho de posibles golosinas.

El comandante se quedó observando durante unos momentos; se preguntó qué habría hecho Bella esa vez y luego carraspeó suavemente.

—Sobrino —dijo con voz alegre.

Angus dio un respingo y se volvió. Asintió, cruzó la estancia y le indicó a su tío un acogedor rincón bajo la pasarela.

Cecil cruzó la sala y, una vez acomodado, posó la mirada en el cuadro que ocupaba el lugar de honor, sobre el sofá. Era una marina, en sustitución del desnudo que había permanecido allí colgado durante décadas.

«Quizá sea mejor así», pensó. Centró su atención en Angus. El comandante esperó un minuto entero en silencio. Su sobrino, al parecer, no tenía prisa, pero él sí, pues tenía una cita con el peluquero al cabo de media hora.

—¿Querías verme? —preguntó por fin.

—Pues... sí —Angus dudó. Apagó el cigarrillo y se movió inquieto en la butaca—. A ver... Lo que pasa es que... —Se aclaró la garganta y buscó su pitillera—. Estoy en un pequeño aprieto que... Y me

vendría bien, esto... —Volvió a hacer una pausa—. Bueno, necesito consejo.

Cecil se quedó desconcertado. Ningún miembro de la familia había acudido nunca a él en busca de consejo. Recomendaciones sobre qué vino servir, sí. Preguntas sobre la clave en que estaba compuesta una sonata en particular, por supuesto. Pero consejos sobre la vida, por Dios, jamás se los habían pedido.

—Ya veo. —Exhaló un suspiro—. Estaré encantado de ayudarte, querido. ¿Cuál es el problema?

Angus asintió, con la mirada en el suelo y aún incómodo. Tragó saliva e hizo girar una figurita de latón que había en la mesa de al lado. Fuera cual fuese la causa de su preocupación, Cecil supuso que debía de ser importante. Después de varios amagos de arranque y sin acabar de encontrar una postura cómoda en su asiento, Angus empezó a hablar:

—Me reclaman algo y mi honor corre peligro. —Sacó su pitillera y jugueteó con el cierre—. Por unas deudas de juego, ¿sabes?

Cecil asintió con empatía, ocultando su sorpresa. No sabía que su sobrino jugase.

—He perdido bastante dinero con esa tal Blackwood y, bueno, me lo reclama de unos modos que no resultan nada agradables.

Una mueca involuntaria se dibujó en el rostro de Cecil.

—Sí, no me parece muy comprensiva. ¿Cuánto exactamente, si se puede saber? —Cecil también sacó su pitillera de plata y se puso a compactar un cigarrillo contra ella.

Angus lo observó, con aire algo triste, y luego le susurró el importe, que le llegó a Cecil planeando sobre la mesita de café como

una densa y envolvente neblina. El cigarrillo se le cayó como a cámara lenta.

—¿Cómo demonios has perdido tanto? —farfulló—. ¡Si solo llevas aquí dos semanas!

Angus parecía contrariado y se agachó para recoger el cigarrillo caído. Se lo entregó a su tío y se encogió de hombros, con el aspecto de un colegial al que pillan de madrugada fuera de su habitación.

Cecil lo miraba horrorizado.

—¿Cómo? El billar se te da bastante bien y nunca te he visto jugar a las cartas después de cenar. Ni una sola vez. ¿Cómo es posible? —En sus tiempos, Cecil había acumulado una buena cantidad de deudas de juego, pero lo de su sobrino era una auténtica temeridad.

Angus clavó la mirada en la figurita de latón, respirando hondo y preparándose de todas todas para el temporal que se avecinaba.

—Angus —dijo Cecil con severidad—, ¿cómo has perdido tanto dinero?

Con los codos sobre las rodillas, Angus se tapó la boca y exhaló profundamente sin levantar la vista del suelo.

—Jugando al *backgammon*.

Cecil respiró hondo para contestar y contuvo el aliento mientras asimilaba la información.

—¿Al *backgammon*? —preguntó en tono de total confusión—. Pero si lo odias. Siempre se te ha dado fatal.

—¡He mejorado mucho desde que me mudé a Tánger! —Angus se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro, derrochando irritación a cada paso.

—Es evidente que no tanto. ¿Cómo sucedió todo?

—Un día, después del almuerzo, estaba en la sala del sol jugueteando con el tablero. La tal Blackwood entró, me vio y me preguntó si quería jugar una partida.

—¿Y aceptaste?

—No vi por qué no. —Angus suspiró con irritación—. Así que jugamos. Las primeras partidas las gané con bastante facilidad. La última estuvo reñida; aun así, gané. Me excusé y no le di mayor importancia. A la tarde siguiente, un botones me entregó una invitación manuscrita para otra partida. Me pareció descortés rechazarla, así que acepté. Pero, cuando me senté, ella insistió en que apostáramos.

—¿Y ganó?

—No, gané yo de calle. Y luego insistió en echar la revancha al día siguiente.

—¿Y fue entonces cuando empezó a ganar? —aventuró Cecil con semblante astuto.

—Sí. Cuando me quise dar cuenta, nos estábamos apostando una guinea por punto, y entonces sacó el dado de apuestas.

Cecil silbó entre dientes.

—Al cabo de seis partidas, me levanté de la mesa, endeudado hasta el cuello.

Cecil asintió, imbuido en la historia.

—Y ahora me exige el dinero. —Hizo una pausa y volvió a retorcerse—. Un dinero del que carezco.

El comandante levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Apostaste una suma que no posees? —Cecil estaba horrorizado. Puede que él hubiera sido imprudente en sus tiempos,

pero siempre había contado con alguna forma de saldar sus deudas. Bueno, casi siempre. Y nunca había perdido tanto.

Angus suspiró, resignado a contarle toda la verdad a su tío.

—No tengo ni un penique. Lo pagaba todo Hugh. Solo esperaba ganar un poco de dinero. Le había vencido con tanta facilidad que quién iba a pensar que pudiera perder.

—¡Así es precisamente como la gente pierde su fortuna! —exclamó Cecil, levantándose y mirando a su sobrino con ira. Cruzó la sala para alcanzar dos whiskies y regresó con calma mientras ponía en orden sus ideas. Le entregó un vaso a Angus y le preguntó—: ¿Es posible que hiciera trampas? Es la sensación que me da.

Angus negó con la cabeza mientras cogía el whisky.

—No veo cómo.

—¿Dejó caer el pañuelo y tiró los dados justo cuando te agachaste a recogerlo? ¿Te distrajo de alguna manera para mover las fichas mientras mirabas hacia otro lado?

Angus lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No, no hizo nada de eso. Y es el viejo tablero de Bella, así que los dados no están trucados.

Un año por Navidad, Hamish, el padre de Angus, Fergus y Bella, le había regalado a su hija un set de *backgammon* de cuero blanco y azul claro. Habían pasado muchas tardes jugando con un tablero desvencijado y le parecía que era bastante buena para ser una niña, así que le compró el nuevo set. Pero Bella era más que buena: era talentosa y despiadada, y, según avanzaban las vacaciones, los días y la mayoría de las noches se veían empañados por rabietas, llantos y regodeos. Las cosas llegaron a un punto crítico en Hogmanay cuando Fergus (¡Fergus!) lanzó el tablero al otro lado del salón,

tirando la copa de jerez de la mano enguantada de lady Georgina. Les prohibieron volver a jugar y encargaron a un lacayo que escondiera el juego. Por desgracia, la prohibición provocó una épica búsqueda, que acabó con varias piezas de vajilla Wedgwood rotas y una lámpara de araña muy dañada. Hudson acabó por guardarlo en la caja fuerte de la plata.

—Quizá deberías pedirle a Bella que juegue contra ella —sugirió Cecil—, para resarcir el honor de la familia.

Angus hizo una mueca.

—Pero entonces tendría que explicárselo a Bella y no tengo claro si prefiero estar en deuda con ella o con la vieja.

Cecil asintió en silencio.

—¿Cuánto tiempo está dispuesta a esperar para cobrarse la deuda?

—Ahí está el quid de la cuestión: exige el pago inmediato.

—¡¿Qué?! —espetó Cecil entre sorbos de whisky—. Es una actitud totalmente antideportiva. Ningún caballero que se precie reclamaría tal cosa.

—Ya, bueno, empiezo a comprender que ella no es un caballero. —Angus se levantó y volvió a dar vueltas por la estancia. Uno de los perros levantó la cabeza con la esperanza de que lo sacaran a pasear. Decepcionado, reanudó al punto su siesta vespertina—. Si no le pago enseguida, amenaza con ir a la policía.

—¿Para denunciarte por una deuda de juego? Es ridículo. —Cecil puso cara de asco y descartó la idea—. Dudo muchísimo que nuestro torpe agente de policía se la tomara en serio.

Angus se había quedado blanco como el papel mientras bebía su whisky. Con mano algo temblorosa, se sirvió otro vaso. Cecil observó

a su sobrino con atención.

—¿Por qué estás tan preocupado? Es una deuda de juego. Todo lo cuantiosa que quieras, pero son cosas que pasan.

—Es que, de alguna manera, se ha enterado de lo de Hugh, no sé cómo, pero lo sabe. —Dejó que las palabras flotaran en el aire, esperando que su tío le entendiera sin necesidad de entrar en detalles.

Pero Cecil estaba confundido. Ladeó la cabeza hacia un lado mientras asimilaba lo que le decía su sobrino.

Angus lo miró con incredulidad y le explicó:

—Ella tiene sus libros.

Tío y sobrino se miraron fijamente, uno sabiendo muy bien que los libros eran prueba suficiente para condenarlo; el otro, confundido, ya que nunca había leído ni un solo volumen.

—¡Por el amor de Dios! —maldijo Angus y golpeó la mesa con su vaso—. ¡Podría ir a la cárcel! ¿Te suena Oscar Wilde?

Cecil chilló como una chiquilla, se puso de pie de un salto y salió corriendo a echar el cerrojo a las puertas. Los perros se sentaron, ansiosos por ver cómo se desarrollaba el drama. Una vez asegurado el perímetro, Cecil se acercó deprisa a Angus, lo agarró del brazo y le susurró enfadado:

—¡Querido muchacho! Esas cosas nunca deben decirse en voz alta. Ya sabes la tendencia de mamá a aparecer en los momentos más inoportunos como por arte de magia. —Empujó a Angus a una butaca con una fuerza sorprendente. En ese momento, era Cecil quien daba vueltas por la sala.

—Seguro que lo sabías —imploró Angus.

—Una cosa es saberlo y otra muy distinta reconocerlo —dijo el comandante con frialdad. Siguió paseándose, sumido en sus pensamientos—. Esto es muy grave. Dejando a un lado el dinero, un escándalo de esta naturaleza supondría la ruina de la familia. Y justo ahora que acabamos de conseguir reparar nuestra reputación tras la quiebra...

—¡A la porra con la reputación de la familia, me enfrentaría a la cárcel!

Cecil pausó su deambular y asintió. Por cómo encogía los hombros, se notaba que estaba preocupado.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Me ha dado de plazo hasta el baile.

—Bien —dijo Cecil poco convencido. La celebración era la noche siguiente. Habría matado por disponer de una baraja de cartas, pues tener las manos ocupadas le ayudaba a pensar. A falta de ello, se puso a caminar de nuevo.

Había una forma de reunir la suma. Le llevaría unos días y no llegaría a tiempo para el baile, pero, en teoría, era factible. Sin embargo, de pronto le entraron las dudas: era un contratiempo que lo apartaba de su plan. Si obraba conforme a la idea que se le estaba ocurriendo para salvar a su sobrino, podrían surgir preguntas, y debía evitarlo a toda costa.

Miró a Angus, sentado en el sofá y con semblante desolado. De lo que no cabía duda era de que, si se descubría la verdad sobre Hugh y Angus, la vida de este (y su libertad) habría llegado a su fin. ¿Hasta qué punto iría en serio aquella mujer? Suspiró hondo mientras se preguntaba en qué medida amaba a su familia.

—Quizá tenga una solución.

Angus levantó la cabeza de golpe, con un rostro en que se agolpaba la esperanza.

—Aún no estamos fuera de peligro —le advirtió Cecil—. Quiero que reflexiones con calma antes de responder a esta pregunta: ¿le interesa más el dinero o el escándalo? El dinero siempre se puede conseguir, pero, si lo que de verdad le interesa es sembrar el caos, entonces hay muy poco que se pueda hacer al respecto.

Angus lo pensó.

—No lo sé. Él solo habló del dinero.

Cecil levantó una mano y negó con la cabeza.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Su sobrino.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Así que ha enviado a su sobrino a hacer el trabajo sucio? Entonces no es ninguna novata. Descríbeme la escena punto por punto tal y como sucedió.

Angus hizo memoria mientras miraba los árboles a través de la ventana.

—Fue esta tarde. Me estaba cambiando para tomar el té y llamaron a la puerta. Tonto de mí, lo invité a pasar.

Cecil cerró los ojos e intentó imaginar la escena.

—Lord Inverkillen, he oído que no se le da muy bien el backgammon*. He venido a cobrar el dinero de la señora Blackwood*.

—Me temo que ha hecho un viaje en balde —respondió Angus en tono altivo, como solía hacer para imponerse—. No he tenido tiempo de ir al banco y no dispongo de ese importe en efectivo. Tendrá que esperar.

—No, no —contestó Lawrence, agitando un dedo—, el juego no funciona así. Usted pierde dinero, nosotros se lo pedimos y nos lo da. Son reglas bastante sencillas. Hasta usted debería entenderlas.

—Por favor, deje eso —dijo Angus con voz fría. Lawrence había cogido una pitillera que le había regalado Hugh—. Es una suma considerable como para conseguirla tan deprisa...

Lawrence no respondió, sino que se limitó a girarse y mirar a Angus.

—No suelo llevar tanto dinero en efectivo —espetó Angus, enfadado porque ese miserable, que desde luego no era ningún caballero, no entendía que lo estaba echando de la habitación—. Y mucho menos cuando vengo a visitar a mi familia.

Lawrence esbozó una sonrisa fría y dejó un paquetito sobre la cama.

—Mi tía espera que le pague antes de que termine el baile.

—¿Y si no puedo reunir la suma para entonces? —preguntó Angus con una nota de pánico.

El sobrino se volvió y miró a Angus con un extraño gesto de comprensión.

—Ella quiere el dinero. Le sugiero que lo consiga. No conviene subestimarla. —Señaló el paquete que había sobre la cama y se marchó.

Aún mirando por la ventana, Angus se sacudió para volver al presente. Se giró hacia su tío y le explicó:

—Cuando se fue, abrí el paquete. Era un libro de Hugh. —Se recostó, agotado por revivir el recuerdo.

Cecil silbó entre dientes.

—¡Vaya con la mosquita muerta! Con lo poca cosa que parece, ¿quién iba a sospechar que era tan calculadora? Bueno, está claro que lo que busca es el dinero, no el escándalo, lo cual es una buena señal. Podemos lidiar con la situación.

—¿Podemos? —preguntó Angus, encantado de que su tío hablara en plural.

—Sí, querido. Dinero siempre se puede hallar. Pero, por desgracia, con lo que tu hermanito me ha sacado por mis habitaciones, no tengo mucho encima. Creo —dijo lentamente—, que deberías pasar el día en la sala de billar. Juega sin piedad, como lo haría tu hermana, y exprime todo lo que puedas al coronel y al señor Rosenthal. Y a cualquiera que encuentres.

—No podré ganar lo suficiente antes del baile.

—No, pero todo ayuda. El resto tendremos que ganarlo esta noche jugando a las cartas y en el baile. Esperemos que aparezca algún peso pesado, como lord Cosgrove. Si lo emborrachas, podrías saldar la deuda antes del tercer *reel*. —Se volvió para reprender a su sobrino con la mirada—. Eso sí, y esto es imprescindible: no bebas ni una gota. No hasta que recuperes toda la suma. Aprovecha la oportunidad o tendrás que pedirle el dinero a mamá.

—¡No! —chilló Angus—. Por eso he acudido a ti. No quiero que nadie más lo sepa. La abuela me mataría.

—Desde luego que sí, muchacho —murmuró Cecil con tono sombrío—. Bueno, tendrás que reunir todo lo que puedas. Yo te ayudaré. Algo es algo. Ya veremos cómo reunimos lo que falte en los próximos días. Ella tendrá que aceptarlo.

—¿Y si no lo hace?

Cecil suspiró.

—De eso ya nos ocuparemos a su debido tiempo. Ahora vete.

Angus salió corriendo para desplumar al coronel y al señor Rosenthal, mientras Cecil se preguntaba cómo sería la vida sin familia. «Tranquila», pensó.

Después de la cena, lady Georgina convenció a la señora Blackwood para que jugara al *bridge*, a pesar de su «dolor de cabeza». Cada noche insistía más con sus subterfugios para retirarse temprano y lo cierto era que la condesa no podía permitirlo, pues era la mejor compañera que había tenido y quería aprovechar su estancia al máximo. Como había dicho el norteamericano: «Hay que aprovechar el filón».

—No te quedes ahí parado y tan ceñudo, Angus —dijo lady Georgina con impaciencia, señalando la silla junto a ella—. Ven y siéntate.

Angus le lanzó una mirada fugaz a Cecil, que estaba revolviendo entre las partituras del piano.

—Creo que no, abuela —declinó el nieto, y se dirigió a la bandeja de bebidas.

La señora Blackwood lo miró con gesto coqueto. «¿Está sonriendo?», se preguntó él.

—Tonterías, ven a sentarte —le ordenó lady Georgina sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. Señor Rosenthal, ¿*whist* o *bridge*? —planteó la matriarca sin más preámbulo, a fin de evitar que rechazara la invitación a jugar.

El señor Rosenthal pareció sorprendido, pero se limitó a asentir. Miró a Angus.

—Se lo advierto, no soy muy buen jugador.

Pero Angus, que ya había perdido bastante con la señora Blackwood, no tenía intención de jugar (ni de perder) nada más.

—Eh... No, yo... No creo que pueda. Quizá se les quiera unir otra persona. ¿La señora Cooper, tal vez?

Al oír su nombre, la dama levantó la vista y sonrió, deseosa de sumarse a la partida.

—Me encantaría unirme, lady Georgina —se ofreció—. Cariño, ¿jugamos?

El señor Cooper no parecía arder en deseos de jugar, y la señora Blackwood aún menos. La anciana empezó a murmurar que se retiraría por esa noche, pero lady Georgina no estaba dispuesta a consentirlo.

—Angus, ven y haz pareja con el señor Rosenthal. ¿Qué te pasa esta noche?

—¡No, no lo haré! —gritó Angus. No pretendía captar la atención de toda la sala, pero lo había hecho. Todo el mundo se lo quedó observando con sorpresa y lady Georgina lo fulminó con la mirada.

—Yo me uno, mamá —dijo Cecil desde el piano, mirando con complicidad a su sobrino—. Esta noche siento que me sonreirá la suerte. ¿Le importa, señor Cooper?

—En absoluto —respondió este. La señora Cooper miró a su marido decepcionada.

—Gracias, Cecil. —Durante unos instantes, lady Georgina siguió asesinando a su nieto con la mirada por su falta de saber estar, y luego volvió a centrarse en las cartas—. Bien, ¿*bridge* o *whist*?

Angus se sintió sumamente aliviado y asintió a su tío en señal de agradecimiento, tras lo que se dirigió a la bandeja de bebidas y

cogió con prisas el whisky más cercano. Debería tener cuidado hasta que la anciana se marchara. Lady Georgina había aceptado un no en esa ocasión, pero a la siguiente podía enojarse de veras, cosa que Angus no deseaba de ningún modo. Mientras estaba inmerso en esas cavilaciones, el coronel irrumpió en la habitación, vociferando sin ton ni son sobre Dios sabe qué (¿un caballo, tal vez?). El caballero iba charlando con quien se le pusiera a tiro. Cogió un whisky de la barra, se lo bebió de un trago y se alejó con otros dos vasos y arrastrando los pies. Irrumpió en la conversación que mantenían el señor Rosenthal y Cecil.

—¡Hola, muchachos! ¿Una partida de billar?

Ambos se giraron hacia el coronel.

—Ah, no, gracias, coronel —contestó Cecil con educación—, esta noche vamos a jugar a las cartas.

El interés del coronel se despertó al instante.

—¿A las cartas? Ah, se refiere al *bridge*. Sí, bueno. —Se acercó un poco más—. En su lugar, yo tendría cuidado con esas dos. —Señaló con la cabeza a lady Georgina y a la señora Blackwood, que se estaban acomodando en sus sillas.

El señor Rosenthal pareció sorprendido.

—No se deje engañar por las apariencias, amigo. La otra noche, esas damas me sacaron casi diez libras. No tienen ni un ápice de piedad. Lady Georgina no tanto, pero la tal Blackwood es despiadada. En fin, ¡buena suerte! —exclamó tan campante mientras abandonaba la sala dando tumbos. Cecil y el señor Rosenthal se quedaron mirándose el uno al otro, patidifusos.

—¿Dónde nos hemos metido? —preguntó el señor Rosenthal con voz ronca, ojiplático y aterrorizado.

Por un momento, Cecil se asustó, pero luego logró recomponerse.

—No le haga caso. He jugado contra mamá durante años. Conozco todas sus señas. Usted no se preocupe.

Se volvieron hacia las mujeres, que sonreían, pero no con cordialidad. «Como lobas», pensó Cecil.

Las damas tardaron tres cuartos de hora en desplumar a los caballeros, que no veían manera de abandonar la mesa. El coronel llevaba razón: eran una pareja formidable. Lady Georgina siempre había sido una gran jugadora de *bridge*, pero lo que Cecil acababa de presenciar era de otro nivel. Si la señora Blackwood jugaba al *backgammon* con tanta fiereza como al *bridge*, era casi un milagro que Angus solo le debiera una pequeña fortuna y no un gran patrimonio.

«Mamá debe de estar ganando un capitalazo jugando con la señora Blackwood», se dijo mientras se dirigía a paso lento a la sala de billar. Ojalá pudiera arreglárselas para convencer a lady Georgina de que pagara la deuda de Angus sin explicárselo. Tenía que haber alguna forma.

LA MAÑANA DEL BAILE

Era la mañana del baile y, por desgracia, reinaba el caos. El personal iba de cabeza: con tantas tareas adicionales, corrían de un lado a otro como si acabaran de incorporarse a la plantilla. Ya se habían producido varios choques y se había roto un jarrón de cristal.

Hudson estaba arriba con los lacayos, en el salón donde se celebraría la fiesta. Había que disponer las mesas y sillas en torno a la pista y colocar flores y carnés de baile; poner velas nuevas en todos los candelabros y decorarlos con más flores, recortadas para que no se prendieran, y repartir jarras de agua y copas de cristal por las mesas.

En la sala del roble se prepararon mesas de juego con fichas, dados y blocs y plumas para anotar tantos. En el salón de las rosas, se instalaron sofás y sillas para las damas y, en el salón amarillo adyacente, se dispusieron pañuelos, polvos para el dolor de cabeza, kits de costura, perfumes y sales aromáticas.

En las cocinas, se llamó a gente del pueblo para que acudiese a echar una mano. Subida a un taburete en medio del barullo, la señora Burnside vociferaba órdenes sin pausa. Se preparaban empanadas, pasteles, terrinas y todo tipo de delicias para la cena. Llevaban una semana elaborándose para ese día; aun así, faltaban algunos ingredientes, de manera que los mozos se pasaron la mayor parte de la jornada echando viajes al pueblo. Tres muchachos de la

destilería también echaron una mano y vigilaron los asados de ciervo, jabalí, faisán y codorniz.

Sadie se pasó la mañana yendo y viniendo a la lavandería, revisando la mantelería y comprobando que no faltasen servilletas. Por la tarde, convocó al personal de dos en dos en el vestuario para proporcionarles los uniformes: camisas almidonadas, guantes blanqueados y delantales y cofias impolutos. Todo el mundo debía presentar un aspecto impecable.

Cuando no iban al pueblo a buscar algo, los mozos se encargaban de sacar brillo a la plata: bandejas, cuberterías, poncheras y candelabros. Ya habían dedicado varias tardes a ese quehacer, pero aún les quedaba mucha faena. El olor del abrillantador era tan fuerte que tuvieron que abrir las ventanas y turnarse para salir de la habitación a que les diera el aire.

La señora MacBain observaba nerviosa. Si el baile era un éxito, lo más probable era que se convirtiera en una cita anual. «Quizá sería más fácil si lo celebráramos con regularidad», se dijo, pero no dejaba de pensar que les faltaban manos por todas partes.

Oyó otro estruendo en el vestíbulo. Armándose de paciencia, fue a investigar.

En cuanto a los Inverkillen, Elspeth pidió a las mujeres de la familia que acudieran a sus aposentos después del desayuno, pues les tenía preparada una sorpresa. Así lo hicieron y, entre risas nerviosas, esperaron a Bella.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Delphine, emocionadísima ante la perspectiva de su primer baile. A Elspeth le preocupaba un poco

cómo iba a pasar la niña el día si ya la embargaba tal entusiasmo a las diez de la mañana.

—¿No nos das una pista? —preguntó lady Georgina, que alzó las cejas con curiosidad.

—No, ni una palabra, ni una pista, hasta que llegue Bella.

Charlaron animadamente, riéndose mientras lady Georgina les contaba escandalosas anécdotas de otros bailes a los que había asistido.

—¿Tú te acuerdas, Elspeth, de cuando lady Worthington tropezó con su fajín en el baile de los Colquhoun (se le había roto el broche con un giro) y se cayó de bruces en el regazo del mejor amigo de su marido? No se dejó ver en público durante más de un año. Llevaba un vestido verde *chartreuse* con encaje rosa Chantilly —prosiguió—. Vamos a ver, ¿quién se viste de color *chartreuse*? No le favorece a nadie sobre la faz de la Tierra. —Y luego continuó el relato—: Los descubrieron en la casa de verano en actitud nada discreta. Como es natural, la condesa estaba furiosa y tuvieron que impedir que atacara a su hijo. Él siempre fue un poco pájaro. Tres semanas después, asistimos a su boda. Las flores eran una vergüenza, las habían preparado a la carrera.

Por fin, Bella entró en la sala.

—Maldita doncella —dijo a modo de excusa por su tardanza—. Se me volvió a caer y me costó una eternidad subirla de nuevo a la cama.

Se dejó caer en el sofá, con cara de disgusto y el pelo revuelto.

—Bueno, ahora que estamos todas —repuso Elspeth con un brillo en la mirada—, un baile no es baile sin joyas, y no permitiré que nadie eclipse al clan Inverkillen.

Se acercó a su armario y sacó un gran estuche de Hermès. Lo depositó con cuidado sobre el tocador, abrió las puertas y les mostró cajones y más cajones de joyas que brillaban a la luz del día.

Un silencio reverencial invadió la habitación.

—Quiero que os cubráis todas de alhajas. Mamá, he traído la tiara que conservaste para mí. Pensé que debías recuperarla. —Con un tierno gesto, le entregó una caja a su madre.

Lady Georgina se sintió conmovida hasta los tuétanos. Abrió la cajita y sonrió.

—Tu padre siempre deseó que fuera tuya —dijo la matriarca—. Pertenecía a su hermana preferida. —Acarició suavemente la piedra central—. Pensaba que no volvería a verla. Gracias.

Elspeth sonrió con aire indulgente. Era divertido hacer de Papá Noel.

—Imogen, no estaba segura de que tuvieras una tiara que ponerte, así que preferí pecar de precavida. Por favor, no te ofendas.

—¡En absoluto! —exclamó Imogen ojiplática. Nunca había presenciado semejante despliegue de joyas, y no acababa de asimilar que todas pertenecieran a Elspeth.

Esta seleccionó una caja azul marino y dijo:

—Pues es para ti. Llevarás un vestido color melocotón, ¿verdad?

Imogen asintió en silencio.

—Pensé que esta te quedaría bien —prosiguió Elspeth. Era una diadema de oro calado que simulaba un encaje, cuajada de perlas color marfil con una citrina como piedra central—. Pensé que luciría de maravilla con tu cabello moreno.

Imogen enmudeció por la sorpresa.

—Pertenecía a la tatarabuela de mi marido. La llevaba en la corte de Luis XVI.

—Siempre ha sido mi favorita —exclamó Delphine.

—¡Entonces deberías llevarla tú! —gritó Imogen mientras se la entregaba a la chica—. De verdad, no necesito una tiara.

—No, no —repuso lady Georgina en tono de suave reproche—. Las mujeres solteras no llevan tiaras.

—Bueno —accedió Elspeth con aire culpable—, pero sí que le he traído una.

—¡Elspeth, pero si ni siquiera ha debutado! —se escandalizó lady Georgina—. No debería asistir al baile, y mucho menos llevar tiara. Es una grave falta de protocolo.

—Lo sé, mamá, pero pensé que no pasaría nada. Le buscaremos marido en Francia, no aquí. Lo que pasa en Escocia se queda en Escocia. —Sonrió a su hija con indulgencia.

—Ahora bien, Bella, ignoraba que vendrías al baile, así que nos falta una tiara. —Miró a su sobrina con un ademán de disculpa.

—¡Puede quedarse con la mía, *maman*! —se ofreció Delphine, que sabía a la perfección lo mucho que necesitaba el favor de su abuela si no quería pasarse toda la noche sentada en la guardería bajo la silenciosa mirada de la niñera.

—¿Estás segura, *chérie*? La elegí especialmente para tu vestido. —Era el primer conjunto de baile de Delphine, que había cosido ella misma, y Elspeth había puesto mucho cuidado en elegir una tiara a juego.

Delphine asintió y Elspeth le entregó la caja a Bella.

Esta la abrió y, al hallar unas hojas de platino entreveradas de flores de zafiros azules y rosas, luchó por contener las lágrimas y

mantener la compostura.

—Bueno, ya que me han robado la mía, tendré que contentarme con esta.

Elspeth e Imogen intercambiaron una mirada de complicidad.

—Bien, ahora podéis elegir entre varios broches y otras joyas, todas las que Philippe me ha dejado traer. ¡Vamos allá!

Elspeth pensó que era una excelente manera de comenzar el día.

—¿Señor? —llamó Thompson a Fergus mientras este cruzaba la armería. El director esperó a que Thompson terminara con lord Follett, quien, al parecer, quería probar suerte con la cetrería. A sus espaldas, Fergus le hizo un gesto silencioso de «no» a Thompson. El caballero en cuestión era enjuto y un guía de pesca ya lo había tenido que sacar del río después de que se le enganchara un salmón en el sedal. Fergus no estaba dispuesto a verlo lidiar con un ave de presa.

—Déjelo en mis manos, señor, y veré qué podemos hacer. —Thompson esperó hasta que el huésped se alejó lo suficiente y entonces se inclinó sobre el mostrador hacia Fergus—. Hemos recibido más quejas.

Fergus suspiró. Tenía una extensísima lista de tareas pendientes para el baile de esa noche. En esos momentos, lidiar con su hermano descarriado no podía venirle peor.

—He podido calmar los ánimos de casi todo el mundo, pero se está corriendo la voz.

—No lo entiendo. —Fergus negó con la cabeza y respiró hondo—. ¿Está allí ahora?

Thompson asintió y volvió a su puesto.

Fergus se dirigió a la puerta principal, agobiado por la tarea que se le presentaba. Dio un largo rodeo, en parte para poner sus ideas en orden, pero sobre todo para acercarse sin que lo vieran. Necesitaba presenciar por sí mismo lo que estaba pasando.

Al asomarse por la esquina del pabellón de tenis, oyó a Angus gritarle al señor Gibson.

—Así no. ¿No ha aprendido nada? —Angus cruzó la pista y se colocó detrás de su alumno—. Los pies así —le indicó mientras se los separaba de una patada—. Y golpee la pelota cuando esté en lo más alto del arco. En lo alto. Del arco.

Refunfuñando, ocupó su lugar al otro lado de la red. El señor Gibson hizo lo que se le pedía y le lanzó la pelota a Angus. «Ahora parece que sí lo ha hecho bien», pensó Fergus, pero entonces Angus se la devolvió al señor Gibson, quien, a sus sesenta y tres años, se encogió en una esquina de la pista.

—¡Otra vez! —ladró Angus. El señor Gibson tenía la cara enrojecida por la frustración—. Y en esta ocasión trate de hacer una volea. Si no, me voy a aburrir como una pasa.

El señor Gibson corrió como un cachorro asustado para recoger las pelotas del otro lado de la pista. Angus lo observaba mientras giraba la raqueta con aire aburrido y molesto. Cuando el señor Gibson volvió a colocarse en posición de saque, Angus le dijo:

—Recuerde, en lo alto del arco.

El señor Gibson asintió. Parecía como si estuviera a punto de desactivar una bomba. Tras un momento de tensión, lanzó con suavidad la pelota al aire y se dispuso a golpearla.

—¡Falta de pie! —exclamó Angus.

El señor Gibson se sorprendió tanto que dejó caer la raqueta y por poco se golpea con ella. Se recompuso, se colocó con cuidado tras la línea y sacó. No le dio con mucha fuerza. Aunque Fergus no jugaba al tenis, se la podría haber devuelto con facilidad. Angus, en cambio, golpeó y falló estrepitosamente. El señor Gibson estaba pletórico y Angus murmuró algo con cara de malas pulgas.

Otro saque fue directo hacia Angus, que no se lo esperaba ni por asomo, y lanzó la pelota por encima de la valla, en dirección al bosque. La escena se repitió varias veces y a Fergus le costaba creer lo que veían sus ojos. Cuando Angus conseguía devolver la pelota, o bien era con una fuerza peligrosa o bien quedaba fuera de todo control, pero la mayoría de las veces fallaba sin más.

Fergus estaba conmocionado. «¿Podría ser...? No», se dijo. Se quedó observando el panorama unos minutos más mientras cobraba conciencia de lo que ocurría. Pero entonces, ¿cómo diantres se explicaban las horas, los días que había pasado en el pabellón de tenis con Hugh a lo largo de los años? Empezaban cada día jugando al tenis. En verano, volvían después del almuerzo y seguían hasta que sonaba el gong que indicaba la hora de vestirse para la cena. ¿Cómo era posible que Angus no supiera jugar al tenis?

Fergus se quedó boquiabierto durante unos minutos, sintiendo que la tierra se inclinaba bajo sus pies. «No me extraña que la gente se queje», pensó.

Angus volvió a gritarle al señor Gibson y le lanzó una pelota a toda mecha. El señor Gibson saltó para esquivarla y se tiró al suelo. El pobre necesitaba que acudieran a su rescate.

Fergus se acercó a la pista gritando: «¡Alto el fuego, Angus!». Entró en la pista, levantando la mano hacia su hermano y, de forma

inconsciente, preparándose por si le daba.

—Señor Gibson, disculpe, pero ¿le importaría si hoy acortásemos el partido? Necesito la ayuda de lord Inverkillen para cierto asunto.

Aliviado, el señor Gibson miró a Fergus.

—¡Gracias! —En un visto y no visto, recogió sus cosas y subió los escalones hacia el hotel.

—Siento haber interrumpido —dijo Fergus con aire jovial.

—Por favor... Ni el mismísimo Dios podría ayudar a ese hombre —dijo Angus antes de dirigirse al pabellón, sentarse y servirse un vaso de agua.

—No parecía que el señor Gibson lo estuviera pasando muy bien.

—No es culpa mía que el viejo no sepa jugar.

—En realidad, sí que lo es. Se supone que debes entrenarlo no desafiarlo.

—¡Lo he intentado! —gritó Angus a la defensiva.

—No, Angus, no lo has hecho. Tratabas de ganarle. Se apuntó a una clase, no a un partido. Tu trabajo es ser útil. Como cliente que ha pagado, se suponía que debía salir de la clase reconfortado, no lesionado.

—No es culpa mía si juego mejor que él. —Hizo un puchero y se sirvió más agua, derramando una poca sobre la mesa—. Alguien tiene que perder el partido. No es fútbol.

«Vaya niñato —pensó Fergus—. ¿Cómo es posible que nos criaran los mismos padres?».

—Angus, ¡no se trata de ganar! Se trata de darle al cliente lo que quiere. Tienen que irse contentos.

—Yo juego a un nivel determinado y, si no se ajusta a ello, ya me dirás cómo voy a ayudarlo.

Por lo que había visto Fergus, el nivel del que su hermano presumía era bastante bajo.

—No se trata de ti, Angus, sino de ellos.

—¿Así que se espera que rebaje mi nivel de juego y que me adapte al suyo para que se sienta más importante?

—¡Sí! —exclamó Fergus. Se devanó los sesos. ¿Cómo explicarle a un hombre que nunca había pensado en nadie más que en sí mismo que su razón de ser era la felicidad de los demás? Suspiró y lo intentó de nuevo.

—Estás aquí para ayudarlos. Para que mejoren su revés o enseñarles el sistema de puntuación, lo que ellos quieran. Se trata de que sientan que los has ayudado a mejorar su juego. Solo se trata de ellos. Tu único cometido es satisfacer sus necesidades.

—No soy un sirviente —dijo Angus resoplando mientras Fergus arqueaba las cejas—, sino un aristócrata.

—Un aristócrata sin medios —articuló Fergus de forma pausada.

Los hermanos se miraron fijamente durante unos instantes y Fergus puntualizó:

—No eres un sirviente, no exactamente. —Tenía que hacérselo entender—. Más bien un profesional como... Bill Tilden.

—¿Un norteamericano? —espetó Angus.

—Un norteamericano que ha resultado campeón de Wimbledon en dos ocasiones. Ha hecho una fortuna con el tenis. Además, escribió el libro ese, que sé que has leído y releído.

Angus lo envidiaba. Era una lectura fantástica y, había que reconocerlo, uno de los pocos volúmenes que había leído aparte de los de Hugh.

—Es que no entiendo por qué tengo que hacerlo —refunfuñó mientras jugueteaba con los dedos siguiendo el bordado del mantel de lino.

—Porque es o esto o la sobriedad. Tú verás.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. Fergus observaba a su hermano con atención para ver si había logrado convencerlo, mientras este se imaginaba cómo sería la vida en Loch Down privado de los cócteles.

—Mira —prosiguió Fergus—, lady Gill y su hija llegarán en media hora. Las he visto jugar; no será entretenido. Al contrario, será tedioso, pero trátalas bien, porque el baile es esta noche y no pueden quedar malheridas.

Se puso en pie y miró a su hermano, que no parecía nada contento, así que se apresuró a marcharse y Angus se quedó murmurando que la vida no era justa.

EL BAILE DE LAS HIGHLANDS

DE LOCH DOWN

La señora MacBain daba un último repaso al salón. Tenía que reconocer que estaba nerviosa. Nunca había asistido a un baile, por lo que las indicaciones de lady Georgina, aunque tediosas, le habían caído como agua de mayo.

El salón de baile de los Inverkillen era una estancia alargada con seis pares de cristaleras a lo largo de un lado que daban a una terraza. En la pared del fondo, presidían la sala una enorme chimenea y un célebre retrato del decimocuarto conde. Las paredes eran de color azul oscuro con paneles dorados ornamentados; el suave resplandor que emitían las lámparas de cristal de las paredes iluminaba el espacio. No obstante, la guinda del pastel era el techo. En lugar de la típica techumbre neoclásica, el decimocuarto conde había optado por tres enormes lámparas de araña que refulgían a la luz de las velas, colgadas bajo un fresco que representaba un cielo nocturno espectacularmente coloreado por la aurora boreal.

Sentados en la galería sobre la entrada, ensayaban los miembros de la banda. Los lacayos, vestidos con libreas especiales, colocaban decantadores en las mesas, en los que, a la luz de las velas, brillaba el whisky dorado pálido de Ross. Hasta la última superficie estaba cubierta de velas y las rosas de lady Georgina adornaban todas las mesas, repisas y alféizares. La presidenta debía reconocer que la

anciana tenía una mano privilegiada para las flores, o al menos la tenía su jardinero.

En conjunto, el salón surtía un efecto impresionante. La señora MacBain asintió satisfecha y fue a cambiarse.

Fiel a su elegancia, lady Georgina se presentó tarde. Los Inverkillen no llegaban puntuales, ni siquiera a su propio baile. La matriarca siempre se demoraba veintidós minutos, ni uno más ni uno menos: con bastante retraso como para llamar la atención, pero sin llegar a parecer hostil. Al franquear las puertas del salón de baile, se detuvo en seco, boquiabierta.

—¡Hudson! ¿Qué diablos lleva puesto?

El antiguo mayordomo vestía una toga de un vivo color turquesa, con un amplio cuello de piel en la parte delantera y filas de borlas alternadas de color violeta y mostaza que cubrían el tercio inferior. Llevaba un tricornio a juego con el escudo de armas de los Inverkillen.

—Buenas noches, señora condesa. —Hizo una profunda reverencia —. Está usted arrebatadora, si me permite el cumplido.

—Sí, gracias. —Ella siguió mirándolo y luego movió la mano de arriba abajo para cuestionar su atuendo.

—Es la toga tradicional de macero, con los colores del tartán de los Inverkillen. Y sin duda reconocerá la vara de mando, fabricada tras el asedio de 1632 a partir de las armas de los miembros del clan caídos.

—Eh..., sí. —Ella lo miró con ojo crítico y se fijó en que llevaba la frente sudorosa. El tartán de los Inverkillen era llamativo, pero así lo eran todos por definición. La toga, sin embargo, era una horripilante pesadilla de casi dos metros de largo—. Quizá no sea necesario

llevar la toga esta noche. Al fin y al cabo, hace bastante calor. No recordaba la piel. ¿Es de ciervo?

—De conejo, me parece. —Le entregó la vara a un lacayo y se quitó la toga, secretamente aliviado de deshacerse de aquella horrible prenda—. ¿Y el tricornio también?

—Sí, creo que sí. Oh, la verdad es que así está mucho mejor.

Hudson se puso firme y se acercó al borde de las escaleras.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Lady Georgina dio un respingo, trastabilló hacia un lado y faltó poco para que se cayese al suelo de no haberla sujetado un lacayo. El *maître* volvió a golpear con fuerza la vara contra el suelo antes de anunciar:

—EL SEÑOR ALEXANDAR KINCADE Y SEÑORA, Y LA SEÑORITA KINCADE.

No le gustaba ese aspecto concreto de ejercer de anfitriona. Aunque había asistido a muchos bailes y la habían anunciado ante los invitados, nunca había desempeñado ese papel. Era deber del anfitrión permanecer junto al macero y saludar a los invitados a medida que llegaban. Nadie entraba en el salón de baile antes de que lo anunciasen.

Como invitada, lady Georgina nunca había permanecido junto al macero cuando la habían anunciado, de modo que no estaba acostumbrada al estruendo de la voz y del golpe de vara. Podía soportar uno de los dos ruidos, pero no ambos, de forma que, cuando vio llegar al médico y a su esposa, acompañados de sus cuatro hijas, se agarró al brazo de Hudson y le indicó:

—¿Quizá solo debamos anunciar a los invitados de más alto copete?

—¿A los de más alto copete, señora? —preguntó el *maître* confundido. La tradición dictaba que se anunciara a todo el mundo.

—Me refiero a la aristocracia. Solo nos importan los títulos, no la plebe.

Hudson le lanzó una mirada sombría de reojo.

—Y así preservará usted su voz —se apresuró a puntualizar la matriarca—. Mejor si mañana no amanece afónico, ¿verdad?

«Bueno —se dijo él—, es temprano y ya me empieza a picar la garganta». Así que se rindió.

A medida que los invitados entraban en el salón de baile, la tediosa tarea de saludar a tantos desconocidos empezó a agotar a lady Georgina. ¿Quién iba a imaginar que acudirían tantos vecinos del pueblo? Tendría que haber cogido un par de guantes de repuesto, porque los que llevaba puestos seguramente se le ensuciarían antes de que terminara el primer *reel*. Se preguntó si debería enviar a un lacayo a Thistledown Cottage. Al cabo de diez minutos, vio a la señora MacBain y le hizo señas para que se acercara.

—No puedo seguir aquí de pie. Es como estar junto a un cañón.

—Sí, bueno, es cierto —vaciló la presidenta—, traté de convencerla para que prescindiéramos del protocolo de la vara, como recordará.

—Gracias por recordármelo. ¿Algún otro error de juicio que le gustaría destacar? ¿Eh? —Lady Georgina no estaba de humor para que la regañaran. Entre Hudson, la vara y su tiara, que no se había puesto en mucho tiempo y le resultaba extrañamente pesada, le estaba dando dolor de cabeza—. Me voy al centro de la pista de baile.

—Pero ¿cómo la verá la gente? El salón se está llenando y aún es temprano.

Lady Georgina frunció el ceño y llamó a un lacayo.

—Llame a algunos lacayos y que despejen un camino desde la puerta para que la gente pueda verme al entrar.

Dicho eso, ocupó su puesto en el centro del salón de baile.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

—EL CONDE Y LA CONDESA DE BUCHAN.

Fergus había llegado temprano para asegurarse de que todo saliera bien. Por supuesto, así fue, bajo la atenta mirada de la señora MacBain. Sin embargo, por tratarse de su primer baile, no quería dejar nada al azar. De pie frente a la banda, rezó para que no se produjera ningún desastre.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

—LA HONORABLE SEÑORA OGILVY-SINCLAIR.

Fergus se dio la vuelta y contuvo el aliento. Había llegado Imogen, su adorada Imogen. Resplandeciente con un vestido de seda color melocotón, se sonrojó cuando la anunciaron. Fergus cruzó el salón de unas zancadas, le tomó la mano y la acompañó al centro de la estancia.

—¡Lo siento mucho! —farfulló—. Se suponía que debían avisarme de tu llegada para entrar juntos.

—No pasa nada, Fergus. Me he asomado para echarle un vistazo al salón, pero Hudson me anunció antes de que pudiera pedirle que no lo hiciera.

—Pero es nuestro primer baile y quiero que sea mágico.

Ella se detuvo y miró a su marido con una sonrisa soñadora.

—Lo es. No te preocupes.

Se acercaron a lady Georgina, que examinó el vestido de Imogen con ojo crítico.

—Estás preciosa, Imogen —exclamó. Su aprobación estaba clara, por lo que la joven suspiró aliviada. Lady Georgina tocó suavemente el broche de diamantes que sujetaba el fajín del vestido de Imogen. Había sido un regalo de boda de la matriarca—. Me alegro mucho de que lo estrenes. Disfruta del baile. —Devolvió a Imogen a Fergus y pasó a los siguientes invitados de la fila.

Fergus acompañó a su esposa al otro lado del salón.

—¡Vaya techo! —exclamó ella.

Fergus miró hacia arriba y sonrió.

—Sí, el decimocuarto conde, el que está sobre la chimenea, lo mandó pintar para recrear el cielo de la noche en que nació. Consideraba que haber venido al mundo bajo la aurora boreal era un buen presagio y un augurio de su grandeza.

—¿Y fue grande? —preguntó Imogen mientras contemplaba el retrato.

—Eh... —Fergus trató de recordar, no sin dificultades, ese episodio de la historia familiar—. Si no me falla la memoria, lo mataron a tiros mientras estaba en la cama con una monja. Creo que la había raptado.

Imogen miró a su esposo horrorizada.

—Pero espera a que oscurezca —prosiguió él alegremente—: con la luz de las velas reflejada en las joyas, parece que la aurora se mueva. Es un efecto muy especial.

Llegaron frente a la chimenea, donde se congregaba la familia. Elspeth e Imogen se abrazaron.

—Estás radiante, Imogen.

—Gracias, Elspeth. Tú también.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, sí —asintió Imogen.

—Pues no lo estés. Esta tarde has estado perfecta.

—¿Esta tarde? —preguntó Fergus un poco confundido, mirando a ambas mujeres.

Elspeth miró con timidez a Imogen, que se sonrojó.

—Elspeth y Delphine me han dado unas clases de baile. Soy novata en estas lides y no quería avergonzarte.

A Fergus le faltó el aire, como si le hubieran dado un puñetazo. Ignoraba por completo que era el primer baile de su mujer. La había apuntado como voluntaria para el primer *reel*, a plena vista de todo el mundo, y no le había preguntado si le parecía bien. Ni se le había pasado por la cabeza que no supiera bailar. Todos sus conocidos habían asistido a ese tipo de celebraciones desde siempre. «Pero ella no», se reprendió.

Le tomó las manos entre las suyas.

—Nunca podrías avergonzarme.

Un rubor se extendió por las mejillas de Imogen y apartó la mirada con timidez, posándola en Delphine.

—¡Delphine! ¡Madre mía! ¡Ese vestido es espectacular! —Se acercó a la chica.

Fergus suspiró y se volvió hacia Elspeth.

—Al quite una vez más. Gracias, tía Elspeth.

—También es el primer baile de Delphine. Quería que estuvieran preparadas —repuso Elspeth con un encogimiento de hombros—. Pero, para ser sincera, ellas no eran mi principal preocupación. —La

mirada de Elspeth se dirigió a lady Georgina, que presidía el salón radiante de orgullo.

—Sí —convino Fergus lentamente—, quizá fue la decisión correcta. —Ambos se echaron a reír.

—¡Oh, mirad, los niños están aquí! —exclamó la matriarca saludando a la galería que daba al salón.

Era tradición en las Highlands que los niños asistieran a los primeros *reels* del baile, y estaban tan emocionados como Delphine. Llevaban toda la semana practicando diferentes *reels* en la guardería; *Strip the Willow* había sido el favorito indiscutible. Con edades comprendidas entre los doce y los seis años, se presentaron de forma adorable, vestidos con sus pequeños *kilts* y vestiditos blancos con fajines de tartán de los Inverkillen. Se agolparon en el balcón y se asomaron por encima y a través de las barandillas, saludando con efusión a Elspeth y Fergus. Algunas personas susurraban y señalaban, seguramente criticando a la niñera, que estaba apoyada contra la pared, envuelta en su habitual atuendo blanco. «En una habitación oscura, parecería un fantasma», pensó Elspeth.

La vara resonó con gran estruendo, seis veces seguidas, para restablecer el orden en la sala.

—DAMAS Y CABALLEROS —comenzó Hudson—. TENGAN LA AMABILIDAD DE ABRIR PASO AL CLAN Inverkillen.

Era hora de inaugurar el baile.

Las damas se habían comportado muy bien. Imogen no había cometido ningún error. Embriagada por el éxito, le pidió a Lawlis que

le concediera el siguiente baile. Cecil y Angus se trasladaron al salón para jugar a las cartas en cuanto se hizo la reverencia final y lady Georgina disfrutó del aplauso de los invitados.

The Dashing White Sergeant era el primer *reel* de sus carnés de baile. Elspeth bailó con Cecil y el señor Rosenthal, que se disculpó de antemano, mientras que Bella y Delphine tuvieron la mala suerte de que les tocara el coronel de pareja. Este era tan poco diestro sobre la pista que observarlo resultaba casi más bochornoso que ver cazar al retriever de lord Enderleigh.

Arremetió a empellones contra los demás bailarines, lo que causó un gran revuelo entre los grupos que danzaban a su alrededor. Hizo girar a Delphine contra una mesa, con lo que lord Ruthven, ofendido, le exigió explicaciones. Antes de que pudieran decidir entre espadas o pistolas (por desgracia, lord Ruthven descartó las hachas de combate), Fergus les recordó que los duelos estaban prohibidos desde la década de mil ochocientos cuarenta. Una vez restaurada la paz, pasaron al siguiente grupo, y el coronel se abalanzó con tal entusiasmo que por poco le descoyunta un brazo a Bella. Entre jadeos y resoplidos, el militar acabó baldado.

Elspeth observaba con inquietud. «¿Está mal rezar para que le dé un infarto?», se preguntó. Buscaba como una desesperada cualquier excusa que la librara del siguiente baile, que tenía comprometido con él. Quizá podría esconderse en el salón de damas, o bien salir a la terraza, aunque supusiera quedar a merced de los mosquitos.

Pero el coronel la abordó antes de que pudiera decidirse:

—Ah, lady Elspeth. Creo que... Ayyy... Noto una punzada en el costado. Me parece... ¡Ja!... Creo que por esta noche ya he bailado bastante. ¿Sería muy descortés por mi parte retirarme? Ya no estoy

tan en forma como antes. —Se dio unas palmaditas en el chaleco, tan llamativo y poco atractivo como la toga de Hudson, y siguió respirando como buenamente pudo.

—Qué pena, coronel, pero, por supuesto, lo entiendo —dijo ella, tratando de disimular la alegría.

Bella contuvo un resoplido.

—Bailar *reels* es cosa de jóvenes.

—Desde luego. —El coronel se secó la frente con un pañuelo—. Le ruego que me disculpe y le deseo buenas noches.

Hizo una profunda reverencia que casi provocó que se cayera y se fue en busca de las cartas con una leve cojera.

—Todas las Highlands acaban de dar un suspiro de alivio —dijo Bella cuando se hubo marchado.

—¡Bella! —la reprendió Elspeth, pero su sobrina se limitó a levantar las cejas. Elspeth cogió dos copas de champán—. Subamos a la galería a darles las buenas noches a los niños. Después decidiremos quién lleva el vestido más feo.

El baile estaba en pleno apogeo y la señora MacBain decidió echar un vistazo a los salones. Como era de esperar, las damas se habían reunido en el salón de las rosas para jugar a las cartas y cotillear. Podían ver el baile a través de la hilera de puertas que jalonaban la larga pared. Lady Georgina presidía la reunión junto a la chimenea, luciendo como la condesa de Loch Down Abbey de otrora. Era agradable verla de nuevo en ese papel, pensó la presidenta, pues le había costado adaptarse a su nueva vida después de abandonar la casa. Tenía su *Cottage* y sus flores. Solía almorzar y cenar en el

comedor del hotel, y frecuentaba las mesas de *bridge* por las tardes. Y, sin embargo, a pesar de esa rutina, la señora MacBain reparó de repente en que a la condesa viuda no se la veía muy ufana. Quizá necesitaban encontrarle un papel más social. «Uno acorde a una mujer célebre por negarse a recibir invitados», pensó con ironía. Al pasar por la sala del roble, se sintió agredida por el humo de los puros que impregnaba el aire. «Mañana habrá que ventilar bien esta estancia», se dijo. Agitó una mano delante de la cara. Decidió quedarse en un extremo de la estancia y vio a Angus jugando contra lord Cosgrove y Cecil en la mesa contigua. Un grupo ruidoso captó su atención. Al parecer, el coronel había ganado una gran mano.

Todo iba bien, de modo que siguió adelante. Al salir al pasillo, se sorprendió al ver salir a un lacayo de la biblioteca menor. No era una sala que tuvieran previsto utilizar esa noche.

—Colin, ¿verdad? —se dirigió al joven, que asintió, con los ojos muy abiertos—. ¿Va todo bien?

—Sí, señora. Solo estaba comprobando que todo estuviera en orden. He visto a algunos... juerguistas por aquí y sé que hoy está prohibido acceder a esta sala.

—Bueno, yo no diría prohibida, pero sí, si podemos evitar que entre alguien, mucho mejor. Gracias.

Él asintió y se quedó allí parado. Se hizo un incómodo silencio.

—Creo que debería volver al baile.

Colin no se movió.

—Estoy segura de que el señor Hudson te necesitará. —Dio un paso atrás y extendió la mano para indicarle el camino.

Colin dudó un momento y se alejó arrastrando los pies. La presidenta no podía quitarse de la cabeza la sensación de que el

muchacho estaba molesto con ella. No era una impresión que tuviera a menudo con el personal. Se dio la vuelta y observó a una ayudante de cocina asomándose por la puerta de paño. Al ver a la señora MacBain, la chica chilló como un ratón asustado y desapareció.

«Por supuesto —sonrió para sus adentros la presidenta—, es un baile, ¿por qué no iba a brotar el amor entre los jóvenes?».

Anunciaron el *Foursome Reel* y ella se marchó a toda prisa, pues le había prometido al señor Rosenthal que lo bailarían juntos.

El resopón se había servido a medianoche y la gente se agolpaba alrededor de la vajilla de plata en la gran galería. La señora MacBain observaba con atención desde la entrada del salón de baile, sonriendo y saludando con la cabeza a la gente que pasaba con numerosos platos de salchichas, *scones* de patata, huevos y *haggis*. Hudson recorría la mesa de un extremo a otro como si se tratara de un general, vigilando con atención la cantidad de comida. Bajo su mirada, ningún plato se quedaría vacío.

Lawrence Blackwood llamó su atención. No lo había visto en toda la noche y le alegró que su esposa y él hubieran acudido al baile. A principios de semana, ella se había mostrado reacia, y adujo que carecía de un vestido adecuado para la ocasión, pero allí estaba el señor Blackwood, ataviado con su sempiterno traje de lino blanco. Quizá ella también había cambiado de opinión.

El señor Blackwood se acercó a la cola y le dio una palmadita en el brazo al coronel. Intercambiaron unas palabras y el militar, con el

plato en la mano y una salchicha colgando de los labios, abandonó la cola y siguió al señor Blackwood a la biblioteca menor.

«¿Qué está pasando?», se preguntó la señora MacBain. Pero, antes de que pudiera ponerse a pensar nada más, una voz le susurró al oído:

—¡Ah, ahí está! ¿Dónde puso nuestra mesa? No me acuerdo.

La presidenta se volvió y vio a lady Georgina, que la miraba expectante.

—Disculpe, ¿qué?

—La mesa familiar. ¿Dónde nos ha puesto?

—No lo entiendo.

—Los anfitriones siempre se retiran a otra sala para cenar en privado —dijo lady Georgina con gran pompa.

La señora MacBain la miró sin comprender. Era la primera vez que oía hablar del tema.

—No pretenderá que hagamos cola junto a la plebe. —Lady Georgina estaba que trinaba—. Haré que un lacayo nos prepare una mesa para que nos sirvan en la sala de música. —Se marchó antes de darle a la presidenta la oportunidad de responder.

De entre la infinidad de preparativos, nunca se había mencionado una cena privada para la familia.

«¿Cómo iba a saber que era la costumbre? —pensó irritada—. Si en mi vida he ido a un baile, ni siquiera a uno de sirvientes. ¡Y es mi baile! ¡Si alguien tiene derecho a cenar en una sala en privado, esa soy yo!».

Exhaló despacio y contó hasta diez. No permitiría que lady Georgina echase a perder lo que, a su juicio, era una velada

maravillosa. Tras respirar hondo varias veces, se acercó a un lacayo. Tenían que preparar una mesa.

—Me evitabas —susurró Ross.

Elspeth se dio la vuelta y lo miró.

—He tenido muchos quehaceres. No he descansado ni un momento. —Titubeó y le tocó la insignia del clan—. ¿Me has... echado de menos?

Ross inclinó la cabeza para saludar a alguien que estaba tras de ella y luego la miró profundamente a los ojos.

—Siempre te echo de menos, pero me resulta más fácil cuando estás en Francia. Sabiendo que estás tan cerca... —Hizo una pausa para elegir sus palabras con cuidado—. Ha sido difícil.

Elspeth le clavó la mirada, buscando en su rostro respuestas a preguntas que no quería hacer. Entonces, él le agarró la mano, la llevó detrás de un par de columnas de piedra y la besó con pasión.

—Podríamos desaparecer —dijo Ross—. Nadie se daría cuenta. —El brillo volvió a asomarle en los ojos.

Elspeth se sintió tentada. Pero la imagen de la cama sin hacer en la cabaña flotó en su mente.

—No debería. Es el primer baile de Delphine. Puede que me necesite.

Miraron entre las columnas hacia la pista de baile, donde su joven hija reía mientras daba vueltas y mostraba su vestido a varias chicas del lugar.

—Está bien —indicó Ross con una sonrisa—. Diría que es la reina del baile. —Asintió hacia un grupo de cuatro o cinco chicos que la

observaban.

Elspeth no pudo reprimir una sonrisa. Su hija vivía una noche mágica. Ross le tomó la mano.

—No lo sé, Ross. Además, nunca llegaría a la cabaña con este vestido. Bailemos, ¿te parece? Nunca hemos bailado juntos. —Retrocedió hacia la gran galería y se adentró sin más en la pista de baile, mientras Ross se preguntaba qué había cambiado.

La señora Cooper salió de la pista, radiante, a pesar de que el torpe del reverendo Douglas la había tirado al suelo durante el *Gay Gordons*. La señora MacBain comprobaba que su vestido no se hubiera dañado.

—Creo que todo va sobre ruedas, señora MacBain —dijo la señora Cooper entre jadeos—. Debería estar muy orgullosa.

La presidenta le sonrió.

—Ay, gracias. Es muy amable por su parte. —Observó a la joven. Estaba claro que se lo pasaba en grande—. Bueno, no veo nada fuera de control. Se lo pasará bien. Pero yo en su lugar, con ese vestido tan bonito que lleva, evitaría al reverendo. Me encanta ver moverse los volantes en la pista de baile, lo hacen de una forma que se ha perdido con los vestidos modernos.

—Muchas gracias. Me preocupaba que fuera un poco juvenil para una mujer casada.

—Para nada. Al fin y al cabo, es una recién casada joven. Y bien, ¿dónde está tu esposo?

—Ah, se fue a la cama después del resopón. —Se abanicó con su carné de baile—. No suele trasnochar. Y creo que el baile lo ha

agotado.

—Sí, puede resultar agotador no tenga la menor duda. —Mirando por encima del hombro de la joven, la señora MacBain vio a lady Beaumont salir de la biblioteca menor. Parecía sonrojada. La señora Cooper se fijó en la expresión de la presidenta y de inmediato se giró para seguir su mirada. Un momento después, la puerta se abrió de nuevo y el señor Blackwood se escabulló a toda prisa.

—Creía que los Blackwood no iban a venir —dijo la señora Cooper con curiosidad.

—No tenían intención. La señora Blackwood pensaba que no tenía un vestido adecuado, pero, por lo que parece, han cambiado de opinión.

La señora Cooper miró a la señora MacBain, que no le quitaba ojo a la puerta de la biblioteca menor.

—¿Qué sucede, señora MacBain? —Inclinó la cabeza y preguntó—: ¿Acaso él no debería estar ahí?

—¿Qué? Ah, no es eso. Lo que ocurre es que... no habíamos planeado usar esa sala esta noche, así que no la hemos preparado. Me sorprende ver a gente entrando ahí. —Intentó decirlo con la mayor naturalidad posible.

«¿Qué estará pasando por allá? —se preguntó—. Primero el lacayo y ahora... Oh».

Más tranquila, la presidenta se volvió hacia la señora Cooper, que observaba con interés al señor Blackwood. Cuando este se adentró en la sala del roble, la joven dama se giró hacia la señora MacBain y sonrió.

Han anunciado el siguiente *reel*.

—Será mejor que vaya. Solo quedan dos.

—¿Ya? Se me ha pasado la noche volando. Bueno, será mejor que vaya a ver cómo está Alistair. —La señora Cooper dio tres pasos hacia delante y se dio la vuelta para despedirse—: Gracias, señora MacBain. Ha sido una velada maravillosa.

En efecto, había sido una noche formidable. La presidenta se fue en busca de una pareja de baile.

LA MAÑANA DESPUÉS DEL BAILE

A primera hora de la mañana siguiente, sentada en su tocador y somnolienta, la señora MacBain se cepillaba su larga melena castaña mientras repasaba la velada. Se felicitó por el baile, pues había salido a las mil maravillas. A decir verdad, no las tenía todas consigo. ¡Pero había resultado todo un éxito! Estaba todo lo radiante de orgullo que podía permitirse. Dejó el cepillo y rebuscó sus horquillas en un cajón.

De improviso, comenzaron a aporrear la puerta con tal furia que tiró una botella de tónico capilar del sobresalto.

—¡Un momento! —gritó irritada, mientras limpiaba el líquido derramado con un pañuelo. Cuando hubo acabado, se acercó a la puerta y la abrió. Un botones jadeaba ligeramente. Era evidente que había llegado corriendo—. ¡Jimmy! ¿Qué ha pasado?

—Señora MacBain —dijo entre jadeos—, el señor Hudson la necesita enseguida. Está en la biblioteca menor. —El chico respiró hondo y se giró para dejarla pasar.

—¿En la biblioteca menor? —preguntó ella, y se puso en guardia por instinto—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, señora —afirmó el chico tirándole del brazo con suavidad—, pero no tenía buen aspecto y estaba gritando.

El *maître* nunca levantaba la voz, y mucho menos fuera de la zona de servicio, por principios. Nadie debía gritar en las zonas de los huéspedes. Siempre se insistía a ese respecto en todas y cada una

de las reuniones de personal. De hecho, el lema del antiguo mayordomo era «Decoro, siempre».

La señora MacBain asintió, cerró la puerta tras de sí y siguió al chico por un laberinto de pasillos, puertas, escaleras y pasadizos. «No es de extrañar que estuviera sin aliento», pensó al llegar al ala este, la del salón de baile. Le dio una punzada en el costado.

Al acercarse a la gran galería, el chico se detuvo, se encorvó para recuperar el aliento y señaló la biblioteca menor. La presidenta se acercó con inquietud.

Giró el pomo, pero, para su sorpresa, no se abrió la puerta. ¿Por qué estaba cerrada con llave? Se volvió hacia el botones, que negó enérgicamente con la cabeza. Lo intentó de nuevo y luego llamó en voz baja:

—¿Señor Hudson? Soy yo.

La puerta se abrió unos pocos dedos.

—Señora MacBain, gracias a Dios que es usted. —Se hizo a un lado para dejarla pasar.

La señora MacBain se quedó mirando a su socio, que estaba blanco como el papel. Sintió un vuelco en el estómago.

—Me han dicho que quería verme con urgencia.

Sin decir nada más, la agarró del brazo, la hizo entrar y cerró la puerta. La presidenta se dio la vuelta, ofendida por la brusquedad, pero se quedó sin aliento al mirar al sofá.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? —Se apresuró a acercarse—. ¿Es sangre?

Hudson asintió con gravedad.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? —Entre jadeos, se inclinó para ver mejor—. ¿Señora Blackwood?

SEGUNDA PARTE

LA MAÑANA DESPUÉS DEL BAILE

Con cuidado de no tocar nada, la señora MacBain se arrodilló junto al cuerpo de la señora Blackwood. Le puso la mano delante de la nariz, solo por cerciorarse.

Hudson negó con la cabeza. Se encogió y trató de respirar hondo. Estaba mareado.

—La hallé así, tal cual.

La presidenta se puso de pie y miró a su alrededor. Tras un breve silencio, asintió con brusquedad.

—Bien. ¿Ha tocado algo? ¿La sala está tal y como la encontró?

El *maître* se lo pensó con calma.

—Sí. Eh..., no. No estoy seguro.

Estaba muy pálido y, durante unos instantes, la señora MacBain se preguntó si iría a desmayarse. Lo tomó por los hombros y lo condujo a una butaca, de espaldas al sofá, para que no viese a la señora Blackwood.

—Recupérese. Lo necesito sereno y lúcido. —Se enderezó y se fijó en las cortinas de las puertas del jardín—. ¿Estaban corridas?

—Sí —respondió él después de echar un vistazo para ver qué miraba ella—. Y la lamparita estaba encendida, y todas las puertas, cerradas con llave.

—¿Cerradas con llave? —Ella lo miró mientras valoraba la posibilidad de que la conmoción le nublara el juicio—. Si estaban cerradas con llave, ¿cómo entró?

Hudson levantó una llave maestra de latón con una borlita de seda.

—Al no poder entrar por las puertas del jardín, recordé que las puertas de la sala del roble también se cierran con llave, así que probé con esa.

La señora MacBain lo miró con gesto desconcertado y, acto seguido, observó la cerradura de latón.

—¿También abren esta puerta?

Hudson asintió.

—Estas viejas cerraduras georgianas no son el colmo de la sofisticación, por lo que se abren con prácticamente cualquier llave. Basta con que sean del tamaño adecuado. En mis tiempos de lacayo, siempre llevaba varias llaves maestras encima, por si acaso.

La presidenta negó con la cabeza. Desde luego que aquel hombre estaba predestinado a ser mayordomo. Volvió a dar vueltas despacio por la sala, muy atenta, en busca de algo que ni ella misma sabía qué era.

—¿Ha ordenado algo? ¿Ha recogido vasos o copas, o ahuecado los cojines? —Echó un vistazo a la bandeja, que contenía copas de champán y un cenicero sucio.

—Eh..., bueno, aquí no —dijo señalando la bandeja—. La dejé ahí para abrir las cortinas. Cuando me di la vuelta, vi... Pensé que era alguien durmiendo.

La señora MacBain asintió. Menudo descubrimiento debió de ser. Dio unos pasitos alrededor de los sofás y miró a la chimenea, con rescoldos en la rejilla. ¿Habría encendido la lumbre? Qué extraño. La noche anterior había sido tórrida. De hecho, durante el baile, se

habían visto obligados a abrir todas las puertas y ventanas para evitar que la gente se desmayara.

—¿Deberíamos llamar a alguien? —preguntó Hudson con voz ronca—. ¿Al médico, tal vez?

—¿Qué? Oh, sí. —La presidenta salió de su ensimismamiento—. Y supongo que también a la policía.

—¿Qué? —El *maître* se giró para mirarla—. ¿Para qué?

—No ha sido ella la causante de esto, señor Hudson —susurró ella.

La insinuación lo dejó sin palabras. Miró a la señora Blackwood, tirada en el suelo en un charco de sangre, y luego, de nuevo a la señora MacBain.

—No —dijo al fin—, no ha sido ella, la pobre. Iré a llamar desde mi despacho. ¿Le digo a la cocinera que prepare un desayuno para servirlo en la sala del servicio?

La pregunta la pilló desprevenida.

—Si yo me siento tan mal —prosiguió Hudson—, apuesto a que en todo el pueblo no hay nadie sin dolor de cabeza. Tendrán que llevarse algo a la boca para lidiar con todo esto. Cierre la puerta tras de mí.

La señora MacBain reflexionó sobre sus palabras y esbozó una débil sonrisa, agradecida a más no poder por la presencia del *maître*.

Fergus dormía cuando una camarera llamó a la puerta de la antigua casa del portero, reconvertida en hogar del director. No le gustó verla, porque había despertado al bebé. Malhumorado, se dirigió a la biblioteca menor.

«Sea lo que sea —pensó—, más vale que se trate de algo importante de veras o rodarán cabezas».

Ya estaba que trinaba cuando dobló la esquina y vio que aún no habían limpiado el salón de baile principal. Al otro lado de la gran galería, divisó la biblioteca menor. Su ira se desvaneció. La custodiaba un policía.

—Me han pedido que venga —le comunicó al agente, sin saber muy bien qué decir.

El policía, que no debía de tener más de veinte años, asintió con amabilidad y abrió la puerta para dejar pasar a Fergus. El momento no pudo ser menos afortunado, pues, justo cuando entró Fergus, el médico giró el cuerpo de la señora Blackwood para observar mejor la herida. Las piernas de Fergus se doblaron, pero la señora MacBain lo agarró y lo sentó en el brazo de una butaca, junto a Hudson. La presidenta se los quedó mirando: Fergus parecía aturdido y el *maître* seguía pálido como la cera. Estaba segura de que no tardarían en necesitar sales aromáticas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fergus con voz ronca, sin atreverse a mirar hacia atrás.

—Es la señora Blackwood —le respondió ella—. El señor Hudson la encontró esta mañana mientras ordenaba la casa.

—Debió de llevarse un susto terrible —dijo Fergus con delicadeza. El *maître* asintió, cansado.

—Sí, se confirman mis sospechas —convino el médico, agachado junto a la señora Blackwood. Una vez inspeccionada la herida, se sentó sobre los talones y añadió—: La apuñalaron.

—¿Que la apuñalaron? —La presidenta no daba crédito—. ¡No! ¿Está seguro? ¿No pudo haber sido de otra manera? Por favor,

dígame que fue un disparo.

Fergus y Hudson la miraron, un poco molestos por el comentario.

El médico negó con la cabeza, se puso de pie y la miró.

—Por desgracia, no. Fue un arma bastante afilada, lo cual plantea un problema.

—Ya lo creo —respondió ella con un profundo suspiro.

—¿Un problema? —preguntó el inspector Jarvis, desconcertado. Era el jefe de la policía de Loch Down, lo que nunca dejaba de sorprender a la señora MacBain, pues no era lo que se dice una lumbrera.

La presidenta miró al médico, que negó con la cabeza incrédulo.

—¿Es consciente de que anoche celebramos un baile de las Highlands en el hotel? —le preguntó lentamente la señora MacBain, pues no recordaba si el inspector había asistido o no.

—Sí —respondió Jarvis, aún con más parsimonia—. ¿Y qué?

—Casi todos los hombres llevaban el traje típico.

Todos guardaban silencio mientras el inspector asimilaba la información. A juzgar por su semblante impasible, no comprendía las implicaciones de lo que acababa de oír.

La señora MacBain resopló y prosiguió en un tono más severo:

—¡Por el amor de Dios, usted es de aquí! Sabe perfectamente que el traje formal incluye un *sgian dubh*.

Muy despacio, en el rostro del policía se fue dibujando un gesto de comprensión.

—O sea, un puñal.

—Sí —intervino la presidenta con cansancio—, y anoche, en Loch Down Abbey, los había a centenares.

—Y eso —dijo Jarvis al darse cuenta— supone un problema.

—Sí —convino la señora MacBain, aliviada de que por fin lo hubiera entendido. «¿Cómo es posible que este hombre esté al mando de nada?», se preguntó, y no por primera vez.

—Bien —asintió el inspector con aire inteligente. Hizo una breve pausa y añadió—: Supongo que necesitaré la lista de invitados.

Todos lo miraron con incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó Fergus, esperando que el policía no pretendiera hacer lo que se temía.

Jarvis, sintiendo que estaba a punto de ser desafiado, se irguió y sacó pecho.

—Quienquiera que la haya matado está en esa lista, así que tendré que hablar con cada uno de los invitados. Bueno, o al menos con los hombres.

—Espero que esté de broma —dijo Fergus reprimiendo una carcajada. Era una idea ridícula—. ¡Todo el condado estuvo aquí anoche!

Temeroso de que le hicieran perder toda la mañana, el médico se apresuró a intervenir:

—Inspector, si ha terminado, me gustaría que los muchachos la llevaran a mi consulta.

Después de observar iracundo a Fergus, Jarvis cruzó una mirada con su agente, que asintió, y luego le dijo al médico:

—Sí, hemos terminado. Averigüe la hora de la muerte lo antes posible.

—Lo haré. Y creo firmemente que esta conversación debería proseguir en otro lugar —dijo el doctor mientras miraba a un tambaleante Hudson.

—Sí, por supuesto —respondió la señora MacBain, que se apresuró a sujetarlo para que no se cayera—. Acompáñeme, señor Hudson.

—Si al salir pasan por las cocinas, pueden coger un bocadillo de beicon. —La voz del *maître* era grave y lenta y las piernas se le arqueaban peligrosamente. Podía dar con sus huesos en el suelo de un momento a otro.

Diez minutos más tarde, tras enviar a Hudson a la cama, se encontraban en el despacho de la señora MacBain. Acababan de poner el té en el escritorio y Jarvis se estaba sirviendo una taza con tal ruido que a ella le provocaba dolor de cabeza.

—Bien —dijo el inspector, que se volvió hacia Fergus y la presidenta—, hablaba muy en serio cuando les decía que quiero la lista de invitados. Necesitamos saber quién estuvo aquí anoche.

Fergus chasqueó la lengua sin disimular, y la señora MacBain pensó que había heredado ese gesto de su abuela.

—Entre el personal, los huéspedes, la aristocracia y toda la gente del pueblo que acudió, debían de rondar las trescientas personas. ¡No podemos darle todos los nombres!

—Pues por algún sitio habrá que empezar, y tenga en cuenta que uno de sus huéspedes mató a esa anciana anoche. ¿Por dónde sugiere que empecemos?

Jarvis comenzaba a perder los nervios. No soportaba que cuestionaran sus decisiones, y además tenía un hambre voraz. Desde que Hudson había mencionado los bocadillos de beicon, no se los quitaba de la cabeza.

La señora MacBain se quedó en silencio durante unos instantes.

—Le daré la lista de huéspedes si lo desea. Ni se nos ocurriría decirle cómo debe llevar a cabo su investigación, Roddy —dijo, y se sirvió una taza de té.

—¿Pero? —preguntó Jarvis con cierta cautela.

—Pero me cuesta creer que nadie del pueblo haya asesinado a esa pobre mujer. —Volvió a su silla de oficina y continuó, sosteniendo el té en equilibrio entre las manos y la comisura de los labios—. La señora Blackwood llegó hace solo unos días. Me dijo que había vivido en Shanghái desde joven, desde recién casada. ¿Cuántos años son eso? ¿Cuarenta? Y apenas llevaba aquí un par de semanas. ¿Qué podía tener en su contra nadie del pueblo? Era una completa desconocida.

—Exacto —dijo Fergus con tono incisivo.

Se hizo un breve silencio, que rompió el inspector:

—¿Un maníaco homicida?

Fergus hizo un ruido descortés. La señora MacBain le lanzó a Jarvis una mirada iracunda.

—Me parece aún menos probable que en Loch Down haya maníacos homicidas.

—¿Cree que la mató alguien que viajaba con ella? —le preguntó Fergus a la presidenta.

—Bueno... —repuso ella con un encogimiento de hombros—. Es una hipótesis más probable que, por ejemplo, pensar que la matara Robbie, el de la farmacia, ¿no cree?

Fergus lo pensó y asintió lentamente. ¿La gente mataba a completos desconocidos? Él había pensado en matar a su familia en broma en muchas ocasiones, pero ¿a un desconocido? Le parecía improbable.

—Además —continuó ella—, no querrá interrogar a cientos de personas, ¿verdad, Roddy? Tendría que pasarse horas revisando los carnés de baile para comprobar que nadie miente. ¡Tardaría una eternidad!

El inspector lo pensó. Solo el papeleo ya le llevaría semanas, y estaba ansioso por participar en la primera batida de urogallos de la temporada.

—Y entonces, ¿qué sugiere? —Sonó más duro de lo que pretendía, y Fergus le lanzó una mirada de advertencia. Jarvis levantó la mano —. Perdón.

La señora MacBain tenía la mirada clavada en la chimenea vacía, y la mente muy lejos de Loch Down.

—Creo que los problemas la persiguieron desde Shanghái, no se trata de contratiempos surgidos aquí. Viajaba con gente que la conocía, que estaba al corriente de su vida allí. Es mucho más probable que la matara uno de ellos.

El inspector asintió lentamente.

—De acuerdo. Supongamos que es cierto. ¿A quién nos lleva eso?

—Al coronel —respondió la señora MacBain— y a su sobrino.

—Y a Bella. —La voz de Fergus sonó hueca al mencionar el nombre de su hermana.

Jarvis miró a Fergus sin saber muy bien qué decir.

Fergus, a su vez, tenía la vista clavada en la pared y respiraba hondo para calmarse y no sucumbir al pánico.

—Si fue alguien que viajaba con ella, ¿por qué iba a matarla aquí? —preguntó Fergus mientras paseaba por la sala tratando de disipar

su ansiedad—. Es decir, el coronel siempre insiste en lo peligroso que es el viaje.

—Es verdad —respondió la presidenta pensativa—. Con todas esas escalas a lo largo del recorrido, debe de haber habido docenas de lugares donde matarla y eludir las sospechas. El avión habría seguido su camino y podrían haber transcurrido semanas antes de que nadie supiera ni quién era.

—Y, de haberla identificado —intervino Jarvis—, habrían atribuido la muerte a unos rufianes de la zona, mientras que el culpable ya estaría a miles de kilómetros y fuera de cualquier sospecha.

—Si alguien hubiera planeado matarla, esa habría sido la forma más segura, ¿no? Entonces, ¿por qué no lo hizo así? —La señora MacBain suspiró con frustración—. ¿Por qué esperar a que llegara a Loch Down, una aldea repleta de viejas cotillas donde hasta las piedras tienen ojos? No tiene sentido. Es una imprudencia hacerlo aquí.

Permanecieron en silencio durante un largo rato. El reloj dio la hora y unos suaves golpes en la puerta los sacaron de su ensimismamiento. El agente de Jarvis asomó la cabeza y anunció que habían terminado y estaban listos para marcharse. El inspector asintió con gravedad.

—¿Has encontrado el cuchillo? —preguntó Jarvis.

—Eh... ¿El cuchillo? —murmuró el agente, preocupado de repente por haber metido la pata.

—El cuchillo que la mató. Confiaba como un tonto en que aparecería debajo de un sofá o algo así. —Miró esperanzado a su agente.

—Eh, no. No encontramos ningún cuchillo.

—Bueno —dijo Jarvis despacio—, eso respalda su teoría del *sgian dubh*. Gracias, agente.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Oh, agente, disculpe un momento —intervino la señora MacBain —. ¿Han hallado el bastón de la señora Blackwood?

Los tres hombres la miraron confundidos.

—¿Su... bastón? —preguntó el agente.

—Sí. La señora Blackwood caminaba con un bastón. Tiene una flor de jade tallada en la empuñadura. Imagino que será bastante valioso.

—¿Cree que se trata de un robo que se torció? —preguntó Jarvis con escepticismo.

—No. No lo creo. —La señora MacBain parecía preocupada—. Lo que sucede es que no recuerdo haberlo visto en la biblioteca, lo que me parece extraño. Siempre llevaba su bastón, así que ¿dónde está?

Jarvis se la quedó mirando durante un largo rato y luego dijo despacio:

—Será mejor que vuelva a comprobarlo, agente. —Odiaba que ella tuviera razón.

El agente asintió y salió del despacho, y los tres se sumieron en una profunda reflexión.

—La pregunta es a qué había ido a la biblioteca menor —murmuró la presidenta más para sí misma que para los demás.

—¿Cómo dice?

—Oh, me preguntaba a qué había ido a la biblioteca menor. Me dijo, sin lugar a duda, que no asistiría al baile. Entonces, ¿qué hacía en aquella sala?

—Eh... Quizá no fuera al baile. Pudo bajar después de acabada la fiesta.

La señora MacBain lo pensó un momento.

—No me convence —dijo de forma pausada—. Vi a su sobrino en el baile y rara vez se separaban. Me hace preguntarme...

Se levantó y, distraída, reordenó algunos adornos de la repisa de la chimenea. Cuando vio a lady Beaumont, supuso que había entrado en la biblioteca menor para una cita. La dama era célebre por sus escarceos mientras su marido jugaba a las cartas. También había visto al coronel entrar en la habitación, pero, según recordaba, el señor Blackwood se había quedado fuera de la sala. Una nueva imagen comenzó a formarse en su mente.

¿Y si lady Beaumont no hubiera acudido allí para ver al señor Blackwood, sino a su tía? La señora Blackwood no deseaba asistir al baile, pero quizá pasó la noche por allí cerca: en una estancia como la biblioteca menor, donde nadie la vería a menos que entrara. Con la música y el barullo propios de la celebración, nadie iba a reparar en un conciliábulo, ni siquiera aunque se produjera algún grito.

Jarvis aguardó. Desde hacía tiempo, había aprendido a interrumpirla lo menos posible cuando entraba en esos trances. El personal comenzaba a presentarse para cumplir con sus tareas y el murmullo de la cocina iba en aumento. Pensó que era un ambiente relajante, tranquilo a su manera.

La señora MacBain respiró hondo, como si hubiera tomado la decisión de compartir sus pensamientos.

—Hace unas noches, escuché por azar una conversación entre la señora Blackwood y el coronel.

Jarvis levantó las cejas.

—¿Cómo que por azar?

—Era tarde y yo hacía mi última ronda de la jornada. Estaban en el primer rellano y la armería reverbera cuando está vacía.

El inspector asintió. Con lo que resonaba el eco, resultaba un lugar terrible para revelar secretos.

—Solo escuché retazos de la conversación y, en ese momento, no le di gran importancia. Pero ahora no puedo evitar preguntarme si ella lo estaba amenazando. —La señora MacBain se volvió hacia el inspector—. Era ella quien tenía la sartén por el mango y él estaba muy descontento con eso. Me pregunto... —Dejó la frase en el aire.

Jarvis la miró fijamente un momento, esperando a que compartiera sus pensamientos. Como no lo hizo, le preguntó con impaciencia:

—¿El qué?

La presidenta lo miró, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Me pregunto si lo estaba chantajeando.

—¿Chantajeándolo? —Jarvis se sorprendió ante tal idea—. ¿Esa dulce ancianita?

La señora MacBain se fijó en la facilidad con la que el inspector había catalogado a la mujer. ¿Sería porque era anciana o porque era menuda?

—Era muchas cosas, Roddy, pero dulce, desde luego que no.

En el rostro de Jarvis se dibujó un semblante de escepticismo.

—El coronel le estaba gritando —continuó ella—. Le dijo que no iba a jugársela, que ya estaba metido en un lío bastante grande, y

ella respondió: «No sé qué, no sé cuántos, o de lo contrario...».

—Por lo común, no se dice «o de lo contrario...» a menos que se trate de un ultimátum, ¿no?

Jarvis frunció el ceño y trató de pensar rápidamente.

—Eh..., no se me ocurre otra situación.

—Y el coronel le respondió: «No será usted capaz».

—Que no sería capaz ¿de qué?

—No lo sé. Pero, por la manera en que hablaban, estaba más claro que el agua que era ella quien dominaba la situación. —La señora MacBain se quedó mirando la chimenea vacía, tratando de concentrarse en el recuerdo—. Fue muy extraño, porque no los había visto hablar entre ellos desde que llegaron. Ahora, visto en perspectiva, me pregunto si se estaban evitando a propósito.

Suspiró y volvió a sumirse en sus pensamientos. Si estaba chantajeando al coronel, a lo mejor también lo hacía con los demás.

El reloj de la repisa dio la hora y Jarvis salió de sus ensoñaciones. Se levantó y cogió su sombrero. La presidenta lo miró confundida.

—Tengo que ir a decírselo a su sobrino antes de que se corra la voz —dijo a modo de explicación.

«Sí —pensó la señora MacBain con pesadumbre—, la noticia correrá como la pólvora».

—¿Voy yo también?

Jarvis asintió. Entre las funciones de su puesto, comunicar fallecimientos a familiares no era una de sus preferidas.

Llamaron a la puerta de la habitación de Lawrence Blackwood y esperaron a que se levantase para abrirla. Iba vestido, pero

descalzo, y le salía un dedo del calcetín izquierdo. Observó sorprendido a la señora MacBain, y a Jarvis, con desasosiego.

—¿Puedo ayudarlos?

—Disculpe, señor Blackwood —comenzó el inspector, nervioso—, siento llamar tan temprano, pero es bastante urgente. ¿Podemos hablar?

El huésped los miró a ambos varias veces y abrió la puerta sin decir nada. La presidenta echó un vistazo furtivo a su alrededor. La cama estaba sin hacer, pero por lo demás la habitación estaba impoluta.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Le presento al inspector Jarvis, de la policía de Loch Down —susurró la señora MacBain—. Quiere hablar con usted sobre su tía.

—¿Mi tía? —preguntó con cautela—. Espero que no haya pasado nada malo.

Jarvis miró alrededor de la habitación, dejó su sombrero sobre una mesita y enderezó los hombros.

—No hay una forma agradable de decir esto, pero... Me temo que su tía ha..., eh..., fallecido.

La confusión nubló el rostro del señor Blackwood.

—Disculpe, ¿acaba de decir que ha fallecido?

—Eh, sí —respondió Jarvis, dándole vueltas a la manera de explicárselo—. Bueno, eh..., no del todo.

La señora MacBain miró al suelo y suspiró con suavidad.

—¿Cómo es posible que alguien no haya muerto del todo, inspector? —preguntó el huésped con desdén.

—La encontró..., eh..., un sirviente esta mañana mientras organizaba el desorden del baile de anoche. La han asesinado.

Lawrence, confundido, inhaló con fuerza y frunció el ceño. Miró por la ventana y asintió lentamente. Guardaron silencio mientras asimilaba la noticia.

La señora MacBain lo observó con atención. Si lo sabía, disimulaba muy bien. De hecho, no dejaba ver ninguna reacción, salvo un deje de confusión. Lawrence resopló un poco y luego se dirigió a Jarvis:

—¿Que la han asesinado? —preguntó articulando cada sílaba, como si no hablara bien su idioma y dudara de cada sonido.

—Sí, señor.

Exhaló un largo y lento suspiro y se sentó de forma brusca en el borde de la cama.

—No me lo esperaba.

Jarvis y la señora MacBain se miraron. No sabía si era insensibilidad o conmoción, pero a la presidenta se le antojó una reacción de lo más extraña.

—Siento su pérdida —dijo el inspector, vacilante.

Lawrence apenas dio muestras de haber oído el pésame.

—Entiendo que aún está asimilándolo, pero necesitamos que responda a algunas preguntas. Tenemos que actuar con rapidez si queremos descubrir al culpable —afirmó con delicadeza. A continuación, le preguntó—: ¿Tiene alguna idea de quién puede haber sido?

—¿Qué? —Lawrence negó con la cabeza, con el rostro impasible —. Oh, pues... no.

Jarvis aguardó con la esperanza de que continuara. Como no lo hizo, rompió el silencio:

—Su tía y usted vinieron desde Shanghái, según tengo entendido. ¿Huían de la guerra?

—Sí. Tuvimos suerte de conseguir plazas en el vuelo. Si hubiéramos esperado un día más, habríamos tenido que viajar en barco. —Hizo una mueca al decirlo.

—¿Y eso es malo? —preguntó el inspector.

—Pues sí, teniendo en cuenta que uno de esos barcos arribó a Manila el día del terremoto.

—Ya veo. —Jarvis asintió—. ¿Qué les trajo a Loch Down?

Dudó un momento.

—Eh... Lady Annabella nos invitó.

—Ah, sí. —El inspector lo dijo en tono más de afirmación que de pregunta.

—Sí, mientras estábamos en... algún sitio. No recuerdo muy bien dónde. —Sacudió la cabeza y prosiguió—: Sin embargo, durante el viaje, lady Annabella nos habló maravillas del hotel y de las Highlands. Cuando nos invitó a todos a visitarlo..., bueno..., nos pareció una excelente idea.

«Bueno, eso sí que es mentira», pensó la señora MacBain. Bella no había hablado bien de Loch Down en su vida y, desde luego, nunca se había referido a Loch Down Abbey como un hotel. Esperaba que Jarvis se diera cuenta.

—¿Adónde se dirigían antes de desviarse aquí?

—A Londres.

—Entonces ¿son de Londres? —saltó el inspector.

—Londres es solo un lugar para empezar de nuevo —contestó en tono frío y distante.

—¿Dónde está el resto de la familia?

—¿Familia? Eh..., no tengo familia.

—¿Solo eran ustedes dos? —preguntó Jarvis con cierta envidia, pues él aún vivía con su madre y sus tres hermanas, que siempre le tenían la casa llena de mujeres cotillas que lo mangoneaban a su antojo—. Entonces, está claro que heredará todas sus pertenencias. Interesante.

Lawrence miró a Jarvis al punto. Había captado a la perfección lo que insinuaba.

—Inspector, le aseguro que, de haber querido matarla, lo habría hecho en Shanghái.

Su voz era dura y había algo en esa declaración que a la señora MacBain le inspiró un profundo desasosiego.

—Además, no hay nada que heredar —prosiguió Lawrence con tono amargo—. Somos refugiados, recuerde. Huimos con la ropa que llevábamos puesta y lo poco que pudimos llevarnos.

Jarvis asintió; se sentía tonto. El ambiente era tan tenso que casi podía cortarse el aire y a la presidenta le daba la impresión de que se estaba desvaneciendo cualquier oportunidad de obtener información sincera, así que decidió intervenir.

—¿Disfrutó del baile de anoche? —La miró un poco sorprendido. A la señora MacBain le complació enormemente haberlo pillado desprevenido—. Supongo que su tía lo acompañó.

Lawrence no disimuló la inquietud que le había generado la pregunta. Al no obtener respuesta, la señora MacBain aprovechó su ventaja:

—No recuerdo haberla visto allí, pero a usted, sí.

Él la miró durante un momento y contestó:

—Presenciamos el baile inaugural y nos quedamos para el primer número. Un espectáculo desconcertante. —Sacudió la cabeza—.

Después, tomamos asiento en una sala cercana.

—¿No bailaron nada? —Su voz sonaba sorprendida.

Él negó con la cabeza.

—No. Me parecía demasiado difícil. Me dediqué principalmente a charlar con mi tía.

—Debió de aburrirse un poco, solo con ella, pero a lo mejor disfrutó usted de la compañía de alguien más. Es de lo más natural, a todo el mundo le gusta cotillear un poco en un baile.

Un ligero destello surcó sus ojos; sin embargo, se controló de inmediato.

—Pasamos una velada tranquila juntos.

No mentía, pero tampoco le respondió a lo que le había preguntado. Lo cierto es que la rehuía a conciencia. ¿Por qué? ¿Y cómo encajaban el coronel y lady Beaumont en su tranquila velada?

Lawrence la estudió con calma y luego buscó una pitillera. Sacó un cigarrillo marrón largo y delgado, lo compactó lentamente y no dijo nada.

—La señora Blackwood había quedado con alguien en la biblioteca menor, ¿verdad? La vi a usted sacar al coronel de la cola del resopón. ¿Qué quería ella de él?

Lawrence encendió el cigarrillo, le dio una larga calada, exhaló despacio y no apartó la mirada de la señora MacBain ni un solo instante. Mucho debía subestimarla si pensaba que podía aguantar más que ella y hacerla hablar de forma precipitada por los nervios. La presidenta, como antigua sirvienta, sabía cómo guardar silencio durante horas si la ocasión lo requería.

Jarvis, sin embargo, carecía de esa disciplina.

—De acuerdo con un testigo, su tía chantajeaba a algunas personas.

La presidenta quería abofetearlo. El inspector no tenía la menor sutileza.

El señor Blackwood se estremeció y lo miró fijamente.

—¿Un testigo? —preguntó con tono sarcástico. Entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante—. ¿Quién?

Jarvis se removió incómodo y carraspeó. La señora MacBain se contuvo para no poner los ojos en blanco.

—Es información confidencial —respondió el inspector al fin—. ¿Sabía usted de esas actividades?

Lawrence calibró a Jarvis durante un buen rato y tomó una decisión.

—Sí.

Jarvis parecía jubiloso.

—¿Sabe qué utilizaba para sus chantajes? —preguntó la presidenta con cautela.

—No. Nunca me lo dijo y nunca se lo pregunté.

La señora MacBain arqueó una ceja.

—En Shanghái, saber demasiado puede resultar arriesgado —respondió Lawrence, y le dio otra calada al cigarrillo—. Cuantas menos preguntas hagas, mayor será tu esperanza de vida.

Ella lo observó durante un momento. Chantaje. Esperanza de vida. Ahí estaba la prueba de que los Blackwood llevaban una vida oscura y peligrosa en Shanghái, y que él esperaba que esas sombras los persiguieran hasta Loch Down.

—Pero ¿usted sabía con quién andaba en tratos su tía?

Él asintió y precisó:

—Mi trabajo consistía en recoger y entregar cosas, eso es todo.

—Y, con el trajín del baile, nadie notaría una breve ausencia.

—Correcto.

—¿Con quién se reunió ella anoche?

Él dudó, tratando de decidir si era importante o no. Al fin y al cabo, la anciana había muerto.

—Al final se sabrá —ladró Jarvis—. Será mejor que coopere y nos lo diga ahora.

Ceñudo, el señor Blackwood observó al inspector. Volvió a mirar a la señora MacBain y dijo:

—Primero, con lady Matthews, seguida de lord Pakenham; a continuación, un lacayo llamado Colin; luego, lady Beaumont, un hijo del conde de Carrick y la señora McCready, y, por último, lord Burridge.

—¿Los chantajeaba a todos? —exclamó la presidenta atónita—. No llevan aquí tanto tiempo. ¿Cómo demonios descubrió tantos secretos tan deprisa?

—¿Y por qué cree que se reunió con el lacayo?

La señora MacBain se quedó de piedra.

—Por supuesto —susurró. ¿Quién mejor que el personal para enterarse de todos los intríngulis? Tendría que despedirlo, a ser posible ese mismo día. No podía permitir que un miembro de su personal, mejor dicho, del personal de los DunbarHamilton, espiase a los huéspedes. ¿Cómo se atrevía? Pero su indignación tendría que esperar.

—¿A alguien más? —preguntó Jarvis con voz ronca.

—Solo a otra persona. —Dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó un anillo de humo—. A lord Inverkillen.

A la presidenta se le encogió el corazón. No esperaba oír el nombre de Angus en la lista, y la conmovió en lo más profundo de su ser. Lawrence pudo ver el pánico en sus ojos y se recostó con una sonrisa de satisfacción.

La señora MacBain luchó por mantener la compostura. El último nombre que esperaba oír era el de Angus. Por suerte, Jarvis tomó las riendas de la conversación, y a ella solo le quedaron vagos recuerdos del resto del encuentro.

El señor Blackwood había abandonado el baile alrededor de las dos y media, justo después de llevar a Angus con su tía. La señora Blackwood dijo que tenía otra entrevista esa noche y que luego se retiraría, pero su sobrino ignoraba de quién se trataba. Le pareció extraño, pero ella lo mandó a la cama y la obedeció. Pasó junto al recepcionista, que estaba leyendo un libro, pero, que recordara, no vio a nadie más, y en lo sucesivo no salió de su habitación.

Jarvis y la presidenta habían regresado al despacho de ella, pero no recordaba el trayecto. Sentada en su silla, miró al inspector, que podía leer la conmoción en su rostro.

—Tenemos que ir a interrogarlo —dijo él con delicadeza—. Si la señora Blackwood realmente estaba chantajeando a lord Inverkillen, eso lo convierte en sospechoso.

—Nunca podrá convencerme de que Angus la mató.

—Por el momento, solo quiero verificar si el señor Blackwood dice la verdad. No me inspira la menor confianza.

Ella exhaló despacio y asintió.

—¿Vamos a buscar a lord Inverkillen? —propuso él mientras se ponía en pie.

Ella miró su reloj y observó que eran las nueve menos cuarto.

—Aún no se habrá despertado. Empecemos con la gente de Loch Down Abbey.

Jarvis la evaluó con cuidado. Había sido una gran conmoción y la necesitaba con toda su firmeza.

—De acuerdo —convino él con gesto de asentimiento—. ¿Empezamos por alguien en particular?

Cuando el coronel abrió la puerta al fin, todavía vestía la ropa del baile.

Bostezó ampliamente.

—Buenos días, señora MacBain. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Podemos pasar, coronel?

El militar los miró a ambos con curiosidad y fijó la vista en Jarvis.

—Permítame presentarle al inspector Jarvis, de la policía de Loch Down. —¿Era su imaginación o el coronel se había estremecido?

—¿Un inspector de policía? ¿En un pueblo tan pequeño? Pensaba que habría un juez de paz y punto. —Miró a Jarvis de arriba abajo para dejar claro que, a su juicio, no inspiraba ninguna autoridad, y luego se volvió hacia la presidenta y asintió—. Entren. ¿En qué puedo ayudarlos? —Se hizo a un lado y entraron en su *suite*.

Se sentaron en los sofás: el coronel se encontraba a un lado y el inspector y la señora MacBain frente a él. La presidenta no pudo por menos que fijarse en que la habitación estaba hecha un completo desastre: había bastante ropa esparcida por doquier, ceniceros

rebosantes en todas las mesas a la vista y, al menos, tres bandejas de desayuno apiladas junto a la puerta. «¿Por qué las camareras no han hecho la habitación?», se preguntó.

Jarvis tomó la iniciativa y carraspeó.

—Tengo entendido que conoció a la señora Blackwood en Shanghái, ¿verdad?

—¿A la señora Blackwood? Sí. ¿Y qué? —El coronel los miró a ambos con expresión cautelosa, como dispuesto para ponerse a la defensiva.

—¿Cuál era la naturaleza de su relación?

—Relación es mucho decir. Nos conocíamos sin más. La comunidad de expatriados es pequeña, ya sabe. Cuando uno pasa allí una temporada, acaba conociendo a todo el mundo. Y yo residí allí cerca de treinta años. Hay muy pocos extranjeros a quienes no conozca en persona o de oídas.

—¿Y a la señora Blackwood la conocía en persona o de oídas? —se atrevió a preguntar la señora MacBain.

«Oh, sí —pensó—, esta vez ha reaccionado. Está claro que no le gusta hablar de ella».

El coronel se aclaró la garganta.

—Coincidíamos de vez en cuando. En las carreras o en alguna fiesta. No sabría decirles si alguna vez me senté a su lado en una cena, pero seguro que sí. No es el tipo de persona que uno recuerde al día siguiente, no sé si me entienden.

Con esa frase, se consolidó la aversión de la presidenta hacia el coronel. Le costó mucho mantener la sonrisa amable.

—Lo que pasa es que... —comenzó ella vacilante— me da la impresión de que se conocían, y bastante bien.

El coronel se ofendió.

—¿Me está llamando mentiroso?

La señora MacBain sonrió con dulzura y se encogió ligeramente de hombros.

El coronel se inclinó hacia delante y la señaló.

—¡Oiga usted! Trabajo en un consulado y, sin querer entrar en detalles, soy bastante importante. Voy a muchos sitios y trato con infinidad de gente en mi día a día, y a veces es imposible recordar todos y cada uno de los rostros y detalles de cada reunión. Hace tiempo que me di cuenta de que era más fácil tratar a todo el mundo como a viejos amigos. Se llama diplomacia. —Frunció el ceño mientras dirigía una fugaz mirada a la señora MacBain, cuya opinión sobre ella se había replanteado. «Hay que ver lo entrometidas que pueden llegar a ser las mujeres de mediana edad», se dijo.

Sin inmutarse lo más mínimo, la presidenta insistió:

—Pero los he visto hablando en distintas ocasiones, en rincones apartados del hotel.

El coronel quedó desconcertado y la miró iracundo durante un buen rato antes de dirigirse a Jarvis de forma abrupta.

—¿De qué va esto exactamente?

—Me temo que a la señora Blackwood la encontraron muerta esta mañana.

El coronel dejó de fanfarronear. Miró a ambos mientras asimilaba la información y negó despacio con la cabeza.

—Qué lástima. No era la mujer más cálida sobre la faz de la Tierra; aun así, nadie merece morir de esa forma.

—¿De qué manera, coronel? —preguntó Jarvis, inclinándose hacia delante.

—Con arreglo a mi experiencia, la policía no acude a hacer preguntas cuando alguien muere en paz mientras duerme —respondió con total naturalidad. La señora MacBain se preguntó cuáles habrían sido sus funciones en el consulado.

—¿Anoche bailó con ella? —preguntó el inspector.

—¿Qué? Ah, no. Ya no soy muy buen bailarín. —Se alisó el chaleco arrugado y le dedicó a Jarvis una sonrisa cómplice. Al ver que este no mudaba de expresión, se apresuró a añadir—: Bailé con lady Annabella el primer *reel*. No quería hacerlo, pero prácticamente me lo suplicó. No aceptaba un no por respuesta. A mi modo de ver, fue una falta de educación.

«Peores modales serían asistir a un baile y rechazar la invitación de una dama», pensó la presidenta.

—¿Y el siguiente? —insistió el inspector.

—Me fui del salón de baile. No me gustan los *reels*. Me da vueltas la cabeza con tanto giro por aquí y galope por allá. Pasé la mayor parte de la noche en la mesa de juego.

—Defina «la mayor parte». —La voz de Jarvis era firme.

—Me senté después del segundo *reel* y no me levanté hasta el resopón de medianoche. —Miró a la señora MacBain—. Por cierto, los arenques ahumados estaban exquisitos: sazonados en su justa medida.

El inspector carraspeó sin ningún disimulo.

—Sí. Déjeme pensar —dijo el coronel—. Después de los arenques, me senté antes del siguiente *reel* y jugué hasta que los lacayos nos echaron.

—¿No se levantó de la mesa en ningún momento? —Jarvis se inclinó hacia delante con entusiasmo—. ¿Tampoco visitó ninguna de

las otras salas?

—Puede que me levantara un par de veces para ir al lavabo, pero, por lo demás, no. —El coronel los miró a ambos confundido—. Cuando uno está en racha ganadora, como yo anoche, no se levanta de la mesa.

—¿Contra quién jugaba? —preguntó el inspector mientras se sacaba una libreta del bolsillo.

—Ah. Ahí sí que me ha pillado. Soy un desastre con los nombres, siempre se me olvidan.

Jarvis levantó la vista, poco impresionado.

—Inténtelo.

El coronel suspiró y miró al techo con los ojos entrecerrados.

—A ver... A mi lado había un caballero que elaboraba whisky, y cuyo nombre no recuerdo. No parecía de los que acuden a bailes, era un poco tosco, ya me entienden. Enfrente había dos chicos de la zona que se fueron bastante pronto. Sospecho que las apuestas eran demasiado elevadas para ellos. —Asintió con gesto cómplice hacia Jarvis, que se limitó a parpadear—. ¿Quién más? Eh..., el canadiense ese. Habló largo y tendido con el fabricante de whisky, sobre turba y cosas por el estilo. La verdad es que me aburrían como una ostra, así que los dejé y me uní a otra mesa al otro lado de la sala.

—¿Eso fue antes o después del resopón?

—¿Qué? —preguntó el coronel—. Eh..., durante. Fue precisamente la excusa que utilicé para levantarme.

—De acuerdo. ¿Y quién estaba en esa otra mesa?

—Déjeme pensar. Le gané bastante dinero a lord no sé qué. Se marchó enfadado a eso de las tres y cuarto. Y luego había un chico de la zona. Se llamaba Jerome o algo así. O quizá Roger. Creo que

se dedicaba a la silvicultura. Y aparte... —Frunció el ceño—. No, no me acuerdo. —Miró expectante a la señora MacBain y a Jarvis, como si esperara un premio.

—En resumen —dijo el inspector lentamente—, jugó contra Roger, o Jerome, que se dedica a algo relacionado con la silvicultura; con alguien que fabrica whisky, con un tipo canadiense y con un lord sin nombre. —Jarvis estaba irritado y no se molestó en ocultarlo.

—Con el debido respeto, coronel —interrumpió la presidenta con delicadeza—, al ser usted diplomático, lo habría imaginado con mejor memoria para los nombres y rostros.

—Anoche corría el whisky, como bien sabe. —Resopló indignado, como si eso lo explicara todo—. Mire, he hecho todo lo posible. En fin, si me disculpan, tengo una clase de tenis dentro de media hora y debo cambiarme.

Sin esperar una respuesta, se levantó de un salto, se encaminó a la puerta y la sostuvo abierta para que salieran. A regañadientes, Jarvis y la señora MacBain se dirigieron allá. Apenas el inspector hubo traspasado el umbral, la puerta se cerró de golpe.

—Bueno, definitivamente miente sobre lo de anoche.

—Sí —convino la presidenta con parsimonia—. En efecto. Y ello me lleva a preguntarme si se conocían de antes. ¿Sabía ella algo sobre la vida del coronel en Shanghái, algo que utilizaba en su contra, o pasó algo después de que se marcharan?

—¿Cómo podemos averiguarlo?

—Deberíamos ir a hablar con lady Annabella. Ella conoce al coronel y es posible que también conociera a la señora Blackwood.

Jarvis sintió un escalofrío. Todos sus encuentros con lady Annabella habían salido mal y siempre lo habían dejado con la impresión de ser un niño tonto. La señora MacBain notó su prevención y le dijo con tono amable:

—Tranquilo, ya le hablaré yo.

Encontraron a lady Annabella en sus aposentos. A Jarvis le pareció un lugar muy extraño para alojarse, sobre todo para alguien de tan alto copete, pues distaba kilómetros de la parte noble de Loch Down Abbey. Bueno, al menos eso le parecía. Se preguntó si la familia tenía un ala privada para separarse del resto del hotel.

—Disculpe por molestarla tan temprano, lady Annabella, pero ¿podríamos hablar? —preguntó la presidenta con delicadeza al entreabrirse la puerta.

Bella se ajustó la bata. Miró a Jarvis, inspeccionándolo de arriba abajo con una mirada que no parecía muy favorable, y luego se volvió hacia la señora MacBain.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerda al inspector Jarvis? Le gustaría hacerle algunas preguntas sobre la señora Blackwood.

—¿El inspector Jarvis? —Bella estaba confundida—. ¿La señora Blackwood?

—La mataron anoche.

Bella dio un grito ahogado y volvió a mirar a Jarvis, comprendiendo por qué había acudido a hacerle preguntas.

—Denme un momento para ponerme algo más apropiado. —Cerró la puerta en silencio.

La señora MacBain se paseó por el pasillo, absorta en sus pensamientos. El inspector echó un vistazo a su alrededor. No era tan elegante como otras partes de la casa que había visto.

—Es un poco cutre, ¿no? Me imaginaba que los Inverkillen vivirían en estancias más grandiosas.

La presidenta lo miró y no respondió. La mente de Jarvis volvió al desayuno. Estaba a punto de sugerir que podía pasar por la cocina a por un bocadillo de beicon cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Bella, vestida de pies a cabeza de un sobrio gris.

—Pasen, por favor.

La señora MacBain entró primero y dio tres o cuatro pasos dentro de la habitación antes de detenerse con tal brusquedad que Jarvis chocó con su espalda.

¿Era el antiguo cuarto de los sirvientes? Llevaba tiempo sin pasar por allí y, cuando Fergus dijo que iba a alojar a Bella en esa habitación, no le convenció la idea en absoluto. Sin embargo, quedó de lo más sorprendida por lo que vio.

Había alfombras en el suelo, cuadros en las paredes y un tapiz en el muro exterior que aislaba del frío. Bella había creado un rincón para sentarse frente al antiguo hornito y, de alguna manera, se las había ingeniado para colgar una lamparita de araña, que se iluminaba con seis u ocho velas cónicas. La habitación estaba dividida en dos por varios biombos que la décima condesa y sus hijas habían bordado para el comedor durante un invierno en que Loch Down Abbey estaba sitiada. La señora MacBain echó un vistazo y pudo ver una cama de latón y el antiguo tocador estilo Regencia de Bella. En general, la habitación resultaba cálida y, por qué no decirlo, acogedora.

—¡Dios mío! —exclamó la presidenta asombrada—. No puedo creer que sea la misma habitación. ¡La ha transformado por completo!

Bella señaló los sofás, para indicarles que se sentaran. Ella hizo lo propio y se dirigió a la señora MacBain:

—Bien, ¿en qué puedo ayudarlos?

—¿Qué sabe sobre la señora Blackwood? —comenzó Jarvis. Su voz resonó en el techo de piedra, haciendo que las mujeres se estremecieran. Bella lo miró iracunda y él se encogió dentro de su abrigo y juró no volver a decir palabra.

—¿La conoció en Shanghái? —preguntó la presidenta.

—No. Lo cierto es que no. Evidentemente, de oídas sí sabía quién era.

—¿Evidentemente? —preguntó Jarvis, que se sorprendió a sí mismo con la pregunta.

Bella lo miró y luego volvió a dirigirse a la señora MacBain.

—La comunidad de expatriados es pequeña y todo el mundo se conoce, aunque no se lleve bien. No resulta tan claustrofóbico como Loch Down, pero el ambiente es parecido. Es posible saber mucho sobre alguien aun sin haberlo conocido en persona.

La presidenta asintió. Lo entendía a la perfección, ya que había vivido en un pequeño pueblo toda su vida.

—¿Y nunca coincidieron en Shanghái?

—No. En absoluto. Es una mujer envuelta en un halo de escándalo. Edmund me prohibió relacionarme con ella.

—¿En serio? ¿Por qué? —La señora MacBain no podía creer que Bella hiciera lo que le mandaban, sobre todo cuando se le prohibía

algo. Pero, al mirar a su alrededor, se preguntó si no habría cambiado tanto que, en realidad, ya no la conocía.

—Para serle sincera, no pedí que me la presentaran. Acababa de llegar a Shanghái y no podía ser más ingenua, así que supuse que él sabía lo que me convenía. Si al principio te relacionas con quien no debes, la vida se complica mucho. Pero al cabo de poco tiempo empecé a oír historias y me di cuenta de que Edmund llevaba razón. Cuando era mucho más joven, se vio envuelta en un escandalazo y toda la comunidad internacional lo sabía. Creo que desató una especie de crisis diplomática, algo que rebasó con creces los límites de un simple alboroto social. —Bella negó con la cabeza—. Fuera lo que fuera, nunca recuperó su reputación y la alta sociedad no volvió a aceptarla.

—¿Sabe en qué consistió el escándalo? —preguntó la señora MacBain.

Bella negó con la cabeza.

—Ya sabe cómo son los chismes: se cuentan mil historias y ninguna es cierta. Según la más popular, su marido la pilló con su guardaespaldas y lo mandó matar.

Tanto la señora MacBain como Jarvis se quedaron boquiabiertos: lo había explicado en tono totalmente neutro, como quien cuenta lo que ha almorzado.

—Es una tontería, por supuesto —continuó Bella, de lo más satisfecha por la sorpresa que había generado. Sonrió con timidez—. Según otra versión, es propietaria de la cantera de jade más grande de toda Asia, con una plantilla compuesta íntegramente por esclavos hombres desnudos. Eh... Ah, también se dice que envenenó al caballo de su rival porque siempre ganaba al suyo; que es la amante

de Chiang Kai-shek; que regenta un burdel de lujo frecuentado en exclusiva por diplomáticos (esa sí que provocaría un escándalo internacional). —Sacudió un poco la cabeza y sonrió—. Ah, y mi favorita: que controla una red internacional de asesinos a quienes contrata para gobiernos y señores de la guerra. Todo son historias carentes de fundamento, pero, debido a los rumores, nadie se relaciona con ella.

El inspector asintió y tomó notas en su libreta.

Bella se levantó y tiró de un cordón que había junto a la puerta.

—¿Tomamos un té? Todavía tengo la cabeza un poco delicada.

Jarvis levantó la cabeza de golpe, con la esperanza de pedir un bocadillo de beicon, pero no quería volver a hablar. Bella nunca parecía contenta cuando lo hacía. Un criado llegó al punto y se marchó con el pedido y una moneda.

«No me extraña que nunca estén cuando los necesito», se dijo la señora MacBain.

Los tres se acomodaron en los sofás, y Bella, en concreto, se recostó con naturalidad en los mullidos cojines.

—Háble me del coronel Lamont —dijo la presidenta con ligereza.

—Uf —suspiró—. ¡Tremendo lastre! De hecho, siempre lo ha sido. La pesadilla de Edmund. Solía decir que un mono sería mejor ayudante que el coronel. Pero, por supuesto, no podía despedirlo.

—¿Por qué no?

—Lleva toda la vida en el cuerpo diplomático. Tiene amigos muy poderosos, gente muy influyente.

La señora MacBain asintió.

—¿Qué hace en el consulado?

—Y, si me permite la pregunta —se atrevió a decir Jarvis, armándose de valor—, ¿qué ocurre en un consulado? ¿Es muy diferente de una embajada?

—Uy, sí, es todo muy confuso. Tardé mucho en entenderlo. La embajada se ocupa de los gobiernos nacionales e internacionales. Todo va de política, de asuntos globales, el tipo de cosas que se leen en los periódicos. El consulado, en cambio, gestiona las relaciones locales y presta apoyo a las empresas y a los ciudadanos británicos que viven o visitan el país. Se expiden visados y pasaportes, se llevan a cabo trámites notariales y certificados, y se traducen documentos oficiales. Son asuntos más cotidianos, pero igualmente importantes.

—¿Cuál era la función del coronel? —se atrevió a preguntar la señora MacBain.

—Eso no está tan claro. Según Edmund, trabajaba muy poco. Sé que ayudó al marido de una amiga con el alquiler de un almacén, pero no sabría decir cuál era su función oficial.

La presidenta se quedó pensando un momento.

—¿Qué más sabe de él?

—No mucho. Lleva cerca de treinta años en Shanghái. Conoce a todo el mundo.

—Un momento —dijo Jarvis con semblante desconcertado—, ¿lleva allí treinta años y solo es vicecónsul?

—Por lo que pude deducir de lo que me contó Edmund, fracasó en todos los destinos que le asignaron y el Ministerio de Asuntos Exteriores acabó por enviarlo a Shanghái, con la esperanza de que el estilo de vida de allí lo mantuviera alejado de los problemas.

—¿El estilo de vida? —preguntó el inspector.

—Cartas, cócteles, carreras de caballos, restaurantes elegantes, la ópera... Shanghái es tremendamente glamuroso. Edmund dice que nunca ha visto al coronel aparecer antes de las once de la mañana. Lo llama el Vampiro.

—Cartas y carreras de caballos... —La señora MacBain se quedó pensando unos instantes—. ¿Es jugador? ¿Apuesta fuerte?

—Es un habitual de esos círculos.

—¿Es bueno? —preguntó Jarvis. Por lo que lo conocía, supuso que no.

—Hay opiniones encontradas. Parece que gana más de lo que pierde. No se puede sobrevivir mucho tiempo en Shanghái si uno se desmadra. Por lo que tengo entendido, no es una sociedad indulgente. Pero la mayoría de la gente se arruina en los casinos, y el coronel no es tan estúpido.

—¿Hay casinos en Shanghái? —preguntó la señora MacBain. Nunca se había parado a pensar mucho en Shanghái, y mucho menos en los entretenimientos de la gente de allí. Los casinos le inspiraban mucho glamur.

—Muchos, pero están estrictamente prohibidos para los funcionarios. Si te pillan en uno, te despiden en el acto.

—¿Por qué? —preguntó Jarvis. Conocía a muchos hombres que lo habían perdido todo por apostar al caballo equivocado y los casinos no parecían tan diferentes, aunque nunca había puesto un pie en ninguno.

—Porque son propiedad de los gánsteres. —Lo dijo con toda naturalidad, como si él debiera saberlo—. Y no podemos permitir que los funcionarios tengan deudas con los gánsteres. Imagínese lo que ocurriría si pudieran sacar ventaja de ello. Sería un desastre

absoluto. No, las carreras están bien, el juego en las casas particulares también, pero los casinos están rigurosamente prohibidos.

A la señora MacBain le daba vueltas la cabeza. Miró al inspector Jarvis, que parecía tan atónito como ella. Ninguno de los dos pensaba que la conversación fuera a tomar esos derroteros. Por suerte, llamaron a la puerta.

—Oh, bien —dijo Bella cuando el botones entró en la habitación—, ya está aquí el té.

Bella esperó a que el muchacho se marchara y sirvió tres tazas con destreza. Se recostó y se llevó la taza a los labios.

—No hay nada como una taza de Earl Grey por la mañana.

Bebieron en silencio durante unos instantes antes de que la señora MacBain preguntara:

—Por lo que observó durante el viaje, ¿el coronel y la señora Blackwood se llevaban bien?

Bella se mostró sorprendida y luego pensativa. Negó despacio con la cabeza.

—Yo diría que no. No. Al menos, no que yo recuerde.

—Lo que sucede es que ella mencionó algo sobre la intimidad y conocerse mejor. Y me preguntaba si... —Dejó la pregunta en suspenso—. ¿Se conocían en Shanghái o cree que se conocieron durante el viaje?

Bella rebuscó en sus recuerdos y volvió a hacer un gesto de negación.

—Ni idea. Desde luego que durante el viaje no eran uña y carne. Pero también es verdad que ese sobrino suyo nos mantuvo a casi todos a raya. Es un hombre de lo más desagradable.

—Sí —murmuró la señora MacBain. Algo en el fondo de su mente hizo clic. Continuó—: ¿Y cómo acabó ella aquí, en Loch Down Abbey?

Bella se retorció. Le daba vueltas a ese tema desde el encontronazo con su hermano. Al coronel, al menos, lo había conocido en Shanghái, y se había unido a ella después del incidente en Marsella. Aunque al principio le había agradecido su ayuda, para cuando subieron al tren ya la tenía harta. Era grosero a más no poder y no paraba de hablar de sus planes para un nuevo destino en el extranjero. «Entonces, ¿a qué ha venido?», pensó de pronto.

En cuanto a la señora Blackwood, bueno, sencillamente desafiaba toda lógica. Bella había conversado con ella durante el viaje, por puro deber social, como se charla con quien se coincide en una cena con pocos invitados, y, aunque se había esforzado por guardar las distancias, la condenada señora no cejaba en su empeño de trabar amistad. Cada vez que Bella se daba la vuelta, allí estaba, con su inquietante sonrisa y seguida de cerca por su horrible sobrino.

—Es extraño, la verdad. Tanto el coronel Lamont como la señora Blackwood tenían una fijación conmigo durante el viaje. Él insistió en acompañarme, diciendo que Edmund en persona lo había enviado para escoltarme, lo cual es ridículo, pues no confía en él lo más mínimo. Si hubiera enviado a alguien para protegerme, desde luego que no habría sido al coronel.

La señora MacBain asintió con entusiasmo. Incluso Jarvis lo hizo.

—Y la señora Blackwood me consideraba demasiado joven para viajar sola, pobre de mí, así que insistió en vigilarme de cerca. —Bella hizo una pausa y resopló, irritada por los recuerdos—. No había manera de quitármelos de encima.

—Y, sin embargo, lo consiguió —dijo la señora MacBain—, cuando se bajó del tren en París.

—Sí, pero ellos no sabían que me iba a quedar allí unos días. Fue una decisión espontánea.

—¿Cuándo tomó la determinación?

—Lo cierto es que a las afueras de París. No podía soportar pasar varios días más con mi traje de viaje y, aprovechando que estábamos allí, me pareció una oportunidad divina para encargar ropa nueva.

—¿Y no se lo dijo a nadie?

—No. —Parecía horrorizada—. Temía que me siguieran.

La presidenta asintió, entrecerrando los ojos como para mirar a lo lejos.

—Desembarcan en Londres, descubren que ha desaparecido y entonces, por separado, deciden venir a Loch Down para esperarla. Es una decisión muy... extraña. Sobre todo, si el coronel creía que lo habían enviado para protegerla.

—Bueno, el coronel debería haber informado al cónsul en Londres nada más pisar suelo británico. Edmund le dio instrucciones estrictas. Se juega mucho al permanecer aquí, en Loch Down. Pero la señora Blackwood... —Hizo una pausa y golpeó el borde de su taza de té con su anillo—. No lo entiendo. Quizá no tenía adónde ir.

La señora MacBain le lanzó una mirada vacilante.

—Llevaba mucho tiempo en Shanghái y, las cosas claras y el chocolate espeso, no era joven. Quizá no le quedaba familia y era la última superviviente de su estirpe.

—Entonces, ¿de quién es hijo su sobrino? —preguntó Jarvis.

Bella lo miró y se puso a cavilar.

—¿Será huérfano? Y yo qué sé. —Se sirvió otra taza de té y se recostó pensativa. La habitación permaneció en silencio hasta que Jarvis habló.

—¿Por qué alguien querría matarla?

Bella hizo una mueca de dolor. El timbre de voz del inspector le daba dolor hasta de ojos.

—Ni idea. Yo, desde luego, habría matado al sobrino.

Cecil se despertó con los golpes en su puerta.

«Pero si a estas horas no han puesto ni las calles», se lamentó.

Nadie madrugaba la mañana después de un baile. En todo caso, nadie de buena cuna. Se dio la vuelta y cesaron los golpes. Se sumió en un sueño esperanzador, pero los golpes comenzaron de nuevo y se dio cuenta de que no lo dejarían en paz hasta que respondiera.

«Aquí no hay quien descanse», se dijo. Era inhumano. Le echó un vistazo al reloj de la repisa y calculó que solo había dormido cuatro horas. Nada podía ser tan importante.

Pero se puso la bata y se la abrochó mientras se dirigía hacia la puerta a trompicones. Quizá se había olvidado de anular el desayuno.

—¡Sí, ya voy! —gritó—. ¡Un momento!

Apenas había abierto la puerta cuando alguien pasó corriendo y por poco lo tira al suelo.

—¡Está muerta! Dios mío, está muerta y voy a ir a la cárcel.

Que a uno lo despertara bruscamente y se le metiera en la habitación nada más y nada menos que una camarera era para

indignarse, pero, para sorpresa de Cecil, cuando se giró, no vio ninguna bandeja de desayuno, sino a Angus.

—¿Qué? Que ha muerto... ¿quién? Pero ¿qué dices? —preguntó entre bostezos y algo confuso. ¿Había dicho «muerta» o «tuerta»? ¿Por qué se paseaba con esos nervios por la habitación? ¿Y qué era ese olor? A esas horas, el comandante no tenía la cabeza para esas historias.

Angus se detuvo y miró a su tío con semblante serio.

—Anoche asesinaron a la señora Blackwood.

—Dios mío. ¿Cuándo? ¿Qué?

Sacudió la cabeza, como si con ese gesto bastara para espabilarse del cansancio causado por haberse quedado jugando a las cartas hasta altas horas de la madrugada. Aunque momentos atrás tenía sueño, Cecil se había despertado por completo.

—Un miembro del personal la encontró esta mañana y ahora la policía quiere hablar conmigo. Deben de saberlo.

Volvió a dar vueltas de nuevo, chocó con una butaca y no se molestó en enderezarla.

—Cálmate, por favor, y deja de dar vueltas. —Le puso las manos sobre los hombros y lo guio hasta el asiento contra el que se acababa de estampar—. Siéntate, respira hondo y empieza a contármelo todo desde el principio.

Angus hizo lo que le pidió su tío y exhaló lentamente. Un poco más tranquilo, comenzó su relato:

—Estaba dando una clase de tenis al coronel.

—¿A estas horas? —lo interrumpió Cecil. Al captar la mirada de Angus, se disculpó—: Sí, da igual. Perdona. Por favor, continúa.

—Y el coronel me dijo que la habían encontrado muerta esta mañana. La señora MacBain y..., eh..., el tío ese de la policía ya habían hablado con él. Entonces recibí esta nota del inspector Har..., o como se llame —miró un trozo de papel—, Jarvis. Me ha pedido que me reúna con él en la sala serbal «lo antes posible». Voy a ir a la cárcel.

Le entregó a Cecil una hoja de papel con el membrete del hotel. La solicitud estaba escrita con letra infantil. Cecil chasqueó la lengua sin querer (¿qué adulto que se precie escribe con lápiz?) y le echó un vistazo a la nota. Sin soltarla, se sentó pesadamente en la cama.

—A ver, si quisiera detenerte, no te habría enviado una nota pidiéndote que fueras a verlo. Ya se habría presentado en tus habitaciones.

Angus dejó de dar vueltas y miró a su tío con un destello de esperanza.

—Es cierto. Pero, en ese caso, ¿por qué querría hablar conmigo? ¿Y si está al corriente de la deuda?

—Pues entonces no tienes nada de qué preocuparte —dijo Cecil quitándole hierro—. Tienes una deuda de honor, cosa que no es ilegal en este país. Me atrevería a decir que la mayor parte de las clases dirigentes las tienen.

—Pero... —gimió Angus.

—Ni pero ni pera. Le debías dinero a esa mujer por una mala racha con las cartas.

—Con el *backgammon* —lo corrigió Angus.

—Para el caso es lo mismo. Y ahora ha aparecido muerta antes de que pudieras saldar la deuda, porque tenías intención de hacerlo. Es una coincidencia desafortunada, pero no es algo por lo que puedan

condenarte. Por los clavos de Cristo, eres un conde. Estás por encima de cualquier reproche.

—Pero fui a verla anoche. Y si el impresentable de su sobrino lo cuenta... —Dudó—. Yo sería el principal sospechoso, quizá incluso sea el único...

Se sumió en una nueva espiral de horror, se desplomó en la butaca y faltó un pelo para que se resbalara por el borde.

—¿Estaba él en la habitación cuando te reuniste con su tía?

—No, pero estaba fuera, así que sabe que acudí a la cita. ¿Y si menciona el chantaje o el motivo del chantaje?

—Entonces será su palabra contra la tuya —respondió Cecil con firmeza. Angus lo miró con gesto escéptico—. Recordemos que es un secuaz, un matón de la peor ralea, mientras que tú eres un par del reino. Hablaste con ella sobre el pago de tu deuda, simple y llanamente. En lo que respecta al otro asunto..., bueno..., habrá docenas de personas, gente de alcurnia, que hablarán en tu favor.

Angus se levantó y se acercó a la ventana mientras lo asimilaba todo. Apartó la cortina con delicadeza y contempló los jardines. «Ojalá me hubiera quedado en Marruecos», pensó con amargura.

Cecil se levantó y emitió un profundo suspiro.

—Ve a darte un baño y cámbiate. Nos vemos en la armería dentro de media hora. Veamos qué quiere la policía de ti antes de que cunda el pánico.

Al cabo de media hora, se oyó un fuerte golpe en la puerta de la sala serbal.

—¿Lista? —le preguntó Jarvis a la señora MacBain. Ella asintió—. Adelante.

La puerta se abrió rápidamente y Angus entró en la estancia con paso firme. Era la viva imagen del aplomo aristocrático.

—Comandante —saludó la presidenta con voz más aguda de lo habitual. Cecil estaba detrás de Angus, cruzando la habitación. Se recompuso antes de continuar—: No lo esperábamos.

—Bueno, iba a desayunar con Angus cuando este me dijo que necesitaba hacer una pequeña parada para una charla privada. Y bien, ¿quién soy yo para poner pegas? —Se sentó, con toda la intención, en la silla que se encontraba más alejada de la puerta.

—Ah, ya, bueno... —La presidenta buscó las palabras—. Es..., es un asunto un poco delicado.

—Haré gala de templanza. —Cecil se arrellanó tanto en la butaca que le preocupó que tuvieran que sacarlo con un tractor.

Angus tomó asiento frente a la señora MacBain y al inspector Jarvis, y miró expectante al policía.

—¿Quería verme?

—Ah, sí, lord Inverkillen, gracias por venir. —Jarvis se sentó, colocándose en el borde de la silla—. Me temo que debo darle una triste noticia.

—Ya sé lo de la señora Blackwood, inspector.

«En esta casa, las noticias vuelan», pensó Jarvis.

—¿Lo sabe?

—Sí. El coronel Lamont me lo contó cuando vino a su clase de tenis esta mañana.

La señora MacBain puso mala cara.

—¿De verdad asistió a una clase? Pensaba que se lo había inventado.

—Yo también —convino Jarvis—. ¿Quién programa una clase de tenis la mañana después de un baile?

Estaba desconcertado. «Esta gente nunca deja de sorprenderme —se dijo—. Habrase visto, correr por la pista con toda la resaca». Solo de pensarlo le dieron ganas de vomitar.

—Ya —convino Angus con desgana—. Bueno, está claro que no cayó en la cuenta de que no era el momento más adecuado. ¿En qué puedo ayudarlos?

Jarvis se movió en su asiento, se ajustó la corbata y dio por comenzada la entrevista:

—Tenemos entendido que anoche se reunió con la señora Blackwood en la biblioteca menor.

Angus vaciló.

—Sí, pasé a verla.

—¿De qué hablaron?

Angus miró a Jarvis durante un instante y luego, de manera lenta y deliberada, bajó la vista hacia los zapatos del inspector. Estaban cubiertos por polvo del camino y llevaba un cordón desatado. Volvió a mirarlo cara a cara y respondió en tono indolente:

—Contraje una deuda de juego con ella y departimos sobre las condiciones de pago.

—Entiendo. —Jarvis metió los zapatos debajo de la silla y pensó que por la tarde debería pedirle a su hermana que se los limpiara—. ¿Y a cuánto asciende esa deuda?

Angus lo fulminó con la mirada.

—Un caballero no revela sus deudas de juego.

Jarvis dudó un momento.

—Necesito saber el importe.

—No era una cantidad significativa. —Angus le lanzó una mirada desdeñosa y se sacó la pitillera del bolsillo.

—¡Ha muerto una mujer! —repuso Jarvis alzando la voz, pero sin llegar a gritar—. Yo decidiré lo que es significativo y lo que no. ¿Cuánto era?

Angus, en absoluto acostumbrado a que le gritaran (al menos, nadie que no perteneciera a su familia), se encogió en su asiento.

—Unas cuatrocientas libras.

Jarvis alzó las cejas hasta el nacimiento del cabello.

—¡Angus! —se le escapó a la señora MacBain—. ¡Es una suma enorme!

Cecil carraspeó suavemente y terció:

—Si me permite, inspector, no es una suma tan cuantiosa en nuestro mundo. Yo mismo he perdido ese importe en una sola noche con bastante frecuencia.

«¿En una noche?», se escandalizó Jarvis para sus adentros. Él no ganaba tanto ni en un año. Miró a la presidenta, que se encogió de hombros sutilmente.

Angus recobró su actitud altiva.

—Como le decía, estábamos acordando las condiciones para saldar la deuda.

Jarvis miró a Angus, parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—¿Y lo hicieron?

—Si hicimos ¿el qué? —espetó Angus sin disimular su irritación.

Jarvis se lo quedó mirando unos instantes y, apretando los dientes, precisó:

—¿Llegaron a un acuerdo sobre esas condiciones?

—Esto... —Sus ojos se posaron en Cecil, quien asintió despacio—. Sí. En efecto. Debo saldar la deuda antes de que acabe el mes.

—Pero ahora —dijo el inspector con tono incisivo— no le debe nada a nadie. Le viene a las mil maravillas, ¿no?

—Oiga usted, cerdo impertinente —espetó Angus—, si cree que maté a esa mujer por un motivo tan vulgar como el dinero...

—La gente mata por muchas razones, lord Inverkillen. —Jarvis no se inmutó ante el insulto. No era ni mucho menos el peor que le habían dirigido. Su hermana mayor, sin ir más lejos, era especialmente creativa cuando se enfadaba.

—¿A qué hora se reunió con ella, lord Inverkillen? —intervino la señora MacBain, con la esperanza de serenar los ánimos. El inspector se recostó.

Angus se giró hacia ella, pero, hasta que abrió la boca, mantuvo la mirada clavada en Jarvis.

—Cuando entré sonaba el *Eightsome*. —Hizo una pausa—. Y el *Duke of Perth* cuando salí.

La señora MacBain calculó a toda prisa. El *Eightsome* era el tercer *reel* después del resopón, así que serían más o menos las dos y media. El *Duke of Perth* era el último, lo que significaba que eran las tres en punto.

—¿Vio a su sobrino cuando se marchó? —preguntó la presidenta, y contuvo la respiración.

Angus se lo pensó un momento.

—No volví al baile.

—¿Adónde fue entonces?

—Pues la verdad es que salí por las cristaleras hacia el pabellón de tenis.

Jarvis hizo una mueca.

—¿Al pabellón? ¿Por qué allí?

Angus lo miró y dijo en un tono bastante ofendido:

—Es donde me alojo.

—¿Alguien, quien fuera, lo vio después de abandonar la biblioteca menor? —La voz de la señora MacBain era ansiosa, y Jarvis contuvo la respiración.

Incluso Cecil se inclinó hacia delante en su butaca.

Angus dudó. Estaba tan enfadado con aquella miserable que había vuelto al pabellón de tenis sin darse cuenta de dónde iba. Se había negado a concederle más tiempo e iba a llamar a la policía por la mañana. Es decir, esa misma mañana. Y allí estaba la policía, pero no preguntaba por Hugh, como él se temía, sino por la señora Blackwood. Por un momento, se preguntó cuál de las dos cosas era peor.

Mientras trataba de recordar sus movimientos, el pánico se apoderaba de Angus, y ello se reflejaba en su mirada. Salió por una cristalera a la terraza, que estaba desierta, pues el *Duke of Perth* era uno de los bailes más populares. Se había deslizado en la oscuridad tras los braseros de la terraza y se había dirigido al pabellón.

Con voz hueca y ronca, Angus contestó:

—No.

—Yo no lo veo del mismo modo: Angus no mató a esa mujer. —La señora MacBain observaba a Jarvis pasearse frente a la ventana.

Llevaban más de una hora hablando. Él estaba dispuesto a detener a Angus y ella trataba de convencerlo para que no lo hiciera.

—Pero no tiene coartada, estuvo en la sala y le debía dinero. De hecho, le debía una fortuna.

—Una fortuna para nosotros, pero, para esta gente, cuatrocientas libras es prácticamente calderilla. Bueno, al menos, no es un gran capital.

—Dijo que estaba en la ruina.

La presidenta suspiró. «Por fin me presta atención. En fin, más vale tarde que nunca», se dijo. Aunque él estaba equivocado. De eso estaba segura.

—La cuestión es que alguien le habría dado el dinero. Lady Georgina, o Fergus, o... el comandante, bueno, no, el comandante no, pero alguien se lo habría proporcionado. No me lo imagino matando a la señora para no pagar.

—Tenía un móvil y tuvo la oportunidad. Y llevaba puesto el traje tradicional de las Highlands, es decir, que portaba un *sgian dubh*.

La señora MacBain soltó un gritito ahogado.

—No había pensado en eso.

Jarvis no podía estar más pagado de sí mismo.

—Entonces, ¿podemos ir a detenerlo?

—Eh... Todavía no. —Lo absurdo que resultaba que él le pidiera permiso para detener a alguien se desvaneció en el torbellino de acciones que siguieron. La señora MacBain se levantó de un salto y prácticamente corrió hacia la puerta—. Necesito que vayas a buscar al coronel. Pregúntale qué llevaba Angus puesto cuando se presentó a su clase de tenis.

—¿Qué? Y eso ¿qué tiene que ver? —Se quedó boquiabierto mirando al umbral de la puerta y, acto seguido, retrocedió cuando ella lo cruzó de nuevo.

—Y luego nos reuniremos en el pabellón de tenis lo antes posible.

Salió corriendo hacia la puerta y le gritó:

—¿Adónde vas?

—A revisar la colada.

La señora MacBain concibió varios escenarios mientras corría hacia la lavandería. Intentaba imaginar qué haría si acabara de apuñalar a alguien. Suponía que habría sangre a chorros: sobre la señora Blackwood, en el suelo, en el cuchillo y, sin duda, en su ropa. Y, con la ropa manchada, querría cambiarse lo antes posible para que nadie la viera. Y era perfectamente posible ir desde la biblioteca menor hasta el pabellón de tenis sin ser visto, sobre todo si se conocían bien los terrenos, como Angus. Pero ¿qué haría Angus con la ropa manchada después de cambiarse? Por eso se dirigía a la lavandería.

—¡Ah, señora, no la esperábamos! —Las mujeres levantaron la vista cuando entró la presidenta.

—Solo quiero hacerles una pregunta. —Respiró hondo para calmarse y trató de imprimir ligereza a su voz—: ¿Supongo que lord Inverkillen no les ha traído su colada esta mañana? ¿O tal vez se han encontrado ropa sucia aquí al llegar?

Por sus caras de desconcierto, se dio cuenta de que no había sido así.

—Bueno, solo me lo preguntaba... —comenzó a decir.

En un visto y no visto, las mujeres se recuperaron de su sorpresa y rompieron a reír, divertidas por la mera idea de que un aristócrata llevara la colada en persona a la lavandería.

—¿Lord Inverkillen...? ¿Aquí...? ¿Os lo imagináis...? Sí, señor, nos encantaría lavar sus calcetines... Pero si usted no sabe ni lo que es una tabla... Dudo que sepa ni dónde está la lavandería... Se pensará que la ropa la lavan las hadas...

Aliviada, la señora MacBain salió por la puerta y las dejó con sus bromas matutinas.

«Bueno, era poco probable, pero no se perdía nada por probar», se dijo. Se apresuró a ir al pabellón de tenis, con la esperanza de adelantarse a Jarvis. Quería echar un vistazo antes de que él llegara, por si acaso, pero se le encogió el corazón cuando dobló el seto y observó al policía paseándose fuera del pabellón con su vistoso abrigo. Bueno, con independencia de lo que encontraran allí, tendría que contarle lo de Angus. Solo esperaba que, al hacerlo, este quedara libre de sospecha.

—Ah, ahí está —dijo el inspector, con aspecto algo sudoroso y más que un poco gruñón—. ¿Ya has ordenado la colada?

—Sí, gracias. —Hizo caso omiso de su sarcasmo, pasó junto a él y empuñó el pomo de la puerta.

—Está cerrada —dijo él con un deje de alegría—. ¿Y ahora qué?

Ella dudó, sin saber muy bien si quería enseñárselo. Sin embargo, como el tiempo apremiaba, no tenía más remedio. Arrastró una silla de jardín de teca y la colocó delante de la puerta. Encaramada al asiento, levantó una laja de pizarra que cubría un huequito con el espacio justo para guardar una llave. Jarvis la miró boquiabierto mientras ella se agachaba, abría la puerta y devolvía la llave a su

escondrijo. Ella aceptó agradecida la mano que el inspector le ofrecía para bajarse de la silla.

—Cuando nos hicimos cargo de Loch Down Abbey, hice copias de las llaves de todas las dependencias exteriores. De hecho, tuvimos que cambiar varias cerraduras, porque llevaban mucho tiempo perdidas. Así que ahora cada edificio tiene una llave de repuesto escondida.

Jarvis se maravilló de las magníficas dotes organizativas de la presidenta.

—¿Fue usted *girl guide*?

Ella sonrió.

—No. Ya trabajaba aquí cuando fundaron la asociación. ¿Entramos?

Accedieron al pabellón y de inmediato comprendieron que Angus había estado allí. Los ceniceros estaban a rebosar de sus cigarrillos marrones, había una botella de whisky vacía en la mesa del centro y otra tumbada de lado. Y la habitación apestaba. La señora MacBain abrió las puertas de par en par para ventilar.

—¿Qué dijo el coronel?

—¿Qué? —inquirió Jarvis, que estaba mirando una estantería. «¿Quién guarda libros en un pabellón deportivo?», se preguntó—. Ah, el coronel, sí. Dijo que lord Inverkillen vestía ropa de tenis.

La presidenta parecía consternada.

—¿Estaba seguro de eso o era una conjetura? —El inspector la miró extrañado—. Después de oír su versión, le aseguro que no es el testigo más fiable.

Jarvis reflexionó al respecto durante un momento y asintió.

—No dudó, daba la impresión de que me consideraba loco de remate por preguntarlo. Se burló de mí sin ningún disimulo y dijo que era demasiado vulgar para jugar al tenis. Por tanto, sí, creo que lord Inverkillen vestía ropa de tenis. ¿Por qué es relevante?

La señora MacBain asintió, con semblante sombrío, y comenzó a registrar el pabellón en silencio, abriendo todas las puertas de los armarios. Jarvis se quedó quieto observándola.

La presidenta se dio la vuelta con gesto irritado.

—Si no tiene nada mejor que hacer, ¿debería traerle una taza de té y un periódico?

Jarvis se sonrojó, cruzó la habitación con aire avergonzado y comenzó a registrar el asiento de la ventana que lord Inverkillen utilizaba como cama. Pero no estaba seguro de lo que buscaba. Continuó con el escritorio. Todos los cajones estaban llenos de pelotas, tizas para el marcador y libros sobre tenis, y también había un par de zapatillas viejas hechas polvo.

Cuando la señora MacBain hubo acabado con los armarios, se puso a remover los cojines de los sofás, miró detrás de las cortinas y vació el cesto de la leña. Por último, se detuvo frente a la chimenea.

Tras un breve titubeo, la presidenta se arrodilló frente a la chimenea. Era evidente que esa mañana había habido fuego. «¡Oh, Angus!», exclamó para sí. Removió un poco las cenizas, con la esperanza de encontrar algún trozo sin quemar. ¡Lo que hubiera dado por un trozo de corteza! Pero no, todo se había quemado por completo y lo mismo podían haber sido leños como su traje de las Highlands. Se sentó sobre los talones y respiró hondo para calmarse.

Las cosas no pintaban bien para Angus.

Elspeth bajaba las escaleras. Había dormido mal después del baile, pues sabía que debería haber hablado con Ross sobre la cabaña. Pero no quería hacerlo en un lugar tan expuesto y, la verdad, tampoco deseaba terminar su relación. Sin embargo, si él necesitaba ahondar en su compromiso, tendría que dejarlo ir. Ross se merecía más y ella no podía dárselo. Hablar del tema no era plato de gusto, pero aquella mañana tan tranquila venía preparada para mantener esa conversación con él.

Caminaba despacio, imaginando cómo transcurriría el encuentro: qué diría ella y cómo respondería él. Podía ser una despedida tierna, pero también amarga, y se le agolparon las lágrimas al pensarlo. Salió de sus cavilaciones y se dio cuenta de que se había equivocado de camino. Al ver las escaleras que llevaban a la armería al otro extremo, caminó hacia ellas, maldiciéndose por lo bajini, tanto por ponerse en lo peor como por perderse en la casa en que se había criado.

Al acercarse a las escaleras, se detuvo frente a una habitación. La puerta estaba abierta de par en par, de modo que pudo ver que estaba hecha trizas. Elspeth miró a ambos lados del pasillo, vio que no había ni un alma, entró con cautela y observó a su alrededor. Había ropa esparcida por doquier, los cajones estaban abiertos o tirados en el suelo y hasta el colchón estaba fuera del somier. Quienquiera que hubiera registrado la estancia había hecho un trabajo bastante minucioso. «¿De quién era esta habitación?», se preguntó. Tenía que decírselo a alguien y esperaba que algún empleado estuviera ya trabajando. Salió a toda prisa, se dirigió al mostrador de la armería y luego dio media vuelta al reparar en que necesitaría el nombre de la habitación: Mackintosh.

Agotados, Jarvis y la señora MacBain regresaron a la casa y se instalaron en el despacho de ella, junto a las cocinas. El inspector no podía creer que la presidenta conservara el mismo despacho que usaba en sus tiempos como ama de llaves. Él habría elegido uno mucho mejor si fuera el dueño de Loch Down Abbey. Por ejemplo, la sala serbal, que era preciosa. Se preguntó por qué no la utilizaba.

Se sentaron en las sillas y permanecieron en silencio durante un momento. Jarvis puso en orden sus pensamientos y no se le ocurrió ni una sola razón por la que no debiera detener a lord Inverkillen. La señora MacBain hizo lo propio y no se le ocurrió ni una sola razón para que Angus quemara su ropa, a menos que fuera culpable. ¿Qué debía hacer ella? ¿Y cómo podía librarse de Jarvis para pensar en paz?

—Bueno... —comenzó él en tono grave.

Ella lo interrumpió.

—Tenemos que volver a hablar con lord Inverkillen. Es posible que haya una explicación racional.

Jarvis la miró durante un momento. ¿Una explicación racional para qué? ¿Qué era lo que había ido a buscar al pabellón? Se negaba a admitir que no lo sabía.

—Bien, busquémoslo y preguntémosle —dijo con más confianza de la que sentía—. Supongo que lo conoce lo bastante bien como para saber si miente.

La señora MacBain valoró la veracidad de esas palabras. Conocía bien a Angus, pero no tanto como pensaba Jarvis. Sabía de sus gustos y aversiones, sus hábitos y su rutina. Conocía detalles como su jabón de afeitar favorito, Trumper Eucris, y que prefería el clavo a la lavanda como ambientador de armario. Cuando estaba de humor,

se ataba la corbata con un nudo Windsor y, cuando estaba de malas pulgas, optaba por el francés. Si podía elegir, siempre prefería la mermelada de frambuesa a la de naranja amarga, y los huevos pasados por agua a los revueltos, pero bajo ningún concepto los tomaba fritos. Ella había sido su sirvienta y era su trabajo saber ese tipo de cosas.

Pero no eran íntimos, ni siquiera amigos. Es más, no habían tenido ni una conversación digna de tal nombre. Con Fergus y con Elspeth, sí, pero Angus era de otra pasta. Era un conde y ella, aunque fuera la propietaria del hotel, seguía siendo inferior. ¿Le mentiría? Casi con certeza. Había ocultado muchas cosas cuando vivía en Loch Down Abbey, desde asuntillos sin importancia, como robarle cigarrillos a su cuñado, hasta bombas como su relación con Hugh, pero eso no era nada en comparación con un asesinato.

Sumida en sus pensamientos, se levantó despacio y llamó a un botones. Cuando llegó, le pidió que buscara a lord Inverkillen y lo condujera a la sala serbal. ¿Detectaría si Angus le mentía? Estaba a punto de averiguarlo.

A Angus no le hizo ninguna gracia que volvieran a convocarlo. En particular, le inquietaba ver que Jarvis seguía en la casa. La señora MacBain intentó que se sentara en una silla, pero Angus se negó y se quedó de pie junto a la chimenea. Ella lo observó con atención. Estaba visiblemente agitado.

—Lord Inverkillen, me gustaría repasar de nuevo sus movimientos de anoche —dijo el inspector con voz calmada, como si estuviera al

mando. Pero cuando Angus le lanzó una mirada iracunda, empezó a tartamudear como un colegial—: Si..., eh..., no le importa.

La presidenta suspiró suavemente.

—Pues la verdad es que sí me importa. Ya lo hemos repasado y no tengo nada más que decirle. —Movió el jarrón con el ramillete que había sobre la repisa de la chimenea.

—¿Dejó a la señora Blackwood en la biblioteca menor justo cuando empezó a sonar el *Duke of Perth*?

Angus suspiró y dijo:

—Sí.

—¿Y salió por las cristaleras de la biblioteca menor? —preguntó la señora MacBain—. No por las de la gran galería, ¿verdad?

Jarvis la miró con curiosidad.

Algo desconcertado, Angus respondió:

—Sí.

—¿Está seguro? —preguntó ella con tono apremiante.

—Sí —saltó Angus. No entendía por qué importaba cómo había salido de la sala.

Jarvis tampoco lo comprendía. Le bastaba con saber que estuvo en la estancia.

—Y nadie lo observó dirigirse al pabellón de tenis, ¿correcto?

—No tengo ni idea de si me vieron, «señor agente». Estaba oscuro. Es posible que hubiera alguien al acecho, pero, desde luego, yo no vi a nadie —respondió con gran desdén.

—¿Por qué no volvió al baile? —preguntó la señora MacBain, tratando de mantener un tono suave. Tenía mucha curiosidad por saberlo. Si no la había asesinado y disponía de tiempo para saldar la deuda, ¿por qué decidió abandonar la celebración?

Angus se sobresaltó y se la quedó mirando. La pregunta lo había pillado por sorpresa.

—Pues porque... necesitaba un momento de calma.

«No ha pensado en ello —reflexionó la presidenta—. Es buena señal. Aún no tiene coartada».

—¿Un momento de calma? —preguntó ella mientras alzaba las cejas. Angus no había necesitado «un momento de calma» en su vida.

El conde se puso a caminar arrastrando los pies.

—Sí. ¿No puede uno salir a que le dé el aire y reflexionar en paz?

Lo cierto era que no se había parado a pensar en el motivo por el que había salido pitando en aquella dirección. Sencillamente había acabado allí. Debería haber vuelto a la mesa de juego para ganar todo lo que pudiera, pero la señora Blackwood había sido tan cruel...

Jarvis respiró irritado, pero la señora MacBain lo interrumpió. Si hacían que se enfadara, nunca llegarían a la verdad. Con suavidad, le puso una mano en la rodilla para detenerlo.

—Angus, yo no creo que haya matado a esa mujer. De verdad que no. Pero el inspector Jarvis sí lo cree y arde en deseos de detenerlo. —Angus miró a Jarvis con semblante aterrado—. Como él bien dice, tenía usted un móvil, se le presentó la oportunidad y disponía de un arma, pues recordará que la apuñalaron.

Angus palideció y comenzaron a flaquearle las piernas. Dios mío, ¿cómo había llegado a ese punto?

—Angus, necesitamos saber exactamente qué sucedió en esa sala —prosiguió la señora MacBain con amabilidad.

Esperaron un momento mientras Angus no le quitaba ojo a la presidenta. Ella le devolvió la mirada de la forma más alentadora

posible. Jarvis contuvo la respiración durante un instante. El reloj de la estantería dio la media hora. Parpadeó y se sentó con brusquedad, con la cabeza entre las manos y la voz hueca.

—No me dio hasta fin de mes. Quería el dinero enseguida, pero simplemente no lo tengo. Le ofrecí lo que tenía y ella se limitó a reírse.

—Mucho título, mucho título, pero el dinero brilla por su ausencia. Debí habérmelo figurado. He perdido la cuenta de las veces que he mantenido esta misma conversación. ¿Le parece digno jugar sin capital que respalde su apuesta? La nobleza ya no es lo que era.

—Mire, he hecho todo lo posible. He reunido casi la mitad en el día que me ha dado y, con las ganancias de esta noche, solo me faltan cuarenta libras. Si me deja volver a la mesa de juego, habré conseguido el resto por la mañana. Se lo pagaré a la hora del té. Le doy mi palabra.

—Por favor... Ni que no supiera yo el nulo valor de la palabra de un caballero. Si esto hubiera ocurrido en Shanghái, ya lo habrían sacado por la puerta de atrás y le habrían pegado un tiro. Por suerte para usted, esos no son mis métodos. Pero mañana hablaré con la policía. No me deja otra opción.

—¡Me meterán en la cárcel!

—Sí, y será humillante que lo vean tal y como es, pero creo que estaremos de acuerdo en que es preferible a acabar en el río con un disparo. Bien, lord Inverkillen, tiene dos opciones: acompañarme por la mañana y entregarse, o bien esperar a que le detengan delante de su querida abuela. ¿Qué prefiere?

—¡Solo me faltan cuarenta libras! ¿Por qué me hace esto? ¡No le he hecho nada!

—Uno debe afrontar las consecuencias de sus actos, por desagradables que sean.

Angus carraspeó y volvió a mover el jarrón con el ramillete.

—Y entonces me fui. Estaba tan enfadado que no presté atención a quién podía haberme visto o no. Solo quería salir de allí. ¡Pero en ese momento seguía viva! —dijo con mirada suplicante a la señora MacBain—. Nunca la toqué, lo juro. Deben creerme. Ni siquiera me acerqué a ella.

Sumido en la confusión, Jarvis se sentó en su silla. ¿Por qué demonios iba él a detener a Angus por una deuda de juego? Era cuantiosa, en efecto, pero, en términos jurídicos, no era competencia de la policía. El juego no era ilegal. ¿Qué esperaba la señora Blackwood que hiciera?

—¿Dónde estaba sentada?

Angus hizo memoria y respondió:

—Pues la verdad es que se encontraba en la butaca frente a las puertas de la gran galería.

La señora MacBain ladeó la cabeza.

—¿Estaba encendida la lumbre? —preguntó.

—¿La lumbre? —La pregunta lo pilló desprevenido—. Pues... no. No, que yo recuerde.

—¿Llevaba ella su bastón?

Angus negó con la cabeza y pensó.

—Sí —respondió con parsimonia—, se apoyaba en él. ¿Por qué?

La señora MacBain asintió al tiempo que se imaginaba la escena.

—¿Dónde estaba usted?

—Justo delante de las cristaleras.

—¿Estaban las cortinas cerradas? —preguntó ella conteniendo la respiración.

Angus se quedó pensando un momento.

—No. Se veía el jardín por las cristaleras.

La presidenta exhaló lentamente. La posible hora de la muerte quedaba más acotada.

Angus buscó la pitillera en su abrigo, la abrió y gimió. Estaba vacía.

La señora MacBain se levantó y se dirigió a la mesita semicircular que había junto a la puerta. Cogió una caja plateada, la abrió y se la ofreció a Angus.

—Me temo que no son sus exquisitos cigarrillos marroquíes. —Angus asintió en señal de agradecimiento y cogió un cigarrillo inglés. En ese momento, habría dado las gracias por cualquier tipo de tabaco.

Angus y la señora MacBain se quedaron junto a las ventanas, él fumando y mirando al jardín.

—¿Qué tenía la señora Blackwood contra usted? —preguntó ella con un hilo de voz.

Angus exhaló y miró a la presidenta, olvidándose por completo de la presencia de Jarvis.

—No la toqué, se lo juro. —Exhaló un suspiro entrecortado y, con manos temblorosas, le dijo—: Tenía el libro de Hugh.

—Por los santísimos clavos de Cristo. —A la señora MacBain le daba vueltas la cabeza—. ¿Cómo lo supo?

Angus se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo sabía.

—Que sabía ¿el qué? ¿Qué está pasando? —preguntó Jarvis mientras se acercaba a las ventanas. Mantenían una conversación entre susurros y no le gustaba ni un pelo.

La presidenta dio un profundo suspiro. Le vino a la memoria el rostro de Colin, el lacayo. Eso la enfureció aún más.

—Bueno, poco importa cómo se enteró. El caso es que ocurrió, y sabía lo suficiente como para chantajearlo.

—¿Qué es lo que sabía? ¿De qué están hablando? —insistió el inspector. Al fin y al cabo, era su investigación, y la señora MacBain no le contaba ni pío. Era como si hablaran en clave.

—Angus, le voy a hacer una pregunta y es muy importante. —Contuvo la respiración—. ¿Dónde están las ropas que llevaba anoche?

Por un momento, Angus se sintió confundido, pero luego se puso rojo como un tomate, hizo una mueca y gimió mirando al suelo.

—¿Angus? —le insistió ella con la mayor delicadeza posible—. Es crucial que veamos su *kilt*. ¿Lo entiende? Es la única forma de demostrar su inocencia. ¿Lo ha quemado?

—No. ¿Por qué? —preguntó él confundido—. Ah, lo dice por el fuego. El tío Cecil me dijo que quemara el libro de Hugh.

Se sintió aliviada y le hizo un gesto de ánimo.

—¿Dónde está su *kilt*?

—¿Es necesario que él oiga esto? —Parecía incómodo y le hizo un gesto con la cabeza a Jarvis.

—Me temo que sí.

Soltó un profundo suspiro y, al borde de las lágrimas, relató:

—Cuando llegué al pabellón, abrí una botella de whisky. Me tomé un vaso y luego otro. Y después abrí otra botella. Lo siguiente que recuerdo son los gritos del coronel exigiendo su clase de tenis. —Hizo una pausa y se sonrojó aún más que antes—. Y yo estaba tumbado en un charco de mi vómito.

No sin esfuerzo, el inspector tuvo la delicadeza de reprimir las carcajadas. Se dio la vuelta, se tapó la boca y tosió.

—Me puse la ropa de jugar y utilicé mi *kilt* para limpiar el desaguisado.

—¿Y dónde está? —preguntó ella al punto.

—Lo tiré por la ventana trasera que da a la pila de leña.

—¡Ay, gracias a Dios! —gritó ella. Por poco no le dio un beso a Angus. Volviéndose hacia Jarvis, dijo con entusiasmo—: Vamos a buscarlo antes de que le pase algo.

El agente se llevó el *kilt* de Angus al coche de policía, guardado en una caja de pruebas que sostenía a cierta distancia. La mañana que la prenda había pasado al sol no ayudaba en absoluto. La señora MacBain nunca se había alegrado tanto de encontrar algo tan putrefacto. Angus quedaba exonerado del asesinato de la señora Blackwood, pues en el *kilt* no había una sola gota de sangre y su *sgian dubh* estaba tan desafilado que no habría podido cortar ni la mantequilla.

De regreso a la casa, Jarvis la siguió y le dijo:

—Bueno, eso lo exculpa. Debe de estar contenta.

La señora MacBain asintió y en su rostro se dibujó una sonrisita de alivio.

—Sí. Y ahora sabemos que nos decía la verdad sobre la biblioteca y los horarios. La mataron después de las tres y quienquiera que fuera cerró la habitación con llave, encendió la chimenea y se llevó su bastón.

Jarvis asimiló la información.

—De modo que sí recibió una última visita, como dijo el señor Blackwood. De acuerdo. Repasemos la cronología. ¿A qué hora terminó todo anoche?

—¿No vino usted? —Estaba casi convencida de que el inspector había acudido al baile, pero no recordaba haberlo visto.

—Llegué después de que empezara y bailé un par de *reels*, pero luego mi madre dijo que estaba agotada y nos fuimos antes del resopón —dijo él, lamentándose, pues debía de haber sido todo un festín. Le rugió el estómago y deseó que volvieran a pasar por las cocinas. Era la hora del almuerzo y le estaba entrando un hambre voraz.

—Ah, bueno, supongo que ya va teniendo una edad. ¿Cuántos años tiene, setenta y ocho?

La señora Jarvis no era una mujer muy robusta y las hermanas del inspector tenían toda la pinta de ser unas arpías de mucho cuidado. Lo habían mangoneado desde siempre, sobre todo su hermana mayor. La señora MacBain no albergaba dudas de que una mujer ya de por sí delicada pudiera verse afectada por el estrés cotidiano que debía de generar ese ambiente doméstico.

—Exacto: cumplirá setenta y nueve el mes que viene —respondió Jarvis—. ¿A qué hora entonces?

—Oh, sí. Las puertas se abrieron a las ocho y el baile comenzó oficialmente a las nueve con *Hamilton House*, que bailaron los Inverkillen.

Jarvis arqueó una ceja.

—Era su baile. ¿No le correspondía el honor de abrirlo?

La señora MacBain sonrió con aire modesto.

—Bueno, lo cierto es que sí, pero lady Georgina insistió en implicarse en la organización y pensé que, como estaban todos aquí, sería más fácil que lo inauguraran ellos.

El inspector negó con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces, los Inverkillen inauguraron el baile a las nueve y el primer *reel* fue a las nueve y media, ¿no?

—Sí, así es. El resopón, a las doce. Los carruajes, a las tres y media (aunque supongo que ya no quedan carruajes, echo de menos el sonido de los caballos) y a las cinco se ordenó a los lacayos que cerraran la sala de juego y echaran a todos los rezagados.

Jarvis se hizo a un lado y le abrió la puerta.

—Y, ahora que sabemos que tanto lord Inverkillen como el señor Blackwood decían la verdad, el asesinato debió de ocurrir entre las tres y las cinco.

—¿Lo sabemos? —preguntó ella, mientras subía con cuidado las escaleras de piedra hasta una terraza cercana a la pista de tenis—. Sabemos que el señor Blackwood nos dijo la verdad respecto a que se despidió de ella a las dos y media, pero ¿cómo sabemos que no volvió a bajar y la mató después de que se marchara su última cita? Solo tenemos su palabra de que permaneció en su habitación toda la noche.

Jarvis soltó un suspiro.

—¿Podríamos registrar su habitación en busca del bastón? Aunque parece demasiado astuto como para guardarlo allí.

—De acuerdo. Pero la cuestión es que no veo ninguna razón por la que quisiera matarla. ¿Qué móvil podría tener?

El inspector se encogió de hombros.

—Si es de Shanghái, sabrá lo valioso que es el bastón. Y él mismo lo reconoció: se escaparon con lo puesto. Quizá quería empezar una nueva vida por su cuenta y el bastón le proporciona los medios para hacerlo.

La señora MacBain guardó silencio mientras reflexionaba al respecto. ¿Podría haber sido un simple robo? Parecía una locura, pero lo cierto es que la gente desesperada hace cosas desesperadas.

—Supongamos que la mató por el bastón. ¿Por qué seguiría aquí? Podría haberse marchado a pie anoche, haber cogido el tren de la leche de las cinco y media y estar ya muy lejos de aquí.

Jarvis admitió que era un buen argumento.

—Quizá tengamos que hablar con todos los demás a quienes chantajeaba.

Llegaron a una puerta lateral de Loch Down Abbey y la presidenta se detuvo para mirarlo. Estaba segura de que sería inútil, pero no tenían muchas más pistas que seguir.

—De acuerdo, ¿con quién quiere hablar primero?

Fergus regresaba de la biblioteca menor. Los agentes de Jarvis habían registrado la sala palmo a palmo sin hallar ni el puñal ni el bastón. A la señora MacBain no iba a hacerle gracia.

Acababa de entrar en la armería de camino a las cocinas, con la esperanza de encontrarla, cuando MacPherson lo llamó. Fergus cambió de rumbo y se dirigió al mostrador, esbozando una sonrisa cortés.

—¿Sí? —preguntó con tono afable.

Thompson estaba con dos hombres, uno de los cuales no le quitaba ojo a la armadura del cuarto conde. Cuando Fergus se acercó, MacPherson se lo señaló y ambos hombres centraron su atención en él. En silencio, lo examinaron con aire crítico. Entonces, el más alto susurró:

—Nos gustaría hablar con lady Annabella Martin.

Entonces fue Fergus quien los observó a ellos. Vestían trajes grises con corbatas negras y bombines de lo más elegantes, pero saltaba a la vista que no habían ido de vacaciones y que, desde luego, no eran amigos de Bella. De repente, Fergus tuvo un mal presentimiento.

—Creo que a esta hora suele estar en la salita de día de las damas, ¿señor...? —Trató de sonsacar cómo se llamaba y, al no obtener respuesta, suspiró para sus adentros—. Bien, ¿les importaría seguirme?

—Si fuera tan amable de indicarnos dónde encontrarla, sería preferible. —Era una manera educada pero firme de pedir que los dejara a solas con ella.

—Es algo complicado, ya que resulta muy fácil perderse por el camino. Será mejor que les lleve yo. —Al subir el primer escalón, se detuvo, se dio la vuelta y dijo—: Por aquí, caballeros.

Tres minutos más tarde, cruzaron unas puertas con una elegante placa de latón que rezaba «Salita de día de las damas».

—Ah, sí. Bella —llamó Fergus a su hermana mientras cruzaban la sala. Bella estaba sentada en un sofá amarillo pálido junto a las ventanas—. Tienes una visita.

Bella levantó la vista de la revista *Tatler*.

—¿Visita? ¿De quién? —Miró a los hombres y frunció un poco el ceño. No eran el tipo de gente con quien se relacionaba. Se levantó y se alisó la falda.

—¿Lady Annabella Martin?

—Sí. ¿Y ustedes quiénes son?

—Nos envía el Ministerio de Asuntos Exteriores. Quizá deberíamos ir a un lugar más tranquilo.

—¿Tienen noticias de Edmund? —preguntó Bella con ansiedad.

—Eh..., no —respondió uno de los hombres—. Hace tiempo que perdimos el contacto con las oficinas de Shanghái.

—Ah. Bueno, y, si no hay noticias, ¿qué hacen aquí? —preguntó con recelo.

Se sentaron en el sofá sin que nadie los invitara. Bella los observó y luego, ofendida por su falta de modales, miró a Fergus, quien se limitó a encogerse de hombros. Ella se sentó en el sofá de enfrente.

El hombre más alto carraspeó.

—Venimos a por el dinero y a por sus recibos.

—¿Cómo? —preguntó Bella, a todas luces confundida.

—El dinero que le entregaron cuando salió de Shanghái. Debe entregárnoslo.

Fergus sintió un vuelco en el estómago y miró a Bella con nerviosismo.

—¿Para qué? —saltó Bella.

Los hombres se movieron en sus asientos como colegiales.

—Pertenece al Gobierno, señora —respondieron en voz baja.

—Por supuesto que no. —Bella parecía ofendida.

Fergus estaba de lo más confundido y a la vez bastante alarmado por los derroteros que tomaba la conversación.

—Bella, ¿qué dinero? ¿De qué están hablando?

—No lo entienden —dijo Bella—. Edmund fue al banco la mañana de mi partida. Liquidó nuestras cuentas en Shanghái y me envió a casa con el dinero. Nuestro dinero.

—Eh —comenzó el hombre, sin saber muy bien cómo continuar, pues nunca había tratado con civiles—. En realidad, lady Martin, el dinero que sir Edmund le entregó procedía de la caja fuerte del consulado.

—¿Está diciendo que Edmund robó fondos públicos? —preguntó Fergus.

—No, para nada. Guardamos dinero en efectivo en la caja fuerte de los consulados y embajadas, y precisamente para este tipo de fines. Sir Edmund siguió el protocolo habitual. Pero a nosotros nos han encomendado la tarea de recabar el remanente una vez regresados todos sanos y salvos.

—No puede ser. —Bella miró a su hermano con confusión e irritación en los ojos.

El hombre se dirigió a Fergus.

—Lord Martin nos envió un mensaje diciendo que no podía reunir suficiente dinero en efectivo en divisas occidentales para costear el regreso de todo el mundo. Hubo una retirada masiva de fondos de los bancos, como ya esperábamos. Por eso utilizó el dinero de la caja fuerte. Por norma general, se le entrega al funcionario de mayor rango que acompaña al grupo, pero... —vaciló y miró de reojo a su

colega, que asintió con disimulo—, dado que el vicecónsul es el coronel, envió el dinero con lady Annabella. Y hemos venido a recogerlo.

—¡No! ¡Ese dinero es mío! ¡Si se lo llevan, me quedaré con una mano delante y otra detrás! —Miró a Fergus presa del pánico—. ¡He pedido ropa! ¿Cómo voy a pagarla?

—No me corresponde a mí decirlo, señora. Pero el dinero debe ser devuelto. —No parecía sentir la menor compasión por su situación.

—¿Y si me niego? —preguntó Bella con tono desafiante.

—Piénselo bien, lady Martin. —Se levantaron despacio y al unísono —. El dinero pertenece al Gobierno de Su Majestad y no creo que le interese enfrentarse a ellos.

La conmoción dio paso al silencio. Fergus se maravilló de que alguien tuviera el arrojo de amenazar a Bella. Pero entonces le sobrevino otro pensamiento. Sabedor de la facilidad de su hermana para gastar dinero, dudaba que le quedara algo.

—¿Y si no le queda nada?

—Mientras tengamos los recibos para cuadrar las cuentas, no hay problema. —El hombre se rio entre dientes—. Pero es imposible que se lo haya gastado todo en un mes.

Fergus ya sentía que le flaqueaban las piernas, pero se vio obligado a preguntarlo:

—¿Cuánto era exactamente?

De pronto, volviendo a ponerse serio, el hombre miró a Fergus, luego a Bella y, por último, alrededor de la estancia para asegurarse de que nadie los oyera. Lo dijo en voz baja, pero bien podría haberlo gritado:

—Unas cuarenta mil libras en diversas monedas.

Cuando Jarvis y la señora MacBain llegaron al fin al despacho de ella, la esperaba un lacayo. «Thompson necesitaba verla con urgencia», dijo. El inspector se apresuró a acompañarla. Mientras subían las escaleras de servicio, la aprensión de la presidenta iba en aumento. Por fin, doblaron la esquina hacia las habitaciones de los huéspedes y vieron a Thompson y lady Elspeth aguardándola a mitad del pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Thompson le abrió la puerta y se quedó sin aliento.

—¿Qué demonios...? —La señora MacBain entró lentamente, aturdida por el destrozo que presenció.

Jarvis caminaba detrás de ella, boquiabierto.

—¿Cuándo lo han encontrado? —preguntó ella.

—Quizá deberíamos cerrar la puerta. Creo que no nos interesa que nadie presencie esto —susurró Elspeth. Thompson accedió a hacer guardia fuera. Una vez cerrada la puerta, Elspeth prosiguió—: Lo encontré esta mañana cuando salí a dar un paseo. Corrí a buscar a Thompson y, desde entonces, uno de nosotros o los dos hemos permanecido en la puerta.

—¿Entró en la habitación? —preguntó el inspector mientras miraba a su alrededor.

—Al principio. Desde el pasillo pude ver que la habían saqueado, de modo que entré para ver si había alguien herido.

La presidenta y Jarvis intercambiaron una mirada sombría.

—¿Qué? —preguntó Elspeth con ansiedad.

—¿Sabe de quién es esta habitación? —preguntó la señora MacBain con cautela.

—Ni idea. De una mujer, eso es todo lo que sé. —Señaló un cajón con un collar de perlas colgando de cualquier forma sobre el borde.

—De la difunta señora Blackwood.

—¿Difunta? —A Elspeth se le entumecieron los brazos.

La señora MacBain la acompañó a la puerta.

—Vamos a mi despacho, ¿de acuerdo?

Acomodados en la sala serbal, la señora MacBain servía té y le explicó todo a Elspeth. Como estaba conmocionada, la presidenta le añadió un chorrito de brandy al té.

—Pobre mujer —murmuró. Aceptó el té por pura inercia, pues no pensaba en nada más que en lo que acababa de oír—. ¿Y no tienen ni idea de quién pudo ser?

La señora MacBain se sentó y frunció el ceño.

—No —respondió con aire triste. Se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Yo apostaría por su sobrino —aventuró Elspeth.

Jarvis la miró por encima del borde de su taza.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—¡Oh! ¿Lo he dicho en voz alta? —Elspeth negó con la cabeza y pareció avergonzada—. Disculpe. No era mi intención decir eso. Supongo que lo último que querrá es oír opiniones no solicitadas. No me haga caso.

A la señora MacBain le pareció interesante que Elspeth pensara enseguida en el sobrino de la señora Blackwood. También a ella le parecía el principal sospechoso.

—¿Por qué ha pensado en él?

Elspeth los miró a ambos.

—En realidad, por nada. Lo he dicho al tuntún. —Cuando la presidenta le dirigió una mirada alentadora, dejó la taza de té en la mesa y dijo—: Lo que ocurre es que..., bueno..., hay algo sospechoso en él. Siempre aparece donde no debería.

—¿Por ejemplo? —preguntó la señora MacBain, observando con atención a lady Elspeth.

—Lo he visto varias veces en el bosque, cerca del patio de servicio de detrás de la destilería, dirigiéndose hacia la colina.

—¿Y por qué no debería estar allí? —preguntó Jarvis—. Si usted tiene permitido ir a esa zona, ¿por qué él no?

—Es más que bienvenido a pasear por allí, inspector, pero yo, cuando voy, me visto de forma adecuada, al contrario que él. —Miró a la señora MacBain—. Siempre lo he visto con el traje ese que lleva, que no es en absoluto apropiado para caminar por el bosque.

Jarvis se aclaró la garganta.

—Inspector, si usted fuera al bosque, se pondría ropa adecuada o, como mínimo, se calzaría como corresponde. No saldría con los zapatos que lleva ahora, ¿verdad?

Todos miraron el calzado de Jarvis: unos zapatos negros de cuero, desgastados, con suela de cuero liso. Tenía que admitir que jamás se los pondría para salir a caminar.

—Los suyos son muy similares y son de suela totalmente lisa. Una tarde tuve que ayudarle a subir una pendiente, porque no dejaba de resbalar hacia atrás.

—Así que no tiene ropa para caminar por el bosque. Eso no le convierte en un asesino.

«¿Por qué estaré defendiendo a este hombre?», se preguntó el inspector. Con lord Inverkillen descartado, el sobrino era su principal sospechoso. O tal vez el coronel. ¿Quizá lady Annabella? En realidad, no lo tenía nada claro.

—No, pero sí que resulta sospechoso —replicó Elspeth—. Le dije que tomara prestado algo del guardarropa, pero no me hizo caso. Su traje es blanco, ¡por el amor de Dios! No entiendo cómo lo mantiene limpio. Y ¿por qué se empeña en salir vestido de esa forma?

Se miraron fijamente durante unos instantes antes de que el inspector cogiera una segunda galleta de jengibre.

—Quizá estaba cansado de que su tía le sermoneara y necesitaba un momento de paz —dijo con irritación.

Eso hizo que Elspeth se callase. Se quedó mirando a Jarvis durante unos instantes y apuntó:

—Yo solo sé que había mucha gente en ese viaje desde Shanghái.

A lo que el inspector respondió:

—Podría haber sido cualquiera de ellos. Lady Annabella, por ejemplo.

Elspeth se atragantó con el té.

—¡No puede hablar en serio!

—Ella no la conocía, Roddy —dijo la señora MacBain mientras colocaba el colador para servirse una segunda taza, pues, en definitiva, iba a necesitar otro té.

—Eso dice ella —replicó Jarvis—. Pero tan solo tenemos su palabra.

—Bella nunca habría arriesgado su reputación y su posición —dijo la presidenta con firmeza.

—Pero si la estaban chantajeando...

—¿Chantajeando? —Elspeth estaba horrorizada. De pronto comprendió que desconocía gran parte de los antecedentes.

La señora MacBain se recostó sosteniendo su taza con delicadeza.

—A decir verdad, dudo que esa mujer tuviera motivos para chantajear a Bella. Ella misma dijo que Edmund no la dejaba ir sola a ningún sitio, que siempre la acompañaba un guardaespaldas.

—¡Ja! ¿Cree que la presencia de un guardaespaldas le impediría cometer un crimen? —Jarvis depositó la taza con brusquedad, de forma que derramó té por todas partes—. Es lo que dice usted siempre, ¿no? Que esta gente, los nobles y tal, viven según otras reglas. Los sirvientes para ellos son solo cosas, como si fueran muebles o animales.

Se instaló un sorprendente silencio durante el cual Elspeth observó al inspector, quien de repente recordó su presencia en la sala.

—Quiero decir..., eh... Uf... —rezongó con furia mientras buscaba la manera de retractarse.

Poco a poco, la mirada de Elspeth se posó en la señora MacBain.

—¿Eso es lo que cree? ¿Que yo la considero un animal?

La presidenta se sonrojó y se movió en su asiento.

—Es raro encontrar a alguien como usted o Fergus, que nos tratan como personas. Aún queda mucha gente que piensa que cada uno debe saber el sitio que le corresponde.

Elspeth eligió sus palabras con cuidado.

—Soy consciente de que muchos miembros de las clases altas se comportan de forma abominable con los de las clases bajas, pero yo siempre he tratado de no ser uno de ellos. —Hizo una pausa y tomó un sorbo de té. Volvió a mirar a Jarvis y añadió—: Y, aunque a Bella

le encanta tener sirvientes a quienes dar órdenes, no es de quienes buscan problemas. No está hecha de esa pasta.

La señora MacBain suspiró en silencio, aliviada. De ninguna de las maneras deseaba tener un desencuentro con lady Elspeth, así que dijo con cautela:

—A Edmund le inquietó la señora Blackwood desde el primer momento. Cuando Bella llegó a Shanghái, le prohibió que se relacionara con ella. No porque fuera un marido controlador, sino por su trabajo, pues, como recordará, a la difunta señora la envolvía un halo de escándalo. Lo más probable es que diera instrucciones a sus guardias de mantenerlas separadas. Así que creo que hay pocas posibilidades de que se cruzaran, sobre todo en secreto.

—Entonces, en cuanto al móvil, ¿lady Bella queda descartada? —refunfuñó Jarvis.

—Yo diría que sí.

Se quedaron sentados en silencio durante unos instantes. Un reloj sonó suavemente en el vestíbulo. Poco a poco, la armería volvía a la vida. Oyó que alguien llamaba al timbre de la recepción. Miró su reloj: era la hora del almuerzo.

—¿Y qué hay del coronel? —preguntó el inspector.

—Bueno, dice que se pasó toda la noche jugando. Podemos preguntar a los lacayos para confirmarlo. No es que dude de él, pues desde que llegó no ha hecho nada más que jugar y comer, pero sí que visitó la biblioteca menor y no lo ha admitido.

Jarvis murmuró algo.

—Sin embargo, la coartada del señor Blackwood es más complicada. —La señora MacBain lo miró a lo lejos y sacudió un

poco la cabeza—. Dijo que se fue a la cama y dejó a su tía esperando al siguiente visitante. Pero ¿cómo sabemos que no volvió?

—Es lo que decía usted: ¿qué móvil podría tener? —preguntó el inspector, escupiendo migas de su galleta de jengibre al aire. La presidenta las vio a contraluz y suspiró. Bueno, tenía que limpiar el polvo de todas formas.

—Si no va a heredar nada —continuó Jarvis—, ¿por qué querría verla muerta? Los demás, al menos, tenían un móvil: el chantaje. Pero no iba a chantajear a su propio sobrino, ¿verdad?

—¿Y por qué no? La gente hace jugarretas mucho peores a sus familiares —dijo Elspeth—. Ahora mismo me acuerdo de tres, ¡mejor dicho!, de cuatro personas que hicieron eso precisamente.

Jarvis admitió que tenía razón (de pronto, pensó en su hermana mayor) y dio un gran sorbo a su té. Cogió con cuidado una tercera galleta de jengibre. La señora MacBain se preguntó si tendría que pedir que les llevaran más.

—De acuerdo, supongamos que ella lo estaba chantajeando. —Jarvis mojó la galleta en el té, ante lo que Elspeth reaccionó con una mueca. El inspector observó cómo se iba disolviendo, en espera del momento adecuado para llevársela a la boca—. ¿Cómo le pagaría él? Todos los demás tenían los medios para pagarle, pero no olvidemos que él es un refugiado. Solo tiene una maleta y la ropa que lleva puesta.

La presidenta lo miró de repente.

—¿Qué acaba de decir?

—¿Yo? —preguntó el inspector, sorprendido—. He dicho que solo tiene una maleta.

—Y la ropa que lleva puesta. Ay, ¿cómo se me ha podido pasar por alto? —se lamentó la señora MacBain al tiempo que se levantaba bruscamente.

En un abrir y cerrar de ojos, la presidenta ya se había ido. Jarvis volvió a mirar su taza de té y maldijo por lo bajini. La galleta se le había ido al fondo de la taza.

Fergus estaba aturdido. ¿Cuarenta mil libras? Era una suma ingente. ¿Y si Bella se lo había gastado todo? ¿Era posible? No estaba seguro, pero nunca había sido nada ahorradora.

Uno de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores carraspeó.

—¿Podría hacernos entrega del dinero, lady Martin? Tenemos billetes para el tren de media tarde.

Fergus sintió un nudo en el estómago, pero por otro motivo que no tenía nada que ver.

—No estoy seguro de que puedan tomar ese convoy, caballeros.

Lo miraron con curiosidad. Habían consultado con el jefe de estación antes de salir hacia Loch Down Abbey: había un servicio a las seis de la tarde. Es decir, que tenían tiempo más que suficiente para cumplir con su cometido y volver a la estación a tiempo.

Fergus se aclaró la garganta; de pronto, estaba nervioso.

—Verán, anoche tuvimos un pequeño incidente y la policía local nos ha pedido que no dejemos salir a nadie del hotel ni de sus terrenos. En realidad, no deberían haberles dejado entrar en la finca.

—¿Un incidente? —Ambos funcionarios levantaron las cejas.

—Sí, una mujer fue... asesinada anoche, y la policía local lo está investigando.

—¿Asesinada? —preguntó uno de los hombres con un silbido—. Bueno, eso a nosotros no nos concierne. Acabamos de llegar. Podemos mostrarles nuestros billetes de tren como prueba. En fin, lady Martin, háganos entrega del dinero, por favor.

—Creo que deberíamos preguntarle al inspector Jarvis antes de tomar ninguna decisión. Seguro que no tendrá inconveniente en que se vayan, pero me gustaría corroborarlo. Se trata de la investigación de un asesinato, es un asunto muy serio.

Tras comunicarse entre sí sin articular palabra, los funcionarios asintieron. Como buenos burócratas, profesaban un gran respeto a las formalidades y los cargos, de modo que hablarían con el inspector y acatarían su decisión.

—Bella, ¿por qué no los acompañas a la biblioteca? Les hemos preparado un almuerzo frío. Yo iré a buscar a Jarvis.

Una vez que los hombres se hubieron levantado y hubieron salido de la sala guiados por Bella, Fergus soltó un profundo suspiro.

Bella los acomodó en una mesa esquinera al fondo de la sala y, acto seguido, se unió a lady Georgina, que ocupaba su lugar habitual junto a la chimenea acompañada por Cecil y el señor Rosenthal. Angus estaba cerca, fumando un cigarrillo.

—Ahí estás, Bella —dijo lady Georgina cuando se acercó. Bella se dejó caer en el sofá junto a su abuela, con semblante conmocionado —. Tienes un aspecto horrible. ¿Qué sucede?

Bella miró a su abuela y parpadeó, sin saber muy bien cómo empezar a relatar su última desgracia. Antes de que pudiera hacerlo, se alzó una voz desde sus espaldas.

La señora MacBain irrumpió en la estancia, seguida por Jarvis y Elspeth, y se dirigió con determinación a la sala de juegos.

—Señor Blackwood, ¿podría hablar con usted?

Saltaba a la vista que no era una petición. Con los ojos abiertos como platos, los Inverkillen observaron al señor Blackwood, que les devolvió la mirada durante un momento y luego se levantó despacio para seguir al trío.

Angus se movió rápidamente e impidió que la puerta se cerrara del todo. Tenía que enterarse de qué hablaban. Lady Georgina, horrorizada de que su nieto se rebajara a escuchar detrás de las puertas (¡y en público, para más inri!), lo miró con el ceño fruncido y le hizo señas para que se alejara de la puerta.

—Creo que es hora de que nos diga la verdad, señor Blackwood —lo conminó la señora MacBain—, aunque lo cierto es que no se llama así, ¿verdad?

Angus miró a sus familiares con el escándalo reflejado en sus facciones. Al punto, Cecil se puso de pie de un salto para unirse a su sobrino. Lady Georgina chasqueó la lengua con gran ruido y se preguntó, como solía hacer, en qué se había equivocado al educarlos a todos.

—¿De qué habla, señora MacBain? —preguntó Jarvis sin salir de su desconcierto.

—No es el sobrino de la señora Blackwood. —La presidenta y el señor Blackwood se miraron fijamente.

Cecil hizo un gesto frenético a sus familiares para que se acercaran a la puerta. En un periquete, se le agolparon todos alrededor para escuchar sin ningún disimulo. El señor Rosenthal contuvo una risita ante la escena.

—De acuerdo, y, si no es su sobrino, ¿quién es? —preguntó Jarvis.

La señora MacBain ladeó la cabeza y se quedó callada con aire expectante.

El interrogado se los quedó mirando durante un momento.

—Parker. Me llamo Lawrence Parker.

—Y no era su sobrino, ¿verdad? —continuó ella—. Era su sirviente. Me apuesto algo a que era su guardaespaldas.

La miraba con los ojos entrecerrados y la señora MacBain comprendió que estaba haciendo sus cábalas. ¿Le diría la verdad?

Por fin habló, en voz baja pero clara, sin apartar los ojos de ella:

—Más que trabajar como su sirviente, lo que hacía era saldar una deuda.

—¿Servidumbre por contrato? —preguntó ella con la esperanza de equivocarse, pero él asintió.

—¡Sabía que escondía algo! —gritó Angus, irrumpiendo en la habitación. Los Inverkillen entraron con él y prorrumpieron en un gran barullo:

—¿Que no es su sobrino...? ¿Y cómo diablos lo sabe...? ¿A qué se refiere con que no es su sobrino...? ¿Por qué iba a decir que es su sobrino si no es verdad? ¿Tiene esto algo que ver con su muerte...? ¿Nos hemos relacionado con un sirviente...?

Sorprendida por la intrusión, la señora MacBain se dio la vuelta y soltó un taco.

—¡Basta, ya está bien! —gritó el inspector levantando los brazos —. ¡Cálmense! Este asunto es competencia oficial de la policía y tengo que pedirles que se vayan.

Tuvieron la decencia de callarse, amedrentados por la fulminante mirada de la presidenta. Ahora bien, si a Jarvis se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que abandonaran la sala en silencio, estaba muy equivocado.

La señora MacBain cruzó la pequeña estancia, donde ya no cabía ni un alfiler, y cerró la puerta.

—Que no salga de aquí ni una sola palabra, ¿entendido?

Los Inverkillen asintieron en silencio.

Regresó junto al señor Blackwood y prosiguió su interrogatorio.

—¿Cómo lo supo? —preguntó él con una mezcla de dolor y curiosidad. Se dio cuenta de que aquella mujer era formidable y podía aprender mucho de ella.

—Por su traje.

—¿Mi traje? —Se lo miró y luego observó a la presidenta confundido—. ¿Qué le pasa?

Cecil murmuró algo ininteligible y la señora MacBain lo reprendió con la mirada.

—A su traje no le pasa nada, pero, al igual que el de la doncella de Bella, es el único que tiene. —Se giró hacia los Inverkillen—. A cada persona que salía de Shanghái se le permitía llevar una sola maleta. Bella se apoderó de los bultos de ambas, porque sus cosas eran más importantes que las mudas de su doncella.

Todas las miradas se posaron en Bella, que resopló muy indignada.

—Nosotros pagamos los billetes...

La señora MacBain se volvió hacia Lawrence.

—Cuando la señora Blackwood llegó, traía consigo una maleta y un baúl enorme, pero usted solo tiene un traje. Es obvio que se quedó con su pieza de equipaje y ni siquiera se dignó a dejarle el menor espacio para que guardara una muda. No es un trato que se suela dispensar a un sobrino, pero sí a un sirviente.

Lawrence esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza en señal de confirmación.

—¿Todo eso lo dedujo de un traje? —preguntó Jarvis incrédulo. Nunca dejaba de sorprenderlo.

La presidenta se sentó en la silla frente a Lawrence, de modo que quedaron casi a la misma altura.

—No es una ancianita cualquiera, ¿verdad?

Él dio un profundo suspiro, como si una gran carga lo asfixiara.

—No. Dirige... —se corrigió—, dirigía el mayor fumadero de opio de Shanghái.

Los Inverkillen se quedaron sin aliento y empezaron a murmurar de nuevo. La señora MacBain giró la cabeza y los amenazó con expulsarlos si no se callaban. A continuación, volvió a dirigirse al señor Blackwood.

—¿Y a qué vino? —preguntó con tono más apremiante pero conservando la calma—. Sabe por qué vino a Loch Down, ¿verdad?

Lawrence miró fijamente a los ojos de la señora MacBain. «No lo sabe», pensó. Podía guardar el secreto, pero luego se dijo: «Con ella muerta, ¿qué importa ya?». Y musitó:

—Vino a por el rubí.

Ross subió a la colina para despejarse de la resaca del baile; aún le pesaban tanto el whisky como su conversación con Elspeth. Se acercaba al viejo nido del águila pescadora cuando vio una fina voluta de humo cerca de la cabaña. Miró su reloj: aún no era la hora del té, pero ¡tenía que ser Elspeth! Con el corazón acelerado, echó a correr colina abajo y cruzó el bosque a todo correr.

Sin embargo, cuando llegó, se detuvo un momento. El humo ya se había disipado, pero el olor todavía persistía en el aire. Fuera lo que fuera lo que se había quemado, era evidente que no procedía de la finca. Se acercó a la puerta y vio un montón de ramas de enebro a un lado. El enebro ardía deprisa y desprendía muy poco calor, pero también producía una gran cantidad de humo, por eso pudo atisbarlo desde la colina. Pero Elspeth sabía que no debía usarlo, eso lo tenía claro. Algo no cuadraba y deseaba saber de qué se trataba.

—¡Hola! —gritó Ross—. ¿Hay alguien ahí?

No pasó nada.

Se acercó a la ventana y el olor se hizo más intenso. Miró dentro: el fuego se había apagado. Sobre la mesa, vio una botella de su reserva privada, medio vacía, junto a un pastel de carne de caza a medio comer.

Había migajas y hormigas por todas partes. Al mirar hacia el rincón más alejado, se sobresaltó al ver una figura tumbada en la cama. Miró a su alrededor y no observó ninguna mochila. De hecho, no vio ningún tipo de pertenencia. «Debe de ser un vagabundo», pensó Ross. Se acercó a la puerta nervioso.

—¿Hola? —llamó, con la esperanza de despertar a quienquiera que estuviera en la cama. Pero la figura no se movió. De hecho, ni siquiera podía ver si respiraba. Esperó un largo momento antes de

abrir la puerta. Caminó hacia la cama, extendió la mano, tiró del hombro, palideció y retrocedió unos pasos. El hombre estaba muerto, claro, pero además, y eso era lo más desconcertante, se trataba de Hugh.

—¿El rubí? ¿Qué rubí? —preguntó Fergus, que acababa de entrar en la sala de juegos tras ver a varios huéspedes apiñados en silencio junto a la puerta. Los demás se giraron hacia él, excepto la señora MacBain, que mantuvo la mirada clavada en el señor Parker.

—¿Qué rubí, señor Parker? —preguntó ella.

—El rubí Ambrose, el más grande que existe. Forma parte de la colección imperial china desde hace generaciones. —Pausó la voz para captar la atención—. Hasta hace un mes.

La comprensión se reflejó en el rostro de la presidenta.

—Por supuesto —susurró, y se volvió directamente hacia Bella.

—¿Qué? —repuso Bella sin saber dónde meterse, pues todos los presentes siguieron la mirada de la señora MacBain hacia ella—. Yo... Yo no tengo rubíes —balbuceó incómoda.

Lady Georgina le lanzó una mirada iracunda.

—Ay, Bella, déjate de subterfugios.

—Pero no tengo rubíes, abuela. El rojo no me queda bien, ya lo sabes.

—Rubíes en plural, no —espetó Lawrence, a todas luces exasperado por Bella—. Me refiero a uno solo: el que le robó su marido y usted introdujo de contrabando en Inglaterra.

De nuevo, los Inverkillen se pusieron a armar barahúnda:

—¿Bella...? ¿Contrabando...? Debe de estar loco... ¿Edmund lo robó...? ¿Es un ladrón...? Yo pensaba que era diplomático... ¿Veis como no hay que fiarse de los extranjeros...?

Bella parecía muy indignada y dijo prácticamente a grito pelado:

—No sé nada de ningún rubí. Está mintiendo. ¡Edmund no robaría nada!

—Fue usted quien le robó su maleta en Marsella, ¿verdad? —preguntó la señora MacBain—. En busca del rubí.

Lawrence asintió.

—¿Y de nuevo en París?

Asintió de nuevo.

—¡¿Me robó el equipaje?! —Bella cruzó la sala antes de que nadie pudiera reaccionar a sus palabras y le dio a Lawrence una bofetada tan sonora que varios huéspedes se asomaron a la puerta abierta y rompieron a reír, entre sorprendidos y encandilados por el espectáculo.

—¡Vaya! —gritó Lawrence, tambaleándose hacia atrás, más por la sorpresa que por otra cosa.

—¡Bella...! ¡Lady Annabella...! Que alguien la detenga... Esos no son modos propios de una dama...

Su familia la reprendió mientras ella golpeaba los hombros y el pecho de Lawrence con los puños.

—¡Eh! ¡Eh, señora! —farfulló él, encogido ante los puñetazos.

Ella siguió lanzándole una sarta de golpes, que iba aderezando con juramentos y maldiciones, hasta que Fergus y Angus intervinieron para sujetarla. Cada uno la consiguió agarrar por un brazo y la apartaron de Lawrence, que estaba hecho unos zorros y se protegía la cabeza.

Bella gritó, luchando con fuerza contra sus hermanos.

—¡No tiene ni idea de lo que me ha hecho! ¡Me ha llevado a la ruina! ¡Cómo se atreve!

Lawrence se levantó y la miró confundido.

—Pero si solo había bañadores y maquillaje. ¿Cuál es el problema?

La patada le dio de lleno en el pecho y lo tiró hacia atrás sobre una silla y contra la chimenea.

—Buena técnica, Bella —se admiró Elspeth.

Angus y Fergus seguían sujetando firmemente a su hermana por los brazos y luchaban por alejarla más.

Para entonces, todo el mundo en la biblioteca presenciaba la escena sin pudor alguno y Cecil y el señor Rosenthal se apresuraron a ayudar a Lawrence a levantarse del suelo y sentarse en una butaca. Bella se liberó de sus hermanos y se dejó caer en otro asiento, mirando a Lawrence con ira y murmurando entre dientes.

Una vez separados los combatientes, la señora MacBain volvió a tomar el control del grupo. De pie frente a Bella, pero fuera del alcance de sus puños, le habló con severidad:

—¿Qué acaba de suceder?

Bella dio un profundo y tembloroso suspiro, con los hombros caídos en señal de... ¿derrota? ¿Rendición? Seguramente no.

—Idiota —le espetó a Lawrence, todavía enfurecida—, mis joyas iban en esa maleta.

Las mujeres dejaron escapar un grito ahogado. Angus resopló encantado y encendió un cigarrillo. Lawrence parecía incómodo.

—No —dijo con voz ronca—. No contenía joyas. La registré de arriba abajo.

—Pues está claro que se dejó el doble fondo —repuso Bella con sarcasmo—. Menudo ladrón de pacotilla está usted hecho.

Lawrence palideció.

—¿Había un doble fondo?

Bella escupió las palabras con parsimonia:

—Mis joyas estaban cuidadosamente guardadas en esa maleta, escondidas en un compartimento detrás de los cajones de mi neceser de maquillaje, que se abre con esta llave. —Se sacó una llave del vestido, que colgaba de una delicada cadena de oro.

—Un momento. —Lady Georgina estaba confundida—. Te hemos visto llevar tus joyas, Bella. La otra noche llevabas ese impresionante collar de zafiros.

—Se trata de imitaciones —respondió Bella con una triste sonrisa.

La sala prorrumpió en un grito ahogado.

—Bueno, yo me lo figuré —murmuró Cecil. Todos se volvieron para mirarlo con ira—. Por supuesto, son excelentes imitaciones. Las puedes llevar sin que nadie se dé cuenta. A la vista está... —Hizo un gesto con el brazo hacia el grupo.

—Edmund insistió —prosiguió Bella— en que llevara imitaciones durante el viaje, así que encargó algunas piezas. Se suponía que debía ponérmelas cada noche para cenar. La idea era pregonar que las joyas estaban en la caja fuerte del hotel, pero siendo esas las falsas, mientras que las auténticas permanecían escondidas en el neceser, porque, vamos a ver, si entran a robarte, no se van a llevar el maquillaje. —Volvió a mirar con ira a Lawrence, que se había puesto más pálido que los guantes de lady Georgina. Era evidente que no se le había pasado por la cabeza buscar compartimentos secretos.

—¿Qué hizo con la maleta después de registrarla? —preguntó la señora MacBain. Tenía la desagradable sensación de conocer la respuesta.

Con la cabeza entre las manos, Lawrence gimió, derrotado por su descuido.

—Puede que la empeñase.

—¡¿Cómo?! —Bella se había zafado de su hermano y volvía a lanzarle golpes y palabrotas a Lawrence Parker. Costó Dios y ayuda apartarla—. ¡Era una Asprey fabricada a medida! ¡Y de avestruz blanca, que es una piel rarísima! ¿Cómo se atreve a dejarla en una casucha de empeños? —Respiró hondo para continuar, pero, cuando lady Georgina se dio la vuelta y le lanzó una mirada fría, dura y cargada de reproche, se quedó paralizada y se sentó dócilmente.

La señora MacBain hizo que Bella se sentara en otra butaca un poco más apartada. Se giró hacia Lawrence Parker, que parecía desolado.

—¿Empeñó la maleta? Me parece una decisión extraña.

—Está claro que quería el dinero —comentó Angus con altivez.

—No. Bueno, sí, pero no por lo que usted se cree. —Levantó la vista y observó un rosario de miradas de asco y superioridad—. Había terminado de revisar la maleta y estaba a punto de tirarla al río cuando se me acercó una mujer. Una chica, en realidad, que trabajaba en la calle.

—¿Que trabajaba en la calle? —preguntó lady Georgina con expresión de desconcierto—. ¿A qué se refiere? ¿Vendía flores o algo así?

Lawrence la miró boquiabierto.

—Era una prostituta.

Todos contuvieron el aliento y Fergus acudió raudo junto a lady Georgina, que se había desmayado. Nadie se había atrevido nunca a mencionar esa palabra en su presencia.

—¡Pare el carro, hombre! —le reprendió Cecil—. Está usted entre damas refinadas.

Lawrence miró a Cecil con exasperación, pero optó por ignorar por completo a los demás y se dirigió solo a la señora MacBain.

—No debía de tener más de catorce o quince años y estaba muerta de miedo. Se notaba a la legua que su chulo la había maltratado.

—¡Oiga, oiga! —intervino Cecil—. ¡No hay necesidad de usar ese lenguaje! —Señaló a lady Georgina, que se había recuperado de la conmoción y escuchaba con horrorizada fascinación.

Lawrence suspiró.

—Bueno, pues... digamos que su representante. —Miró a Cecil en busca de aprobación. Este asintió—. Era un tipo repugnante, se lo aseguro. La pobrecilla, atrapada en esa vida horrible... Me recordaba a... —Su voz se apagó.

—¿A quién? —le animó la señora MacBain con delicadeza.

Lawrence negó con la cabeza, como para ahuyentar a los fantasmas.

—Se merecía una vida mejor y yo tenía esa valiosísima maleta en mis manos. Así que la contraté...

Cecil lo interrumpió.

—¡Cómo pudo venderla por algo tan mezquino! Tremendo...

Lady Georgina se volvió y miró a su hijo con tal severidad que se quedó callado.

—Continúe, por favor, señor Parker —le instó la matriarca, ya recuperada del susto inicial.

—La contraté, nos presentamos en la primera casa de empeños que encontré y vendí la maleta. Salimos por la puerta trasera y cogimos un taxi hasta una estación de tren a las afueras de París. Le di el dinero en efectivo y la subí a un tren de vuelta con su familia.

—¿Le dio el dinero? —Cecil se quedó de piedra—. Pero podría habérselo gastado en alcohol. Podría haber vuelto con su... representante.

Lawrence lo miró.

—Es posible, sí. Pero habría muerto en cosa de un mes, y creo que ella era consciente de eso. No podía abandonarla a su suerte si podía ayudarla de alguna manera. Hice lo que pude y tengo la conciencia tranquila.

Todos se quedaron en silencio, por una vez, sumidos en profundas reflexiones. Pero la señora MacBain miraba fija e inquisitivamente al señor Parker.

—¿Y a quién no pudo salvar? —preguntó la presidenta en voz baja, tan apagada que muy pocos la oyeron.

Él alzó la mirada, de nuevo sorprendido de que aquella mujer supiera tantas cosas. ¿Cómo lo hacía?

Dejó escapar un tembloroso suspiro y murmuró:

—A mi esposa.

Las mujeres soltaron un grito ahogado.

—Trabajaba para Blackwood en los fumaderos de opio. —Al caer en la cuenta de que ninguno de los presentes había puesto un pie en un establecimiento de ese tipo, les explicó—: Son como clubes. Algo así como esta sala. Acompañan a la gente a un diván y los

encargados les llevan la pipa y el opio. Mi esposa servía bandejas de té, ayudaba a los clientes a sostener la pipa o se la retiraba cuando se quedaban dormidos. La conocí en mi primer día como guardaespaldas de Blackwood. Era la criatura más hermosa que había visto nunca. Me casé con ella, en secreto, tres meses después. Me llevó un tiempo darme cuenta de que era adicta.

—¿Por qué siguió trabajando allí? —preguntó la señora MacBain—. Seguro que había otros trabajos disponibles.

A Lawrence se le escapó una triste risotada.

—Mi esposa no era una sirvienta. —La miró con desprecio—. Era una esclava. Blackwood era su dueño.

La declaración causó un gran revuelo.

—Allí es muy habitual. Su familia era pobre, hasta el punto de que no tenían para comer y ella era un gasto que no podían permitirse. Las niñas no pueden trabajar en el campo, por lo que no pueden ganar dinero. Son otra boca más que alimentar. Así que, cuando alguien se ofrece a comprarlas... —Se encogió de hombros y suspiró —. Blackwood solía enviar a sus hombres al campo para comprar niñas, y una de ellas fue mi esposa.

Elspeth abrió mucho los ojos, sorprendida. Bella se movió incómoda en su silla, preguntándose de pronto cómo habían conseguido a sus catorce sirvientas.

—Blackwood la puso a trabajar en los fumaderos, donde poco a poco se volvió adicta al opio. Lo estuvo inhalando durante años, mientras desempeñaba sus tareas. No fue hasta que perdió al bebé cuando me di cuenta de lo enferma que estaba y comprendí que teníamos que salir de allí. —De repente, se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando los árboles. Con tono amargo, prosiguió

—: Fui a ver a Blackwood y le ofrecí comprarla. Y ella aceptó a cambio de que yo le prestara un servicio.

—El rubí —dijo Elspeth con suavidad y un deje de asombro—. El rubí a cambio de su libertad.

—Sí. Ella sabía que lady Annabella iba a traerlo a Inglaterra, así que movió cielo y tierra para que tomáramos el mismo avión. Yo no quería venir a Inglaterra y dejar atrás a mi esposa de ninguna de las maneras, pero no me quedó otra. Tenía que conseguir el rubí.

—Yo no sé nada de ese rubí —protestó Bella—. Debe de tratarse de un error.

—¿Y dónde está ahora la piedra? —preguntó Jarvis, sin acabar de creer en su existencia. Era una historia demasiado fantástica para ser real.

—No lo sé. No lo encontré en el equipaje y dejé de buscarlo después de París.

—¿Dejó de buscarlo? —preguntó la señora MacBain con un grito ahogado—. ¿Su esposa murió?

—Tres días después de mi partida. Me enteré cuando llegué a Londres.

La sala quedó sumida en una sombría quietud. Lawrence inclinó la cabeza y lloró en silencio.

—Bueno —dijo Jarvis nervioso—, pues si ese no es un buen móvil para cometer un asesinato, no sé qué es.

Lawrence levantó la cabeza de golpe. Tenía el rostro enrojecido por las lágrimas.

—¿Qué? No. Yo no la maté. —Se volvió hacia la presidenta y le suplicó—: Tiene que creerme. No fui yo. Yo no quería que muriera ni por asomo. —Su dolor dio paso a la amargura—. Se merecía algo peor que la muerte.

—No, no creo que la matara. Como decía usted, de haber querido hacerlo, lo habría hecho en Shanghái —repuso la señora MacBain mirándolo fijamente—. Ahora bien, si su esposa murió, ¿por qué siguió trabajando para la señora Blackwood? ¿Por qué no se quedó en Londres para empezar una nueva vida?

—Por pura y simple venganza. Deseaba que pagara por el agravio, no le voy a mentir. Pero no con la muerte sin más. Obtuvo beneficios a costa de destruir muchas vidas, incluida la mía. Y quería que sufriera, deseaba que pasara el resto de sus días sumida en el miedo y la miseria.

—Mantén cerca a tus enemigos —murmuró alguien.

—Algo así, sí —asintió Lawrence suavemente.

—¿Y cuál era su plan? —preguntó la señora MacBain.

—Venir aquí, encontrar el rubí y quitárselo a ellos.

—¿A ellos? —saltó la presidenta—. ¿Quiénes son ellos?

—Blackwood y el coronel Lamont.

—¡El coronel Lamont! —exclamó la señora MacBain—. ¿Qué tiene él que ver con toda esta historia?

—Era su socio comercial.

De pie y en medio de la cabaña, Ross miró con celo a su alrededor. En la mesita frente a la lumbre, había una botella de leche a medio beber que se había cuajado. En la rejilla quedaba un tarugo de turba

que no se había quemado por completo, pero no olía a turba. ¿Habría quemado también enebro? Hugh no era un gran amante de la naturaleza. Era probable que lo hubiera necesitado para prender la turba. Al extender la mano, comprobó que estaba todo frío, de modo que la lumbre debía de llevar apagada un buen rato. Pero ¿por qué seguía humeando entonces?

Ross emitió un profundo suspiro y negó con la cabeza. En realidad, el fuego era lo de menos. Tenía que dar aviso de lo ocurrido, así que corrió bien las cortinas, atrancó la puerta y abandonó la cabaña camino a la destilería. Desde allí llamaría al médico.

Durante el trayecto de vuelta, pensó en Hugh. «Pobre tipo», se dijo. Nunca habían sido amigos, pero era un final triste y le dio pena. Sin embargo, sintió mucho más la inevitable pérdida de la cabaña. Había sido el secreto de Ross y Elspeth durante décadas, pero todo el mundo sabría de su existencia. Ya no podrían reunirse allí.

«La vida siempre continúa —reflexionó—, estemos preparados para ello o no». Excepto para Hugh, cuyos días habían acabado. ¡Y había tenido que ser en la cabaña! «¿Qué demonios hacía allí?», se preguntó Ross.

A todos los presentes les impactó que el coronel Lamont y la señora Blackwood fuesen socios.

—Pero si no se podían ni ver —observó la señora MacBain—. ¿Por qué iban a colaborar en sus negocios?

—Era una artimaña. Trabajan juntos desde hace décadas.

La presidenta puso cara de preocupación.

—¿En qué negocio?

—Planeaban abrir un club de lujo en Londres, un establecimiento muy exclusivo... —Sus ojos se posaron en lady Georgina mientras hacía una pausa. Como no encontró otra palabra, lo dijo—: Un burdel en St James's. Y ella necesitaba el rubí para comprar el edificio. Sin la gema, carecía del dinero.

—¿Que carecía del dinero? —exclamó Jarvis—. Según usted, era la mayor traficante de opio de Shanghái. Debía de tener efectivo a espuertas.

—Imagínese —dijo Lawrence con aire irritado— lo que sería cruzar la frontera de un país corrupto y que los guardias abran una maleta llena de dinero. ¿Qué cree que harían?

—Bien visto —admitió el inspector.

—Además, siempre se puede conseguir dinero.

—Mediante el chantaje —murmuró la señora MacBain.

—Sí, y con las cartas. —Asintió mirando a Angus—. O con el *backgammon*. Por cierto, no debería beber mientras juega. Sus dados estaban trucados y ni siquiera se dio usted cuenta del cambiazo.

—Sabía que hacía trampas —dijo Angus con voz hueca—, pero nunca averigüé cómo.

—¿Cuánto vale este rubí? —preguntó Jarvis.

Lawrence se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. ¿Medio millón? Quizá más.

El inspector soltó un silbidito.

—Bueno —repuso lady Georgina con desdén—. Desde luego, no iba a ganar eso jugando a las cartas aquí.

—¿Qué hubiera pasado si no conseguía el rubí? —preguntó Elspeth.

—Que se hubiera quedado sin la casa para el burdel —respondió el señor Parker con indiferencia—. Eso si no la mataban, claro, porque andaba en tratos con gánsteres.

—¿Cómo puede albergar tanta maldad alguien tan pequeño y discreto? —preguntó lady Georgina—. Es asombroso: fumaderos de opio, burdeles, chantaje, y todo ello arrastrado a las orillas del lago Down.

—¿Y qué papel desempeña el coronel en esta historia? —preguntó la señora MacBain.

—Ella era el cerebro y él aportaba sus influencias. Gracias a sus contactos dieron con la casa de Londres y obtuvieron permiso para abrir un club privado. Es más, serían sus amigos quienes frecuentaran el establecimiento.

—Pero el coronel no es tan influyente en Londres —dijo Bella con desdén—. Lleva años en Shanghái. ¿Cómo iba conocer a alguien en Londres, y mucho menos a gánsteres?

—¿Y qué cree que ha hecho durante los últimos treinta años? Ha falsificado documentos para todos los diplomáticos, empresarios y políticos turbios de la ciudad. ¿Cómo cree que Blackwood consiguió su fumadero de opio? Porque su marido conocía al coronel. Ningún occidental consigue nada en Shanghái a menos que se lo consiga el coronel.

Bella pensó enseguida en su amiga, cuyo marido había conseguido de pronto un almacén el año pasado. Llevaban meses buscando uno y, de repente, como por arte de magia, el coronel se

lo proporcionó en cuestión de días. No era de extrañar que hubiera empezado a ponerse sus vestidos viejos.

—Me da vueltas la cabeza. Si Edmund envió este rubí a Inglaterra y ni Bella lo sabía —preguntó la señora MacBain—, ¿cómo se enteró la señora Blackwood?

—¿Acaso cree que no tenía ojos y oídos en todas las casas importantes de Shanghái? Por favor... —Lawrence encendió otro cigarrillo y aspiró profundamente—. Tenía en nómina a doncellas, cocineras, ayudas de cámara, jardineros y lavanderas. Conocía los secretos de todo el mundo. Y, cuando le llegó la noticia del rubí, el coronel movió algunos hilos y consiguió que todos coincidiéramos en el avión con lady Annabella.

Todas las miradas se volvieron hacia Bella.

—¿Está insinuando que una de mis doncellas era espía? —preguntó Bella con tono altivo.

—No, no una —respondió Lawrence con frialdad—, sino dos.

—¡Imposible! —exclamó Bella—. Todas mis doncellas me presentaron unas referencias impecables. Procedían de algunas de las mejores casas de Shanghái.

—Al principio, sí —admitió el señor Parker—, pero luego las sustituimos. Eso es lo que pasa con los sirvientes. Si no se les presta atención, uno no se da cuenta si llega alguien nuevo.

—¡Cómo se atreve! —exclamó Bella, enfurecida por aquella acusación que todos los presentes sabían que era cierta—. Tengo una relación muy estrecha con mis doncellas.

El señor Parker retrocedió por instinto con los brazos cruzados frente al pecho.

—Por favor... Pero si ni siquiera se dio usted cuenta de que la encargada de vestirla era daltónica.

Al oír eso, Bella se detuvo en seco, sorprendida, con semblante entre confuso y furioso.

—Pero..., pero me dijeron que esas combinaciones cromáticas eran las tradicionales de Shanghái, las que llevaban las emperatrices. —El horror se apoderó de ella poco a poco—. ¿Quiere decir que he ido mal vestida todo este tiempo?

—¿Eso es lo que le preocupa? —Lawrence le lanzó una mirada desdeñosa—. Su marido la utilizó para introducir un rubí de contrabando, dos de sus doncellas la espiaban... ¿y usted está molesta por su ropa?

Bella le lanzó una mirada mordaz y el señor Parker retrocedió de nuevo.

—Tenemos que hablar con el coronel —murmuró la señora MacBain. Jarvis asintió, se puso de pie y carraspeó, aunque no tenía ni idea de qué decir. La presidenta se dio cuenta y tomó la iniciativa —. ¿Podrían esperar aquí, por favor? Tenemos que hablar con el coronel. —Miró al señor Parker—. Creo que aún no hemos terminado con usted.

Lawrence asintió y volvió a sentarse en la silla. No parecía aliviado tras su confesión, quizá porque todos los Inverkillen lo miraban con odio.

La señora MacBain se apresuró hacia la puerta y salió a la armería, seguida de cerca por Jarvis. Subieron las escaleras en silencio, asimilando la idea de que la señora Blackwood y el coronel habían ido al hotel movidos por sus negocios comunes y habían

ocultado que se conocían. Bueno, el coronel lo había hecho, pues a la señora Blackwood no habían tenido oportunidad de preguntárselo.

Al acercarse a la puerta, la presidenta dudó sobre cómo proceder. Necesitaban que el coronel corroborara la versión del señor Parker. Sin embargo, ello lo convertiría en el principal sospechoso y estaban seguros de que era consciente de ese extremo.

Llamó a la puerta y esperó, tratando de controlar sus nervios. Estaba a punto de volver a llamar cuando se oyó una voz al otro lado.

—¿Quién es?

El coronel sonaba pequeño e inseguro. Su voz no reflejaba su habitual bravuconería.

—Soy la señora MacBain, coronel. —Detuvo a Jarvis tomándolo del brazo cuando este tomó aire para hablar. La puerta se abrió lo justo para dejar ver el chillón chaleco del coronel.

—Ah, señora MacBain. ¿En qué puedo ayudarla? —Estaba claro que no iba a dejarlos entrar. Al ver al inspector, retrocedió un poco.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella, haciendo todo lo posible por sonar alegre y despreocupada.

—Ah, estoy un poco indispuesto en este momento —dijo él nervioso—. ¿Quizá pueda ir a buscarla antes de que sirvan la cena? —Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Jarvis no se lo permitió. Puso el pie en el umbral y mantuvo la puerta abierta con una sola mano.

—Hablaremos ahora, coronel. —Empujó la puerta con firmeza y, para sorpresa de la señora MacBain, el coronel no se resistió.

Entraron en la habitación y el inspector cerró la puerta en silencio. Esa vez, el coronel no los invitó a sentarse, sino que cerró de un

golpe la puerta de su armario y se dirigió al otro lado de la habitación, dejando la cama entre ellos.

—¿Ha disfrutado de su clase de tenis, coronel? —preguntó Jarvis con frialdad, señalando la ropa deportiva del coronel, colgada en una silla junto a su armario.

—Pues la verdad es que no. Lord Inverkillen se fue antes de que empezáramos. Eso sí, lo vi bastante verde. No creo que me hubiera enseñado nada —dijo mirando a la señora MacBain—. Espero que me devuelvan el dinero, por supuesto.

Ella intentó no suspirar y se limitó a asentir y decir:

—Háblenos de sus negocios con la señora Blackwood. —Se sentó en el borde de la cama, sin apartar los ojos de su rostro.

Una sombra de pánico cruzó los ojos del coronel, pero se repuso de inmediato.

—No tengo ni idea de a qué se refiere. Apenas conocía a esa mujer.

Cambió el peso de un pie al otro varias veces. Incluso Jarvis se dio cuenta de su nerviosismo.

—No es eso lo que nos consta —saltó el inspector.

—Pues les habrán contado algún embuste. —El coronel se enderezó un poco y miró a Jarvis con ira.

—La señora Blackwood me dijo que iban a abrir juntos una especie de club privado —dijo la presidenta con la esperanza de que el coronel se lo creyera—. En una casa adosada en St James's, ¿no?

Él jadeó suavemente pero lo bastante alto como para que ella lo oyera. Lo tenía a su merced.

—Ah, eso. —Se movió incómodo—. Eso era..., eh..., una broma. Sí, solo una broma. Cosas de las que hablábamos para levantar el

ánimo durante el viaje. —Puesto que ni Jarvis ni la señora MacBain respondieron, continuó, acelerando el ritmo con cada frase—: La gente huía y el panorama era un poco triste. Alguien tenía que levantar la moral, así que empecé a preguntar a todo el mundo qué querría hacer cuando llegáramos a Londres. Me interesaba por los nuevos comienzos, esperanzas y sueños, ese tipo de cosas. Mencioné que necesitaría hacerme socio de un nuevo club, ella dijo que quizá abriría uno y charlamos sobre ello. Eso fue todo, una pequeña broma para sobrellevar las adversidades.

Se hizo el silencio mientras se miraban fijamente. La señora MacBain podía oír el agua correr en la habitación contigua.

—Bueno, es posible que ella hablara en serio, pero yo desde luego que no. Soy diplomático. Me asignarán otro puesto en cuanto vuelva a Londres.

—¿Y por qué no está usted en Londres, coronel? Supongo que tenía que presentar un informe a su llegada.

—Ya se lo he dicho: lord Martin me encargó personalmente que acompañara a lady Annabella de vuelta a Loch Down. —Empezaba a sentir un profundo rechazo por la señora MacBain. Estaba claro que era una mujer muy capaz y él las detestaba con todo su ser.

—Pero ella hace tiempo que regresó, coronel. Ya ha cumplido con su deber. —Él la miró iracundo durante un momento, pero no dijo nada—. Así pues, ¿por qué sigue aquí? —le preguntó con descaro. La frustración que le producía el diplomático se vio reflejada en la pregunta. Se sintió bien.

—¿Acaso no puede uno disfrutar de unas semanas de ociosidad? —repuso el coronel ofendido—. ¿A usted qué le importa?

—En realidad, coronel, a mí sí que me importa —Jarvis se irguió todo lo que pudo y se acercó al coronel—. ¿Por qué está aquí?

—Da la casualidad de que... —el coronel carraspeó— tenía pensado marcharme esta mañana.

—No irá a ninguna parte, coronel —dijo el inspector—. No hasta que yo le dé permiso. Ahora díganos a qué vino a Loch Down.

El coronel permaneció en silencio, pero sus ojos recorrieron la habitación con pánico.

Jarvis continuó con calma.

—Tengo hombres apostados en las puertas y entradas exteriores. Loch Down Abbey permanecerá cerrada hasta que averigüe quién asesinó a la señora Blackwood.

Fue el silencio más largo que Jarvis había soportado jamás. Pero estaba resuelto a no hablar. Tenían al coronel acorralado.

—Se está extralimitando, inspector. —Fue una respuesta fría, acompañada de una mirada aún más fría. La señora MacBain tuvo la clara impresión de que por fin conocían al verdadero coronel Lamont —. Un simple policía pueblerino no debería entrometerse en asuntos diplomáticos. Estoy aquí a petición de mis superiores y eso es todo lo que necesita saber.

—¿Y desea explicar a sus superiores que ha sido detenido por obstrucción a la justicia en una investigación por asesinato en lugar de informarles?

—¡No puede hacer eso! —exclamó el coronel indignado—. Soy diplomático. Tengo inmunidad.

—Puede que la tenga, pero, por desgracia para usted, yo solo soy un polizonte pueblerino de las Highlands que no sabe nada sobre inmunidad diplomática. Tendrán que venir sus superiores a

explicármelo. A lo mejor, si me lo explican ellos con palabras sencillas, tal vez lo entienda. Bueno... —Jarvis apretó los dientes y pronunció cada palabra lentamente—, ¿por qué está aquí?

Tras un largo silencio, el coronel exhaló y dejó caer los hombros hacia delante.

—No estoy aquí para proteger a lady Annabella, sino para recuperar un artefacto robado.

Jarvis parecía atónito. No esperaba que el coronel lo reconociera. La señora MacBain no cabía en sí de orgullo.

Poco menos de una hora después, Ross condujo al pequeño contingente hasta la cabaña. Gracias a Dios era verano y el sol no se ponía hasta cerca de las once, de modo que aún se veía bien. Al médico ya le costaba caminar por el bosque con luz, pero en la oscuridad le habría resultado imposible.

—Después de toda una vida aquí, no tenía ni idea de que existiera este lugar —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Miró a su alrededor desconcertado—. Seguimos en la finca, ¿verdad?

—Sí —confirmó Ross, levantándose y acercándose para saludarlos. Como antiguo guardabosques, conocía las lindes mejor que nadie—. Hay un arroyo a unos cinco minutos caminando en esa dirección, y ahí está la línea de término. —Abrió la puerta y se hizo a un lado, invitando al doctor a entrar en la cabaña.

El médico se arrodilló junto a la cama y examinó a Hugh con atención.

—¿Usted cómo cree que murió? —preguntó Ross, tratando de no mirar a Hugh—. ¿Quizá un infarto?

—Bueno, no lo descartaría, pero tendré que hacerle la autopsia para determinar qué ocurrió. Mi hipótesis es que fue un envenenamiento.

—¿Veneno? —repitió Ross sorprendido.

—Si estaba buscando comida en el bosque... —El médico dejó la frase sin terminar, pues no hacía falta decir nada más.

—No me imagino a Hugh recolectando alimentos con la casa tan cerca. —Ross miró el pastel, pensativo—. He oído que alguien estaba robando comida de la cocina.

Miraron de nuevo a Hugh, en silencio, y luego el médico lo cubrió con una manta.

—No creo que debamos esperar a Jarvis. Bastante tiene con lo suyo.

Ross lo miró con curiosidad. El médico había terminado de relatar cómo había muerto la señora Blackwood.

—Apuesto a que sigue en la casa. Muchachos, llevemos a Hugh a mi consulta.

Comenzaron el largo y arduo proceso de trasladar el cuerpo de Hugh de vuelta al *cottage* del guardabosques, que era lo más cerca que podían llegar con el furgón.

Ross los siguió fuera de la cabaña y los vio desaparecer entre los árboles.

—Cerraré para preservarlo todo tal cual.

Le dio la mano al médico y volvió a entrar. Cerró lentamente las cortinas y volvió a cerrar la puerta con llave. Era hora de dirigirse a Loch Down Abbey, pues había que informar a la familia.

Jarvis y la señora MacBain salieron de la habitación del coronel después de que este les contara una historia de lo más fantástica.

—¿Le cree? —preguntó el inspector en voz baja.

—No estoy segura. Algunas partes parecen ciertas, pero no acabo de creerme la historia en conjunto. No creo ni por asomo que alguien le haya encomendado ninguna misión.

Caminaron en silencio, asimilando lo que acababan de oír.

El coronel había sido enviado para vigilar a Bella, eso era cierto. Pero se lo había encargado su marido. Según él, había sido por orden del Ministerio de Asuntos Exteriores, para recuperar una joya que Edmund había robado y pretendía introducir de contrabando en Inglaterra.

La misión del coronel, por lo que les había explicado, consistía en encontrar la joya y devolverla a la embajada en Londres, para que pudieran entregársela al Gobierno chino. Debía permanecer en Loch Down Abbey hasta conseguirla.

—¿No la tiene? —se extrañó la señora MacBain, que levantó la cabeza con gesto de sorpresa.

El coronel parecía contrariado.

—Pensaba que la tenía la señora Blackwood, o quizá su sobrino. Él la busca desde que salimos de Shanghái. Cuando cogió esa maleta en Marsella, pensé que ya estaba, que la había perdido para siempre. Pero luego el muchacho reapareció en París y prosiguió viaje, lo que significaba...

—Que aún debía de obrar en poder de lady Annabella. —La señora MacBain intentaba asimilarlo todo—. ¿Y qué pasó cuando llegaron a Londres y descubrieron que Bella había desaparecido?

—La señora Blackwood se sorprendió y se enfadó un poco, por lo que envió a su sobrino a París en busca de lady Annabella. Como supuse que reaparecería cuando lo encontrara, seguí a la señora Blackwood hasta aquí.

—¿Fue usted quien registró la habitación de Bella, aquí en Loch Down Abbey?

El coronel suspiró.

—Sí. Cuando el sobrino llegó al día siguiente y no se marcharon, supe que él no lo tenía, así que registré su habitación, pero no encontré nada.

—Agredió a su doncella.

—Fue un accidente. Es que se me acercó con sigilo y me asustó. A cualquiera le habría podido dar un infarto.

La señora MacBain le lanzó una mirada exasperada y estaba a punto de reprenderlo cuando Jarvis intervino:

—¿Cómo sabía la señora Blackwood lo de la joya?

Bajó la mirada mientras movía los pies. Se aclaró la garganta y volvió a mirar a la presidenta, que seguía sentada en el borde de la cama.

—En Shanghái no hay secretos en lo relativo al dinero.

La señora MacBain lo miró fijamente, sin acabar de creer lo que estaba oyendo.

—En las mejores casas hay ojos y oídos por doquier.

El coronel tosió por lo bajini.

—Sí.

Dejaron al coronel en su habitación y se quedaron un momento fuera de la puerta. La señora MacBain miró a Jarvis y negó con la cabeza.

—¿Cómo averiguamos quién dice la verdad? —preguntó el inspector cuando se hubieron alejado un poco de la puerta—. No podemos verificar ninguna de las dos versiones.

—Bueno —repuso la presidenta con un profundo suspiro—, no es posible que ambos digan la verdad, pero los dos podrían estar mintiendo.

—¿Qué quiere decir?

Hay otra persona que estuvo en Shanghái con ellos. Continuemos por ahí.

Jarvis la miró confundido, pero la siguió en silencio mientras ella se abría camino por los pasillos y bajaba las escaleras principales.

A su llegada a la armería, la señora MacBain se sorprendió al ver a Ross con aire solemne y a una pálida lady Elspeth.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al acercarse.

Elspeth apartó la mirada y dejó que Ross diera la noticia de la muerte de Hugh.

La conmoción se reflejó en el rostro de la presidenta, que se apoyó en una silla para no caerse.

—Dios mío.

Pasaron unos segundos antes de que Ross rompiera el silencio:

—Puedo llevarlo allí, inspector.

Jarvis miró su reloj. Eran casi las cinco. No era de extrañar que tuviera hambre, pues era la hora de cenar.

—Sí, pero ¿podemos pasar antes por la cocina? No he comido nada en todo el día, y he bebido tanto té que estoy temblando.

—Ay, Roddy. Lo siento mucho, no había caído en la cuenta —se disculpó la señora MacBain—. Sí, por supuesto, hay que descansar un momento y comer algo.

Cuando Ross y Jarvis se hubieron marchado, la presidenta se acercó a la puerta de la biblioteca y observó a los Inverkillen. Todos lucían un aire de decorosa devastación, excepto Angus, que estaba pálido y parecía veinte años más viejo.

La señora MacBain respiró hondo y echó los hombros hacia atrás. Entró en la estancia y se dirigió a ellos.

—Creo que a todos nos vendría bien un sueño reparador. Sé que es temprano, pero nadie ha dormido bien esta noche y hemos pasado un día de fuertes emociones. Mandaré subir bandejas para quien desee comer algo, pero creo que es hora de descansar. ¿Vamos?

Rodeó con un brazo los hombros de Angus y lo acompañó a la puerta.

Uno a uno, salieron de la sala. Una vez que Cecil y Elspeth hubieron subido las escaleras, la presidenta le pidió a Lockridge que llevara a lady Georgina a su casa, a Thistledown Cottage, y le encargó a un lacayo que acompañara a Angus al pabellón de tenis.

Antes de que comenzara el servicio de la cena, la señora MacBain reunió a los jefes de departamento en su despacho, como solían hacer en los viejos tiempos. Por costumbre, la señora Burnside trajo pasteles de la víspera. «No están en condiciones de servirse a los huéspedes», solía decir. Nadie les hacía feos: incluso dos o tres días después de horneados, sus pasteles siempre eran bienvenidos.

—En primer lugar, tenemos que despedir a Colin, el lacayo —comenzó la presidenta—. Espiaba a los huéspedes por dinero.

Se hizo un horrorizado silencio, que Hudson rompió:

—¿Cómo se atreve? —Fue una respuesta mordaz, y todos los presentes sintieron el mismo rechazo por la traición—. Lo haré de inmediato.

—Asegúrese de que todo el personal sepa que lo hemos despedido y por qué, para que cunda el ejemplo de que quien obra así no merece una segunda oportunidad.

El *maître* asintió con gravedad.

—Bien —prosiguió la señora MacBain—, ya deben de estar todos al corriente de que a la señora Blackwood la encontraron muerta en la biblioteca menor esta mañana. —Todos asintieron—. Tenemos que vigilar muy de cerca al señor Parker (el del traje de lino blanco) y al coronel, a quien todos conocen. No podemos permitir que ninguno de los dos desaparezca.

—¿Cree que la mató uno de ellos? —preguntó la señora Burnside con los ojos muy abiertos.

—Si quiere que le sea sincera, lo ignoro. Pero nos han dado versiones contradictorias y no tenemos manera de saber cuál nos dice la verdad o si ambos mienten. El coronel ya está amenazando con marcharse, así que deben ustedes vigilarlos mientras se ocupan de sus tareas.

—¿Quiere que los espiemos? —preguntó Lockridge con brillo en los ojos.

—Eh..., bueno..., sí... —Una risita recorrió la sala.

—Ambos son sospechosos en una investigación por asesinato. Y creo que Jarvis y sus agentes están un poco desbordados. Nos toca

echarles una mano, pero con total discreción.

Todos asintieron.

—El coronel —prosiguió— es bastante peligroso. Así que, por favor, tengan cuidado con él. —Describió la violencia a la que había sometido a la doncella de Bella. Se oyeron varias exclamaciones y se vieron miradas de sorpresa—. No respeta a los sirvientes, así que tengan cuidado, por favor.

Hizo una pausa, sin saber muy bien si quería continuar, pero se armó de valor. Tenía que hacerlo.

—Bien, Sadie —prosiguió la presidenta, y todos miraron a la gobernanta—, necesito que haga algo, pero no puede verla nadie.

—Eh..., claro, si puedo, señora MacBain —respondió sin tenerlas todas consigo.

La presidenta asintió.

—Necesito que registre la habitación de algunos huéspedes.

Sadie abrió mucho los ojos y el resto del personal cruzó miradas sin entender nada, pues todos sabían que fisgonear en las habitaciones de huéspedes era causa de despido.

Le entregó a Sadie la lista de las víctimas del chantaje de la señora Blackwood.

—Pero, y esto es muy importante, Sadie, no pueden enterarse. Busque una excusa: que va a entregar toallas adicionales, que alguien se ha quejado de una bañera que gotea, da igual. Pero tiene que registrar las habitaciones en busca de dos cosas: una llave maestra de latón para la biblioteca menor y el bastón de la señora Blackwood, el de la flor verde. No sé si existe la llave, pero el bastón sí, y quienquiera que lo tenga...

Aunque Sadie asintió, todos pudieron observar la inquietud reflejada en sus ojos.

Mackay carraspeó.

—Iremos juntos. Yo puedo hacer guardia en el pasillo. —La señora MacBain estaba a punto de objetar cuando él levantó una mano y continuó—: Me ven todo el tiempo en las plantas de huéspedes, así que no resultaría extraño. Puedo defenderme solo si es necesario.

Ella lo pensó y asintió.

—Gracias. Bien, estoy segura de que todos han oído hablar de la muerte de Hugh. Parece ser que era él quien robaba en sus despensas, señora Burnside. Los Inverkillen están conmocionados, como es comprensible.

—¿Se sabe cómo murió? —preguntó Mackay.

—No, no lo sé. Supongo que Roddy Jarvis volverá mañana y entonces podré preguntarle.

—¿Qué vamos a decirle a la gente cuando se propague la noticia? —preguntó Lockridge—. Dos muertes en dos días no beneficiarán nuestra reputación.

—Ahora mismo no puedo pensar en eso. Tenemos que encontrar al asesino de la señora Blackwood para que nadie más resulte herido.

—¿Cree que la misma persona mató a Hugh? —preguntó Hudson.

La señora MacBain lo miró. Lo cierto es que no había valorado esa posibilidad.

—No lo sé. Primero tenemos que averiguar qué hacía aquí. Se suponía que estaba en España.

—¿En España? ¡Pero si hay una guerra! —gritó la señora Burnside.

—Sí, y arriba estallará otra cuando los huéspedes se enteren de lo de la señora Blackwood. Nadie puede salir de la finca. No les va a hacer ninguna gracia, y tenemos que hacer todo lo posible para mantenerlos tranquilos. No nos interesa en absoluto que cunda el pánico.

Todos asintieron en silencio, conscientes del peligro de verse envueltos en un escándalo.

—Hablen con su personal esta noche. Quiero que todos digan lo mismo a nuestros huéspedes: que ha sido un trágico accidente y la policía lo tiene todo bajo control, pero debemos esperar a que terminen su investigación antes de que nadie se vaya a casa.

Se dispersaron para ir a hablar con su personal. La señora MacBain los vio marcharse, con la vana esperanza de que eso bastase para evitar el naufragio.

UN DÍA DESPUÉS DEL ASESINATO

La mañana siguiente trajo consigo una sensación de inquietud. «¿Cómo es posible que hayan pasado tantas cosas en un solo día?», se preguntó la señora MacBain. Por impulso, se dirigió a la habitación de la señora Blackwood.

—Buenos días, Tommy —saludó al lacayo. Hudson había indicado a varios hombres que montaran guardia en la puerta hasta que pudieran volver a ordenar la habitación—. Ha sido una noche larga para ti.

—Buenos días, señora MacBain —le contestó él, fresco como una rosa.

«Juventud, divino tesoro», se dijo la presidenta.

—¿Te importa dejarme pasar?

Tommy abrió la puerta y la cerró con gran sigilo una vez que hubo entrado. Junto al umbral, la señora MacBain evaluó el desastre reinante en la habitación Mackintosh.

La habían saqueado de arriba abajo: no quedaba ni un rincón intacto. Entró con mucho cuidado en la estancia y comenzó a examinar el revoltijo de chales, otras prendas y sábanas. Incluso habían registrado los distintos cuadros que colgaban en las paredes.

Abrió el armario y percibió la fragancia de la señora Blackwood. Era tal y como la recordaba de aquella primera noche: floral y con una nota mohosa. Apartó algunos vestidos y vio el gran baúl abierto,

con ropa colgando por el borde expuesto. Se quedó de pie y respiró hondo.

«Un momento —se dijo—, también trajo una maleta. ¿Dónde está?».

Registró el armario palmo a palmo, pero no la vio. Estaba claro que había desaparecido. ¿Se la habría llevado alguien antes o después de que registraran la habitación? No recordaba haber mirado en el armario. Dio un paso atrás para cerrar las puertas del ropero, pero se le enganchó un tacón en la alfombra. Cuando quiso darse cuenta, se había caído y había tirado la mesita de noche con gran estrépito.

Tommy abrió la puerta.

—¿Se encuentra bien, señora MacBain?

—Sí, gracias. No pasa nada.

Pero sí que pasaba. Se había roto la lámpara y se había derramado por el suelo el agua de un jarrón. Al levantar la mesita, el cajón se cayó y su contenido se esparció por doquier. Se agachó para recogerlo todo y entonces, en el suelo, vio el pasaporte de la señora Blackwood. Y también un segundo pasaporte, igualmente a nombre de la difunta dama.

Acomodadas en la sala serbal, Elspeth e Imogen trataban de sacar algo en claro.

—¿Por qué Hugh no vino a la casa? —reflexionó Imogen en voz alta. Elspeth se ocupó de servir el té—. Es de la familia.

—Sí —convino Elspeth mientras le entregaba una taza—, pero, en estos momentos, la familia no está lo que se dice contenta con él.

—No —respondió Imogen pensativa—. Es verdad. Yo tampoco querría enfrentarme a ellos, pero de ahí a alojarse en una cabaña...

La puerta se abrió y ambas damas levantaron la vista cuando la señora MacBain entró en la habitación. La presidenta se sorprendió al ver a Imogen, pero se alegró de ver a la pequeña Tessa.

—Fergus me contó lo que pasó y pensé en venir a ver cómo se encontraban —dijo Imogen.

Ella asintió y se sentó en el sofá.

—Es muy amable. La verdad es que me alegro de que haya venido. Me pregunto si podría ayudarme a fisgonear un poquito. —Le entregó a Imogen los dos pasaportes, y ella a su vez le pasó al bebé.

Imogen abrió los dos documentos. Al levantar la vista hacia la señora MacBain, su confusión dio paso a una mirada astuta. Asintió y se los guardó en el bolso.

—Haré unas llamadas.

La presidenta mecía y arrullaba en su regazo a Tessa, que estaba encantada.

—¿Va a venir Fergus al hotel esta mañana?

—Tenía que hablar con lady Georgina —contestó Imogen mientras asentía—, así que se ha ido a Thistledown Cottage. Vendrá después.

La señora MacBain asintió a su vez.

—Lady Elspeth, ayer en la habitación Mackintosh, ¿se fijó por casualidad en el armario?

Elspeth se quedó paralizada durante un momento mientras pensaba.

—Pues lo cierto es que recuerdo que las puertas estaban entreabiertas, pero eso es todo. Como no quería tocar nada, decidí

que lo mejor sería no abrirlas.

—Hummm...

—¿Por qué?

—Falta una maleta de la señora Blackwood. Me preguntaba cuándo había desaparecido.

Elspeth le sirvió una taza de té a la señora MacBain y las tres bebieron en silencio, sumidas en sus cavilaciones.

—Estábamos hablando de Hugh —dijo Elspeth al cabo de un rato —. Qué tragedia.

—Sí —convino la presidenta con voz grave.

—Ni siquiera sabía que había vuelto —susurró Imogen.

—Nadie lo sabía —murmuró la señora MacBain—. Ni que se alojaba en la cabaña.

—¡Oh! —exclamó Elspeth de repente—. Yo sí lo sabía.

La miraron horrorizadas.

—No, no, tranquilas. No sabía que era Hugh, pero sí sabía que alguien dormía en la cabaña. Al poco tiempo de mi llegada, vi salir humo desde lo alto de la colina.

—Pero ¿por qué no se lo dijo a nadie? —preguntó la presidenta—. Debería haber avisado.

—Supuse que serían excursionistas. O vagabundos.

—Tendría que habérselo dicho a alguien —le reprendió la señora MacBain.

—Visto en retrospectiva, sí. Pero en ese momento no había motivos para sospechar ninguna desgracia. El propósito de una cabaña es servir de refugio temporal a quien lo necesite.

En silencio, la presidenta admitió que tenía razón. Sin embargo, si Elspeth había visto humo poco después de llegar, eso significaba que

Hugh llevaba allí al menos diez días. ¿A qué se habría dedicado todo ese tiempo?

La señora MacBain se recostó en los cojines del sofá y sacudió suavemente la cabeza.

—Las cabañas son moradas casi primitivas y Hugh no era lo que se dice un tiarrón. Además, es una cabaña fría y húmeda.

—Con la lumbre prendida resulta bastante acogedora —se le escapó a Elspeth—. Eso creo. Me imagino que así será, vaya —balbuceó, roja como un tomate y reprendiéndose para sus adentros.

Imogen la miró con curiosidad.

—Pues... Sí —convino Imogen, aclarándose la garganta—. Pero ¿por qué iba a quedarse en una cabaña fría y húmeda si disponía de dos casas magníficas en la zona? No tenía ninguna necesidad de pasar calamidades.

La señora MacBain desenredó su collar de las manos de Tessa y le entregó una cucharilla de plata para que jugara. Una vez apaciguada la niña, miró a Imogen y Elspeth.

—Pónganse por un momento en la piel de Hugh. Abandonan a sus hijos y se van a España. Supongo que les invadirían los remordimientos y se embarcarían a Inglaterra. Desde allí, toman un tren hacia Loch Down. Es un viaje bastante largo. Y, una vez que llegan al pueblo, no son capaces de reunir el coraje para enfrentarse a la familia. ¿Qué harían?

Cada una, en silencio, comenzó a imaginar cómo obraría.

—¿Esperar por los alrededores hasta armarse de valor? —sugirió Imogen con cierta vacilación. La idea no las dejó muy convencidas.

—Quizá —dijo la señora MacBain—, pero entonces se habría alojado en el *pub*, ¿no?

—Lo habrían reconocido —replicó Elspeth con sencillez—. Hugh no podría haberse quedado en ningún sitio del pueblo sin que se corriera la voz.

Imogen asintió.

—¿Y en la finca de su familia?

—Ya no les pertenece —objetó Elspeth.

Imogen asintió.

—Es cierto, pero está vacía. Está ahí, abandonada pero a la vista de todos. Con solo echar un vistazo se habría dado cuenta.

—Lo cierto es que su casa es enorme, dispone de agua corriente y no hay ni un alma en kilómetros a la redonda. Sí, es un lugar mucho mejor para esconderse —reconoció Elspeth—. Entonces, ¿por qué iría a la cabaña?

La señora MacBain pensó en ello. Le vino un lejano recuerdo. ¿Cuánto haría, quizá diez años? Un día de Año Nuevo, en una batida de caza, Hugh se había separado del grupo y nadie se había dado cuenta hasta que regresaron a Loch Down Abbey por la tarde. Ross organizó una partida de búsqueda, pero, como era luna nueva, estaba demasiado oscuro para explorar los alrededores. Salieron a primera hora de la mañana siguiente y lo encontraron en una cabaña, frío y hambriento, pero a salvo. Sin embargo, una vez de vuelta en la casa, Hugh se quejó con amargura durante dos semanas. A juzgar por su relato, por poco muere congelado, estaba al borde de la inanición y oyó osos en la puerta. ¡Como si hubiera osos en Escocia! Por la forma en que se comportaba, cualquiera habría pensado que había estado fuera días en lugar de horas.

«No —pensó la señora MacBain—, no se habría alojado en la cabaña a menos que no le quedara otro remedio». Entonces, ¿qué o

a quién estaba esperando?

Lady Georgina estaba tomando su té matutino cuando Fergus llegó a Thistledown Cottage. Su rostro anunciaba la seriedad de su visita.

—¿Qué pasa? ¿Se sabe algo de Edmund? —preguntó la matriarca sin aliento y con mirada de auténtica preocupación. Desde la llegada de Bella, se había preparado para recibir malas noticias. Puesto que había vivido varias guerras, sabía que, con frecuencia, los hombres no regresaban. «¿Pedirán todavía rescate por los aristócratas?», se preguntó.

—Sin novedad, por desgracia —respondió Fergus mientras se sentaba en una silla—. Se trata de Bella. —Le resumió el asunto de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y el dinero que reclamaban, y se quedó callado, a la espera de que su abuela lo asimilara.

—¿Eso es todo? Bueno, tú por eso no te preocupes —dijo lady Georgina con desenfado.

Fergus miró a la matriarca sorprendido.

—Abuela, son cuarenta mil libras, ¡que se dice pronto! Por ejemplo, los beneficios del hotel del año pasado ni se acercaron a esa suma.

Lady Georgina le lanzó a su nieto una mirada desdeñosa.

—Entiendo de números, muchas gracias. Dirigí Loch Down Abbey durante décadas, como recordarás, y con bastante éxito. —Se movió en la silla y se arregló la falda. Ambos eran conscientes de que su gestión de la casa no podía calificarse de exitosa en absoluto. Como mucho, eficiente, pero ¿exitosa? Ni por asomo—. Pero no te

preocupes. Bella me pidió que guardara el dinero aquí, en Thistledown Cottage. Gastó un poco, sí, pero quedaba una buena suma. Casi no cabía en la caja fuerte —añadió con voz alegre al recordar la imagen.

Fergus la miró entre boquiabierto y confundido.

—¿Tienes una caja fuerte?

Lady Georgina se mostró sorprendida.

—Claro.

—¿Dónde? Bueno, eso es lo de menos. ¿Desde cuándo? ¿En qué momento la compraste? Yo no tengo caja fuerte. ¿Por qué tú sí?

—Pues es bastante irresponsable carecer de caja fuerte, Fergus. Seguro que en tu casa también hay. Si no es el caso, te sugiero que lo soluciones de inmediato.

Se movió en su silla y se enderezó la falda de nuevo. Se las había arreglado para eludir sus preguntas con gran habilidad.

Fergus se quedó mirando a su abuela, boquiabierto como un pez.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó, sintiéndose un poco excluido —. ¿Y por qué Bella no lo guardó en la caja del hotel?

—Le pedí que lo trajera después del problema con su doncella.

—¿La doncella? ¿Lo de Marsella? —Se había perdido por completo.

La matriarca chasqueó la lengua.

—No. En Loch Down Abbey. Ponte al día, Fergus.

Frustrado, Fergus resopló y preguntó:

—Pero ¿de qué momento estamos hablando? ¿Antes de que se rompiera la pierna?

—Poco después de llegar, creo. Estábamos tomando el té y Bella me dijo que su doncella había sorprendido a alguien rebuscando entre sus cosas. Después de los problemas del tren y de París, me

pidió opinión sobre si hacerle caso al consejo de la señora MacBain de que cambiara de habitación.

Fergus trató de asimilarlo todo.

—¿La señora MacBain estaba al corriente?

—Esa no se pierde ni ripio, como bien sabes —respondió lady Georgina con severidad.

Fergus no pudo rebatirlo.

—Pero, con las pocas pertenencias que tiene Bella, ¿cómo es posible que no se toparan con el dinero? —Fergus no tenía ni idea del importe total de la suma, pero supuso que sería una cantidad considerable y, por tanto, fácil de hallar.

—No lo guardaba ella, Fergus. Tampoco es tan tonta. Hasta Bella sabe que es muy peligroso emprender un viaje como ese con una maleta repleta de billetes. No, lo guardaba su doncella.

Fergus dejó caer su taza de té. Entre maldiciones y balbuceos, lo limpió con una servilleta de lino.

—¿Su doncella? ¿Llevaba cuarenta mil libras encima? ¿Cómo?

—Cuando partieron de Shanghái, Edmund mandó que los escondieran en una especie de enagua que la doncella llevaba debajo de su... atuendo. —Saltaba a la vista que lady Georgina no aprobaba el traje tradicional de la muchacha.

—Por eso no quería usar el uniforme de doncella —repuso él lentamente—, y por eso Bella insistió en que durmiera en su vestidor.

—Exacto.

Sumido en sus pensamientos, Fergus bebió un sorbo de té. Se sentía aliviado por que Bella no hubiera gastado todo el dinero, pero surgía un nuevo problema.

—Queda la cuestión más espinosa —vaciló—. ¿Qué hacemos con Bella si no tiene dinero?

Lady Georgina levantó la vista de su taza de té y la consternación se apoderó poco a poco de su rostro. Necesitarían más de una taza de té para zanjar ese asunto.

Una vez que se hubo despedido de las damas, la señora MacBain entró en la armería. Era evidente que la noticia de las muertes se había propagado entre todos los huéspedes. De pie en medio de una multitud, Jarvis y sus agentes explicaban que nadie podía marcharse hasta que la investigación hubiera terminado. Nadie.

Era un caos a duras penas controlado. La presidenta se preguntó si algún día se recuperarían de ese mazazo. La gente no desea hospedarse en hoteles mancillados por escándalos. Al menos, no fuera de Londres. Hizo un gesto al inspector, quien asintió y lanzó un silbido fuerte y agudo que resonó en la vasta armería. Los gritos cesaron al instante.

—Óiganme, con independencia de cuál sea su título o de si tienen entradas para tal o cual espectáculo, nadie abandonará Loch Down Abbey ni sus terrenos hasta que yo lo diga. Habrá guardias apostados en las puertas y cualquiera que intente salir se arriesga a ser detenido. Les sugiero que vuelvan a hacer... lo que sea que hagan aquí todo el día.

Dicho eso, el inspector se alejó de la multitud y se dirigió hacia la señora MacBain.

—Buenos días —lo saludó ella.

—Tremenda manada de hienas —respondió él.

La presidenta contuvo la risa.

—Venga. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia el ala este. Jarvis la siguió—. ¿Adónde vamos?

—Creo que es hora de que alguien nos cuente lo que sabe.

El inspector la miró extrañado, sin comprender bien a qué se refería, pero la siguió y no pidió explicaciones. Cruzaron varias estancias antes de que Jarvis se diera cuenta de adónde iban. Giraron por el último pasillo justo cuando Bella cruzaba una puerta, con una bandeja de desayuno en equilibrio precario.

—Señora MacBain. Inspector. ¿Qué los trae por aquí?

—Necesito ver a su doncella, por favor.

Tanto Jarvis como Bella la miraron con expresión de desconcierto.

—¿A mi doncella? ¿Para qué? —Bella se hizo a un lado mientras la señora MacBain abría la puerta y entraba en la habitación seguida por el inspector y, después, por Bella, que dejó la bandeja en una silla.

Si se comparaba con la habitación de su señora, la de la doncella estaba bastante vacía. Ocupaba uno de los cuatro camastros metálicos, a cuya derecha había una mesa y una silla. Las paredes y el suelo estaban desnudos. Hacía un frío glacial y la chica solo disponía de una mantita. La señora MacBain se sintió avergonzada por no haber ido a verla antes.

Se acercó a la doncella y se sentó en la cama.

—Creo que es hora de que hablemos.

La muchacha parecía aterrorizada y se encogió contra la delgada almohada que tenía a la espalda.

Bella las miró a ambas, confundida.

—No habla inglés, señora MacBain. —Habían sido veinticuatro horas muy agitadas, pero era increíble que la presidenta no recordara algo tan fundamental. «¿Estará perdiendo facultades?» pensó Bella.

—Bien, sabemos que usted no es la doncella de Bella, así que ¿le importaría decirnos quién es? —preguntó la señora MacBain con alegría, y, a continuación, le dedicó una sonrisa.

La doncella los miró a ambos con evidente desasosiego. Clavó la vista en Jarvis, cuya presencia la inquietaba a todas luces.

—Disculpe —prosiguió la presidenta—. Le presento al inspector Jarvis, de la policía de Loch Down. —Jarvis asintió—. Tranquila, está usted a salvo. Solo necesitamos conocer su identidad real.

Pasó un buen rato antes de que la chica articulara palabra. Hablaba con un ligero acento, pero su dicción era perfecta.

—Me llamo Wen Mai Ling y trabajo para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¡¿Hablas inglés?! —gritó Bella. Se abalanzó sobre ella, la agarró por los hombros y la sacudió, gritándole—: ¡¿Todo este tiempo sabías inglés?!

—¡Bella, por favor! —La señora MacBain y Jarvis la apartaron de la muchacha—. Bastante malherida está ya.

El inspector llevó a Bella al extremo de la cama y la presidenta movió la silla hacia la pared opuesta.

—Siéntese —le indicó con un gesto, como si fuera una perra.

Bella observó a la señora MacBain con semblante indignado, pero esta le lanzó una mirada de advertencia que parecía decir «Ni se le ocurra». A Bella le recordó a Nanny y se sentó dócilmente en la silla.

La presidenta se volvió hacia la doncella, que se retorcía de dolor.

—¿La envió lord Martin para proteger a lady Annabella?

—Pero no soy muy ducha en proteger, como ve —dijo con ironía —. Le expliqué que necesitábamos a otra persona, pues no estoy entrenada para la pelea.

La miraron confundidos.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Los miró con gesto vacilante y se quedó en silencio.

—Mire, señorita —saltó Jarvis—, estamos en medio de una investigación por asesinato...

—¿Asesinato? —susurró ella—. ¿De quién?

—La señora Blackwood. —La presidenta la observó con atención. La chica estaba desconcertada, pero era evidente que la cabeza le iba a mil por hora—. Y bien, ¿a qué ha venido?

Ella los miró fijamente durante un buen rato y rompió a hablar de forma pausada:

—Se supone que debo acordar la detención del coronel con el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Jarvis se quedó boquiabierto. Era lo último que esperaba oír.

La señora MacBain se vio sorprendida y dudó un momento antes de preguntar:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por fraude, principalmente. Hace años que acepta sobornos para falsificar documentos oficiales del consulado. Lord Martin envió un informe detallando sus actividades y debo entregarlo en el Ministerio del Interior.

—¿No lo podían enviar por correo?

—Muchos de los documentos de prueba están en chino y lord Martin no quería correr el riesgo de que algún amigote del coronel

los tradujera de forma que lo favoreciese.

—Entiendo —dijo la señora MacBain lentamente. Eso encajaba con la afirmación de Bella de que el coronel tenía amigos muy influyentes—. ¿Y la envió como doncella para no llamar su atención?

Ella asintió.

—No podía viajar como ciudadana china en un medio de transporte británico, así que lord Martin me envió como doncella de lady Annabella.

—¿El coronel sabe de la existencia de este informe? —Se lo imaginaba felizmente ajeno a todo ello, pero a la vez se figuraba que podía volverse bastante peligroso si lo supiera.

—Al principio no. Él creía, con toda sinceridad, que lo habían enviado para proteger a lady Annabella, pero, cuando llegamos a París, ya se había dado cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Él cree que lady Annabella tiene los documentos, ya que lord Martin le dio el dinero del consulado. Puesto que esa práctica es contraria a los usos habituales, le hizo sospechar. Registró nuestro compartimento del tren, pero no encontró nada. Cuando por fin llegamos aquí, me esperó en nuestra habitación y me agarró por detrás. Comenzó a gritarme en shanghainés, exigiéndome el informe. Me hice la tonta y me empujó contra la pared.

La señora MacBain se estremeció al pensarlo.

—Antes de irse, me dijo que o le buscaba los documentos o me mataría.

Reflexionaron al respecto en silencio. Estaba claro que el coronel no era el torpe bufón que fingía ser. Quería salvar el pellejo, por lo que era muy pero que muy peligroso.

—¿Dónde están ahora esos documentos? —preguntó por fin la presidenta. Quería guardarlos en la caja fuerte del hotel.

—Escondidos a buen recaudo.

—Y supongo que no me dirá dónde —se atrevió a decir la señora MacBain.

La chica negó con la cabeza a modo de disculpa.

—Es demasiado peligroso, y lord Martin ha trabajado durante años para reunir las pruebas contra el coronel. No puedo dar al traste con ello.

—¿Y por qué la envió a usted? Entiendo que domina varios idiomas, pero, dada la naturaleza de la tarea, sin duda habría sido preferible encomendársela a alguien entrenado para luchar.

La doncella soltó un profundo suspiro y respondió:

—Edmund dijo que yo era la única en quien podía confiar.

—¿Edmund? —protestó Bella—. ¿Cómo te atreves a llamarlo así? Eres una doncella.

—Siempre lo he llamado Edmund, lady Annabella. Somos amigos desde hace años. —La presidenta la miró con curiosidad—. Fuimos juntos a Cambridge.

La señora MacBain asintió; los lazos académicos lo eran todo entre las clases altas.

—¡Está mintiendo! —se burló Bella—. ¿Qué demonios haría una doncella en Cambridge?

—¡No soy una doncella! —gritó la muchacha para sorpresa de todos los presentes—. Soy una lingüista altamente cualificada en plantilla del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Hablo seis idiomas y cuatro dialectos chinos. Nunca fui doncella.

—Pero —gimió Bella, sumida en la confusión— te llamé desde mi dormitorio. Vi a Edmund meter el dinero en tu ropa mientras estábamos en la casa. ¿Cómo es posible que no seas una de mis doncellas?

—Su problema, lady Annabella, es que piensa que las doncellas son todas iguales, meros objetos intercambiables. Si alguna vez se hubiera molestado en observar a las suyas, en verlas como personas de carne y hueso, habría reparado al instante en que yo nunca fui una de ellas. Por el amor de Dios, ¡pero si ni siquiera soy china!, soy malaya.

Debidamente achantada, Bella se sentó en su silla con docilidad. Mientras ella luchaba por recuperar su dignidad, la presidenta le preguntó a Mai Ling:

—¿Y cómo encaja el rubí en esta historia? —No entendía por qué lo habían robado y enviado a Escocia.

Desesperada, Mai Ling clavó la mirada en la señora MacBain, tratando de averiguar qué debía hacer.

—Señorita Mayling, una mujer ha muerto por culpa de este rubí y, por lo que dice, usted es la única en quien confiaba lord Martin. Es lógico pensar que si la gema se halla aquí es por algún motivo relacionado con usted.

La joven giró la cabeza hacia la pared y negó en silencio con la cabeza.

—Bien. Si no desea cooperar —dijo la señora MacBain decepcionada—, el inspector Jarvis tendrá que detenerla.

Tanto Jarvis como Mai Ling se giraron para mirarla.

—¿Detenerla? —espetó el inspector—. ¿Por qué?

—¡Por suplantar a una doncella! —gritó Bella, que se puso en pie de un brinco y señaló a la chica con un dedo. Jarvis le lanzó una mirada de reojo y Bella volvió a su asiento.

—Por contrabando, receptación de bienes robados y un probable robo de antigüedades. Si el rubí ha pertenecido a la familia imperial durante generaciones, como dijo el señor Blackwood, forma parte del patrimonio nacional. La cuestión es si el Gobierno británico la protegerá o la entregará a las autoridades chinas.

Mai Ling la miró fijamente, con los ojos como platos, y trató de dilucidar si la señora MacBain se marcaba un farol o no.

—Bueno, si esa es su decisión... Inspector. —Hizo un gesto con la mano hacia la chica y Jarvis, mirándolos a ambos, y se levantó despacio. Se ajustó el cinturón y carraspeó mientras se acercaba a la chica.

—Queda detenida por presunto contrabando y robo de antigüedades. Todo lo que...

—¡Está bien! —gritó Mai Ling mientras se zafaba de Jarvis con su brazo ileso. Suspiró irritada por haberse visto obligada a ello—. Técnicamente, no fui yo quien introdujo la gema en el país, sino lady Annabella.

Todos miraron a Bella, que se sintió ofendida por la sola idea.

—¡Yo no hice tal cosa!

—¿Cómo? —La señora MacBain estaba desconcertada—. Le registraron todo lo que llevaba y, al parecer, en varias ocasiones.

Mai Ling hizo una mueca.

—Todo no. Edmund previó los registros y, consciente de los riesgos de esconder la piedra en su equipaje, le pidió a su doncella, a la de verdad, que se la cosiera en el sombrero.

Bella se quedó sin aliento.

—¡La flor! —exclamó, y automáticamente se llevó la mano a la cabeza.

—Sí. Mientras llevara puesto el sombrero, el rubí estaría a salvo. Nadie lo habría revisado. Por tanto, para asegurarse de que no se lo quitara, la envió a propósito sin nada para cambiarse.

—Oh... —suspiró la señora MacBain—. ¡Qué inteligente!

Bella la miró, boquiabierta.

—No puedo creer que me hiciera eso.

Se sentó atónita. Nadie tenía muy claro si el motivo de su indignación era que su marido la había utilizado para pasar la gema de contrabando o que la había privado de su guardarropa.

—Se suponía que debía esperar en Londres con el rubí y el informe, pero nos separamos del grupo al pernoctar en París. —Miró a Bella con ira—. Y empecé a sucumbir al pánico. Tenía el rubí, pero ignoraba por completo el paradero del coronel. Entonces, el sobrino de la señora Blackwood irrumpió en el hotel y me di cuenta de que buscaba la gema. Y, si la anciana lo sabía, el coronel también.

—Porque son socios comerciales —dijo la presidenta con voz pausada por el agotamiento. ¿Por qué nadie era quien decía ser?

—Exacto, y, si el coronel tenía el rubí, podía utilizarlo para chantajear a Edmund y que retirara su informe.

—Así que ahora está buscando el informe y el rubí.

—Correcto. Pero lo primero que hizo lady Annabella cuando llegamos fue cambiarse de ropa y darle el traje a su doncella.

—Que se lo dio a la esposa del vicario —dijo la señora MacBain lentamente.

—Sí. Tardé días en averiguar dónde estaba. Busqué por todas partes pero no lo encontré.

—¿Así que usted también lo estaba buscando? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta?

—Porque buscaba en lugares lógicos, como la lavandería y los desvanes. Nunca se dieron cuenta de que estaba en el sombrero. No se imaginan el alivio que sentí cuando la esposa del vicario apareció con la dichosa prenda.

—Debió de quedarse de piedra cuando se lo volvió a llevar.

—Lo que me sentí fue frustrada, pero al menos conocía su paradero. A la mañana siguiente, me colé en la iglesia a primera hora y lo recuperé.

—Espere, ¿esa fue la mañana en que bajó las escaleras?

La joven asintió.

—Cuando volví al hotel, el coronel acababa de regresar de..., no sé de dónde; el caso es que volvía de algún sitio. Me vio y me persiguió. Por suerte, todavía llevaba el traje de gala y no podía correr muy bien con esos zapatos. A pesar de las apariencias, es rápido. Corrí hacia las cocinas, esperando que me dejara en paz delante de la gente. Yo no conocía la distribución de esa zona, así que, cuando me dio alcance, me metí en el hueco ese de las escaleras. Me agarró y yo me resistí y traté de arañarlo, de golpearlo, de lo que fuera. Pero entonces se abrió la puerta y me tiró escaleras abajo. Mientras yacía allí, me registró la ropa y, como no le decía dónde estaba, me dio varias patadas y me rompió una costilla. Me desmayé y recuperé el conocimiento justo antes de que Sadie me encontrara.

—¡Pobrecita! —exclamó la señora MacBain con un jadeo—. Bueno, ahora me explico por qué estaba en la cocina. Me dijo que quería pedir *toad-in-the-hole* para el almuerzo, pero las ayudantes de cocina me comentaron que había inspeccionado las bandejas del desayuno.

—Así es. No podía permitir que encontrara el rubí que llevaba encima, y sabía que lo haría, así que lo puse en la bandeja del desayuno de lady Annabella, aunque... —se detuvo, con aire contrariado— cogí la bandeja equivocada y ahora no tengo ni idea de quién lo tiene.

—Señor Hudson, ¿podemos hablar?

—Sí, señor Mackay. ¿En qué puedo ayudarlo? —Salieron del vestíbulo principal y entraron en el comedor del personal.

—¿Ha visto a la señora MacBain? La he buscado por todas partes. —El *maître* negó con la cabeza—. Bueno, tengo que volver arriba. Si la ve, por favor, dígale de mi parte que hemos terminado de registrar las habitaciones y que Sadie no ha encontrado nada: ni el bastón ni la llave.

—Ah, con eso puedo ayudarlos yo —respondió Hudson mientras se sacaba algo del bolsillo de la chaqueta. Desdobló el pañuelo y dejó al descubierto una llave maestra de latón. Mackay se la quedó mirando ojiplático.

—¿Es esa?

El *maître* asintió.

—Acabo de verificarlo yo mismo.

—¿Dónde estaba?

—Se me ocurrió que la policía solo había registrado la biblioteca menor, pero no los espacios adyacentes, y me pregunté si podría seguir allí. Así que envié a un lacayo a registrar la zona. Reparó en que la tapa de uno de los cubos de incendios estaba torcida, miró dentro y allí la encontró.

Los dos hombres lo miraron fijamente durante un momento y luego los sobresaltó una voz a sus espaldas.

—Si van a quedarse ahí charlando, ¡hagan algo de provecho y pongan la mesa para el almuerzo del personal! —gritó la señora Burnside.

Ambos se disculparon y salieron del comedor a toda prisa. La señora Burnside suspiró y fue a buscar a una ayudante de cocina para que pusiera la mesa.

—¡¿Cómo?! —gritaron al unísono la señora MacBain, Jarvis y Bella. El inspector volvió a saltar al lado de Mai Ling, para gran sobresalto de la chica—. ¿Se equivocó de bandeja?

—No tenía mucho tiempo que digamos —dijo ella a la defensiva—, y él entró en la cocina y me vio con las bandejas.

La presidenta clavó la mirada en la muchacha. El rubí se había perdido en Loch Down Abbey y había muy pocas posibilidades de descubrir en qué manos había caído. Quienquiera que lo tuviese, desde luego que no se lo iba a contar a nadie. ¿Qué tipo de persona se quedaría con una joya valiosísima que había encontrado en su bandeja? Sacudió la cabeza a modo de crítica.

—En realidad, el que me tirara por las escaleras quizá fue lo mejor que nos pudo pasar.

Todos miraron a la chica, cuyo cuerpo estaba destrozado y magullado. Jarvis se preguntó si todavía sufría los efectos de la conmoción cerebral. ¿Cuánto tiempo duraban las secuelas de ese tipo de cosas?

—Lo que quiero decir es que, al trasladarnos aquí, a estas habitaciones, el coronel no ha podido encontrarnos. Sin embargo, no me cabe duda de que seguirá buscándonos y, mientras lo haga, Bella y yo estamos en peligro.

La señora MacBain no podía estar más de acuerdo. Caminaba de un lado a otro de la habitación sin dejar de murmurar. Nada de aquello rozaba siquiera la gravedad del otro asunto: el asesinato de la señora Blackwood. Sin embargo, cabía la posibilidad de que el coronel también fuera el culpable de aquello, aunque no se le ocurría ningún móvil.

—¿Conocía usted por casualidad a la señora Blackwood? —preguntó al fin.

—De oídas, sí. Pero, hasta este viaje, nunca la había visto. Es muy conocida en Shanghái. El Ministerio de Asuntos Exteriores vigila de cerca a sus clientes y a ella.

—Nos han dicho que iba a abrir un burdel en Londres con el coronel y que necesitaban el rubí para pagar el local. ¿Le parece verosímil?

Mai Ling lo pensó durante un minuto y negó lentamente con la cabeza.

—No creo. Es demasiado trabajo para él. Y, además, se trata de un negocio demasiado expuesto. Le encantaba Shanghái. Allí le resultaba barato llevar una vida glamurosa. Era un pez gordo en un estanque pequeño pero muy importante, y lejos de la mirada

inquisidora del Ministerio del Interior. En todo caso, yo habría dicho que buscaría otro destino en el extranjero, por ejemplo, en la India o Argentina.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que habría matado a la señora Blackwood?

—El coronel y ella han trabajado juntos durante cerca de veinticinco años. Tendría que ser algo muy grave para llegar a esos extremos. Pero el violento de su sobrino..., bueno...

La señora MacBain la interrumpió:

—Resulta que no es su sobrino, sino su guardaespaldas.

—Ah —murmuró—. Eso lo cambia todo. Bueno, si la hubiera matado él, no habrían hallado su cuerpo.

La presidenta estuvo a punto de preguntar por qué, pero en realidad no deseaba saber más detalles sobre cómo funcionaban las cosas en Shanghái.

—Gracias, señorita Mayling.

—Wen.

—Buen ¿qué?

—No, que me apellido Wen. Mai Ling es lo que ustedes llamarían mi nombre de pila.

—Ah, disculpe, señorita Buen, gracias por todo lo que nos ha dicho.

La señora MacBain salió de la habitación seguida por Jarvis. Cuando cerraron la puerta tras de ellos, lo miró con semblante preocupado y le dijo:

—Mientras el coronel siga libre, esa pobre chica corre un grave peligro. ¿Puede detenerlo?

—¿Con qué cargos?

—La ha agredido dos veces, y con tanta violencia que hubo que llevarla al hospital. ¿No puede detenerlo por eso?

—Sí —respondió él tras pensar un momento—, pero no podríamos retenerlo por mucho tiempo y sabría que lo ha delatado.

—Y entonces podría matarla de verdad. —La señora MacBain se estremeció. ¿Cómo podían los seres humanos ser tan crueles unos con otros?—. ¿Podemos decir que una ayudante de cocina presenció la escena y lo denunció? Había muchas rondando esa mañana.

—Sí, eso podría cuadrar —dijo el inspector vacilante, pues no le gustaba nada la idea de detener al coronel. La comisaría de Loch Down solo tenía una celda, y estaba situada frente al hervidor y la tetera. Cada vez que quisiera tomar una taza de té, tendría que preparársela delante del coronel.

Bella salió al pasillo, de nuevo con la bandeja bajo el brazo. La presidenta la agarró.

—Démela. No puede dejar a esa chica sola de ninguna de las maneras. Pero ni un minuto. —Bella estaba a punto de protestar—. Si él la encuentra, Bella, podría hacerle cualquier atrocidad. A usted la protege su marido y, por tanto, no creo que vaya a atacarla. Pero ella no tiene a nadie, y está claro que él la considera prescindible. —Estudió con celo el rostro de Bella para comprobar si era consciente de la gravedad de la situación—. Enviaré a unos lacayos para que las acompañen hasta que podamos detenerlo, pero no se la puede dejar sola. ¿Lo entiende? Es una cuestión de vida o muerte, Bella —remató, con énfasis en las últimas palabras.

—¿Y por qué no envía a un agente de policía? —sugirió Bella con voz tranquila. Era la primera vez que la señora MacBain la oía hablar de una manera tan racional.

La presidenta negó con la cabeza.

—No hay mejor manera de revelar un escondrijo que apostar a un agente en la puerta. Además, dudo que haya suficientes para montar guardia las veinticuatro horas del día.

—Pues podría llevarla a la cárcel, ¿no? —sugirió Bella. La actitud empática le había durado escasos segundos.

La señora MacBain le lanzó una desdeñosa mirada y repuso:

—Haré que unos lacayos se queden con ella en la habitación. Pero usted tendrá que seguir cuidándola, Bella. No se la puede dejar sola ni un momento. Su vida está en sus manos.

Bella asintió, con gesto entre triste y aterrorizado, y regresó a la fría y austera habitación.

En silencio, Jarvis y la presidenta emprendieron el largo camino de vuelta a la armería.

—¿Sabe, Roddy? —dijo ella al entrar en el ala principal de Loch Down Abbey—. Cuanto más sé, menos entiendo.

Él la miró. Lucía una expresión de preocupación que nunca le había visto. La comprendía. Tampoco entendía gran cosa, pero tenía claro que se las veían con personajes muy desagradables.

—Hemos obtenido gran cantidad de información sobre estas cuatro personas y, sin embargo, no nos ayuda a resolver quién mató a la señora Blackwood. Es frustrante.

—Sigo pensando que tenemos que hablar con los otros chantajeados. Quizá nos estemos complicando demasiado.

Ella negó con la cabeza.

—Lady Beaumont lleva años engañando a su marido. Me apuesto lo que quiera, y no lo pierdo, a que no es la primera vez que la chantajean. —Suspiró de manera casi imperceptible—. Y, en cuanto

a los demás, bueno, si la señora Blackwood viviera aquí, sería distinto, pero se dirigía a Londres y en cuestión de días habría desaparecido de sus vidas. Le habrían pagado y asunto resuelto.

Guardaron silencio hasta que pasaron por la sala de música.

—Sabemos que la señorita Buen no pudo haberla matado. Está tan maltrecha que no puede valerse por sí misma. Y me parece que podemos creer su versión de los hechos.

—Pero ¿cómo podemos fiarnos? Quizá mienta. Solo tenemos su palabra de que trabaja para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Cierto. Pero supongamos que dice la verdad. En ese caso, no la mataron ni ella ni el señor Blackwood (o sea, el señor Parker), y eso deja al coronel como único sospechoso. Así que supongamos que la mató él.

—De acuerdo.

—¿Por qué la mataría? Según la señorita Buen, él no regentaría el club de Londres para evitar la exposición pública. Sería más probable que pidiera destino en el extranjero. Quizá la señora Blackwood deseaba que el coronel se quedara en Londres y se pelearon por ello. ¿Es ese suficiente motivo para matarla? De acuerdo con el señor Parker, ella necesitaba al coronel para abrir el club, no al revés. Así que era la señora Blackwood quien debía de sentirse abandonada por el coronel, no al revés.

—Ahora bien, supongamos, solo por suponer, que él sí quería regentar el club, pero dejándola al margen.

—Ya lo conoce, Roddy: es un vago que se dedica a jugar, comer y levantarse tarde. Dirigir ese club supondría mucho trabajo y, por lo que dice todo el mundo, él no da un palo al agua.

—Es cierto. Entonces, ¿en qué quedamos?

—En nada. Ella no podía tener su club sin el rubí y él vería su carrera acabada si no conseguía el informe. Una vez que encontraran ambos objetos, podrían seguir caminos separados si eso era lo que querían.

—Pero a él no le hace falta esperar al rubí, ¿verdad? Solo precisa el informe.

La señora MacBain pensó por un momento.

—No —se demoró en la respuesta—, no necesita esperar. Y eso pone a la señora en una posición vulnerable, sin ser ella de las que se meten en negocios sin estar preparadas.

Con la vista clavada en la señora MacBain, a Jarvis se le ocurrió algo:

—¿Ella lo convenció de que tenía el informe?

La presidenta ladeó la cabeza.

—Quizá. Sabemos que la señora chantajeaba a varias personas. ¿Por qué no al coronel también? Él fue a la biblioteca menor esa noche. Ella lo necesitaba, pero él a ella no.

Entusiasta, el inspector prosiguió con sus suposiciones:

—Digamos que ella lo amenaza, diciéndole que tiene que abrirle el club y que entonces le dará el informe. A él no le hace ni pizca de gracia, la mata, luego va a su habitación, la registra y entonces...

—No encuentra el informe. —La señora MacBain soltó un suspiro de irritación—. Era muy astuta y lo conocía desde hacía décadas. No lo habría amenazado en vano. —Se detuvo de repente—. A menos que lo amenazara con otra cosa.

—¿Como qué?

—Bueno, si el coronel la traicionase, ella siempre podría entregarlo al Ministerio de Asuntos Exteriores. Era testigo de sus negocios y

podía declarar en su contra.

—Pero eso la implicaría en numerosos delitos.

—Delitos cometidos en un país extranjero. Ella es una ciudadana particular y no podrían procesarla por ello, pero él, en cambio, es funcionario y se ve sujeto a otras normas.

Jarvis lo pensó y asintió despacio.

—Eso sí es un móvil razonable.

Llegaron a la armería, donde el ambiente se había calmado de forma considerable, aunque lord Ashdown se quejaba a Thompson por algo entre alharacas y con tono amargo. Sin embargo, la señora MacBain no tenía fuerzas para ir a ver de qué se trataba.

—Antes de que se me olvide, quiero hablar con la señora Burnside, y así me entero de quién pidió un huevo pasado por agua para desayunar la mañana en que la señorita Buen se rompió la pierna.

Jarvis la miró como si hubiera perdido la cabeza. «¿Huevos pasados por agua? ¿De qué está hablando?», se extrañó.

—Esa mañana, la señorita Buen puso el rubí en una bandeja de desayuno y, más tarde, la señora Burnside resbaló con un huevo pasado por agua y casi pierde un ojo con la caída. Apostaría a que la señorita Buen puso el rubí en una huevera y tiró el huevo al suelo. Voy a averiguar qué desayunos incluían huevos pasados por agua y quizá de ese modo consigamos alguna pista.

Jarvis sacudió la cabeza con asombro. Solo a Alice MacBain se le ocurriría revisar las comandas de desayunos en busca de pistas para hallar una gema desaparecida. Se dijo que ojalá encontrase algún indicio o, mejor aún, que solo una huésped hubiera pedido huevos pasados por agua aquella mañana. Sabía que era poco probable,

pero deseó que así fuera, porque lo sacaba de quicio lo enrevesado que se había vuelto el caso.

—¿Cuántos podría haber? —preguntó, temiendo que el número no fuera pequeño.

—Por lo general, enviamos entre treinta y cuarenta bandejas cada mañana. Aun así, es posible que demos con alguna pista.

Esa noche, Fergus fue a la habitación de Bella antes de la cena, para hablar sobre el problema económico.

—Bella —comenzó con cautela—, les dijiste a los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores que Edmund había cerrado tus cuentas bancarias de Shanghái.

Ella lo miró a través del espejo del tocador.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Sabes si solo tenía esas? ¿O conserva su cuenta de aquí?

—Ni idea. Yo no miraba nunca las cuentas. Este collar combina fatal con este peinado.

Se quitó las perlas falsas, cogió un colgante de zafiro igualmente falso y se lo entregó a su hermano.

—¿Cómo es posible que no sepas el nombre de tu banco?

Intentó que su voz no delatara su enfado, pero era una conversación tan ridícula que no podía evitarlo.

Bella notó la irritación y le devolvió la mirada.

—Te recuerdo, hermanito, que soy una mujer y, como tal, no tengo derecho a abrir una cuenta bancaria a menos que esté casada e, incluso entonces, solo a nombre de mi marido.

Fergus se detuvo. Nunca se le había ocurrido.

—Pero ¿cómo pagabas las cosas?

Ella ladeó la cabeza para que Fergus pudiera colocarle el colgante.

—Edmund me daba una asignación semanal (ah, mira, el zafiro queda mucho mejor), pero el resto lo dejaba anotado para que lo pagara él. La verdad es que es un sistema bastante bueno.

Se alisó el pelo, se puso en pie y se volvió hacia su hermano.

—O sea, que no tienes ni idea de dónde está tu dinero. —Fergus estaba desconcertado—. Ni siquiera sabes si tienes algo.

—Soy una mujer, querido. Hace siglos que los hombres os esforzáis en mantenernos en la inopia respecto a este asunto.

Por la noche, una vez que todos se hubieron retirado, Fergus se reunió con su abuela en la biblioteca. Le relató la conversación que había tenido con Bella acerca de sus cuentas bancarias y lady Georgina se enfureció en silencio. Fergus estiró las piernas y se recostó. En momentos así echaba de menos fumar, pues era una pose más digna que quedarse pensado con la mirada perdida.

—Se lo advertí —dijo ella con parsimonia, en tono entre triste y enfadado—: quien controla el dinero controla el matrimonio. Le dije que conservara su dinero y que defendiera como una leona la gestión de sus finanzas. —Hizo una pausa y resopló—. Albergaba la esperanza de que Bella me escuchara y aprendiese de los ejemplos de Elspeth y su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando tus padres se comprometieron, luché con denuedo para que la dote se depositara en un fideicomiso bajo el control exclusivo de vuestra madre, pero, por supuesto, no me prestaron la menor

atención y la recibió directamente tu padre. En cambio, Elspeth sí me hizo caso y ha gestionado su dote durante todo su matrimonio.

Fergus negó con la cabeza. No entendía por qué hablaban de dotes.

—¿Y eso qué tiene que ver con Bella?

—Cuando una mujer dispone de su propio dinero, le va mejor en el matrimonio. Fíjate en la diferencia entre tu madre y Elspeth: una es un alma en pena y la otra una mujer llena de vida.

La idea lo sorprendió, pero tuvo que admitir que llevaba razón. La tía Elspeth no conocía cortapisas: viajaba, frecuentaba innumerables amistades y siempre estaba animada. Pero su madre, desde que él tenía memoria, había sido, como decía lady Georgina, un alma en pena. Su padre la había controlado durante todo su matrimonio sin que ella pudiera hacer nada, porque él controlaba su dinero. Debía contentarse con lo que él tuviera a bien darle.

Fergus miró fijamente a su abuela y se preguntó, por primera vez en su vida, cómo habría sido ella de joven, cuando se casó. Le costaba imaginársela así.

¿Había sido feliz al casarse con un Inverkillen? ¿Le había gustado mudarse a Loch Down, lejos de su familia y amigos? ¿Y su dote? ¿La había podido gestionar o se la había arrebatado el abuelo? Desde luego, no era ninguna pusilánime.

Dudaba que nadie le hubiera formulado nunca esas preguntas. Y eso le hizo pensar en Imogen. Su familia no estaba muy cerca, pero tampoco muy lejos, a solo medio día de viaje en tren. Y se había mudado a Loch Down por su propia voluntad al aceptar un trabajo como secretaria de Lawlis. Además, no había dejado su puesto ni siquiera después de tener al bebé, cosa que sorprendió a los

chismosos del pueblo, pero que a Fergus no le importaba lo más mínimo. Imogen era feliz, y eso era lo único que le importaba.

Se levantó con calma, sin dejar de mirar a su abuela.

—Edmund siempre me pareció un tipo justo y sensato. Habrá algo para ella y lo encontraremos. Una vez que lo hagamos, podrás enseñar a Bella a valerse por sí misma. —Le dio un suave beso en la frente—. Llamaré a Lockridge para que te lleve a casa.

DOS DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO

Jarvis regresó al día siguiente. Estaban en el despacho de ella, hablando de las dos muertes.

—A la señora Blackwood la apuñalaron con un objeto fino, largo y muy afilado. Era de doble filo, eso sí, de modo que no fue un *sgian dubh*. La muerte se produjo entre la medianoche y las seis de la mañana, como ya sabíamos.

La señora MacBain asintió, pero no dijo nada.

—Hugh Dunbar-Hamilton falleció hace entre doce y veinticuatro horas, y no hay signos evidentes de la causa de la muerte. Hemos enviado unas muestras para que las analicen y deberían estar listas en un par de días. —Se movió en su silla—. ¿Qué ha averiguado?

La presidenta lo miró.

—Sé que no ha estado aquí sentada haciendo punto.

Ella dio un profundo suspiro y respondió:

—Un lacayo encontró la llave de la biblioteca menor. Estaba en un cubo de incendios cerca de la puerta de paño más cercana a la biblioteca. —Abrió el cajón de su escritorio y se la entregó, todavía envuelta en el pañuelo de Hudson—. Del bastón, ni rastro.

Se quedaron en silencio mientras decidían por dónde continuar.

—Me gustaría hablar con los lacayos que estaban en la sala del roble la noche del baile. Si el coronel estuvo allí jugando hasta el amanecer, como afirma, no pudo haberla asesinado.

Jarvis, sin embargo, aún no estaba dispuesto a descartarlo como sospechoso.

—¿Y si —comenzó lentamente— salió a fumar un cigarro cuando terminó la banda y se coló en la biblioteca en medio del alboroto? Podría haber salido al jardín, volver a su habitación, cambiarse de ropa y regresar antes de que se apagara el bullicio de las despedidas. Si alguien le hubiese preguntado dónde había ido, habría respondido que fumando y charlando. —Jarvis parecía satisfecho consigo mismo.

—Se olvida de que las puertas del jardín solo se cierran desde dentro. El misterio no es cómo entró el asesino en la sala, sino cómo salió sin ser visto. Necesitamos saber quién fue la última persona con quien se reunió la señora Blackwood entre las tres y las tres y media, cuando comenzó todo el alboroto de las despedidas.

—Entonces, tal vez fuera el señor Blackwood, perdón, el señor Parker. Podría o bien haber dado media vuelta entre la multitud, o bien escabullirse y entrar por el jardín. Lady Elspeth dijo que siempre andaba fuera, rondando por lugares extraños. Tal vez se estaba familiarizando con el edificio y la finca para poder escapar.

Sin dejar de mirar a Jarvis, la señora MacBain le dio mil vueltas a esa posibilidad. Ya la habían valorado, pero ninguno de los dos encontraba un motivo para que el señor Parker quisiera matar a la señora Blackwood. Si lo que les había dicho era cierto, la prefería viva para verla sufrir, no muerta.

«El hecho de que no veamos un móvil —se dijo— no significa que no lo haya. Pero ¿cómo lo encontramos?».

Nada más llegar Fergus a Loch Down Abbey esa mañana, llamó a Lawlis y le explicó por teléfono todo lo que pudo sobre la situación de Bella.

—No es mi especialidad, como comprenderá. No soy asesor financiero, sino abogado —dijo nervioso. Después de haber tratado con los Inverkillen durante décadas, sabía lo intrincados que eran sus asuntos económicos.

—Ya lo sé —respondió Fergus con bastante sensatez—, pero tengo la sensación de que vamos a necesitar a alguien con conocimientos jurídicos para llegar al fondo del asunto. Al parecer, Bella no sabe nada sobre sus bancos e inversiones y me preguntaba si usted podría ayudarnos.

Lawlis colgó y emitió un profundo suspiro.

«Es como buscar una aguja en un pajar —pensó—, sin saber siquiera si hay una aguja... ni un pajar».

Cuando el inspector y la señora MacBain entraron en la armería, Thompson le hizo señas a la presidenta para que se acercara. Ya junto al mostrador, aminoró el paso al ver que le entregaba un telegrama con ribete negro.

Lo tomó, leyó el nombre y dejó escapar un profundo suspiro.

—Busque a alguien de la familia —le indicó la señora MacBain a Jarvis—. Pero no a Angus. Busque a Fergus o a lady Elspeth y dígales que vengan lo antes posible. —Se acercó a Jarvis—. Tengo que ocuparme de esto. Me temo que tendrá que hablar con los lacayos usted mismo. Hudson debería estar en la salita de día. Pídale que los convoque.

Al cabo de diez minutos, la presidenta llamó a la puerta de Bella.

—Adelante —dijo una voz.

Accedió a la habitación y vio a Bella sentada en el sofá, escribiendo cartas en un escritorio de campaña. Levantó la vista y dijo a la defensiva:

—No me he ido, los lacayos me han traído esto. Ella está perfectamente. —La presidenta se acercó despacio y se sentó frente a Bella—. Tiene un aspecto horrible, señora MacBain. ¿Qué ha pasado?

Sacó el telegrama del bolsillo de su falda y se lo entregó a Bella, que lo miró, pero no hizo ningún gesto para cogerlo.

—No puedo —dijo con voz ronca—. Léamelo usted.

La señora MacBain abrió el telegrama y se apresuró a leerlo. Miró a Bella y comenzó a leer:

—Lamentamos informar sir Edmund Martin desaparecido. Presunto fallecimiento.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bella hecha un mar de lágrimas —. No lo entiendo. ¿Han dejado de buscarlo? ¿Y si sencillamente está en algún hospital?

—No estoy segura, Bella.

Agarró el telegrama, se levantó de un salto y echó a correr hacia la puerta. «Oh, no», se lamentó la señora MacBain, y la siguió de inmediato.

Bella abrió la puerta de un tirón y sin llamar. En dos zancadas se plantó en la habitación de la señorita Wen y le lanzó el telegrama. Esta, a su vez, parecía sorprendida y se acurrucó acobardada en la esquina de su cama de forma que casi se cayó por el otro lado.

—¿Qué significa esto? —preguntó Bella, mostrándole el telegrama.

La señorita Wen tomó el telegrama y lo leyó a toda prisa. Un débil «ay, Señor» escapó de sus labios.

—¿Y bien?

Miró a Bella, luego a la presidenta y, de nuevo, a Bella.

—Significa que no va a volver. —Le devolvió el telegrama a Bella, que se negó a cogerlo.

—¿Cómo demonios lo saben? Podrían estar equivocados, ¿no?

—Lo cierto es que no emiten esto a menos que tengan una certeza razonable.

—¿A qué se refiere con certeza razonable? —preguntó la señora MacBain. Le pareció una expresión extraña.

La lingüista se retorció un poco y miró a Bella.

—En este caso, significa que saben que ha muerto, pero no tienen el cuerpo.

Bella se derrumbó en una silla, con el rostro invadido por la conmoción y la incredulidad.

La señora MacBain volvió a leer el telegrama, que solo constaba de dos líneas.

> Lamentamos informar sir Edmund Martin desaparecido. Presunto fallecimiento. Consulado bombardeado 18 agosto. Ningún superviviente.

Bella la miró fijamente.

—Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer?

—No lo sé —respondió la señorita Wen con voz hueca.

La señora MacBain observó a la muchacha, que estaba casi tan conmocionada como Bella. Las miró a ambas varias veces. La cabeza le iba a mil por hora.

—Señorita Buen —comenzó despacio, esperando a que la chica la atendiera—, ¿qué ocurrirá ahora respecto al coronel y el informe?

Mai Ling salió de su ensimismamiento, se volvió hacia la presidenta y centró su atención en ella.

—Pues... lo más probable es que no suceda nada. Si Edmund no está para impulsar el informe, no sé quién se haría cargo del caso. Yo no soy lo bastante importante como para que me escuchen, así que los amigos del coronel enterrarán el dosier y le asignarán otro destino.

La señora MacBain se guardó sus pensamientos para sí misma. Si, en esencia, con la muerte de Edmund quedaban anulados los cargos contra el coronel, este ya no necesitaba el informe. Ni el rubí. Por tanto, cuando fuera conocedor de la muerte de Edmund, la señorita Wen quedaría a salvo. Ello no lo eximía de haber golpeado a la chica hasta el extremo de enviarla al hospital, como tampoco significaba que no hubiera matado a la señora Blackwood. En todo caso, debía comunicarle el fallecimiento de Edmund; con suerte, eso mantendría a salvo a la señorita Wen.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Era Fergus.

—¿Quería verme?

La señora MacBain hizo pasar a Fergus al vestíbulo y lo puso al corriente.

—Creo que Bella se halla en estado de conmoción. No reacciona con normalidad.

En el interior de la estancia, Fergus observó a las dos mujeres, ambas con la mirada perdida.

—Parece que las ha impactado a las dos.

—Sí. La señorita Buen, o sea, la doncella de Bella, era amiga de Edmund desde hacía mucho tiempo. —Fergus abrió los ojos con sorpresa.

—Fueron juntos a Cambridge. Mire, ahora no tengo tiempo para explicárselo todo. Basta con decir que ella habla un inglés perfecto. ¿Puede quedarse con ellas, por favor? Tengo que ir a hablar con el coronel.

Fergus estaba confundido, pero no podía rechazar una petición de la señora MacBain.

—Sí, por supuesto que las acompañaré.

La presidenta se marchó a toda prisa, con la esperanza de encontrar a Jarvis por el camino. A la vista de lo peligroso que había demostrado ser el coronel, no le apetecía permanecer ni un momento a solas con él.

Al pasar por el comedor, estuvo a punto de chocarse con la señora McCready, pero la dama retrocedió con violencia y por poco se cae. Mientras la señora MacBain se disculpaba y la sujetaba, un brazo galante salió de la nada en ayuda de ambas. La presidenta se volvió para mirar a su salvador, que, para su sorpresa, resultó que era Cecil.

—¡Señora MacBain! ¿No le enseñó la niñera que no se debe correr dentro de casa? —se escandalizó Cecil con ojos brillantes.

—¡Comandante! ¡Gracias a Dios! Venga conmigo. Mis disculpas, señora... —se excusó mientras salía pitando, agarrando a Cecil por el brazo y arrastrándolo consigo.

—Pero querida, ¿a qué viene tanta prisa? —preguntó él tratando de zafarse. Llevaba un traje nuevo y no quería que se arrugara el *tweed*—. ¿Adónde vamos?

—Debo hablar con el coronel y, para serle sincera, me siento más segura si acudo acompañada —dijo ella con aire enigmático.

—¿Más segura? —Cecil la miró confundido—. Yo no diría que es peligroso. Descuidado, sin duda, pero no es de los que le harían daño a una dama. —Se detuvo y la miró con semblante serio. Acababa de producirse un asesinato—. ¿O sí?

—Teniendo en cuenta que empujó a la doncella de Bella por las escaleras, que le rompió una costilla y amenazó con matarla, yo diría que sí, que es precisamente uno de esos.

Cecil asimiló la información, asintió con brusquedad y siguió caminando.

Cuando al fin llegaron a la habitación del coronel, la señora MacBain llamó a la puerta sin dilación y esperó, conteniendo la respiración. Miró a ambos lados del pasillo y volvió a llamar. No hubo respuesta. Cecil empuñó el picaporte y la puerta se abrió. Entró con cautela, dejó la puerta abierta, y miró a su alrededor.

—Parece que no hay nadie —dijo por fin, apartándose para dejarla entrar.

En efecto, la habitación estaba vacía. Y no solo eso: saltaba a la vista que la habían desocupado a toda prisa. Las puertas del armario estaban abiertas, y su interior, vacío. Al abrir los cajones de la cómoda, la señora MacBain solo halló el papel de forro del fondo y bolsitas de lavanda.

Cecil echó un vistazo al cuarto de baño y negó lentamente con la cabeza.

—Pues se ha ido. Y ha arramblado con los artículos de aseo. ¡Dios mío! Creo que se ha llevado hasta el papel higiénico.

Cecil chasqueó la lengua en señal de disgusto. La mala educación se manifestaba de las maneras más extrañas.

La señora MacBain se sentó en la cama y soltó una maldición por lo bajini. «¿Cuánto hace que se ha ido? —se preguntó—. ¿Y cómo ha podido desaparecer sin que nadie se diera cuenta?». Era un hombre estrepitoso cuya presencia se dejaba oír mucho antes de aparecer a la vista. ¿Cómo había conseguido esfumarse?

—Supongo que no se habían percatado de que se había ido —dijo Cecil abriendo el armario y asomándose, como si el coronel estuviera escondido tras una percha.

—No. Ayer hablamos con él varias veces. —De repente recordó lo evasivo que se había mostrado la segunda vez que lo visitó junto con Jarvis. Estaba claro que lo habían pillado haciendo las maletas—. Tenía que decirle que a Edmund lo han declarado muerto.

Cecil profirió un gritito ahogado.

—Bella recibió el telegrama esta mañana. Y quería que el coronel lo supiera, porque de ese modo la doncella de Bella quedaría a salvo.

Cecil trató de comprender la lógica del asunto, pero se le escapaba. Resultaba evidente que la presidenta sabía cosas que él ignoraba. Por otra parte, ella siempre sabía más que nadie sobre lo que estaba pasando, así que no le dio más vueltas.

—¿Y ahora qué? —preguntó sin quitarle ojo.

—Tendremos que decírselo a Jarvis. No le va a hacer gracia. El coronel es nuestro principal sospechoso de la muerte de la señora Blackwood.

Cecil levantó la cabeza de golpe, sorprendido y asombrado.

—¿El coronel? ¿Él mató a la señora Blackwood? Pero ¿por qué?

La señora MacBain se levantó sin prisas y se dirigió a la puerta.

—Tenemos una teoría que implica un chantaje, pero carecemos de la menor prueba.

—¿Entiendo que a usted no le cuadra?

—No estoy segura —contestó ella mirándolo pensativa—. Hay algo que se nos escapa, pero, por más vueltas que le doy, no caigo. Aparte del bastón.

—¿El bastón?

—Ha desaparecido. Creo que quien mató a la señora Blackwood se llevó su bastón.

—Entonces, ¿cree que, si encontramos el bastón, hallaremos al asesino?

—Quizá. Hemos registrado las habitaciones de todas las personas a quienes sabemos que chantajeaba y no hemos encontrado nada. Ha sido muy frustrante.

Por un momento, Cecil dudó si ella sabía lo de Angus. Sin embargo, no sabía cómo preguntárselo sin implicar aún más a su sobrino, por lo que se limitó a guardar silencio.

Salieron al pasillo y se quedaron allí, mirando el trasiego de gente. La presidenta levantó la vista y contempló el gran retrato que colgaba de la pared frente a la puerta del coronel. Era Carlos Eduardo Estuardo, el pretendiente jacobita al trono británico, vestido de mujer y escoltado hacia la libertad por su simpatizante Flora MacDonald.

Cecil se colocó a su lado. Siguiendo su mirada, por fin comentó:

—Vaya cuadro espantoso, ¿verdad? Nunca me ha gustado. Los colores...

—El coronel también debe de haberse fugado al extranjero.

—Creía que la policía hacía guardia en las puertas. Seguro que lo atraparán. O quizá emprenderán una búsqueda.

La señora MacBain negó con la cabeza.

—No sé de cuántos hombres dispondrá Jarvis. Ya van bastante sobrepasados. —Se dio la vuelta para marcharse, pero su mirada se posó en el marco plateado. ¿Eran figuraciones suyas o el lado izquierdo estaba separado de la pared? Cruzó el pasillo y lo tocó. Se movió. Casi se le escapa un gritito. Miraron a su alrededor y comprobaron que estaban solos. La presidenta agarró el marco, tiró de él y se abrió, revelando un angosto túnel—. ¿Cómo lo sabía el coronel? —exclamó mientras se asomaba.

Cecil se quedó boquiabierto y entonces le vino un fugaz recuerdo.

Fue la noche en que él, el señor Rosenthal y el coronel fueron a Thistledown Cottage para jugar a las cartas con Angus. Era tarde y se habían bebido hasta el agua de los floreros.

—Déjeme preguntarle algo —balbuceó el señor Rosenthal—: ¿de verdad hay pasadizos secretos en estas casas antiguas? ¿O solo son invenciones de las novelas baratas?

—¿Pasadizos secretos? —preguntó el coronel, luchando por colocar su carta en el centro de la mesa. Cerró un ojo y dejó caer el diez de picas.

—Agujeros del cura —respondió Angus—. Se refiere a los escondrijos donde se ocultaban los sacerdotes católicos en tiempos de persecución. Sí, sí que existen.

—En Loch Down Abbey hay un montón —terció Cecil mientras lanzaba su carta a ver si había suerte, pero se le resbaló y se le cayó al suelo—. Mañana se los enseño, si quiere.

—Fascinante —dijo el señor Rosenthal antes de volcar su vaso y derramar el whisky sobre las cartas—. Vaya.

—No tengo ni idea —dijo Cecil mientras volvía al presente—. Será mejor que lo cerremos antes de que aparezca alguien.

Volvieron a colocar el cuadro en su sitio y la señora MacBain le lanzó una mirada de reproche a Carlos Eduardo Estuardo antes de marcharse.

Regresaron a la armería en silencio. Cuando llegaron al pie de las escaleras, la presidenta se despidió de Cecil.

—Un momento, señora MacBain. ¿Me permite? —El comandante se aclaró la garganta con aire nervioso—. Por más que deteste ayudar a quien ha hecho daño a una mujer indefensa, considero mi deber decirle que el coronel tiene coartada.

Al verla levantar la cabeza de golpe, Cecil comprendió que su comentario la había perturbado.

—¿Cómo dice? ¿De verdad? —Volvió a agarrarlo del brazo y lo arrastró hacia la sala serbal. Una vez dentro, cerró la puerta con brusquedad antes de volverse hacia él. Le lanzó una astuta mirada —. Explíqueme esa coartada.

—Bueno, de hecho, estuvo en la mesa de juego toda la noche — Cecil se encogió de hombros en señal de disculpa.

—Ya sabemos que el coronel estuvo jugando a las cartas durante el baile. Lo que necesitamos dilucidar es si salió de la sala después de que la banda terminara de tocar.

Cecil pareció sorprendido.

—Estoy seguro de que no lo hizo. Un hombre tan ruidoso siempre llama la atención.

—Es un dato crucial, comandante —lo acució ella—. Debe tener la total certeza. No hay margen para el error, así que, por favor, tómese un momento para pensar.

Cecil se concentró.

—Estaba a dos mesas de distancia cuando la banda dejó de tocar. La mayoría de quienes estaban en la mía se retiraron a sus aposentos, así que aproveché para estirar las piernas. Entonces, me acompañó a la terraza para fumar un cigarro. Cuando volvimos, se sentó en su mesa, la mayoría de sus compañeros regresaron y yo me senté a unas tres mesas de distancia. No obstante, permaneció en mi campo de visión la mayor parte de la noche. Sí que se murmuró algunas excusas al retirarse lord Ruthven, debió de ser sobre las cuatro o las cuatro y cuarto, pero no tardó mucho, apenas lo suficiente para ir al baño o tomar un whisky rápido.

—¿Y no recuerda que se marchara en ningún otro momento de la noche?

Cecil pensó durante unos instantes.

—No. —Negó con la cabeza—. Me temo que no.

—¿Está completamente seguro? ¿No hay posibilidad de que se equivoque?

Lo pensó un momento.

—No lo vi levantarse de la mesa hasta que los lacayos nos echaron con el canto del gallo. Lo siento, señora MacBain. Estaba en mi campo de visión y lo habría visto si se hubiera levantado de la mesa.

La presidenta se recostó y soltó un suspiro de frustración.

—Pero, ahora que lo pienso —dijo él con parsimonia—, sí que pasó algo. En ese momento no le di importancia.

La señora MacBain se enderezó; era toda oídos.

—Había olvidado mi pitillera en la mesa y volví a por ella. Para entonces, la sala estaba vacía, incluso se habían retirado los lacayos.

—¿A qué hora fue? —preguntó ella con apremio.

—Sobre las cinco y cuarto, diría yo. Casi había llegado al pasadizo de piedra cuando me di cuenta de que no la llevaba.

La presidenta asintió mientras visualizaba el camino desde el ala del salón de baile hasta la casa principal. Estaban conectados por un túnel excavado en un antiguo muro de piedra. El trayecto debía de durar unos tres o cuatro minutos a pie.

—Continúe.

—Bueno, justo cuando me la estaba guardando en el bolsillo, oí algo. Levanté la vista y vi algo moverse: una tela que desapareció por la escalera del servicio.

La señora MacBain inhaló bruscamente.

—¿Hombre o mujer?

Cecil cerró los ojos para concentrarse, tratando de recordar la velada. Los lacayos habían sido muy educados cuando el reloj dio las cinco. Había una mesa que quería terminar una partida. El comandante se dirigió al patio, donde dos o tres caballeros fumaban. Cuando terminó la partida, los lacayos sacaron a todo el mundo de la sala, como si fueran batidores en una cacería, y luego cerraron las puertas tras ellos. Cuando regresó, la estancia estaba vacía. Pero entonces el sonido de la puerta llamó su atención. ¿Qué había visto?

—Un vestido. Sin duda, un vestido.

—¿De qué color?

Entrecerró los ojos, como si quisiera atisbar algo en lontananza.

—Era claro. Quizá blanco, o tal vez gris claro. —Se desplomó y negó con la cabeza—. No puedo decirlo con certeza. Pero era un vestido. No me acuerdo de más.

Ella asintió, con la mente a mil por hora.

—¿A qué hora fue eso?

Cecil se lo pensó un momento.

—Recuerdo que el reloj dio la media hora.

La señora MacBain se recostó.

—Bueno, esa información es muy útil, comandante.

La presidenta se despidió y regresó a su despacho en la planta del servicio. Debía encontrar a Jarvis para explicarle que se confirmaba la celebración de un misterioso encuentro, como les había contado el señor Parker. Y había sido con una mujer.

Lo encontró en su despacho, disfrutando de una taza de té y de su último ejemplar de la revista *The Lady*.

—Aquí está, gracias a Dios —exclamó ella, genuinamente aliviada de verlo.

—He hablado con los lacayos —dijo él—. Después de que la banda dejara de tocar, muchas mesas se vaciaron, por lo que hubo mucho movimiento en la sala. La gente charlaba y se marchaba, y se formaron nuevas mesas. Doce o quince hombres se quedaron para jugar a las cartas. Nadie se fijó en el coronel en particular. Pero estaba allí cuando fueron a barrer a las cinco.

Ella asintió con aire satisfecho. No dejaba de sonreír. Resultaba un poco inquietante. Jarvis empezó a sentir como si el suelo se le

escapara bajo los pies.

—¿Qué pasa? —preguntó él con voz ronca.

Ella dudó, consciente de que le iba a costar aceptarlo.

—Podemos descartar al coronel como sospechoso. Tiene coartada.

Jarvis dejó la taza de té con brusquedad sobre la revista.

—¿Qué? ¿Quién da fe de ello? —preguntó.

—El comandante. —Reprodujo su conversación con Cecil y terminó con un gran suspiro.

El inspector hizo un ruido de disgusto.

—Así que, tras dos largos días de investigación, no tenemos ningún sospechoso y sí una reunión de madrugada con una mujer misteriosa.

—Sí.

—Bueno —repuso tras una larga pausa—, en mi opinión, la visión de la falda solo significa una cosa: que tenemos que volver a investigar a lady Annabella. Es la única mujer que conocía a la señora Blackwood.

—Pero el vestido de lady Annabella era azul oscuro. Es imposible que lo confundiera con uno blanco o gris claro.

—¿Y si era una bata?

La señora MacBain negó con la cabeza. Bella seguía llevando la bata de Sadie, que era de tartán rojo.

—No pudo ser lady Annabella.

—La señora Blackwood chantajeaba a varias mujeres. Quizá estaba entre ellas. —Jarvis se aferraba a un clavo ardiendo y, a esas alturas, le quedaban muy pocos—. Deberíamos registrar con mucha atención las habitaciones de todas las personas de la lista.

—Ya se lo he pedido a Sadie, pero no ha encontrado nada.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. El inspector sorbió su té, lo que le provocó a la presidenta un leve escalofrío.

—Y, para colmo..., el coronel se ha fugado.

—¡¿Qué?! —gritó tan fuerte que asustó a una camarera que pasaba por la puerta, lo que provocó que se cayera una salsera de plata con el consiguiente estruendo. La presidenta fue a cerrar la puerta del despacho y volvió a sentarse.

—¿Cómo que se ha fugado? ¡Tenemos hombres apostados! ¡Y usted también!

La señora MacBain no estaba muy segura de querer contarle a Roddy Jarvis lo de los túneles secretos de Loch Down Abbey. No era lo que se dice muy discreto y, si se enteraba, todo el pueblo lo sabría antes del anochecer. Pero ¿cómo explicárselo si no?

—El comandante y yo acabamos de estar en su habitación y lo que es evidente es que se ha marchado, y además a toda prisa.

—¿O sea, que tiene el rubí? —preguntó el inspector.

—Eso no lo sé. Pero estoy segura de que desapareció anoche, antes de que nadie pudiera acusarlo de asesinato. —Se sentó y lo miró fijamente. Sin pensarlo, se preparó una taza de té. No era la mejor manera de empezar el día, pero las había peores.

—Señora MacBain, ¿podemos hablar?

Era tarde e Imogen acababa de terminar su jornada laboral. Lucía un semblante de lo más satisfecho.

La presidenta le dedicó una sonrisa cómplice.

—Por supuesto. Entremos aquí, ¿le parece?

Se dirigieron a la sala serbal. Tras cerrar la puerta que daba al bullicio de la armería, la señora MacBain miró a Imogen con aire expectante.

—Este es auténtico —dijo Imogen mientras levantaba un pasaporte y se lo entregaba.

—¿Está segura? —preguntó la presidenta sin aliento, mirando la portada.

—Totalmente. El pasaporte británico es sin duda una falsificación. Al enterarme, llamé a la Oficina General del Registro Civil y pregunté también por los certificados de nacimiento y las licencias de matrimonio. No consta ninguna Fenella Blackwood en todo el Reino Unido.

—Bien hecho, querida. —Sonrió radiante a Imogen. Al abrir los pasaportes, una leve sospecha surgió en lo más profundo de su ser —. ¿Puedo pedirle otro favor? —Le entregó a Imogen el pasaporte auténtico.

—Ya estoy en ello —sonrió Imogen, notoriamente satisfecha con su labor.

TRES DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO

La señora MacBain llamó con suavidad a la puerta de la habitación de Lawrence Parker, con la esperanza de intercambiar unas palabras con él. Era temprano y no estaba segura de a qué hora solía levantarse. Esperó un momento y se dio la vuelta para marcharse, pero cuando apenas hubo avanzado tres pasos, oyó que se abría la puerta.

—¿Señora MacBain? —preguntó una voz todavía un poco adormilada.

—Oh, señor Parker, siento haberlo despertado. Debería haber venido más tarde.

—No se preocupe. Pase. —Se apartó y le abrió la puerta. Llevaba puestos una camisa y unos pantalones, pero tenía los pies descalzos —. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ayer estuve en la habitación de la señora Blackwood y me di cuenta de que falta una de sus piezas de equipaje. El coronel ha desaparecido y me preguntaba...

—¿Qué pieza? —saltó él ojiplático—. ¿El baúl grande o la maletita?

—El baúl sigue ahí, pero no he encontrado la maleta.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro y se rio entre dientes.

—Claro que sí. Vaya cabrón... ¡Perdón! Bueno, se merece todo lo malo que le pase.

—¿Usted, por casualidad, sabe qué contenía la maleta? —preguntó ella, expectante.

—Eh..., sus ganancias y el dinero del chantaje. —Hizo una pausa como si hubiera algo más pero no quisiera revelarlo.

—Señor Parker —le instó ella—, ¿había algo más?

Él asintió lentamente.

—Turba.

—¿Turba? —repitió ella—. ¿Para la chimenea? ¿Por qué no la puso en la cesta de leña?

—No era para la chimenea. —Se retorció incómodo y se sentó en una silla junto a la ventana, con los codos sobre las rodillas. La señora MacBain no estaba segura de los vericuetos que tomaba el relato, pero asintió—. Después de enterarme de lo de mi esposa, solo podía pensar en vengarme de la vieja. En realidad, el rubí era lo único que podía quitarle, pero a la mañana siguiente de mi llegada, fui a esa visita a la destilería, la que dirigía lord Inverkillen, ¿verdad? Y me di cuenta de que podía perjudicarla de una forma que ella nunca sospecharía.

La presidenta sintió que se le entumecían los pies. Albergaba el convencimiento de que iba a escuchar algo terrible.

—La turba que usan para alimentar el fuego de la destilería..., bueno..., se parece mucho al opio.

Un zumbido llenó sus oídos.

—¿Está diciendo que la señora Blackwood trajo una maleta llena de opio?

—Sí, para cebar a sus parroquianos y someter a las chicas.

La señora MacBain se estremeció.

—¿Y qué hizo exactamente con ese opio? —preguntó con una desagradable sensación en el estómago.

—No sabía cómo deshacerme de él de forma segura, así que lo llevé al almacén de turba, lo desenvolví y lo restregué con tierra, y lo guardé allí.

—¿Está en el almacén de turba? —preguntó indignada—. ¿Cómo puede ser tan imprudente? ¿Y si lo utilizan?

—Está en la parte de atrás, tardarán mucho en llegar a esa zona. Habré encontrado la manera de destruirlo antes de que se acerquen.

La señora MacBain se quedó sin palabras. Se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro, tremendamente agitada. ¿Qué habían hecho para merecer tanto caos y maldad?

—Bien, haremos lo siguiente: voy a llamar a la policía y usted los ayudará a buscar el opio en el almacén de turba. Con suerte, si lo entrega, no tendrá ningún problema. ¿Sabe cuánto hay?

—Sí, once bloques.

—Dios mío. Voy a llamar a Jarvis ahora mismo. Vístase y vaya a la destilería enseguida. ¿Me está oyendo? ¡Ya!

El señor Parker asintió con docilidad y la señora MacBain se alejó tan rápido como le permitieron sus piernas.

Acababa de llegar a la armería y rezaba para que el inspector estuviera en su despacho cuando una voz la llamó.

—¡Señora MacBain, qué alegría verla! —Era el médico—. Busco a Jarvis. Me han dicho que estaba aquí y traigo el informe toxicológico de Hugh. Les dije que guardaba relación con la muerte de la señora Blackwood y les pedí que lo agilizaran.

Agitó un expediente en el aire, satisfecho con su subterfugio.

—¿Y bien? —espetó ella. Le arrebató el expediente de las manos, lo que le provocó un corte con el papel.

El médico se quedó sorprendido. Se preguntó por qué estaría de tan mal humor.

—Dios mío. —Ella lo agarró del brazo—. ¡Venga conmigo!

Antes de que él pudiera procesar lo que ella había dicho, la presidenta había atravesado una puerta oculta en dirección a las cocinas. El médico la siguió, curioso por saber adónde iban. Fue directa a la entrada de servicio y se dirigió al patio lateral sin aflojar el paso. Se giró para ver si él la seguía y, satisfecha de que así fuera, se adentró en un sendero que atravesaba el bosque.

Después de lo que al doctor le parecieron kilómetros, pero que en realidad solo fue un trayecto de varios minutos, la perdió de vista tras una curva. Se inclinó y apoyó las manos en las rodillas. Notó un intenso dolor en el costado, pero siguió adelante, sujetándose la cintura y haciendo todo lo posible por respirar hondo.

—¡Ross! ¿Dónde estás? —El médico podía oírla gritar delante de él, y eso lo animó a seguir adelante.

Cuando al fin la alcanzó, ella estaba en el patio de la destilería, gritando el nombre de Ross y paralizando toda la actividad.

—¿Dónde está Ross?

Los trabajadores de la destilería le señalaron la puerta del despacho, ojipláticos por el barullo que estaba montando.

Ross apareció un momento después, con aspecto confundido y alarmado.

—¿Alice? ¿Qué pasa?

La presidenta recuperó el aliento.

—Dijiste que Hugh entró en tu almacén de turba, ¿verdad?

—Sí, McAllister encontró una puerta que no conocíamos.

—No fue solo Hugh. El señor Parker también ha estado allí y ha reemplazado unos bloques de turba por otros de opio.

Ross abrió los ojos alarmado.

—Y ahora el médico me acaba de informar de que Hugh murió de una sobredosis masiva de opiáceos. Hugh pensaba que estaba robando turba de tu almacén, pero era opio.

Ross se metió en el despacho sin decir ni mu. Al cabo de un momento, reapareció con una linterna y cruzó el patio a toda prisa, en dirección al almacén de turba.

La señora MacBain le gritó al primer chico que encontró:

—¡Ve a Loch Down Abbey y haz venir al señor Parker! ¡Tráelo, aunque sea a rastras! ¡Y busca a Roddy Jarvis!

Salió corriendo tras Ross mientras el médico le pisaba los talones.

Cuando lo alcanzaron, Ross estaba examinando la turba más cercana a la puerta lateral que McAllister había descubierto. Negaba con la cabeza.

—Yo no veo nada raro.

—Dijo que lo había revolcado en la tierra para que no se notara —le explicó ella tratando de recuperar el aliento.

—Pues lo ha hecho muy bien —dijo Ross, pasando poco a poco la linterna por la pila—, porque no lo encuentro.

—Le he dicho que se vista y que venga directamente. Él es el único que sabe distinguir los bloques.

La espera era angustiosa.

—Quizá pueda olerlo —sugirió el médico—. El aroma del opio es distinto del de la turba.

Ross miró al médico un momento y lo pensó.

—En la cabaña había un olor raro, que me resultaba desconocido. —Se inclinó y olisqueó suavemente en varios sitios—. No, huele a turba.

La señora MacBain chasqueó la lengua sin querer. Siguieron esperando.

—Eh, ¿puedo preguntarle...? —Ross carraspeó—. ¿Qué pasa cuando se toma una sobredosis de opio? ¿Cómo murió Hugh?

El médico entonces lo miró con atención y pensó durante unos instantes.

—Bueno —comenzó vacilante—, en farmacología se utiliza como sedante y se sabe que los adictos al opio duermen durante días. De hecho, caería en un sueño profundo. Debió de ser una muerte tranquila y sin dolor.

Curiosamente, la explicación no consoló a la señora MacBain. Pobre Hugh, que había puesto un leño para calentarse y ya no se había vuelto a despertar.

Al cabo de unos minutos, guiados por el muchacho de Ross, Jarvis y Lawrence Parker llegaron al almacén de turba.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el inspector, con el rostro enrojecido por el esfuerzo, mirando a la presidenta y al médico. Ella le hizo un gesto al doctor y dijo:

—Tenemos los informes toxicológicos de Hugh DunbarHamilton.

—¡Qué rápido! —exclamó Jarvis.

—Puede que haya exagerado su importancia para meterles prisa. —Hizo una pausa y luego echó los hombros un poco hacia atrás—. Hugh murió de una sobredosis masiva de opiáceos.

La señora MacBain miró directamente al señor Parker, cuyos ojos saltaban del médico al almacén de turba y viceversa. Palideció justo

antes de que sus rodillas se doblaran. Jarvis lo agarró del brazo y lo sujetó.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó el inspector con voz ronca.

—La señora Blackwood llevaba su maleta pequeña llena de opio. —Entró por la puerta del almacén de turba—. El señor Parker cambió unos bloques de droga por otros de turba. Pero Hugh entró y se llevó un bloque de opio pensando que era turba. Se lo llevó a la cabaña, lo prendió y se acostó.

—Y murió —remató Jarvis con un hilo de voz—. Pobre desgraciado.

—¡Intentaba que nadie lo tomara! —gritó Lawrence—. No quería que esa mujer le arruinase la vida a nadie más.

La presidenta dio un profundo suspiro y lo miró con gesto triste.

—Sé que albergaba buenas intenciones, pero ha sido imprudente a más no poder.

—¿Cuáles de estos bloques son de opio? —preguntó Ross—. ¿Cómo los destruyo sin matar a nadie más?

Jarvis levantó la mano.

—Los necesitaré como prueba. Bien, señor Blackwood, o quienquiera que sea, ¿cuáles son los suyos?

La señora MacBain dio un paso atrás y lo observó revisar la pila. Se preguntó si los encontrarían todos.

—Quemaré toda la pila cuando haya terminado. No se preocupe —la tranquilizó Ross, mientras se acercaba a él en silencio.

—¿Puedes hacerme un favor? Reúne a los Inverkillen. Vamos a darles la noticia en privado, por ejemplo, en la salita de día.

Ross asintió y la vio alejarse.

—¿Adónde va?

—Al pabellón de tenis. Antes que a los demás, tengo que decírselo a Angus.

Ross hizo lo que le pidieron y reunió a la familia en la antigua salita de día. No se habían reunido en esa estancia desde el día en que Loch Down Abbey salió a subasta, unos tres años antes. Había sido una tarde explosiva.

Unos impacientes y otros aburridos, se sentaron a esperar que llegara la señora MacBain. Solo faltaba Angus. Fergus caminaba lentamente de un lado a otro detrás del sofá, sin saber muy bien por qué la presidenta había convocado a toda la familia, pero, dada la actitud de Ross, no esperaba buenas noticias. Lady Georgina y Bella se sentaron en los sofás junto a la chimenea, y Elspeth, en el asiento de la ventana, algo que nunca había hecho, ya que siempre había sido el dominio de Iris. Tenía que admitir que las vistas del jardín eran preciosas. Ross intentaba llamar su atención, en vano, pues había demasiados ojos en la sala.

Al cabo de un cuarto de hora, lady Georgina rompió el silencio:

—¿Tomamos al menos un té mientras esperamos?

Bella se levantó y tiró de la cuerda para llamar a los sirvientes. «¡El personal!», se recordó a sí misma.

Al cabo de unos instantes, entró un camarero y recibió la orden. Siguieron esperando. Cecil, que había estado hojeando una antología poética, se acercó al piano y tocó una sencilla sonata.

Llegó el té e intentaron disfrutarlo, pero, sin saber por qué estaban allí ni durante cuánto tiempo, les resultaba difícil. Al fin, ya

con el té frío, lady Georgina estalló:

—¡Exijo que nos diga de qué se trata, Ross! No puedo quedarme aquí todo el día. Tengo cosas que hacer, como bien sabe.

—Lo siento, lady Georgina. Yo soy un mandado. Estoy seguro de que la señora MacBain no tardará.

—¿Y dónde está Angus? ¿Por qué no está aquí? —continuó ella como si no lo hubiera escuchado—. ¿Alguien lo ha visto hoy?

Hubo murmullos de negación y lady Georgina suspiró. Cecil comenzó a tocar una pieza de Sibelius.

Cuando el reloj dio la media hora, la puerta se abrió y la señora MacBain entró por fin en la sala.

—Siento haberlos hecho esperar tanto. Estaba con Angus, contándole lo que ahora les explicaré a ustedes.

Miró a su alrededor, se dirigió a la chimenea y allí se quedó. Odiaba verse obligada a anunciar la noticia otra vez, pero debía hacerlo, o de lo contrario los rumores colmarían ese vacío.

—El médico ha venido esta tarde con noticias sobre cómo murió Hugh: sufrió una sobredosis masiva de opio.

Esperaba que prorrumpieran en gritos, pero se quedaron en silencio. La confusión nublaba sus rostros.

—La señora Blackwood vino a Inglaterra para abrir su nuevo negocio. Sabemos que necesitaba el rubí para comprar el edificio a tal efecto y que chantajeaba a la gente para conseguir fondos. También sabemos que el señor Parker solo deseaba frustrar sus planes e impedir que se hiciera con el rubí. Sin embargo, también tramó otra venganza. La difunta señora trajo consigo una maleta llena de opio y él se lo robó y lo reemplazó por turba del almacén de la destilería.

Hizo una pausa para ver si la seguían. Todo el mundo parecía atónito.

—Bien, la relación de Hugh con todo esto es muy sencilla. Entró en el almacén de la destilería y cogió un bloque de lo que creía que era turba, pero que en realidad era opio. Lo encendió en la cabaña y se fue a la cama. Según el médico, fue una muerte muy tranquila. El opio es un sedante, así que simplemente se debió de quedar dormido y ya no despertó.

En la sala reinaba un silencio que solo rompía el tictac del reloj.

—Pobre Hugh —murmuró Elspeth.

—¡Lo mataré! —Bella se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Ross la agarró por los hombros y la sujetó mientras ella se resistía.

—¡Bella! No digas esas cosas. ¿Matar a quién? —exclamaron los Inverkillen al unísono.

—¡Al señor Blackwood o como se llame! Ha destruido todo lo que ha tocado: mi doncella, mis joyas y mi futuro. Y ahora, a Hugh. A mi adorado y estúpido Hugh. ¿Qué van a hacer mis hijos sin padre? —Las lágrimas le corrían por la cara.

Nadie esperaba que reaccionara con tanta emoción. Ross la guio con delicadeza hasta el sofá y Elspeth se acercó para abrazarla por los hombros.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó Fergus—. Al señor Blackwood, o sea, al señor Parker.

—No estoy segura. Jarvis se lo ha llevado a la comisaría. Ha sido un accidente, pero un hombre ha muerto por su culpa. Tendrá que responder por ello.

Un murmullo de aprobación se extendió rápidamente por la sala.

—Qué pena que haya acabado así —dijo lady Georgina—. Siempre me gustaron los Dunbar-Hamilton.

Todos los presentes se volvieron para mirarla.

—¿Qué? No tiene sentido criticar a los muertos. A los vivos ya es otra historia.

CUATRO DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO

A la mañana siguiente, Lawlis llamó a Fergus para comunicarle que el Ministerio de Asuntos Exteriores tenía información sobre los planes de Edmund. Antes de que al abogado le diera tiempo a hablar, Fergus le transmitió la noticia de la muerte del cónsul. Lawlis se quedó en silencio durante un momento.

—Vaya, primero Hugh y ahora Edmund. Una semana trágica para lady Annabella.

—Sí, todavía está conmocionada.

—Pues entonces el panorama es ligeramente distinto. Edmund posee una cuenta bancaria aquí en Gran Bretaña, pero está tan solo a su nombre. Puesto que se conocieron y contrajeron matrimonio en el extranjero, nunca tuvo la oportunidad de añadirla como cotitular.

—No me gusta cómo suena, Lawlis.

—En efecto, no son buenas noticias. Lady Annabella no tiene ningún derecho sobre la cuenta a menos que él le dé acceso.

—Eso no augura nada bueno.

—No. Pero el Ministerio del Interior nos ha facilitado el nombre del abogado de Edmund en el Reino Unido. Me he puesto en contacto con él y le he pedido que venga a Loch Down. Edmund otorgó testamento, así que, con suerte, le habrá dejado algo. En cualquier caso, a finales de semana deberíamos de tener una solución para lady Annabella. Le he reservado al abogado una habitación en la

posada del pueblo. Con el panorama que hay en Loch Down Abbey, me ha parecido preferible.

Entre murmullos, Fergus dijo que estaba de acuerdo.

—Hummm... —Dudó—. No será usted por un casual el albacea de Hugh, ¿verdad?

—No, me temo que no. Llevaba sus asuntos con un bufete de Londres. Haremos algunas averiguaciones. Estoy seguro de que les dejó algo a los niños.

Fergus ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ellos. Su padre acababa de morir y su madre no tenía ni un penique. ¿Quién iba a cuidar de ellos? Al final, el panorama iba tomando tintes de novela de Dickens.

La señora MacBain se levantó tarde esa mañana. Se bañó, se vistió con esmero y bajó a la cocina. El personal ya había terminado de desayunar y las camareras estaban recogiendo todo. Al verla entrar, la señora Burnside levantó la mirada.

—Buenos días, señora MacBain. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. ¿Por qué?

—En todos los años que llevamos trabajando juntas, nunca se ha perdido el desayuno del personal. Estaba a punto de enviar a alguien a ver cómo estaba.

La presidenta le hizo una pequeña mueca.

—Estoy bien, gracias. ¿Me traería una taza de café?

La señora Burnside giró la cabeza con brusquedad. Se la quedó mirando durante varios segundos.

—¿Café? ¿No quiere té?

—Me vendría bien algo más fuerte. Me he levantado un poco aturdida.

La señora Burnside siguió mirándola fijamente mientras se dirigía a la puerta de la despensa.

—¡Maisie! —gritó sin apartar la vista de la presidenta—. ¿Puedes traerle una taza de café a la señora MacBain?

—¿Quiere leche? —preguntó una voz.

—No, gracias, Maisie. Café solo —le respondió a la voz incorpórea.

La inquietud de la señora Burnside iba en aumento. Primero, nada de desayuno y, después, una taza de café en lugar de té.

—¿Seguro que se encuentra bien? ¿Qué pasó ayer?

—Es una historia muy larga. No sé ni por dónde empezar...

Maisie le entregó una taza de café y la señora MacBain se dirigió a su despacho. Se acomodó en su butaca favorita junto a la chimenea y sorbió el café amargo.

¿Qué iban a hacer? La coartada de Cecil, junto con lo que recordaban los lacayos, exoneraban al coronel de la muerte de la señora Blackwood. Pero había agredido a la señorita Wen y luego le había robado las ganancias a la difunta señora. Jarvis podía imputarle muchos cargos al coronel, siempre y cuando lo encontraran.

Pero el principal problema seguía sin resolverse. Carecían de un sospechoso razonable. Quizá el inspector tenía razón: lo estaban complicando todo demasiado. Podría haber sido uno de los otros chantajeados. Sacó un papel y un bolígrafo y escribió la lista de nombres a medida que los recordaba.

Lady Beaumont, un hijo del conde de Carrick, lady Matthews. ¿Quién más? Lord Burridge, ¡cómo no! ¿La señora McCready? «Dios

mío, ¿qué habrá hecho esa mujer? Si está medio senil», se extrañó la presidenta.

Los ordenó y decidió empezar por lord Burridge. En cuanto a los tres hijos del conde, no sabía a cuál era más probable que hubieran sorprendido haciendo algo sórdido. Eran todos tan desagradables... Y una bata de caballero podía confundirse perfectamente con una de mujer.

Le dio jaqueca. Dejó la pluma y bebió otro sorbo de café. Estaba segura de que el asesino se había quedado con el bastón, pero Sadie no lo había encontrado en la habitación de ninguna de las víctimas de chantaje. Si no lo habían guardado (sería una prueba irrefutable), ¿qué habían hecho con él? ¿Lo habían escondido en Loch Down Abbey? ¿Lo habían dejado en algún lugar del bosque? ¿Lo habían tirado al río? Dios santo, a esas alturas ya estaría camino de Oban. Un golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—Hay alguien que quiere verla, señora MacBain. La he acomodado en la sala serbal.

—Gracias, Tommy. Ahora mismo subo. —Dio un último sorbo a su café y se guardó la lista en el bolsillo de la falda. Ya habría tiempo para aquello.

Sentada en la sala serbal, en los asientos junto a la ventana, la esperaba Imogen.

—Oh, buenos días, Imogen. Me alegro de que esté aquí, la verdad. ¿Podría preguntarle a Lawlis si sabe dónde están los Dunbar-Hamilton? Debemos hacerles saber lo de Hugh.

—Ya se está ocupando de eso, no se preocupe. —Dejó una carpeta sobre la mesa, la deslizó hacia la presidenta y le lanzó una

seria mirada—. He hablado con Inmigración y con el departamento de registros.

La señora MacBain se quedó sin aliento.

—¿En relación con la señora Blackwood?

—Sí. La mayor parte de lo que le contó era cierto. Se casó con John Blackwood cuando tenía dieciocho años y se mudó a Shanghái. Tuvieron una hija, Abigail Frances Blackwood, que murió a los veintidós años. Está enterrada en Canadá. Pero luego está esto. —Abrió la carpeta y señaló un papel.

La presidenta lo cogió y leyó el contenido dos veces, boquiabierta y mirando alternativamente el papel y a Imogen.

—¿Es cierto? ¡No puede ser!

Imogen frunció el ceño y asintió.

—Los llamé anoche para asegurarme de que no había ningún error.

Ambas se miraron fijamente durante unos instantes.

—¿Significa esto lo que creo que significa? —preguntó Imogen con un hilo de voz.

—Me temo que sí —respondió la señora MacBain con voz hueca.

Imogen la observó con atención.

—¿Y ahora qué hacemos?

La presidenta le dirigió una pesarosa mirada.

—Llamemos a Roddy Jarvis.

Imogen, el inspector y la señora MacBain esperaron en silencio fuera de la *suite*. Al fin, el señor Cooper abrió la puerta.

—Buenos días, señor Cooper. ¿Podemos pasar?

Ligeramente confundido, asintió en silencio y los dejó entrar en la *suite* Stuart. Todavía llevaba puesta su bata, de un pálido color avena.

—¿Quién es, cariño? —preguntó la señora Cooper desde su vestidor.

—Es la señora MacBain.

Cuando la señora Cooper entró en la sala de estar, la sonrisa desapareció de su rostro. Tragó saliva.

—Por favor, siéntense.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Cooper, percibiendo la tensión, pero sin entender nada.

—Se trata de la señora Blackwood.

El señor Cooper puso cara de desconcierto.

—¿La difunta?

—Sí —respondió la presidenta—. Usted se marchó temprano del baile, ¿verdad?

—Eh..., sí. Creo que subí a eso de la una, después del resopón.

—¿Y durmió en su vestidor?

La señora Cooper soltó un grito ahogado.

—¿Por qué lo pregunta?

La señora MacBain miró al señor Cooper.

—¿Durmió en el vestidor?

El señor Cooper la miró fijamente durante unos instantes, tratando de averiguar por qué quería saberlo. Tras un breve silencio, le respondió:

—Sí, así fue. Quería que Emily se divirtiera. Era su primer baile y deseaba que se quedara todo el tiempo que se le antojara.

—Entonces, no la vio entrar esa noche, ¿verdad?

—¿Qué? Eh..., no.

—De modo que ella tampoco lo vio a usted. —La miraron confundidos—. Ninguno de los dos tiene una coartada válida para la hora en que asesinaron a la señora Blackwood.

El semblante de confusión del señor Cooper se vio reemplazado por una mirada cautelosa.

—¿Por qué demonios necesitaríamos coartadas? ¡Si apenas la conocíamos!

—Eso no es del todo cierto, ¿verdad? —preguntó la presidenta con un hilo de voz mirando a la señora Cooper.

Se hizo el silencio mientras las mujeres se miraban entre sí. La señora MacBain le entregó a la señora Cooper un trozo de papel doblado y el pasaporte canadiense de la señora Blackwood.

—¿Le gustaría decírselo? Supongo que él no lo sabe.

El señor Cooper las miró a ambas confundido.

—Decirme ¿qué? ¿Qué pasa aquí? —La señora Cooper se quedó observando el papel durante unos largos instantes y luego miró a su marido hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué es eso? —preguntó él con cierta brusquedad.

—Es un telegrama de la embajada canadiense. —La señora Cooper miró a su marido con remordimiento—. Dice que la señora Blackwood era mi abuela.

—Pero me dijiste que no tenías familia. —Desconcertado, el señor Cooper luchaba contra sus emociones—. Dijiste que creciste en un orfanato.

—En un convento. No es lo mismo.

—¿Nunca conoció la identidad de su familia? —preguntó la señora MacBain.

—A mi madre la enviaron al convento como castigo por quedarse embarazada de mí. Y allí me crio. Así que la conocía a ella, pero a nadie más. Hasta que llegamos aquí.

—¿Cómo conoció a la señora Blackwood...?

—No la conocí, al menos al principio. Por eso me evitaba como a la peste a pesar de mis esfuerzos por hacerme amiga suya.

—Los dolores de cabeza —murmuró la presidenta.

—Y entonces, una noche, la oí decirle a su sobrino que se iban a marchar de Loch Down después del baile. Cedí al pánico. Consciente de que sería mi última oportunidad para averiguarlo, le envié una nota pidiéndole que nos reuniéramos. No recibí respuesta, así que pensé en abordarla en el baile, pero no asistió. O eso creía yo, porque entonces vimos a su sobrino salir de aquella sala. ¿Lo recuerda?

—Oh, sí. Me acuerdo —jadeó la señora MacBain.

—Y pensé que, si él estaba allí, ella no andaría lejos. Porque nunca se separaban, ya sabe. Le di a usted las buenas noches, pero no me fui a dormir. Volví a hurtadillas y escuché detrás de la puerta. Oí una voz de mujer, así que salí al jardín para asegurarme de que era ella. En efecto, lo era. Como la vi hablando con lord Inverkillen, esperé y, cuando él se marchó, ella se quedó allí sentada, en espera de algo, así que entré por las cristaleras.

—Fue su última visita.

Ella asintió.

—Parecía como si me estuviera esperando.

—Cuéntenos qué pasó cuando entró en la sala.

LA NOCHE DEL BAILE

—Sé quién eres, puedes dejar de fingir —dijo la anciana, sentada en una butaca junto a la chimenea. Se hizo un silencio durante el que ambas se miraron entre sí—. Eres igual que ella, ¿sabes? Es de lo más sorprendente, parece como si no hubiera pasado el tiempo.

La joven cerró en silencio las cristaleras y permaneció callada.

—Supongo que sabes quién soy —dijo con voz fría.

La señora Cooper cruzó la sala y se sentó en el sofá.

—Sí —respondió en voz baja, casi en un susurro.

La anciana asintió y dijo:

—Tengo curiosidad por saber cómo lo supiste. ¿Qué me delató?

Con aire titubeante, la chica extendió la mano hacia el bastón y la anciana se lo entregó.

—Es precioso —murmuró mirando la flor de jade mientras la giraba entre sus manos—, tal y como ella lo describía.

—Debería habérmelo figurado. —Se rio con desdén—. Tu madre estaba obsesionada con mi bastón. Me pidió uno durante años. Fue el único regalo que quiso por su decimosexto cumpleaños.

—Pero en rosa.

—¡Sí! —Sus ojos brillaron—. Sí. Ese fue el momento en que la miré y comprendí en quién se había convertido. Ya no era mi pequeña, sino una mujer, una joven con ideas propias y muy hermosa. Shanghái podía ser un lugar peligroso para las mujeres, así que contraté a Emmett para protegerla.

La chica levantó la cabeza de golpe, con expresión de sorpresa.

—Esa parte no te la contó, ¿verdad? Claro que no. Siempre se esmeraba en seleccionar los detalles de su historia. Sí, Emmett era su guardaespaldas. Mucho mayor que ella y muy experimentado. Aportó excelentes recomendaciones. Eso fue antes de que supiera lo malvada que se había vuelto.

—¿Malvada? No eres la más indicada para criticar —espetó la chica.

—Mira, me casé con alguien de este negocio cuando era tan joven e ingenua como tú ahora. Cuando me quise dar cuenta de los tejemanejes, ya era demasiado tarde y tenía una hija pequeña en quien pensar. ¿Qué podía hacer?

—Podrías haber vuelto con tu familia a Canadá y haberles contado quién era él.

—Ay, querida, eran otros tiempos, y muy distintos. La vergüenza habría recaído sobre mí por dejarlo. Y esa vergüenza se habría extendido a mi hija y a mi familia. Habría arruinado la vida de todos. No, esa opción, con el consiguiente escándalo, nunca la contemplé. Tuve que hacer de la necesidad virtud.

—¿Y hacer de la necesidad virtud implicaba dirigir un fumadero de opio durante treinta años? —No se lo podía creer—. Le arruinaste la vida a mucha gente, incluida tu hija.

—Oh, no, eso se lo buscó ella solita. —Su voz se endureció de pronto—. No te atrevas a culparme por eso.

—Era una chica de dieciséis años cuyo único pecado había sido enamorarse locamente.

—Aquello no era amor, dijera ella lo que dijera. Era rencor. Sedujo a un sirviente solo para enfurecerme.

La chica se sintió ofendida.

—Por favor, no seas tan protectora. —Se levantó de un salto del sofá y se acercó a la chimenea, con la vista clavada en la rejilla vacía —. Me enteré cuando se quedó embarazada y vino llorando a pedirme que lo arreglara. Como si pudiera hacer que desapareciera. ¡Ay, vaya una niña! Cada vez que lo recuerdo me sigue dando rabia. —Se dio la vuelta para mirar a la joven y soltó un tenso suspiro—. No tienes ni idea de lo duro que trabajé por ella, para que nos aceptaran en la buena sociedad. Me llevó años de adulación, sobornos y chantajes descarados, pero lo conseguí. Lo hice para que pudiera ir a buenos colegios, conocer a la gente adecuada y dejarse ver en los lugares apropiados. La tenía prácticamente comprometida con un príncipe eslavo. ¡Habría sido reina! Pero no, ¡estaba enamorada! Quería casarse con Emmett y tener un hijo suyo. —Los ojos le ardían de desprecio.

—Así que, la enviaste a un convento en Canadá, dirigido por la mujer más sádica sobre la faz de la Tierra.

—¡Cómo te atreves! —Se giró con brusquedad y gritó—: ¡Esa mujer es mi hermana!

—¿Sor Thomasina es tu hermana? —exclamó la joven, visiblemente conmocionada. Miró a la anciana con un semblante de inequívoco horror.

—¡Ja! Otro detalle que, por lo que se ve, a tu madre se le olvidó contarte —explicó con una cruel sonrisa—. Solo podía confiar en Tommy para enterrar el escándalo, así que la envié lejos antes de que se fugara con Emmett.

—Fue muy cruel con mi madre.

La anciana se limitó a chasquear la lengua con impaciencia.

—Tuvo suerte de que Tommy la acogiera. Tu madre se buscó la vergüenza y el escándalo ella solita. Arruinó cualquier posibilidad de conseguir un matrimonio y una vida respetables. Si hubiera sido mínimamente decente, no nos habría puesto a nadie en la situación en que nos puso.

—Un juicio un poco exagerado y moralista viniendo de una traficante de drogas.

—Pues es lo que hay. Es la única regla estricta entre las clases altas: que no te pillen.

—¿La echaste —preguntó con voz entrecortada— porque se dejó pillar?

—La eché porque era una mujer que se dejó pillar. —Se movió rápidamente y caminó nerviosa detrás de las sillas—. Las mujeres no sobreviven a ese tipo de escándalos. Un hombre puede tener diez hijos bastardos y seguir siendo acogido como un héroe, pero a la mujer siempre se la tratará como a alguien vil y despreciable. Ella sola carga con el escándalo. Así que decidí mandarla a Canadá con mi hermana, para que la cuidaran y me la devolvieran una vez que hubiera dado a luz. La verdad es que podía explicar un largo viaje al extranjero, pero ¿un bebé? No.

Se puso de pie de un salto y se volvió hacia la anciana.

—Te aseguro que no la cuidaron. —Durante unos instantes, las mujeres cruzaron una dura mirada—. La atormentaron, la acosaron y la avergonzaron. Crecí oyendo a diario que mi madre era una puta y que iría al infierno. A tu hija no la cuidaron, la torturaron.

—Era libre de marcharse en cualquier momento y volver a casa, pero decidió quedarse.

—No, lo hizo por mí. Decidió quedarse porque no quería darme en adopción. Tú la condenaste a una vida de miseria y te quedaste tan pancha, pero ella no iba a hacerme lo mismo a mí.

—Oh. —La anciana la miró con frialdad—. Pero sí que lo hizo, ¿no?

La chica se echó hacia atrás, aturdida como si le hubieran dado un puñetazo. Se estabilizó con el bastón y respiró con dificultad. Las lágrimas le salpicaban las mejillas.

—No podía soportar más los abusos. ¿Tienes idea de lo destrozada que estaba? —La anciana se quitó un pelo invisible de la manga—. Por supuesto que sí. Sor Thomasina te mantuvo bien informada. Monstruos, eso es lo que sois las dos. —Caminó deprisa hacia la puerta y se detuvo, volviéndose hacia la anciana—. ¿Alguna vez pensaste en cómo era mi vida? También me dejaste allí para que me pudriera.

—Te dejé allí para que recibieras una educación y no cometieras los mismos errores que ella. —Cruzó la habitación y susurró con un gruñido—: Te dejé con Tommy porque eras la última esperanza de sacar algo bueno de aquella situación.

—¿Sacar algo bueno? No había nada bueno en la situación. —Se alejó de la anciana y le lanzó una mirada repulsiva—. Tu hermana acosó a tu hija hasta la muerte, hasta que se suicidó porque no aguantaba más.

—Se suicidó porque era lo correcto.

La conmoción la hizo jadear y retorcerse.

—¿De verdad crees que te habrías casado tan bien si ella siguiera viva? —La anciana la miró con aire imperioso—. Pues no. Te hizo un favor.

—¿Un favor? —Las palabras se le escaparon en un susurro hueco. Se levantó lentamente y miró a su abuela. La anciana se la quedó mirando, sin comprender, sin que ninguna de las dos supiera muy bien cuándo había penetrado el arma en su estómago.

—No... te... dejes... atrapar —la conminó, esforzándose por pronunciar las palabras mientras se desplomaba en el suelo y su vida se desvanecía.

Permanecieron en silencio durante un largo rato, asimilando el relato que acababan de escuchar.

—¿De dónde sacó el cuchillo? —preguntó la señora MacBain con delicadeza.

La señora Cooper volvió bruscamente al presente.

—¿Cómo?

—Que de dónde sacó el cuchillo —repitió despacio la presidenta.

—¿Eh? Oh. —La señora Cooper parecía un poco en estado de trance. Se levantó y se dirigió al armario. Oyeron un ruido y luego reapareció, sosteniendo el bastón de la señora Blackwood. Lo tomó en la mano, lo retorció y sacó la flor. Se la puso en la palma de la mano y la levantó para que todos la vieran. Un estilete oculto brillaba a la luz—. Esto era lo que la protegía, no el bastón.

—¿Cómo demonios lo supo? —preguntó Jarvis desconcertado.

—Me lo dijo mi madre —respondió ella con sencillez. Miró a su marido y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos—. Oh, cariño, lo siento mucho. No quería que pasara nada de esto. De verdad que no.

El señor Cooper miró a su esposa, pálido y en silencio, horrorizado.

—Debes creerme. —Se arrodilló frente a él y lo miró con sinceridad—. No tenía ni idea de que estaba viva hasta que vi el bastón. Necesitaba comprobar que era ella, que era mi abuela, la persona que había ignorado a mi madre.

—¿Por eso quiso conocerla? —preguntó la señora MacBain.

—Sí. Tenía que saber si de verdad era mi abuela y, si lo era, quería enfrentarme a ella por lo de mi madre. No esperaba que fuera tan insensible, tan cruel. Me impactó descubrir que su propia hija no le importaba un rábano. No supe que la había apuñalado hasta que cayó al suelo.

La presidenta preguntó con delicadeza:

—¿Y cuándo se dio cuenta de ello?

La señora Cooper pensó durante un momento, con la mirada perdida en el pasado.

—Entré en pánico. Limpié el arma con su falda y la volví a guardar en el bastón. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había manchado el vestido de sangre, así que cerré las puertas con llave, corrí las cortinas y lo quemé en la chimenea.

La señora MacBain asintió, recordando las cenizas en la rejilla.

—Sí, me pareció extraño. Esa noche hizo demasiado calor como para encender la chimenea.

—No podía arriesgarme a que lo descubrieran.

—¿Y entonces qué hizo?

—Esperé y traté de averiguar cómo salir de allí. Esperaba que hubiera una puerta de servicio, como las que había visto en tantas otras salas, pero no encontré ninguna. No podía salir al jardín. ¡Aquí

amanece muy temprano! No me quedó más remedio que esperar a que los lacayos expulsaran a los jugadores. Cuando los oí marcharse, esperé unos minutos, hasta estar segura de que todos se habían ido, y salí a hurtadillas, cerré las puertas tras de mí y me fui por la escalera de servicio. Enterré la llave en un cubo de incendios y regresé aquí.

—¿En combinación?

La joven asintió. Eso era lo que Cecil había visto: no un vestido, sino una combinación.

—Corrió un gran riesgo al usar la escalera de servicio. ¿Y si alguien la hubiera visto?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Es que no había planeado nada de esto. Solo quería hablar con ella. Lo que pasa es que... todo se descontroló —explicó al borde de las lágrimas.

—Por eso querías que nos fuéramos —dijo el señor Cooper con voz hueca—. Esa mañana insistías en que volviéramos a París.

—Sí. En el fondo, esperaba que pudiéramos irnos antes de que la encontraran. Es una zona apartada del hotel y las puertas estaban cerradas con llave. Su personal es demasiado eficiente, señora MacBain. —Volviéndose hacia su marido, sonrió mientras las lágrimas le caían por la cara—. Te quiero, Alistair, y deseaba tener hijos contigo, de veras. Siento haberlo estropeado todo.

—¡Oh! —gritó la presidenta, que se lanzó hacia delante para agarrar a la chica antes de que se desplomara en el suelo—. ¡Llamen al médico! —Pero ya era demasiado tarde. Su sangre se extendía lentamente desde la flor de jade por su camisón rosa pálido.

TERCERA PARTE

SIETE DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO

Esa tarde, la señora Burnside le llevó a la presidenta las comandas de desayuno que incluían huevos pasados por agua. Como se esperaba la señora MacBain, eran bastantes.

—Me había olvidado. —Esbozó una sonrisa—. Se lo agradezco profundamente.

—¿Puede decirme para qué las quiere? —preguntó la señora Burnside, curiosa.

La presidenta la miró y se preguntó por dónde empezar.

—Cuando las cosas se calmen, tal vez. Ahora mismo no tengo fuerzas.

La señora Burnside tuvo la delicadeza de no mostrar su desilusión. Cerró la puerta suavemente y dejó a la señora MacBain con su pila de comandas.

Poco a poco, las revisó, colocándolas boca abajo a medida que las leía. Cuando llevaba unas tres cuartas partes, se detuvo. «Sí —pensó —, ya me lo imaginaba. Bueno, ¿y ahora qué?». Apartó uno de los papeles y revisó el resto. Se recostó y valoró qué hacer a continuación.

Huésped: Comandante Cecil Ogilvy-Sinclair
Habitación: Serramuir, primera planta oeste
Hora: 8:15
Morcilla
Beicon

Champiñones
1 huevo pasado por agua (3,5 min)
1 tostada, pan blanco
Té

Oh, comandante. ¿Habría tenido el descaro de quedarse con un objeto tan valioso, que a todas luces había caído en sus manos por error, y callárselo? ¿De verdad tenía tan pocos escrúpulos? Con diferencia, parecía lo más arriesgado que Cecil había hecho en su vida. En comparación, robarle un objeto de plata a su propia familia era una insignificancia.

Soltó un profundo suspiro, consciente de que sería casi imposible demostrar que el rubí obraba en manos del comandante. ¿Cómo diablos iba a gestionarlo? «Bueno, tal vez —pensó—, solo por esta vez, no sea un asunto de mi incumbencia». Miró por la ventana, sumida en sus pensamientos. Cuando el reloj dio la hora, se levantó lentamente, apiló las comandas y las guardó en el fondo del cajón superior de su escritorio. Si Roddy Jarvis se las pedía, ya se las mostraría.

El albacea de Edmund, el señor Rosemont, era un hombre de clase superior. Lady Georgina lo supo con solo mirarlo: un traje excelente, zapatos perfectos y modales impecables. Y, a juzgar por su comportamiento, podían relajarse un poco. La matriarca sirvió el té.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación. Debo decir que no tenía ni idea de que Loch Down Abbey fuera tan grandiosa.

Lady Georgina se rio mientras le pasaba su taza. Bella puso los ojos en blanco. Hubiera preferido no sentarse a tomar el té, pero

lady Georgina impuso su criterio. A juicio de Bella, el té solo serviría para alargar un trámite que preveía penoso.

—Bien —dijo el albacea directo al grano, para alivio de Bella—, necesitaré una copia del certificado de matrimonio. Es una formalidad, pero hay que verificar la unión.

—¿Por qué? —preguntó Fergus.

—Su testamento es anterior al matrimonio e instituye a «cualquier futura esposa» como heredera universal.

—Qué previsor por su parte —dijo lady Georgina, bastante divertida por lo precavido que había resultado Edmund—. ¿Y si no se hubiera casado?

—Todo volvería a su familia, por supuesto. —Cogió plácidamente su taza de té y dio un sorbo. Chino, le pareció. ¿Oolong, quizá?—. Bien, ¿puedo ver el certificado?

Se hizo una incómoda pausa. Al mirar por encima de su taza, el señor Rosemont vio que los Inverkillen intercambiaban miradas de desconcierto.

Bella rompió el silencio:

—Edmund no tiene familia, señor Rosemont. Es una de las razones por las que me casé con él. Bastante tengo ya con esta parentela.

Su abuela y su hermano se volvieron hacia ella, a todas luces ofendidos. Rosemont dejó la taza sobre la mesa, con expresión consternada. Hojeó algunas páginas y al fin asintió.

—Sí, aquí está. Su madre aún vive: Graciela Santa Rosa de la Paz de Martin. Vive en la casa de Madrid.

—¿En la casa?

—¿Su madre?

—¿Madrid?

Se hizo otro incómodo silencio, que rompieron todos a la vez.

—¿A qué se refiere con Madrid...? ¿Madrid de España...? ¿Era español...? ¿Tú lo sabías, Bella...? Yo desde luego que no... ¿Quieres decir que nunca te dijo que tenía familia?... Pensaba que era huérfano... ¿Sabías que era español...? ¿Cómo podía ser funcionario de Exteriores si era extranjero...? Nada tiene el menor sentido... ¿Por qué iba a comprar una casa en España si vivía en Shanghái...? Nunca me habló de España. ¿Quién es esa madre con ese nombre tan ridículo...?

El señor Rosemont iba de una pregunta a otra, tratando de responder, pero no le dejaban meter baza. Lawlis, que había sido objeto de los aluviones de preguntas de los Inverkillen en numerosas ocasiones, se rio para sus adentros y, acto seguido, levantó la mano para pedir silencio.

—¡Por favor! —gritó—. Si dejan hablar al señor Rosemont, responderá a sus preguntas.

Se calmaron y, después de parpadear un par de veces, el señor Rosemont se recompuso.

—Lady Martin, ¿entiendo que ignoraba que Edmund era medio español?

Bella no ocultó su sorpresa.

—No. No lo sabía.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Cómo puedes saber tan poco sobre el hombre con quien te casaste? —se extrañó lady Georgina.

—¿Eh? Pero si dijo que había ido a Eton y Oxford. No hay nada más inglés que eso.

—No, por supuesto que no —murmuró lady Georgina. Le lanzó una mirada astuta a Rosemont—. A menos que mintiera...

—No, no —aseguró el señor Rosemont—. Estudió en Eton y remó en Cambridge. Su padre era inglés, y su madre, española. Llevé los asuntos de lord Neville hasta que falleció (era bastante mayor que su esposa), y Edmund, como hijo único, heredó sus propiedades.

Los Inverkillen asimilaron la información. Fergus cogió una galleta de jengibre y la mordisqueó pensativo.

—¿Y se trata de un patrimonio considerable? —preguntó lady Georgina con esperanza.

—No quisiera especular sobre qué entiende usted por «considerable», lady Georgina —repuso el albacea, mirando a su alrededor—, pero incluye la casa de Madrid, que tengo entendido que preside una de las principales plazas de la ciudad.

Lady Georgina hizo un ruido de admiración.

—La casa y los terrenos en Inglaterra se vendieron y los fondos resultantes se invirtieron en una cartera de acciones y valores.

Bella levantó la vista con entusiasmo.

—Pero era un inversor muy cauteloso: prefería operar a largo plazo y le tenía aversión a la especulación financiera.

—Pero yo pensaba que la especulación financiera era la razón por la que uno se dedicaba a la política —dijo lady Georgina con tono serio. Lawlis y Rosemont la miraron sin comprender—. Para obtener información privilegiada sobre en qué invertir y así no arriesgar la fortuna familiar. Es de sentido común.

Desconcertado, Rosemont se giró hacia Lawlis, quien, por su parte, exhalaba lentamente.

—Eh... —titubeó Fergus, apartando su confusa mirada de su abuela y dirigiéndola al señor Rosemont—. ¿Dice que hay una casa?

—Sí. —Volvió a hojear los papeles—. Sí, está en el barrio de Salamanca, pero me temo que no sé mucho más. La señora Martin reside allí en la actualidad y creo que tiene contratado bastante personal.

Lady Georgina murmuró algo en señal de aprobación.

Pasó unos minutos detallando las inversiones, que eran sólidas pero no brillantes, varias cuentas con pequeñas rentas vitalicias, pólizas de seguro de vida y la pensión del Ministerio de Asuntos Exteriores. Al parecer, Bella tendría unos ingresos modestos pero estables. Fergus suspiró aliviado.

—Y luego están los viñedos —añadió el albacea.

—¿Viñedos? —preguntó Fergus.

—Sí, a las afueras de Madrid tienen un viñedo que produce un tinto de notable calidad. Cada año recibo una caja de aguinaldo. Sin embargo, no tengo claro si se trata de una empresa comercial. Edmund nunca obtuvo ningún ingreso de ello, así que siempre he dado por sentado que producen exclusivamente para el consumo de la familia.

—Quizá podamos servirlo en el restaurante —sugirió Fergus.

Rosemont dudó.

—Si sobreviven los viñedos.

—¿Si sobreviven? ¿Y por qué no iban a sobrevivir? —preguntó Bella.

La pregunta dejó perplejo a Rosemont. Miró boquiabierto a Bella durante un momento, antes de aventurar una respuesta:

—¿Por la guerra?

—¿La guerra? ¿Qué tiene que ver la guerra de Shanghái con España? —se extrañó Bella.

Rosemont la miró con incredulidad. «Tiene que haberlo leído en los periódicos», pensó. Respiró hondo y dijo:

—La guerra civil española, lady Martin. Madrid lleva sitiada desde el año pasado. —No hubo respuesta. Se volvió hacia Fergus—: Una vez terminada la guerra, podremos evaluar lo que queda de los viñedos, pero, hasta entonces, no se sabe qué sobrevivirá a los combates.

—¿Me está diciendo —dijo Bella lentamente, tratando de controlar sus emociones— que he perdido dos casas en dos países diferentes debido a dos guerras distintas, ninguna de las cuales tiene nada que ver conmigo?

Rosemont asintió a regañadientes. Era una coincidencia extraordinaria.

—Bien, si me proporciona el certificado de matrimonio, puedo adelantarle algunos fondos. —Tomó otro sorbo de té. Sí, sin duda era oolong. Le gustaba.

Bella lo miró parpadeando, con horror silencioso en su rostro.

—No lo tengo. No se me ocurrió traerlo. Todo sucedió muy rápido.

—Ah, eso complica las cosas. —Vio que las lágrimas se agolpaban en los ojos de la viuda—. No se preocupe. *Complicar* no es la palabra adecuada. Si me facilita la fecha y el lugar de la boda, puedo conseguirlo. Pero puede que tarde una semana o dos.

—Mientras que pueda hacerlo, poco importa si es esta semana o la que viene —terció lady Georgina—. A menos, claro está, que tarde varios meses. Ya ha estado en el limbo el tiempo suficiente.

Rosemont evaluó a Bella con atención.

«Sí —se dijo—, desde luego que está en el limbo».

A primera hora de la mañana, Jarvis había enviado a un agente para comunicar a los huéspedes que podían marcharse, y casi todos salieron en desbandada. La señora MacBain se preguntó vagamente por qué el inspector no había acudido en persona, pero supuso que andaría muy ocupado. Ella desde luego que lo estaba. Observó con inquietud el caos que se produjo. A la hora del té, quedaban muy pocos huéspedes en Loch Down Abbey. Tras una tranquila cena, los Inverkillen pasaron al salón azul. En medio del silencio, casi les daba la impresión de volver a encontrarse en su hogar.

—¿Una partida de *bridge* esta noche, mamá? —preguntó Cecil.

—¿Eh? Oh, no —respondió ella mirándolo—. No soporto la idea de no jugar con la señora Blackwood. Era una jugadora excelente. Supongo que de ahora en adelante mis ganancias serán muy magras.

Nadie se dignó a precisar que, más que una jugadora excelente, la anciana señora Blackwood era una tramposa de tomo y lomo.

Cecil se dirigió a su sobrino:

—¿Billar, Angus?

Angus se levantó y apagó un cigarrillo.

—Me temo que no. Me voy a primera hora de la mañana.

Los Inverkillen expresaron su sorpresa al unísono.

—¿Te vas? ¿Adónde vas? —Fergus al fin logró preguntar, con la sorpresa reflejada en su rostro.

—Me dirijo a Nueva York con el señor Rosenthal, que me ha ofrecido un trabajo.

Lo acribillaron a preguntas:

—¿Un trabajo...? ¿En Nueva York...? ¿Ni siquiera nos lo ibas a decir...? No puedes vivir en Estados Unidos... ¿Cuándo ha pasado...? Supongo que pensaste que con enviarnos una postal ya nos dábamos por enterados... ¿Y los niños...? ¿Qué tipo de trabajo...? Espero que no sea de entrenador de tenis...

Angus esperó a que se calmaran y prosiguió:

—El señor Rosenthal es dueño de un hotel, que está bastante de moda por lo que tengo entendido.

—Pero ¿qué vas a hacer allí, Angus? —preguntó lady Georgina.

—La verdad es que no lo tengo del todo claro. Quiere que sea el aristócrata residente. «Convertir el garito en un sitio con clase», esas fueron sus palabras. Viviré en el hotel, me pagará un sueldo y yo simplemente... pasaré el tiempo allí como lo hago aquí.

—¿Eso es un trabajo? —preguntó Cecil, incrédulo, pero sobre todo celoso.

—Le atrae la idea de que los huéspedes alternen con un conde.

—¿Así que vivirías y trabajarías en el hotel? Resulta claustrofóbico —comentó lady Georgina, que se subió el chal hasta los hombros.

—¡Ah, aquí están todos! —El señor Rosenthal entró en el salón derrochando encanto—. ¿Ya se lo ha dicho, Angus?

—¿Tiene un hotel? —preguntó Fergus, molesto por no saberlo y que Angus sí lo supiera.

—Sí, cerca del parque. —Como nunca habían estado en Nueva York, ninguno de ellos entendía a qué parque se refería y lo miraron sin comprender—. Es un poco como tener vistas a Hyde Park en Londres. —Más miradas perdidas—. Y, además, inauguraré un

segundo hotel el año que viene, así que espero verlos mucho más a menudo.

Fergus sintió que se le entumecía la mano y por poco se le cayó la copa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—He comprado la finca Dunbar-Hamilton.

Lady Georgina y Cecil se tomaban una copa en el salón de Thistledown Cottage. Comentaban las últimas noticias sobre Angus.

—Bueno, estoy muy orgullosa de Angus por haber encontrado por fin una forma de mantenerse. Pero me preocupa que adquiera los groseros modales propios de los norteamericanos.

—La verdad es que dudo que eso vaya a suceder, mamá. —Hizo girar el líquido para admirar su color al contraluz del fuego—. Al menos, no por un tiempo. Cuando venga de visita, puedes recordarle su herencia.

Desde que Angus anunció su aventura, la mente de lady Georgina había estado ocupada con su hijo. Allí estaba, de vuelta en Loch Down y sin prisas por regresar a Londres con su esposa. Había observado con cierta preocupación cómo se comportaba con las viudas adineradas que se alojaban en el hotel. Ya había presenciado esa actitud: así fue como conoció a su primera esposa.

—Cecil, ¿va todo bien entre Eva y tú? —preguntó mientras bebía un sorbo de jerez sin apartar los ojos de su rostro.

—¿A qué te refieres? —preguntó él con cautela.

Ella dejó la copa sobre la mesa y lo miró.

—Me preocupa que tu matrimonio haya terminado.

Cecil se sorprendió por su franqueza. No había mucho margen para evasivas, como ella bien sabía. Valoró la posibilidad de mentirle, pero la descartó de inmediato. Era muy posible que pronto necesitara alojarse en Thistledown Cottage y no le convenía enemistarse con su madre, pues casi no le quedaba nadie más a quien recurrir. Dio un profundo suspiro y se sentó frente a ella.

—Eva me ha pedido el divorcio.

—Y has vuelto a casa para lamerte las heridas. —No lo dijo con malicia, pero a él le dolió—. Oh, Cecil, ¿qué vas a hacer?

—Lo cierto es que siempre caigo de pie —dijo con cierta irritación.

—No, Cecil, no es así. Caes encima de otra gente, de gente más rica que tú.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Ay, Cecil —dijo ella con un chasquido de lengua—, no tengo ninguna duda de que el padre de Eva protegerá sus bienes como un león, y tú, una vez más, te quedarás sin un penique y sin hogar. Suena trágico, pero es la situación en que te encontrabas antes de casarte con Eva. No tienes talento para la caza de fortunas, pienses lo que pienses. Para serte sincera, no puedo verte pasar por eso otra vez. Es hora de que encuentres otra fuente de sustento.

Cecil la miró boquiabierto.

—Necesitas una fuente de ingresos independiente, Cecil. No sé cuál ni cómo puedes lograrla, pero tienes que centrar tus muchas energías en eso, no en buscar otra esposa. Yo no voy a ser eterna, ya lo sabes, y me gustaría irme de este mundo sabiendo que puedes valerte por ti mismo.

Permanecieron en silencio durante un buen rato mientras Cecil asimilaba las palabras de su madre. Lady Georgina lo observó con

atención para ver si había calado el mensaje, pero, cuando él se excusó y salió del salón, no estaba segura de que así fuera.

OCHO DÍAS DESPUÉS DEL ASESINATO

Como el señor Rosenthal y Angus se marchaban en el primer tren, Fergus había subido temprano al hotel para despedirse. Estaba en el despacho con la señora MacBain, contándole los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Que compró la finca Dunbar-Hamilton? ¿Cuándo?

—Es una historia con bastante injundia. Cuando los padres de Hugh se marcharon, emigraron a Canadá y conocieron...

—¿Al señor Cooper? —preguntó ella incrédula.

—Sí. Es el mayor productor de whisky de Canadá y quería utilizar la finca para elaborar «escocés», como lo llama él.

—Por eso andaba siempre rondando por el bosque.

—Sí. Espiaba a Ross para ver cómo lo hacía, inspeccionaba la finca y comprobaba que podía utilizar el río. Pero entonces, después de lo que pasó con su esposa, el señor Cooper le confesó al señor Rosenthal que no quería ver este lugar ni en pintura, así que este le hizo una oferta por la propiedad.

—¿Así sin más? —exclamó la presidenta—. ¿Tomando whisky después de cenar?

—Así sin más. Al parecer, el señor Rosenthal pertenece a una de las familias más ricas de Nueva York.

La señora MacBain se quedó atónita. ¿El señor Rosenthal era rico? Desde luego, no actuaba como la gente acaudalada que ella conocía, la que se alojaba en Loch Down Abbey. Al contrario, era amable,

considerado y sensato. La mayoría de la gente de clase alta con quien había tratado era fría, arrogante y, la verdad, bastante grosera. Sacudió la cabeza, desconcertada por el descubrimiento.

—¿Y ahora va a abrir un hotel aquí al lado? —Eso le preocupaba mucho.

Fergus asintió, igualmente intranquilo.

—Lo llama un «hotel hermano». Enviará aquí a sus clientes del establecimiento de Nueva York y viceversa.

—¿Y hay sitio en Loch Down para dos grandes hoteles? —preguntó ella.

Fergus se encogió de hombros.

—Bueno, ya veremos. No ofrece actividades de caza ni tiro, así que conservaremos gran parte de nuestra clientela. Y no tienen salón de baile, que yo recuerde.

—Si le digo la verdad, no ardo en deseos de organizar otro baile.

Fergus asintió con una mirada irónica.

—Tendrá que hacer reformas, lo que nos dará algo de tiempo. Tiene grandes planes en mente: para empezar, una piscina cubierta, además de baños en todas las habitaciones y calefacción central.

—No podemos competir con un hotel moderno —se lamentó preocupada—. Eso, sumado a los rumores...

—Ah, pero se olvida de algo fundamental.

—¿El qué?

—A él se le va a llenar el hotel de norteamericanos. Y a nadie le gusta pasar las vacaciones con ellos.

Bella llevó a la señorita Wen en silla de ruedas hasta la sala serbal. El esfuerzo la dejó con la cara roja y jadeando. La señora MacBain negó lentamente con la cabeza ante aquella lamentable escena. Se adelantó para sujetar la puerta mientras Bella luchaba por abrirla. Cuando por fin hubieron entrado, se giró y señaló a los hombres que estaban en el sofá.

—Señorita Buen, estos caballeros son del Ministerio de Asuntos Exteriores. La acompañarán a Londres y la llevarán al consulado.

Los funcionarios asintieron con un gesto.

Como la señorita Wen parecía preocupada, la presidenta continuó:

—Hemos llamado al Ministerio para verificar su identidad. Puede confiar en ellos.

Tras exhalar un largo y tembloroso suspiro, la joven asintió.

—¿Tiene el dinero? —le preguntó el más alto de los hombres a Bella.

La señorita Wen acarició una maleta que tenía en el regazo.

—Está aquí.

Él la cogió y la dejó con cuidado sobre la mesa de centro. Los dos funcionarios se agolparon alrededor de la maleta, pero la señora MacBain pudo ver a través del hueco que dejaban entre ellos. Jadeó de manera casi imperceptible cuando la abrieron. Resultaba increíble ver tanto dinero junto. Tardaron bastante más de lo que la presidenta habría esperado en contar y transferir los billetes al maletín especial que habían traído consigo. Lo cerraron, echaron los dos candados y uno de los hombres sacó unas esposas.

—¿Me están deteniendo? —preguntó la señorita Wen aterrorizada.

Los hombres se detuvieron y la miraron.

—No. ¿Por qué lo dice? —Ella señaló las esposas y los funcionarios se rieron. —No son para usted, sino para nosotros. Nos esposamos al maletín para el traslado.

—Ah —repuso la joven, no del todo aliviada.

—¿Todo listo, entonces? —preguntó el hombre más bajo. La señorita Wen asintió.

—Caballeros, ¿nos dejan un momento para despedirnos en privado, por favor? —La señora MacBain los acompañó fuera del despacho y cerró la puerta tras de sí. Se volvió y vio que tanto Bella como la señorita Wen la miraban confundidas—. Tengo que preguntarles una cosa, si no les importa.

La señorita Wen la miró con recelo y la presidenta pensó que era entonces o nunca. Se sentó, a la altura de los ojos de la señorita Wen, y respiró hondo.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué quería Edmund el rubí?

La señorita Wen lo pensó y soltó una risita amarga.

—Supongo que ahora ya no importa. Era para financiar la guerra en España.

—¿Qué? —exclamaron la señora MacBain y Bella al unísono.

—Edmund tenía un contacto que podía pasar de contrabando el rubí a España. Allí se vendería y los fondos se utilizarían para comprar armas. Pero la reunión con el contacto era aquí, en Loch Down.

El cerebro de la presidenta comenzó a bullir.

—¿Aquí? ¿Quién era ese contacto? —Contuvo la respiración.

—No estoy segura. Un escritor o periodista que él conocía.

—¡Hugh! —gritó Bella—. ¿Por eso vino Hugh?

—No sé quién era. Mi tarea consistía en custodiar el rubí hasta que Edmund viniera a buscarlo. Solo te dicen lo que necesitas saber, y a mí no me hacía ninguna falta conocer su nombre.

A la señora MacBain le daba vueltas la cabeza. Hugh, que quería ser periodista y que lo tomaran en serio. Todo cobraba sentido. ¿Qué mejor manera de demostrar sus credenciales que proporcionar armas y financiación para una guerra y luego escribir sobre ella?

«Oh, Hugh —pensó—, qué vanidoso».

La presidenta negó con la cabeza, todavía un poco confundida, y preguntó:

—Pero ¿por qué motivo Edmund querría financiar la guerra en España?

—Porque era español por parte de madre.

La señora MacBain miró a Bella, que asintió.

—Yo acabo de enterarme —respondió.

—Y este rubí, ¿de verdad forma parte del patrimonio nacional?

La señorita Wen asintió:

—Oh, sí. Forma parte de la dinastía Qing y se exhibe en el Museo Imperial desde la guerra. Nunca sabré cómo Edmund se hizo con él.

—¿Y si quien lo tiene intenta venderlo?

—Tendría que hacerlo en el mercado negro. Cualquier vendedor legítimo lo consideraría una antigüedad expoliada.

—Entonces, una casa de subastas, como Bonhams, ¿no lo aceptaría? —La señora MacBain contuvo la respiración.

La señorita Wen negó con la cabeza.

—Carece de documentos que acrediten su procedencia y propiedad. Aunque no supieran lo que es, jamás lo comprarían.

—Pero alguien podría guardarlo en su colección privada, ¿no?

Ella lo pensó y asintió.

—Sí, pero sería peligroso. En cuanto el Gobierno chino repare en que ha desaparecido, lo perseguirá sin descanso. Lo mejor que puede pasar es que se entregue al Ministerio de Asuntos Exteriores o a un museo y que luego se devuelva a China. Imagine que alguien viniera a Inglaterra y robara las joyas de la Corona. Pues de eso estamos hablando.

La señora MacBain lo pensó y dudó que alguna vez lo viera. Se levantó y se arregló la falda.

—Entiendo. Gracias, señorita Buen. —Abrió la puerta del despacho, observando cómo Bella gemía y empujaba a la antigua doncella a la armería—. Buena suerte y cuídese.

La señorita Wen le dedicó una sonrisa y, a continuación, se dirigió a los funcionarios de Exteriores:

—¿Vamos, caballeros?

Elspeth tenía las maletas preparadas y estaba lista para partir, pero antes tenía que rematar algo. Mientras se abría paso por el bosque, se preguntaba cómo debía empezar. Esperaba que no hubiera nadie en el patio de la destilería. Cuando al fin llegó, comprobó que, por suerte, así era.

«Deben de estar almorzando», pensó. Se dirigió al despacho y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo una voz ronca.

Abrió la puerta y sonrió, mientras Ross terminaba de escribir.

—¿Dónde está todo el mundo? Fuera no hay ni un alma.

Ross levantó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Están quemando la turba del almacén. —Elspeth ladeó la cabeza con curiosidad—. No quería correr ningún riesgo.

Se produjo un incómodo silencio que Elspeth rompió con un suave carraspeo.

—Lo que dijiste en el baile...

—No, no debería haberte presionado. Era una noche importante para Delphine. Tenías que estar a su lado. Es lo que hacen las madres.

—Llevabas razón. Te estaba evitando.

Ross la miró, entre curioso, dolido y sorprendido.

—El día en que llegué, estaba en la colina junto al nido del águila y vi humo salir de la cabaña. Pensando que eras tú, fui allá, pero no había nadie y la cama estaba sin hacer.

—¿Y llegaste a la conclusión de que no estaba solo? Oh, Elspeth...

—¿Y por qué no? Sería comprensible que tuvieras a alguien con quien construir un futuro. Mi vida está en Francia y eso no va a cambiar. ¿Por qué debería tenerte solo para mí?

—Nunca ha habido nadie más para mí. —Se levantó y cruzó la habitación para estar más cerca de ella—. Sé que no pudiste elegir con quién te casabas. Hace mucho que lo acepté. Pero no hay nadie con quien prefiera estar más que contigo. No puedo negar que me gustaría verte más, pero así es la vida.

—¿Estás seguro? —preguntó Elspeth mirándolo y al borde de las lágrimas.

—Sí. —Ross la tomó en sus brazos—. A menos que me pidas que vuelva a bailar contigo.

En la armería, la señora MacBain observaba partir a los pocos huéspedes que quedaban. No todos habían tenido la suerte, o la rapidez, de conseguir un billete de tren para la víspera. De hecho, los coches del tren de Loch Down nunca se habían visto tan llenos, lo que provocó acaloradas discusiones, acusaciones de saltarse la cola y reservas de asientos falsas. Como consecuencia, dos servicios consecutivos salieron con retraso, problema que el jefe de estación se había tomado muy a pecho. Cuando regresó de su último viaje de la jornada, Lockridge informó de que había tenido que interceder en más de una pelea en el andén. Esperaba que los pasajeros de ese día fueran más razonables.

De vuelta a su despacho, la presidenta oyó que la llamaban entre el bullicio de la sala. Era Imogen, que se abría paso con premura entre los baúles y las maletas.

—¡¿Lo ha visto?! —gritó, mostrándole el periódico local, el *Loch Down Tribune*—. ¡Como lo pille, lo mato!

Se oyó un murmullo entre quienes la rodeaban. Imogen miró a su alrededor e hizo un gesto de disculpa.

—Quizá no sean las palabras más afortunadas, disculpen. —Sacudió la cabeza y murmuró—: Pero una buena paliza no estaría de más.

La señora MacBain apenas la oyó. Se había quedado pálida y le temblaban las piernas. Imogen logró sujetarla justo antes de que se desplomase.

—Vamos a su despacho, ¿le parece? —Imogen condujo a la aturdida presidenta a la sala serbal. La sentó en una silla, la sujetó por los hombros y la miró con aire crítico—. ¿Té? ¿O prefiere brandy?

La señora MacBain levantó la vista del periódico y se limitó a parpadear.

—Brandy, sin duda. —Imogen asomó la cabeza por la puerta y le dio la orden al botones más cercano. Volvió y se sentó frente a la presidenta—. Aún no he tenido ocasión de hablar con el señor Lawlis, pero estoy segura de que podemos demandarlos. Por difamación, por calumnias, por injurias —enumeraba de palabra y con los dedos—, por un montón de cosas. ¡No puede permitirse que publiquen rumores como si fueran hechos!

La señora MacBain volvió a mirar el titular, que le gritaba en letras grandes y en negrita.

SOLO ASESINATOS EN LOCH DOWN ABBEY

Hamish MacTamish

Loch Down. Tras días de rumores, una fuente fiable cercana al corazón de Loch Down Abbey ha corroborado que se produjeron tres asesinatos en el baile de las Highlands.

Preguntado por las muertes, el inspector Roddy Jarvis, del Departamento de Policía de Loch Down, confirma que el cuerpo del honorable Hugh Dunbar-Hamilton, destacado y célebre autor de estas tierras, ha sido encontrado muerto en una cabaña de la finca, así como los de dos mujeres de Shanghái y Canadá.

Al preguntarle si la policía podía garantizar la seguridad de los ciudadanos de Loch Down en los bosques que rodean el pueblo tras los tres asesinatos de la cabaña, el inspector Jarvis respondió:

«¡Oiga! Yo nunca he dicho eso. Yo... Eh..., me he expresado mal. ¡No ha habido ningún asesinato en la cabaña! ¿Me oye? Ningún asesinato en la cabaña, sino una sobredosis accidental de drogas. Los únicos asesinatos se han producido en Loch Down Abbey. Eh, no... Uno fue un suicidio. Pero fue la chica que asesinó a la anciana, que chantajeaba a la gente, así que a lo mejor se lo merecía... Bueno, en resumen, solo ha habido un asesinato en Loch Down Abbey, uno y nada más».

¿Uno y nada más? ¿Se lo merecía? ¿Estamos seguros en nuestro hogar cuando los responsables de protegernos se toman los asesinatos con tanta ligereza? He salido a la calle para recabar la opinión de la gente.

El artículo continuaba, pero no siguió leyendo. Estaba atónita. El inspector no solo había provocado que publicaran «Solo asesinatos en Loch Down Abbey» en el periódico, sino que encima lo había hecho dos veces. Era la cita perfecta para arruinarlos.

La señora MacBain suspiró con aire triste.

—¿Cómo ha podido Roddy ser tan... desconsiderado?

—Los obligaremos a publicar una rectificación —dijo Imogen.

—Ay, Imogen, no serviría de nada. Las rectificaciones se publican en las últimas páginas y en letra diminuta para que nadie pueda leerlas. Además, ¡todo es cierto! —Agitó el periódico con enfado y lo tiró sobre la mesa—. No, el daño ya está hecho, y nuestra reputación quedará arruinada.

Llamaron a la puerta y entró un camarero con una bandeja con brandy. Imogen le sirvió un gran vaso a la presidenta, quien lo tomó y se quedó mirando el líquido.

—Hablaré con Lawlis. Estoy segura de que conoce a los periodistas del *Inverness Courier*. Podemos enviarles nuestra versión y, con suerte, será la que publique el *Scotsman* en lugar de... esta. —Cogió el periódico, miró el titular con desdén y lo volvió a dejar en la mesa.

La presidenta cerró los ojos y emitió un profundo suspiro.

—Encontraremos la manera de defendernos. Se lo prometo. Puede que el hotel se vea perjudicado a corto plazo, pero no permitiremos que su reputación quede dañada para siempre. No mientras yo siga viva.

La señora MacBain la observó con detenimiento. Imogen estaba dispuesta a luchar y no parecía de las que se echan atrás. Lo cierto era que le daba un poco de miedo, pero, por suerte, estaban en el mismo bando.

Una vez más, la señora MacBain dio las gracias en silencio por las mujeres que la rodeaban.

—De acuerdo —exhaló por fin—. ¿Por dónde empezamos?

EPÍLOGO

Era un bonito día de septiembre en Londres, con un cielo despejado. Se respiraba un aire fresco y otoñal. En su salita de día, Thomas Kettering leía el *Times* y tomaba su té matutino, un darjeeling con una nube de leche. Su esposa, Iris, entró y le dio un suave beso en la frente.

—Buenos días, cariño. —Se sentó al otro lado de la mesita redonda—. Hoy llegaré tarde. Tengo que llevar a los mellizos al médico.

Él murmuró algo al recordar la cita.

Thomas Kettering era historiador del arte y dirigía un equipo de ocho personas que se dedicaba a autentificar obras para clientes privados. Conoció a Iris en el ejercicio de su profesión, cuando lo llamaron para que acudiera a una gran mansión en ruinas situada en un pueblo escocés llamado Loch Down, un lugar tan remoto que tuvo que consultar un atlas, para que echara un vistazo a una colección antes de que saliera a subasta. Iris había sido acogida por los Inverkillen, y a ella le había correspondido la tarea de guiar a Thomas por la casa. Sus observaciones y notas sobre las obras de arte lo habían impresionado, y al poco tiempo empezó a confiar en sus impresiones. Cuando terminó el trabajo, regresó a Londres con ella, no solo como esposa, sino también como miembro de su equipo. A lo largo de los años, había demostrado lo mucho que valía.

Iris se sirvió una taza de té y abrió su periódico preferido, el *Scotsman*. Le permitía mantenerse en contacto con Escocia y, aunque no hablaba de nada relevante para su vida en Londres, se negaba a renunciar a esa lectura. Nada más ver la portada, se quedó sin aliento.

—¡Tres muertes en un exclusivo hotel de las Highlands!

—¿Cómo? —exclamó él, levantando la vista de repente—. ¿En Loch Down?

Ella asintió mientras leía rápidamente el artículo, boquiabierta.

—Una huésped de Shanghái fue asesinada durante el baile. Una joven canadiense varios días después, y... ¡Oh! ¡Hugh Dunbar-Hamilton también ha muerto!

Thomas se levantó de un salto y se acercó para leer por encima del hombro de ella. Era increíble.

—¿No estaba Hugh en Tánger? —Le quitó el periódico a su esposa, que miraba fijamente al otro lado de la salita con lágrimas en los ojos. Al fin y al cabo, Hugh era su cuñado, más o menos.

—«Hallado sin vida en una cabaña de la finca. Ambas mujeres apuñaladas: un asesinato y un suicidio». ¿Qué demonios ha pasado?

Dio la vuelta, se sentó y leyó el artículo con atención.

—Tengo que llamar a la señora MacBain. Debe de ser muy duro para ella —dijo Iris pensativa.

Thomas dejó el periódico y miró a su esposa.

—Sí. Quizá deberías tomarte el día libre. —Empezó a hojear las páginas del *Times*, buscando alguna mención al suceso—. Al menos, el *Times* no se había hecho eco.

Iris lo miró y asintió con alivio. Era un pequeño respiro.

—Debería llamarla.

Se levantó de un salto y estaba a punto de llegar a la puerta cuando esta se abrió. Morgan, su mayordomo, entró en la habitación con un paquetito marrón en una bandeja de plata.

—Señora, le acaba de llegar esto —le ofreció la bandeja a Iris— por correo especial.

Iris se detuvo y tanto ella como su marido miraron el paquete. Era un cubo perfecto, de papel marrón, atado cuidadosamente con un cordel de jardinería de color verde oscuro.

—Eh..., sí, gracias, Morgan. —Cogió el paquete, que pesaba menos que una pluma, y el mayordomo se inclinó y salió de la habitación en silencio.

—¿Esperabas algo? —preguntó Thomas al ver la confusión reflejada en su rostro. Los envíos especiales no eran insólitos: muchos clientes les enviaban piezas de pequeñas dimensiones directamente, pero se las hacían llegar al despacho, no a su casa.

—Qué va. —Lo dejó sobre la mesa y se sentó.

Tiró de la cuerda, rasgó el papel y apareció una cajita negra. La abrió y observó el interior.

—¿Qué es? —preguntó él, tratando de mirar dentro de la caja.

—No estoy segura —respondió ella. Extrajo una nota y la leyó en voz alta.

> Ha caído en mis manos por casualidad. Sé que puedo confiar en que lo devolverá a las autoridades competentes cuando sea el momento adecuado.

Le entregó la nota a su marido, que la estudió con atención con el ceño fruncido.

—¿Las autoridades competentes? ¿Quiénes son las autoridades competentes? ¿Y quién lo ha enviado?

Le dio la vuelta a la tarjeta en busca de alguna pista sobre el remitente, pero no encontró nada.

Iris metió la mano con cuidado y sacó un huevo dorado. Brillaba a la luz del sol, lo que la hizo jadear de asombro.

—¿Qué es? —preguntó ella, mientras lo giraba hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

—Creo que esta escritura es china, justo aquí —dijo él mientras escrutaba el objeto. Señaló la base de la flor. Iris lo colocó con cuidado en la mesa y el huevo floreció. Era una flor de loto que guardaba entre sus pétalos el rubí más espectacular que hubieran visto.

AGRADECIMIENTOS

Al parecer, en el último libro di las gracias a toda la gente que conozco: a mi familia, a mis amigos, a desconocidos con habilidades especiales..., en definitiva, a todo el mundo que se me ocurrió. Más que nada, porque supuse que sería mi único libro, un éxito efímero. Y me quedé tan contenta..., hasta que dejé de estarlo. Resulta que los Inverkillen no desaparecen así como así y la voz de lady Georgina me asaltaba sin parar para exigirme más frases en el siguiente volumen.

De modo que aquí estamos de nuevo.

En primer lugar, debo dar las gracias a Monty, que se deja la piel para que me sea posible vivir en mi imaginación la mayor parte del día. Compadecedlo, amigos, porque durante todo un año me ha oído hablar sin parar sobre Loch Down Abbey, despotricar contra los personajes y darles vueltas a giros argumentales imprevistos. Le hablaba del libro como si fuera la vida real, y de sus personajes, como si fueran seres de carne y hueso. Y, a pesar de todo, él sonreía y me animaba. Así que gracias, amor mío.

En segundo lugar, quedo en deuda con Charlotte, Rachel y Melissa, que leyeron varias versiones (con celeridad y, a menudo, dejando todo lo demás para hacerlo), y me dieron su opinión y consejo. Me brindasteis una ayuda inestimable, aunque no utilizara todas vuestras ideas. Sin vuestro apoyo, vuestro entusiasmo y vuestro ojo crítico, aún seguiría atascada en la versión 1.0.

Por último, mil gracias al equipo literario. A Greg, mi agente, sin quien seguiría siendo una aburrida madre de perros, una diseñadora frustrada y una creativa insatisfecha. A Cara, mi editora, que me devolvió la vida y el entusiasmo que tanta falta nos hacían a mí y al libro en momentos de flaqueza. Y a Hodder & Stoughton, por volver a darme la oportunidad de pasar las horas en este mundo lunático que he creado. Muchas gracias a todos por lo que me habéis dado.

¡Hasta la próxima!

B.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com